



R  
Y  
D  
E  
R

JESS GR

# Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Prólogo](#)

[Ella es una utopía](#)

[Hola, soy Sam y estoy deseando ver el monstruo que escondes](#)

[Preferiría tocarte de otra manera que no fuese con mi puño](#)

[Más nerviosa que un cerdo en una carnicería](#)

[Ese beso fue épico y no vas a negármelo](#)

[Chica traviesa](#)

[Quiero a tu hija, ¿puedo usarla también?](#)

[Él la tiene más grande](#)

[Las sabanas son un peligro](#)

[Me encanta tu alcantarilla](#)

[No vas a seguir controlando mi vida](#)

[La historia se repite](#)

[No dejes nunca que nadie te diga lo contrario](#)

[Mi ancla en la tierra](#)

[Yo no soy así](#)

[Ryder ha vuelto](#)

[Dos más dos](#)

[Todo esto es culpa tuya](#)

[Estás hecho una mierda](#)

[¿Vas a volver a desaparecer?](#)

[Tú y yo... Eso no va a pasar](#)

[Le gustan los chicos malos](#)

[Lo que tengo que hacer](#)

[Quiero que peques conmigo](#)

[Sigues siendo un cursi](#)

[La horma de su zapato](#)

[Hasta el fondo](#)

[Se lo debo a David](#)

[Yo nunca](#)

[Somos Amigos](#)

[Mi punto débil eres tú](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Ryder

Jess GR

Título: Ryder

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como

la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©JessGR

Primera edición: Enero de 2020

Diseño de cubierta: RachelRP

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

# Prólogo

*Liam*

Me despierto sintiendo un dolor agudo en todos los músculos de mi cuerpo. El entrenamiento de ayer fue duro, pero mi estado actual se debe más a la posterior fiesta en la que me excedí con el alcohol. No suelo hacerlo a menudo, pero no se cumplen treinta y cinco años todos los días.

—Buenos días, Ryder —ronronea Jessica en mi oído.

¿O era Jennifer? Su hermana gemela Marie o Marian, o como quiera que se llame, también se despierta y me sonrío coqueta desde su lado de la cama. Ellas fueron un buen regalo de cumpleaños que disfruté durante toda la noche.

—Buenos días, señoritas —digo tras bostezar.

Una de las chicas desliza su mano por mi pecho mordiendo su labio inferior de manera coqueta. Sé lo que busca, pero por la mañana, sin rastro del alcohol que anoche recorría mis venas, ya no la veo tan atractiva, a ninguna de las dos en realidad. No digo que no sean guapas, rubias, con unos ojos claros, cuerpos perfectos y voluptuosos pechos. Demasiado perfectas para ser reales. Solo son muñecas que buscan meterse en la cama de cualquiera que pueda rellenar sus cuentas bancarias con un par de ceros.

Me libro de tener que rechazar sus atenciones cuando la puerta de mi habitación de hotel se abre y mi manager, Brianna, entra con cara de mala leche.

—Señoritas, la fiesta se ha acabado —gruñe cogiendo las prendas de vestir que hay esparcidas por el suelo de la habitación y lanzándolas sobre la cama donde seguimos tumbados los tres.

La hermana que está a mi derecha se aferra a mi cuerpo intentando permanecer un rato más bajo mis atenciones. Aparto sus manos de mi cuerpo haciendo una mueca como si realmente me molestara que no podamos seguir divirtiéndonos, cuando en realidad me siento aliviado por poder librarme de ellas.

—Ya la habéis escuchado —indico señalando a Bri—. La jefa manda.

Las chicas se visten entre pucheros e intentos de seducción hacia mí y mi manager, que no es tan diplomática como yo, y acaba echándolas casi a patadas.

—Dime que anoche no bebiste demasiado —dice en ese tono de regaño típico de ella.

Miro su postura seria bajo ese vestido de firma, sus brazos cruzados sobre el pecho y esa cara de mala leche que la caracteriza, y sonrío dejándome caer de espaldas en el colchón.

—Solo acabé con las jodidas reservas de alcohol de la ciudad, pero tranquila, las del resto del estado están a salvo —escucho una recua de improperios y cierro los ojos pellizcándome el puente de la nariz.

—Levántate, Ryder. Tienes una rueda de prensa en el salón de actos del hotel y después vamos directamente al Grand Garden Arena.

—Ya voy —murmuro en tono molesto.

—¡Maldita sea, Ryder! ¿Sabes lo que te juegas esta noche? Ese ruso va a intentar arrebatarte el cinturón junto con el título mundial, no es una pelea de patio de colegio.

—Nunca lo son —refunfuño levantándome de la cama de mala gana y caminando hacia el baño—. Me pego una ducha y te veo abajo en media hora. Consígueme un café cargado.

—No soy tu jodida secretaria —se queja.

Sonrí negando con la cabeza, ella no se extraña por verme casi desnudo, no es ni por asomo la primera vez que pasa. Hemos compartido habitación y cama en demasiadas ocasiones. Entro en el baño sabiendo que cuando llegue abajo, Brianna me tendrá un café listo para tomar.

Me deshago rápidamente de la única prenda de ropa que cubría mi cuerpo, un bóxer blanco, que al fijarme bien compruebo que está manchado de pintalabios rojo. Va directamente a la papelera y abro el grifo de la enorme ducha que dispone la habitación. Mientras espero que el agua coja temperatura, miro mi reflejo en el espejo del lavamanos. ¿Cuándo me han salido esas arrugas junto a los ojos? Me estoy haciendo mayor, al menos para seguir llevando la vida que he tenido hasta ahora. Mi profesión me exige que esté en plena forma cada día. Los nuevos luchadores son cada vez más jóvenes y competitivos, y eso se resume en mí mordiendo el polvo sobre el octágono, más de lo que nunca lo he hecho.

Resoplo apartando un mechón de pelo de mi frente. Los años han pasado, eso se nota, pero al menos no he perdido atractivo. Mi pelo negro, mis ojos grises, y esa cicatriz en la ceja izquierda partiéndola a la mitad, junto con mi fornido y moreno cuerpo libre de tatuajes a excepción de unas letras negras que rodean mi brazo izquierdo, siguen levantando pasiones entre las féminas. Si tan solo pudieran ver lo que hay debajo de esa fachada... Nada, no encontrarían nada. Así soy yo, solo un cascarón vacío. Tengo todo lo que cualquiera podría desear, dinero, fama, belleza... Pero cambiaría todas y cada una de esas cosas por poseer la capacidad de volver atrás en el tiempo y enmendar mis errores, hacer todo de distinta manera.

Respiro profundamente y sujeto entre mis dedos el colgante que cae sobre mi pecho unido a una cadena de plata que rodea mi cuello. No es muy valioso, al menos no monetariamente, pero es mi bien máspreciado. No he sido capaz de quitármelo más que para subir al octágono desde que ella me lo regaló, hace casi quince años. En ese momento lo tenía todo aunque no supe verlo, y me arrepiento de ello cada jodido segundo de mi miserable vida.



—Ryder, solo una pregunta más —dice una de las periodistas que hay en la primera fila. La conozco, es más, me atrevería a jurar que ya ha pasado por mi cama. Asiento y ella se peina el pelo con los dedos sonriéndome de manera coqueta. Sí, me la he follado, no hay duda—. Tu contrincante tiene diez años menos que tú. ¿Crees que su juventud es una ventaja a su favor o por el contrario, tu experiencia en la jaula te ayudará a ganar este combate?

Sopeso mis palabras antes de decirlas. Cada vez son más los periodistas que creen que mi carrera está a punto de caer en picado y comentarios como estos son de lo más común en mis ruedas de prensa.

—Sigo siendo campeón del mundo —contesto con una sonrisa de suficiencia—. El día que deje de serlo y alguien rompa mi índice de imbatibilidad, podré contestar a esa pregunta.

Un montón de manos se alzan gritando mi nombre para poder seguir interrogándome, entre ellas la de un periodista con el que ya he tenido algún que otro encontronazo.

—Señor Ryder, ¿sabe su novia y manager que sale usted con otras mujeres? ¿Lo nuestro podría considerarse como una relación abierta?

Voy a contestarle de mala manera por meterse en mi vida privada, pero Bri se acerca al micrófono que hay frente a mí poniendo la mano sobre mi hombro para detenerme.

—Se acabaron las preguntas —declara acallando las voces—. Gracias por vuestra presencia.

Me levanto sonriendo y me despido con la mano saliendo de la sala. En cuanto estamos a solas ella y yo, crujo mi cuello y me pellizco el puente de la nariz. He estado más de una hora sentado

frente a esa manada de buitres que lo único que buscan es carnaza para poder hacer alguna publicación sensacionalista. No soy imbécil, la experiencia me ha enseñado a desviar las preguntas incómodas y no acostumbro a entrar en provocaciones de otros luchadores ni a hablar sobre mi vida privada. Me limito a contestar todo lo que tiene que ver con mis combates recientes y evito cualquier otro tipo de preguntas.

—¿Estás bien? —pregunta Bri poniendo su mano sobre mi antebrazo.

—Sí, solo me duele un poco la cabeza.

—Podrás descansar un rato antes del combate. ¿Crees que podrás con él? —su pregunta me toma por sorpresa, la miro fijamente y ella levanta las manos a modo de rendición—. Es bueno, Ryder. No ha perdido ni una sola pelea.

—Tu confianza en mí es abrumadora —señalo sarcásticamente.

—Ryder, si no confiara en tus capacidades, no estaría aquí contigo sino con el chaval a quien te vas a enfrentar esta noche.

—Eres una usurera —bromeo. Sé que nunca me dejaría por otro, por muy bueno que sea. Lo nuestro va más allá de una mera relación laboral.

—Lo sé —replica peinándose hacia atrás su brillante pelo negro—. Eso forma parte de mi arrolladora personalidad.

Niego con la cabeza dándola por imposible y salimos juntos en dirección al MGM Grand Arena, el escenario de esta noche para la gran pelea.

Al final no pierdo el tiempo en descansar, prefiero invertirlo en conocer mejor a mi oponente, al menos su forma de pelear. Veo en modo repetición las grabaciones de cada una de sus peleas, sus puntos débiles y los más fuertes, señalo mentalmente cada pequeño detalle que pueda ayudarme a vencerle. *“Conoce a tu contrincante mejor que a ti mismo”*. Bri tenía razón, es muy bueno. A sus veintitrés años, Igor Vasíliev, ha ganado todo lo que cualquier luchador de MMA puede haber soñado.

Tras una charla con mi entrenador y mi preparador físico, paso a una de las salas de entrenamiento del recinto. Necesito ponerme a punto y librarme de los excesos de anoche si quiero ganar este combate, y quiero hacerlo. Vivo para ganar, si no lo hiciera, mi vida no tendría ningún sentido, ya que para mí no hay nada más aparte de esto.



Tras el tercer round, estoy recibiendo una soberana paliza. Este capullo es mejor de lo que pensaba, aprovecha cada uno de mis gestos y me provoca constantemente llevándome al límite de mi paciencia antes de arreararme con fuerza. No sé cuánto tiempo más podré aguantar. No recuerdo que lo haya pasado nunca tan mal en un combate. Quizás hoy sea ese día del que siempre todos hablan, el día que dejaré de ser el campeón y marcará el principio del fin de mi carrera.

Intento apartarme cada vez que su pierna barre las mías intentando desestabilizarme. En mi estado actual, no creo que pudiera hacer nada más si consigue tumbarme, como mi espalda toque el suelo, será el final ya que este cabronazo es una máquina en el suelo. Consigo escapar de una combinación de puñetazos pero no veo venir su talón, que impacta directamente en mi cara dejándome atontado. Caigo al suelo y antes de poder soltar una bocanada de aire, ya lo tengo sobre mí, cubro mi cara intentando protegerme, pero eso provoca que mis costillas queden al descubierto y él aprovecha la oportunidad para castigar mis órganos internos sin piedad. Intento apartarlo de una patada, pero no me doy cuenta de que he dejado mi brazo expuesto, cuando quiero volver a mi posición defensiva, ya es demasiado tarde, mi oponente me tiene bien sujeto

haciéndome una llave de brazo que me provoca un dolor insoportable. Grito a pleno pulmón golpeándole fuertemente con el puño que tengo libre, pero ni se inmuta, solo consigo que ejerza aún más presión en mi brazo hasta que siento como el hueso de mi hombro está a punto de hacerse pedazos.

Se acabó, este es el fin. Levanto mi mano con la palma abierta dispuesto a golpear suavemente la lona a modo de rendición, justo cuando suena la campana señalando el final del cuarto round. El árbitro se acerca y me quita al ruso de encima mientras yo intento enfocar la vista. Estoy sangrando. No sé exactamente de donde sale la sangre ya que he recibido golpes por toda la cara, pero alguno de ellos se ha abierto y la sangre sale a chorro ya que casi no puedo ver, nada más que una mancha roja.

Me levanto intentando aguantar el incesante dolor de mis costillas y me acerco a la esquina, donde los miembros de mi equipo se hacen cargo de cerrar la herida que tanto sangra. No es grave, solo un corte en el pómulo. Mi entrenador me grita directrices que apenas puedo escuchar ya que no puedo concentrarme en otra cosa que no sea el dolor que resulta prácticamente insoportable.

—Si no puedes seguir, le doy la victoria a tu contrincante —me dice el árbitro. Ni siquiera me había fijado que estaba frente a mí.

—Puedo continuar —afirmo tras arrancarme de la boca el protector dental.

Mi entrenador sujeta mi hombro cuando estoy a punto de levantarme y agarra mi cara con ambas manos.

—¿Estás seguro de esto, Ryder? —asiento escuchando a lo lejos como la gente grita mi nombre. No voy a rendirme. Si pierdo, será luchando hasta el final—. Va a continuar —informa al árbitro.

Siento el escozor de una plancha fría de metal cubriendo mi pómulo para bajar la hinchazón y enseguida escucho el sonido de la campana indicando el inicio del quinto y último asalto. Es imposible ganar por puntos. En los cuatro asaltos anteriores ha sido muy superior a mí, mi única opción es un KO, pero en mi estado... Hago una mueca alzando los brazos en puños para proteger mi cara. A cada paso que doy siento como si un millón de tornillos estuviesen clavándose en cada uno de los músculos y huesos de mi cuerpo.

Céntrate, Ryder, pienso tras esquivar su primer puñetazo. *“Sesenta por ciento corazón y cuarenta por ciento inteligencia”*. Tengo que usar el cerebro para ganar. *“Gastas el triple de energía lanzando un golpe y fallando, que impactando en tu oponente”*. Eso es, defiéndete. *“El mejor ataque, siempre viene después de una buena defensa”*. Esquivo como puedo una serie de golpes más. Me centro únicamente en defenderme, esa es mi misión. El ruso ataca con todo. No debería hacerlo, el combate es suyo por puntos. Solo tiene que aguantar un par de minutos y podrá alzarse con el título, pero es demasiado arrogante como para dejar de atacar. Quiere humillarme y salir de la jaula a hombros sabiendo que ha destrozado al campeón del mundo. Le entiendo, yo también pensaba así a su edad. *“Deja que tu contrincante se canse de fallar golpes, eso lo desespera y te da la oportunidad de atacar”*

Salto por encima de su pierna estirada que pretendía lanzarme al suelo con un barrido y giro de nuevo protegiéndome. He visto un hueco, podría haber golpeado, pero sé que eso solo me daría unos pocos puntos y necesito un KO. Miro el reloj y compruebo que falta poco más de un minuto para que todo acabe. Más golpes esquivados, puñetazos, patadas, todos sus embistes van a parar al aire o son bloqueados por mis brazos. Solo falta medio minuto, y entonces lo veo, su pecho sube y baja con fuerza, está tan concentrado en golpearme que no está haciendo nada para defenderse. Su guardia está baja, solo golpea una y otra vez, cada una de esas veces con menos



fuerza que la anterior.

Sonrío descolocándole y armo mi brazo lanzando un puñetazo que lo toma por sorpresa e impacta directamente en su mandíbula, aprovecho su aturdimiento inicial para seguir golpeándole, un gancho de izquierda, uno de derecha, y termino con una patada lateral que lo lanza hacia la red metálica como si de un muñeco de trapo se tratara. Su cuerpo inconsciente cae sobre la lona con un ruido sordo y la gente grita a pleno pulmón celebrando el KO que determina el árbitro tras comprobar el estado de mi oponente. La campana suena, pero ya no importa. He ganado y conservo mi cinturón y mi título de campeón mundial, al menos hasta el próximo combate.

△△△

Conduzco mi moto a una velocidad muy superior a lo permitido. Me da igual si me multan, necesito salir cuanto antes de este lugar. La ciudad del pecado, así llaman a Las Vegas, y lo es, estoy seguro de ello, he nacido y crecido en una ciudad vecina, Boulder City, que por muy raro que parezca, es una de las dos únicas ciudades de Nevada en las que están prohibidas el juego, y tan solo hay poco más de treinta kilómetros de distancia de la ciudad que precisamente ahora estoy abandonando.

Ni siquiera me he quedado a la rueda de prensa posterior al combate. Debería estar celebrando mi victoria, pero no puedo. Estoy harto de fingir ser el hombre perfecto con la vida perfecta. Supongo que el estar tan cerca de casa también influye en mi estado de ánimo. Desde que pisé Las Vegas hace dos días, no he podido dejar de pensar en esa pequeña ciudad que hay junto a la presa Hoover. Mi hogar, o al menos lo fue durante algún tiempo, y no me refiero a la casa de mis progenitores, o más bien, mi progenitor, esa no la extraño. Lo que sí echo de menos es a la gente, particularmente a dos personas, las que fueron mi familia. Sabía que no saldría del estado sin antes pasar por casa, al menos sin verla desde lejos.

Estaciono la moto en un callejón junto a Tony's Pizza. Siempre que lucho en Las Vegas acabo pasándome por aquí, pero intento que nadie me vea. Solo Tony me reconoce cuando entro a su pequeña y anticuada pizzería en la que he vivido momentos inolvidables. Y esta vez no va a ser distinta. Entro en el local ocultándome bajo una gorra de los Vegas Golden Knights y unas gafas de sol oscuras que son incapaces de cubrir todos los hematomas y golpes que ha sufrido mi rostro.

Me acerco a la barra viendo como un grupo de chavales jóvenes charlan alrededor de una mesa y beben cerveza barata. No puedo evitar recordar que en otra época yo era uno de esos chicos. En cuanto Tony me ve, se acerca sonriendo y deja una botella de licor frente a mí.

—Esta noche has estado genial, muchacho —susurra para que solo yo pueda escucharlo. Solo recibe un asentimiento por mi parte. Sé que habla del combate, pero no quiero comentarlo con él, hoy no—. Imaginé que vendrías hoy —desliza una llave sobre la superficie de la barra y yo la recojo guardándola en el bolsillo de mis vaqueros—. ¿Te encuentras bien? —otro asentimiento y le entrego un billete de veinte dólares que él rechaza con un gesto de su mano—. Invita la casa. Creo que lo necesitas.

—Mañana te devuelvo la llave —digo en voz baja antes de golpear suavemente la barra a modo de despedida y salir del local.

No tengo que ir muy lejos. Justo al girar la esquina encuentro ese lugar que tanto añoro. Tras una verja roja con la pintura desgastada y unas letras casi ilegibles, está el Parker's Gym, el sitio donde aprendí todo lo que sé, y no me refiero solo a mis habilidades sobre el octágono. Deslizo mi mirada por toda la fachada del viejo edificio dándole un trago a la botella y después otro. Irremediamente, termino caminando hacia él y subiendo por la escalera de incendios que lleva

directamente a la azotea. Camino despacio, subiendo cada escalón de manera sigilosa. No quiero que nadie sepa que estoy aquí.

Al llegar a la cima, abro la puerta de acceso con la llave que me ha facilitado Tony y suelto el aire que estaba conteniendo al ver que nada ha cambiado, todo sigue exactamente igual que la última vez que visité este lugar. Las antiguas luces de navidad siguen colgadas y, aunque ahora estén apagadas, puedo recordar exactamente la sensación que produce tumbarse boca arriba en el viejo sofá desvencijado y dejarse bañar por la luz que desprenden, como si de un millón de estrellas se trataran. Y eso es exactamente lo que hago, imaginar esas luces brillantes mientras trago tras trago voy acabando mi botella y recuerdo una y otra vez todos los momentos felices que he vivido en este lugar. Las risas amenizadas por Willow y Steve, las bromas de Rox, las acaloradas discusiones entre Chase y yo, pero sobretodos esos momentos, los que viví junto a ella, los besos, las caricias, todas las veces que hicimos el amor en este mismo sofá, su risa, casi puedo escucharla. Si cierro los ojos puedo ver su cara nítida en mi mente, esos ojos azules que me enamoraron, la arruga en su frente cada vez que frunce el ceño, su sonrisa, esa que es capaz de iluminar más que todas las jodidas luces de Las Vegas. Siento como el alcohol va haciendo su trabajo en mi organismo adormeciéndome, y aunque sé que debería marcharme, no lo hago, porque no quiero dejar de pensar en ella, Sam, la única mujer que he amado y amaré el resto de mis días. Pienso en ella durante lo que parecen ser horas, recuerdo cada uno de los momentos que pasamos juntos sin darme cuenta de que Morfeo me arrastra hacia él en el lugar menos indicado.

# Ella es una utopía

*Liam*

*Quince años antes*

—¡Más fuerte! —grita mi padre mientras sujeta el saco de arena al que estoy golpeando sin descanso. Lanzo un nuevo puñetazo intentando poner en él toda mi fuerza, pero por su cara intuyo que no es suficiente—. ¡Pareces una jodida nena, Liam! —exclama empujando el saco hacia mí, golpea mi pecho y tengo que recular un par de pasos para no perder el equilibrio y acabar con el trasero en el suelo. Eso sí que le molestaría—. ¡Mierda! Lo dejamos por hoy. Mañana seguiremos con ese gancho. Más te vale que empieces a hacerlo bien o el sábado van a darte una paliza y eso no es aceptable. Tienes un jodido apellido que defender, chaval. Un Ryder no pierde nunca.

Resoplo desabrochando uno de los guantes sin dedos que cubren mis manos con los dientes. Estoy agotado. Los entrenamientos con mi padre cada día son más duros. Mi único objetivo en la vida es ganar peleas para convertirme en el siguiente Ryder que alce el título mundial. El sucesor de mi padre. De cara a la galería es el mejor padre del mundo, pero solo yo sé cómo es en realidad. Lo único que quiere de mí es revivir sus días de gloria, sin importarle si yo estoy de acuerdo o no con eso.

Llevo entrenando artes marciales mixtas desde que tengo uso de razón. No recuerdo un solo día de mi vida en el que la lucha no haya estado involucrada. Al principio lo disfrutaba, quería ser como mi padre, le admiraba. Pero él empezó a exigirme cada vez más y la cosa empeoró cuando mi madre se largó con nuestro chofer. Yo solo tenía seis años en aquel entonces pero lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Ese día, cuando ella se fue dejándome solo con él, me di cuenta de que en realidad nunca había entrenado de verdad. Papá me exigió tanto que estuve una semana con los nudillos desollados por el roce de los guantes. A partir de ese instante supe a ciencia cierta que todo iba a ir a peor, y así ha sido. Eric Ryder aprovecha cada maldita oportunidad para demostrarme que no soy lo suficientemente bueno, ni rápido, ni fuerte, que nunca estaré a su altura.

Sigo escuchándole repetir lo mismo de siempre una y otra vez. *“Lo importante es ganar, no importa lo que tengas que hacer para lograrlo”*. *“Aplasta a tu enemigo”*. *“Si no vas a ganar, ni siquiera intentes pelear”*.

—La victoria es la meta —murmuro en tono hastiado.

—¿Te estás burlando de mí?

Mierda, me ha escuchado. Le miro y niego con la cabeza.

—Me lo repites cada cinco segundos, papá —contesto.

—¡Esto no es un puto juego, Liam! —grita clavando su dedo en mi pecho—. Casi pierdes la última pelea.

—Pero no perdí —suelto apretando los puños con fuerza.

Mi padre alza las cejas sorprendido por mi contestación. Le estoy cabreando aún más, puedo verlo, y sé que voy a pagar las consecuencias.

—Mira el niñato —dice para sí—. ¿Te han crecido las pelotas de golpe? —aparto la mirada cuando veo como pega su cara a la mía—. ¿Crees que puedes enfrentarte a mí, pedazo de mierda? —me empuja con fuerza haciéndome retroceder. Es un hombre muy fuerte, demasiado para mí, y aunque no lo fuese, nunca me atrevería a enfrentarle, pero obviamente él no va a desperdiciar la

ocasión de humillarme haciéndome ver que es superior a mí—. Vamos, Liam. Muéstrame esas agallas que te han salido de repente —me increpa alzando sus puños a modo de defensa. Como si fuese a pelear con él. Sigo con la mirada clavada en el suelo y no entro en su provocación, sé que si lo hago será peor. Si pierdo habrá ganado y si, por el contrario, consigo aunque sea golpearlo una sola vez, heriré su enorme ego y me lo hará pagar muy caro. Al ver que no reacciono, chasquea la lengua sonriendo y baja los puños—. Ya me parecía a mí que era demasiado bueno para ser real. El que nace cobarde, muere cobarde. Ahora lárgate de aquí.

Aprovecho ese instante para salir a toda prisa del gimnasio que tenemos a un lado del jardín de casa. Sí, vivo en una casa con gimnasio, piscina, jardín, más habitaciones de las que son necesarias y un puñado de empleados que se encargan de cubrir todas nuestras necesidades. Un jodido reino dirigido por el grandísimo Eric Ryder, que en mi caso, no es más que una prisión de lujo. Intento pasar el mínimo tiempo posible en este lugar. Por suerte, aparte de los horarios de los entrenamientos, que son sagrados, puedo hacer lo que me dé la real gana. A Eric nunca le ha importado dónde estoy ni con quien, siempre que llegue a casa a tiempo para mi tortura diaria.

Subo a mi habitación y tras darme una ducha, me visto con un vaquero negro, una camiseta estampada y una chaqueta de cuero. Le envío un SMS a mi amigo Josh quedando con él en el Bullman, un club al que solemos acudir con regularidad. Necesito desconectar, olvidarme de mi puñetero padre por una noche y pasarlo bien, y sé exactamente cómo hacerlo. Unas cuantas copas y una tía buena a quien follarme. Eso no va a ser difícil, nunca se me han dado mal las mujeres. A mis veinte añitos, he perforado más madrigueras que una liebre.

Aparco mi descapotable deportivo frente al club y compruebo mi teléfono leyendo el mensaje de Josh. Ya está dentro esperándome. Nada más entrar, soy recibido por un olor rancio mezcla de humo de tabaco y otras sustancias, junto a sudor humano. Sí, este club es una puta ratonera, pero sirven alcohol a menores de veintiuno, además, la mayor diversión está en la parte trasera, donde solo unos pocos podemos entrar.

—¿Qué pasa, brother? —me saluda Josh cuando llego a su lado. Me encojo de hombros a modo de contestación y enseguida aparece una cerveza en mi mano. Josh es rápido. También pelea como yo, aunque él no tiene un padre tirano. Se dedica a fundirse la fortuna familiar en fiestas, mujeres y drogas—. ¿Vas a participar esta noche? —pregunta señalando con la cabeza la puerta que da acceso a la parte trasera del local.

—Es posible —contesto bajándome la cerveza en un par de tragos. Pido otra inmediatamente, y cuando voy a empezar a beberla, Josh me detiene y veo como introduce en el interior de la botella lo que parece ser una pastilla. Alzo una ceja a modo de interrogación y él sonrío.

—Solo un poco de Oxi —aclara. Sabe que no puedo tomar drogas. Me hacen un control antidoping antes de cada pelea—. Tranquilo, te conseguiré un apaño —habla de una muestra de orina limpia para que pueda dar el cambiazo el día de la pelea. No es la primera vez que lo hago.

Me bebo la cerveza de una asentada y pido otra. Esta noche vamos a pasarlo bien.

—Si voy a hacerlo, lo hago a lo grande —murmuro extendiendo mi mano con la palma hacia arriba. Mi amigo suelta una carcajada y deposita sobre ella un par de pastillas más que no tardo en ingerir.

Poco después siento como mi corazón empieza a palpitar con fuerza. La oxiconona no es más que un fuerte analgésico, pero al mezclarlo con alcohol se convierte en un excitante que te insensibiliza contra el dolor. Eso es justo lo que necesito cuando entramos en el reservado del club. La estancia es el doble de grande que la parte abierta al público ya que alberga mucha más gente. Desde corredores de apuestas, a luchadores principiantes, y forofos de peleas clandestinas, todos se reúnen alrededor de la jaula en la que dos luchadores están dándolo todo.

Algunos de los participantes son aficionados que intentan ganar una buena suma de dinero en una noche, otros, como yo, también practican MMA de manera profesional. Algunos incluso se costean los entrenamientos y preparación física con el dinero que sacan en estas peleas.

—Niño de papá, ¿vas a pelear esta noche? —me pregunta Thomas, un tipo al que me he enfrentado en varias ocasiones, aquí y en una jaula legal.

—¿Quieres que vuelva a patearte el trasero, Thomas? —le pregunto mencionando nuestro último combate, ese que mi padre me echó hoy en cara que casi perdí, pero lo gané y Thomas mordió la lona.

—Una cosa es ganar ahí fuera, pero aquí dentro, sin reglas, sabes que te haré picadillo.

—Nunca te he visto hacerlo —contraataco sonriendo de manera burlona.

—Cuando quieras —replica señalando el octágono—. Aunque ahora no está aquí tu papá para darte palmaditas en la espalda. ¿Crees que el hijo del gran Ryder puede aguantar que le den una paliza?

Aprieto los puños con fuerza conteniéndome para no arrancarle la cabeza de un golpe.

—Somos los siguientes —grito para que el organizador me escuche. Veo como asiente y enseguida empieza a recibir apuestas de muchos de los presentes.

La pelea actual termina con uno de los luchadores con un brazo roto. Ese es el gran peligro de estas peleas ilegales, que carecen de reglas. Hay un árbitro, pero es demasiado permisivo y eso siempre acaba con alguno de los participantes herido.

Subo al octágono tras tomarme otra pastilla acompañada de un chupito de tequila y me quito la camiseta y las deportivas lanzándolas sobre la reja metálica hacia el exterior. Una chica recoge mi ropa y me guiña un ojo repasándome con la mirada. Le gusta lo que ve. Mi pecho fuerte y los abdominales definidos son producto de una dura preparación física, pero trae locas a las chicas.

Thomas también sube al octágono y empieza a moverse y alzar los brazos fanfarroneando ante un público que grita enardecido. El árbitro da la señal del inicio de la pelea tomándome por sorpresa. Quizás me he pasado con la oxi. Me siento frenético y soy incapaz de dejar de moverme. Sacudo la cabeza para centrarme en la pelea y enfoco la vista, pero no veo venir el puñetazo que impacta contra mi mandíbula. Thomas se abalanza contra mí lanzando golpes incesantemente y yo se los devuelvo sin ser consciente de ello. Siento mi corazón a punto de salir de mi pecho a cada latido y estoy sudando profusamente. Me tiemblan las manos y mi vista vuelve a nublarse.

—¿Qué pasa, niño de papá? ¿Ahora ya no eres tan gallito? —Thomas me tiene sujeto por el cuello desde atrás y sus piernas están enrolladas alrededor de las mías impidiéndome moverme. No sé cómo he llegado aquí, ni siquiera he sentido el golpe de la caída. Estoy completamente insensibilizado contra el dolor—. Nunca serás tan bueno como él —sigue increpándome sin dejar de hacer presión alrededor de mi cuello—. Tu padre era un campeón, tú solo eres una nenaza.

Sus palabras penetran en mi alterada mente encendiéndome a más no poder. No sé de dónde saco la fuerza necesaria para levantarme con mi oponente colgado de mi espalda, me giro lanzándolo al suelo y me pongo sobre él descargando toda la rabia que me consume. Lanzo mi puño hacia su cara una y otra vez, pero ya no es su rostro el que veo, sino el de mi padre. Sigo golpeándole a pesar de que el árbitro me grita que pare. Siento unos brazos rodeando mi cuerpo, intentan apartarme de mi oponente, pero me deshago de ellos rápidamente y vuelvo a la carga. No siento dolor, solo rabia e ira. Escucho un estruendo y la gente empieza a gritar y a correr, pero yo sigo golpeando a Thomas, no puedo parar y no quiero hacerlo. Intento revolverme para librarme del agarre de alguien, pero esta vez no lo consigo, me tiran sobre el suelo boca abajo y lo siguiente que noto es como unas esposas rodean mis muñecas mientras mi cara se pega a la lona.



—Está en coma —me informa Jason, el abogado de mi padre, mirándome seriamente desde el otro lado de la pequeña mesa metálica. Apenas fui consciente de cuando me metieron en el calabozo. Cuando el efecto de las drogas empezó a disiparse de mi organismo, me di cuenta del lío en que me había metido y el abogado me lo ha confirmado. Anoche hubo una redada en el Bullman, la policía llevaba tiempo investigando el local y las peleas clandestinas que organizaban —. ¿Me estás escuchando, Ryder?

Asiento pellizcándome el puente de la nariz. Tengo los nudillos en carne viva y golpes por todo el cuerpo, pero es la cabeza lo que me está matando.

—¿Voy a ir a la cárcel? —pregunto con voz rasposa.

—Muchacho, no solo casi matas a un hombre participando en una pelea clandestina, también agrediste a los agentes que intentaron inmovilizarte y encontraron una cantidad de drogas y alcohol en tu organismo capaces de tumbar a un elefante —resopla acomodando unos papeles sobre la mesa—. Tu padre está intentando tirar de influencias para sacarte de esta. El que seas menor de veintiún años nos facilita bastante las cosas, pero no sé si conseguirá algo aun cobrando todos los favores que le deben.

—Mierda, va a matarme —me lamento.

—Ese es el menor de tus problemas. Si deciden juzgarte como adulto, pasarás un buen tiempo entre rejas. En el mejor de los casos, si te juzgan como menor, tendrás que hacer trabajos comunitarios. Tu padre está intentando conseguir que entres a un programa de reeducación, pero yo no sé si lo conseguirá.

—¿Reeducación? ¿Qué demonios es eso? —pregunto confundido.

Antes de que Jason pueda contestarme, la puerta de la sala de interrogatorios se abre y mi padre se asoma mirándome muy serio. No me engaña su aparente tranquilidad. Sé que está furioso y me va a hacer pagar esto.

—Nos vamos —ordena señalando la salida con la cabeza.

—¿Lo has conseguido? —le pregunta Jason a mi padre. Los dos son amigos desde hace años y yo conozco a Jason casi desde que nací. No es un mal tío, no sé cómo puede soportar a Eric. Supongo que le mueve el interés económico.

—Sí, pero esto me va a costar muy caro. Después te lo explico —contesta. Me mira de nuevo a mí y me levanto como un resorte caminando hacia él con la mirada clavada en el suelo—. Vamos, tú y yo resolveremos esto en casa.

Su tono amenazante provoca que un escalofrío me recorra de pies a cabeza. Estoy muy jodido.

Nada más llegar a casa de la comisaría, Eric me hizo pagar mi error de la forma que más le gusta, llevándome al límite con el duro entrenamiento. Estuve dos días trabajando sin parar apenas, solo me dejaba descansar diez minutos para comer cuatro veces al día. Estoy seguro de que le habría encantado prolongar mi castigo durante más tiempo pero el juez emitió el veredicto de inmediato, frustrando sus intenciones.

Seis meses. Voy a tener que pasar seis meses en un mugriento gimnasio en un programa de reeducación juvenil, como si yo fuese un jodido delincuente. Seis meses de mi vida en la que un desconocido va a decidir sobre mí todo lo que le dé la gana, y lo peor es que no puedo negarme porque, cuando termine este tiempo, él será quien decida si yo estoy reformado o no. En caso de que su informe no sea favorable, el juez decidirá qué hacer conmigo. El mayor problema es que dentro de seis meses yo ya habré cumplido los veintiuno y me juzgarían esta vez como adulto.

Mi padre tuvo que tirar de todos sus contactos para conseguir esa condena y, de alguna forma, le satisface que vaya a poder entrenar en ese tiempo para mantener la forma física. Sí, la prensa se hizo eco de lo que pasó. El hijo del gran Eric Ryder es detenido por participar en peleas clandestinas bajo el efecto de las drogas y el alcohol, el resultado fue que me han suspendido de la federación deportiva y no voy a poder pisar un octágono de manera profesional hasta que pase por ese dichoso programa. Un motivo más para que mi padre esté furioso conmigo.

Bajo del autobús maldiciendo al puñetero conductor, no quiso parar frente al gimnasio y voy a tener que caminar casi un kilómetro hacia atrás. Esto es lo que me espera de ahora en adelante. Me he quedado sin coche, sin tarjetas de crédito y sin ningún lujo o privilegio de los que me ofrecía Eric. Por suerte he conseguido mantener el teléfono móvil. Tengo veinte años y pretende tratarme como si fuese un puto crío.

Resoplo viendo el puñetero gimnasio que se va a convertir en mi nueva cárcel. La fachada es de los típicos edificios viejos del lado norte de la ciudad, la zona donde vive la clase media baja. El índice de delincuencia es un treinta y cinco por ciento mayor en comparación con el sur de Boulder City. Tiene una verja roja abierta a media altura con las letras Parker's Gym escritas en blanco. Me agacho para pasar bajo ella y resoplo viendo el interior del lugar.

—Menudo cuchitril —susurro para mí.

Una jaula con la pintura negra desgastada preside la sala, alrededor de ella, junto a las paredes, máquinas de ejercicio antiguas que no sé ni cómo siguen funcionando, también hay una zona en una esquina donde hay media docena de sacos colgados.

—Hola, ¿puedo ayudarte? —un hombre de unos cuarenta y tantos años se acerca a mí. Va vestido únicamente con un pantalón corto de deporte y unos guantes de grappling, los que suelen usarse en artes marciales mixtas para dejar los dedos al descubierto y así poder agarrar a tu oponente.

—Soy Ryder, me dijeron que tenía que estar aquí a las ocho —mira su reloj y sonrío negando con la cabeza.

—Llegas temprano, aún son las siete y media.

—Ya, no hay ninguna línea de autobús que me deje aquí a esa hora. Pero si eso vuelvo en un rato —voy a darme la vuelta para marcharme, pero su voz me detiene.

—No, ya que estás aquí, quédate —extiende su mano hacia mí—. Yo soy David Parker, el dueño del gimnasio y tu tutor mientras estés en el programa.

—Mi carcelero —murmuro en voz baja.

—Puedes pensar eso o tomártelo como una oportunidad para aprender cosas nuevas —contesta retirando su mano.

—Perdone usted, señor Parker...

—David —dice interrumpiéndome.

—David, no creo que puedas enseñarme algo que yo no sepa ya. Tengo que estar aquí, y voy a hacer todo lo que me digas para aprobar este dichoso programa, pero nada más. Cumpliré mi parte y tú la tuya.

Veo cómo sonrío y los mechones grisáceos de su pelo rozan sus orejas mientras sacude la cabeza.

—Muchacho, no has entendido de qué va esto, pero tranquilo, pronto lo harás —señala con la mano la mochila que llevo sobre el hombro—. Deja eso por ahí y ven a ayudarme. Los demás llegarán en un rato.

Hago lo que me dice sin rechistar. Tengo que hacerlo si quiero salir de esta mierda de sitio. Camina frente a mí quitándose los guantes y entramos en lo que parece ser un pequeño despacho

con un montón de papeles apilados sobre una vieja mesa de madera.

—David, voy a ponerme con los sacos —dice una voz a mi espalda. Me giro y veo a un chico más o menos de mi edad, afroamericano y bastante fornido. Se me queda mirando y por su postura me doy cuenta de que es un luchador.

—Bien, deja solo cuatro colgados —le contesta David poniéndose una camiseta blanca de tirantes—. Por cierto, este es Ryder, el nuevo. Deja que te ayude con los sacos.

—Steve —dice el otro a modo de saludo—. Ven conmigo —lo sigo hacia la esquina donde están los sacos de arena y veo como coge uno poniéndolo sobre su hombro—. Hay que llevar esto al almacén. Ten cuidado de no hacerte daño, pesan bastante —levanto uno de los sacos y lo subo a mi hombro imitándole—. Por las magulladuras de tu cara y tu forma de levantar el saco sin apenas esfuerzo, me aventuro a decir que eres luchador. ¿MMA? —asiento—. Entonces aquí te sentirás como en casa.

—Eso lo dudo —murmuro siguiéndole. No parece mal tío y de primeras no me ha caído mal. Espero que eso no cambie.

Llegamos a un pequeño almacén donde hay apilados un puñado de colchonetas y objetos de entrenamiento, Steve me indica donde soltar el saco.

—Tío, si quieres un consejo...

—No lo quiero —lo corto.

—Te lo voy a dar de todos modos. He visto a algunos como tú venir por aquí, unos pocos intentaron adaptarse y les fue bien, pero otros se negaron a colaborar y terminaron de nuevo en los juzgados.

—Apuesto a que tú fuiste de los que colaboraron —digo cruzándome de brazos.

—Sí, así es. Yo estuve en el programa hace cinco años.

—¿Cinco años? —vale, eso no me lo esperaba.

—A los dieciséis. Ahora trabajo aquí con David. Es un buen tío, puedes confiar en él.

Salimos del almacén en busca de otros dos sacos, justo cuando veo pasar a una chica frente al despacho, le dice algo a David que no soy capaz de escuchar y sonrío despidiéndose con la mano antes de ir hacia la puerta.

Me quedo embobado mirándola cuando pasa frente a mí. Escucho como Steve le dice algo y ella contesta, pero estoy demasiado ocupado repasándola con la mirada para saber qué dicen. Joder, qué guapa es. No de manera llamativa o espectacular, sino todo lo contrario. Lleva puestas unas mallas de deporte a media pierna y una camiseta de tirantes que deja ver la parte superior de su sujetador deportivo. Su pelo negro lacio está sujeto por una goma en lo alto de su cabeza dejando al descubierto un cuello de piel clara y tersa. Pero lo más impresionante es su sonrisa, que junto a unos brillantes ojos azules, enmarcan una cara digna de un ángel. Por un instante nuestras miradas se cruzan, solo una milésima de segundo en el que dejo de respirar, ella hace un gesto con su cabeza a modo de saludo y veo como se coloca unos auriculares en los oídos antes de salir corriendo del gimnasio.

—¿Esa quién es? —le pregunto a Steve cuando consigo recuperar mi capacidad para hablar.

Mi compañero sonrío negando con la cabeza.

—Para ti, ella es una utopía —contesta palmeando mi hombro.



# Hola, soy Sam y estoy deseando ver el monstruo que escondes

*Sam*

Corro a un ritmo constante intentando acompañar mi respiración mientras la canción “*Breaking the habit*” de “Linkin Park” suena a través de los auriculares a todo volumen. Llevo el discman enganchado a la cinturilla de mi pantalón, y aunque me molesta un poco que impacte contra mi muslo a cada paso, vale la pena por poder escuchar música. Me encanta hacerlo cuando salgo a correr, cosa que acostumbro a hacer a diario. Mi padre me inculcó desde pequeña la pasión por el deporte y el bienestar físico. Cuando yo no me quedo hasta tarde estudiando por la noche, madrugo y salimos juntos a correr antes del amanecer, sino lo hace él antes de abrir el gimnasio y yo lo hago después.

Recorro los siete minutos que me separan de Bicentennial Park y continúo hacia New Mexico St pasando frente al colegio donde los padres dejan a sus hijos para una nueva jornada escolar, no pierdo el ritmo hasta que llego a Frank Crowe Park, aflojo un poco el paso parándome frente a una fuente para beber un poco de agua y sigo corriendo, ahora a un ritmo un poco más lento, los pocos metros que me restan para volver al gimnasio.

Miro mi reloj justo frente al edificio de verja roja que ha sido mi hogar desde que nací. He completado mi rutina en menos de cuarenta minutos. Sonrío entrando en el gimnasio y veo a Chase en el interior de la jaula, está peleando con el chico nuevo que vi esta mañana. Joder, qué bueno está, pienso mirando cómo se flexionan los músculos de sus brazos al lanzar un puñetazo que impacta directamente en las costillas de Chase. Hago una mueca y camino hacia Steve que mira el combate divertido.

—¿Te divierte ver a tu amigo recibir una paliza? —pregunto pegando mi hombro al suyo. Steve y yo somos amigos desde que él entro al programa de reeducación juvenil que dirige mi padre, y hace poco más de un año se convirtió en el novio de mi mejor amiga.

—No te compadezcas de él. Estaba fanfarroneando con el nuevo y le están dando una cura de humildad —Chase cae de espaldas contra la lona gracias a un placaje de su adversario y Steve hace una mueca de dolor sin dejar de sonreír.

Me fijo en la pelea durante unos segundos. El nuevo, aparte de estar como un queso, es bueno. Pelea con garra aguantando estoicamente los golpes que le devuelve Chase. Es fuerte, fornido, se nota que entrena a diario. No hay forma humana de mantener esos duros abdominales si no es a base de trabajo físico. Su espalda ancha termina en un trasero duro y redondo que dan ganas de morder. «¿Morder? ¿En serio, Sam?» me pregunto a mí misma mentalmente. ¿De dónde coño ha salido eso? Me recreo en su figura, alto, cálculo que rondara el metro noventa, pelo castaño oscuro o negro, lo tiene húmedo por el sudor así que no logro distinguirlo. Sus ojos son de color gris claro, eso lo comprobé esta mañana cuando le vi por primera vez, y tiene una cicatriz sobre la ceja izquierda muy sexi. No es muy mayor, sino no estaría en el programa, así que como mucho tiene veinte años

—¿Comprobando la mercancía? —pregunta Rox sobresaltándome. Estaba tan ensimismada comiéndome con la mirada al tío bueno, que ni siquiera la escuché acercarse.

—Está muy bueno —contesto sonriendo.

—¿Bueno? Eso es quedarse muy corto —afirma mi amigo con cara de vicioso—. Como juegue en mi liga no se me escapa.

Suelto una carcajada. Rox tiene muy claro lo que quiere y cómo lo quiere. Hace años que salió del armario y aunque no es el típico gay afeminado, no pierde oportunidad de lanzar la caña cada vez que un caramelo se cruza en su camino. Tampoco es que le falten pretendientes, es muy guapo. Su cara pilla de rasgos latinos y cuerpo de infarto atrae las miradas de hombres y mujeres allá donde vaya.

—No tiene pinta de ser de tu equipo —murmuro volviendo a mirarle. Golpea sin cesar a Chase. Es bueno, pero comete un error muy grave, no se defiende, solo ataca sin parar, y eso provoca que los golpes de su contrincante le atinen más veces de las que deberían.

—Los que no lo parecen son los más interesantes —rebate—. Oye, ¿necesitas un babero? —miro a mi amigo alzando una ceja—. Si le hincas tú el diente, me da igual que no sea de los míos.

—Gracias, pero paso —contesto.

—Vamos, tú lo has dicho, está muy bueno y le está dando una paliza a tu ex, eso es un punto a su favor.

—Chase fue mi novio cuanto teníamos dieciséis años, ya lo he superado. Ahora somos amigos y no me agrada que le estén dando un repaso.

—Pues tu futuro no novio y tu exnovio se están dando unas buenas leches —dice Steve. Rox y yo le miramos y él sonríe negando con la cabeza—. Perdón por interrumpir vuestro babeo a dúo por Ryder.

—¿Ryder? —inquire Rox—. Espera... ¿Ese Ryder? —Steve asiente y Rox me mira abriendo mucho los ojos—. Es el hijo de Eric Ryder.

—¿El excampeón del mundo? —pregunto sorprendida.

—Efectivamente —contesta Steve sin perder detalle de la pelea.

—Mierda, por eso está aquí —murmura Rox. Le hago un gesto con la mano para que se explique—. ¿No lees la prensa, chica? Casi mata a un tío de una paliza en una pelea clandestina. Iba hasta el culo de drogas cuando hicieron una redada en el club que las organizaba. Dicen que incluso golpeó a los policías que intentaban detenerlo.

Steve y yo nos miramos sorprendidos. Es normal que pasen todo tipo de delincuentes por aquí. La mayoría son chavales de doce a dieciséis años, pero hay excepciones y, como dice mi padre, esos son los más difíciles de encauzar, porque se creen adultos pero piensan como críos.

Escucho como mi padre da por terminada la pelea cuando ve que el ambiente está demasiado caldeado. Conozco a Chase, es un provocador nato. Cualquiera puede perder los papeles con él y más si eres de mecha corta, que creo que es el caso del nuevo, Ryder.

—Cambiando de tema —dice Rox rodeando mis hombros con su brazo—. ¿Esta noche te vienes con nosotros a cenar a Tony's?

—No puedo. Trabajo hasta las ocho y voy a estudiar hasta tarde. Los finales están a la vuelta de la esquina.

—Vamos, Willow también tiene exámenes y no se queda encerrada en casa —insiste.

—Ya, pero yo no soy un cerebritito como ella, así que me toca estudiar —digo encogiéndome de hombros.

Steve sonríe con una chispa de orgullo brillando en sus ojos.

—Cierto, mi chica es muy lista —señala.

Rox pone los ojos en blanco de manera teatral y vuelve a girarse hacia mí.

—Ella estudia medicina y tú trabajo social. Creo que si ella puede salir una noche con sus amigos y desconectar, tú también puedes.

—¿Sabes lo que es la epistemología de las ciencias sociales? —pregunto alzando una ceja.

—¡¿El alpiste de qué?!

—Si crees que es difícil pronunciar el nombre de la materia, imagínate tener que chaparse cinco temas para un examen. Gracias, pero paso de salir. Prefiero asegurarme la nota. Por cierto, me tengo que ir o no llego al trabajo —le doy un beso en la mejilla a Rox y me despido con la mano de Steve antes de ir hacia las escaleras que dan al piso superior.

Al pasar saludo a un par de chavales de doce y trece años con los que he ayudado a mi padre en alguna ocasión. Son buenos chicos. La mayoría de estos críos se han metido en líos, pero no son delincuentes. Mi padre trabaja directamente con asuntos sociales y cuando ven algún caso de riesgo de violencia juvenil en las familias a las que asisten, suelen enviarlos aquí.

Está demostrado que la disciplina que conllevan las artes marciales mixtas son muy beneficiosas para poder controlar comportamientos violentos en chavales jóvenes. No se trata de enseñarles a pelear, sino a controlar sus emociones y canalizarlas a través de la lucha.

Cuando estoy riendo de una tontería que dice uno de los chicos, veo como el nuevo me mira fijamente desde el otro lado del gimnasio. Mi padre le está hablando, pero él no le presta atención ya que no aparta su mirada de la mía. Papá parece darse cuenta de ello, se pone frente a él rompiendo nuestro contacto visual y yo sacudo la cabeza despidiéndome de los chicos y subiendo a casa.

Tras una buena ducha, desayuno algo y salgo de casa por la escalera de incendios para no tener que cruzar el gimnasio. El edificio completo es nuestro, era de mis abuelos paternos. Mi bisabuelo fue el fundador de Parker's Gym, aunque entonces era un gimnasio orientado al boxeo. Cuando mis abuelos murieron, mi padre se hizo cargo del gimnasio y reformó la planta superior para poder vivir en ella junto a mi madre. Ella no sobrevivió al parto. Ni siquiera llegué a conocerla y eso es algo que me apena muchísimo. No me quejo, mi padre ha sabido suplir con creces su falta. Se ha encargado de contarme cada detalle sobre su personalidad que recuerda y desde niña siempre me enseñaba sus fotos. Ha sido y es un padre excepcional, el mejor que cualquier hija podría desear.

Camino hacia la cafetería en la que trabajo de forma intermitente. No es un trabajo a jornada completa y tampoco todos los días, pero de ese modo puedo compaginarlo con mis estudios. Mi meta es llegar a ser asistente social. He crecido viendo a mi padre ayudar a esos muchachos y, aunque sé que su labor es extraordinaria, yo quiero hacer más. Necesito llegar a más gente. Por eso siempre tuve claro a qué quería dedicarme. Obviamente papá saltó de alegría el día que le dije que iba a estudiar en la Universidad estatal de Nevada, ya que está solo a quince minutos en coche de casa.

Allí fue donde conocí a Willow, mi mejor amiga, la chica más guapa, loca, buena e inteligente que he conocido jamás. Estudia medicina para seguir los pasos de su padre, un cardiólogo de prestigio que ha conseguido una buena fortuna gracias a su trabajo. Viven al sur de la ciudad, en la zona rica. Obviamente sus padres no tienen ni idea de la relación que mi amiga mantiene con Steve, a duras penas soportan que se relacione conmigo, la hija de un luchador que no tiene más que un viejo gimnasio donde caerse muerto.

Llego a la cafetería y saludo a Jasper, el hijo del dueño. Él es quien se está encargando del negocio ya que su padre no anda muy bien de salud. A pesar de ser solo un par de años mayor que yo, es muy responsable y buen jefe. Me sonrío de manera encantadora cuando paso a su lado y no desperdicia la oportunidad para piropearme. Es un cielo y muy mono. Me ha pedido que salga con él más veces de las que puedo contar, pero no me interesa, al menos no de ese modo. Ahora mismo solo quiero concentrarme en terminar mi carrera. Ya tendré tiempo para salir con personas

del sexo opuesto cuando eso ocurra.

Trabajo durante varias horas sin parar, hasta que veo como una pelirroja despampanante entra en el local provocando un aluvión de miradas a su paso. Entre sus admiradores, están unos tipos que suelen pasar por aquí muy a menudo. Son conocidos delincuentes del barrio. Silban y empiezan a soltar obscenidades al ver a mi amiga, pero ella ni se inmuta, se sienta en un taburete frente a la barra y me sonrío.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto mirando de reojo a Félix, uno de los pandilleros con el que mi padre ha tenido ya varios enfrentamientos por intentar captar a críos para la banda criminal a la que pertenece.

—Si Mahoma no va a la montaña... —contesta repiqueteando con sus uñas perfectamente arregladas sobre la superficie metálica de la barra—. Rox me ha llamado. Dice que no vas a venir esta noche.

—Tengo que estudiar, Will —contesto en tono hastiado.

—Lo sé, intenté hacérselo entender, pero tu amigo es más terco que una mula. Me ha obligado a prometerle que iba a intentar arrastrarte hacia el lado oscuro. Así que he venido a visitarte, me tomo un café contigo y, cuando salga de aquí, le mando un mensaje contándole cuanto he insistido en que no todo en esta vida es estudiar pero igualmente te has negado a salir esta noche.

Sonríó negando con la cabeza y dejo una taza de café frente a mi amiga.

—Gracias por tu incommensurable ayuda —comento con sorna.

—Para eso estamos las amigas. Ahora háblame del bollito de chocolate que he visto en el gimnasio. ¡Uau! ¿Ese bombón era real? Rox estaba literalmente babeando sobre él cuando me fui. Me dio pena, parecía bastante azorado por el ataque y derribo de la loca Rox.

—¿Bollito de chocolate? ¿Bombón? Te recuerdo que tienes novio, bonita.

—Ya, que esté a dieta de manzanas no quiere decir que no pueda apreciar un plátano, ¡y qué plátano, madre mía! —se da aire con la mano de forma teatral—. ¿Has visto cómo se le marcaba el paquete bajo el pantalón de deporte?

Suelto una carcajada. Solo a mi amiga se le ocurre fijarse en eso. Bueno, en realidad yo recuerdo haber estado varios minutos sin quitarle la vista de encima a su trasero, así que no soy mucho mejor que ella.

—Sabes que los tíos usan protectores en esa zona para evitar golpes ¿verdad? —le pregunto cuando consigo dejar de reír.

—Lo sé, he visto a Steve con ese protector puesto cientos de veces, pero no se le marca tanto. Te digo yo que debajo de ese pantalón debe tener un jodido monstruo. Además, ¿le has visto la cara? Esos ojazos grises y la ceja partida en plan malote —muerde su labio inferior con cara de viciosa y no puedo evitar volver a reír—. No te rías. Tienes que ligártelo.

—¿¿Qué?! ¿De dónde sacas eso? Ni siquiera le conozco.

—Pues vas y te presentas, le dices: “Hola, soy Sam y estoy deseando ver el monstruo que escondes”

—¡No voy a hacer tal cosa! —exclamo—. Además, no tenemos nada en común. Él es un niño rico que va de rebelde sin causa y yo soy una pobretona que intenta ser buena chica.

—Tú lo has dicho, lo intentas. En realidad eres una bestia sexual reprimida, pero eso ahora no entra al caso —me quedo pasmada escuchando como cambia de un tema a otro en milésimas de segundo. A estas alturas creí que ya era capaz de seguirle el ritmo, pero me equivocaba, no hay forma humana de ponerse a su altura cuando se pone a hablar sin parar—. Te recuerdo que no hay una pareja más dispareja en el mundo que Steve y yo. Si nosotros podemos, vosotros también.

—¡A ver, para, para! Vas cuesta abajo y sin frenos, muchacha. Te estás montando una película

en tu cabeza digna de un jodido Oscar. Ni siquiera he hablado una palabra con ese tipo y ya estás a punto de enviar nuestras invitaciones de boda.

—Yo no me estoy montando nada —refunfuña fingiendo estar ofendida.

—Yo dejo que me montes todo lo que quieras, pelirroja —Willow se gira para encarar a Félix que está justo a su espalda.

—Paso, no me van los capullos —contesta sin cortarse un pelo. Le hago un gesto con la mirada para que se calle, pero obviamente no me hace ni puñetero caso—. ¿Tienes algo en contra de los cinturones? —le pregunta señalando su pantalón que cae por sus caderas dejando la mitad de su calzoncillo a la vista.

—No, si quieres puedo usarlo contigo —replica él acercándose más a mi amiga.

—Retrocede, Félix —ordeno con voz autoritaria. Él me mira sonriendo de manera burlona.

—Si no ¿qué? ¿Vas a llamar a tu papá, Sam?

—No necesito a mi padre para hacerte morder el polvo. Creo que eso ya lo hemos dejado claro en más de una ocasión. Ahora lárgate de aquí y llévate a tus amigos contigo.

—Tranquila, preciosa —sigue burlándose mientras mira descaradamente hacia el escote de Willow—. Por cierto, dile a tu amigo la maricona que he pasado a saludarle. Hace tiempo que no le veo y no quiero que me extrañe —le lanza un beso a Willow y, tras acercarse a sus amigos, se marchan del local.

# Preferiría tocarte de otra manera que no fuese con mi puño

*Liam*

Entro en el gimnasio cuando aún no está abierto del todo. Como cada mañana, he venido antes para coincidir con ella. Ni siquiera sé su nombre. No he querido preguntarle a Steve cuál es, porque de alguna manera, me gusta ese misterio. Obviamente voy a tener que hacer algo por remediar eso más pronto que tarde, no pienso seguir observándola desde lejos sin hablar con ella, pero es que, a decir verdad, creo que tengo miedo a ser rechazado. Llevo una semana viéndola salir cada día del gimnasio vestida con su ropa deportiva, cerca de una hora después, vuelve a entrar con la respiración agitada por la carrera y sube por las escaleras que hay junto al despacho de David.

Los primeros días creí que trabajaba aquí, pero no la he visto participar en ninguna de las actividades que David nos ha obligado a hacer, así que he llegado a la conclusión de que debe ser familiar suyo, o quizás su novia, una novia demasiado joven para él, pero cabe esa posibilidad. Espero que no sea ese el caso.

Ella ni siquiera me mira. La última vez que lo hizo fue el primer día que vine. Ese fue el peor para mí. El capullo de Chase estuvo increpándome todo el tiempo y acabé peleando con él en el octágono. David detuvo la pelea antes de que fuera a más pero aun así pude darle un buen repaso, aunque admito que él también me dio unos buenos golpes.

Después de ese día, David no me ha dejado volver a la jaula, me ha mantenido haciendo ejercicios de entrenamiento, preparación física sobre todo y también entrenando a los chavales más pequeños. Aunque no lo admitiré frente a él, me gusta hacerlo. Los críos aprenden muy rápido y aunque algunos son bastante cabezotas y se niegan a colaborar por rebeldía, me resulta placentero hacerles ver que el deporte es una buena manera de desahogarse y liberar tensiones.

Steve se ha convertido en un buen compañero. No me equivocaba con él, es un gran tío y está colado por una pelirroja muy guapa que viene de vez en cuando y me mira como si yo fuese un jodido caramelo de frambuesa. No creo que lo haga intencionadamente. Se nota que está muy pillada por Steve, pero no puede evitar ser descarada. Por otro lado está Rox, el amigo de Steve. El día que nos conocimos tuve que repetirle un millón de veces que no soy gay. Estaba empeñado en demostrarme los beneficios de una relación homosexual a toda costa. Por suerte pude convencerlo de que no me interesaba en lo más mínimo y desde ese entonces, es muy amable y simpático conmigo. Chase es otro cantar. No le sentó muy bien que le diera esa paliza y me la tiene jurada, aprovecha cada ocasión que tiene para provocarme.

Según me contó Steve, ninguno de los tres está en el programa. Chase y Rox, al igual que Steve, participaron en él hace algún tiempo, pero tras su “reeducación” decidieron seguir frecuentando el gimnasio por placer. Son un trío muy extraño, a cada cual más distinto. Steve es afroamericano, Rox latino, y Chase parece sacado de una película de Rocky. Una pista, no es el protagonista, más bien el malo, un tipo rubio, alto y fornido con cara de mala leche y rasgos de Europa del Este. Si a esos tres les sumamos la pelirroja, hacen un grupo de lo más variopinto.

Paso bajo la verja y al levantar la mirada me doy de frente con la chica que ha pasado a ocupar mis pensamientos los últimos días. Joder, no se puede ser más guapa. Hoy lleva puesto un pantalón de yoga gris ceniza y una camiseta de tirantes negra algo escotada. La parte superior de

sus generosos pechos queda al descubierto y aunque intento no mirar para no parecer un descarado, no puedo evitar echar un vistazo. ¡Madre del señor, menudas tetas!

—Buenos días —saludo. Es la primera vez que le hablo directamente y, aunque no sé por qué, me sudan las manos y siento mi corazón latir a mil por hora. Ella me contesta con una sonrisa tímida que me deja completamente gilipollas y susurra un “Buenos días” antes de salir del gimnasio colocándose los auriculares.

Me maldigo a mí mismo por ser tan estúpido como para no poder hablar con una chica sin convertirme en un tarado mental y veo como David se acerca a mí sonriendo. Siempre lo hace, sonrío todo el rato. Me pone nervioso. ¿Por qué coño sonrío?

—Llegas justo a tiempo, Ryder —me dice palmeando mi hombro de manera cariñosa. ¿Por qué es tan amable? Me cuesta guardarle rencor y verle como el malvado carcelero si siempre intenta hacerme sentir cómodo—. Necesito ayuda para colocar las colchonetas en el octágono. ¿Puedes encargarte?

—¿Vas a dejarme entrar hoy? —pregunto tras asentir. David me mira estrechando los ojos y resopla.

—¿Quieres pelear? —pregunta sin rastro de diversión en su voz.

—Claro que quiero pelear. La lucha es mi vida. No sé hacer otra cosa más que pegar ostias.

—De eso ya me he dado cuenta —contesta.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto confundido.

—Pues que durante tu pelea con Chase, me di cuenta de que eres realmente muy bueno. No creo que ninguno de los que están aquí tengan tu nivel —se queda pensativo un momento y sonrío negando con la cabeza—. Bueno, quizás uno si lo tenga, pero el caso es que en esa pelea también me di cuenta de algo muy importante, golpeas con fuerza, con garra y no te amilanas ante nada. Humillas a tu oponente dejándole completamente destrozado —sonríe de manera chulesca cruzándome de brazos—. Ese es tu problema, careces de humildad y eres un puto desastre defendiéndote —mi sonrisa desaparece de un plumazo—. No puedes pelear a pecho descubierto, Ryder. Una buena defensa es medio combate ganado.

—¿Qué?! ¿De qué mierda hablas? —pregunto entre divertido y sorprendido. Tiene que estar de broma—. Sabes que lo acabas de decir es una gilipollez como una casa ¿verdad?

—¿Eso crees? —pregunta alzando una ceja.

—Sí, estoy seguro —contesto rotundamente.

—Bien, ya lo veremos. Ve a colocar las colchonetas, los demás estarán a punto de llegar.

Resoplo haciendo lo que me dice y sacudo la cabeza incrédulo. ¿Hablaba en serio? Este tipo está más loco de lo que creía.

Los chicos empiezan a llegar y, tras terminar de colocar las colchonetas, ayudo a Steve a organizar a los más pequeños para que aprendan alguna técnica de suelo. Él es una maquina en ese ámbito. Estoy deseando que nos enfrentemos en la jaula, estoy seguro de que será un buen contrincante a batir.

Miro el reloj que hay colgado en una de las paredes y desvío mi mirada hacia la entrada del gimnasio. Mi ángel debe estar a punto de llegar. Sí, ya sé que el apodo es muy cursi, pero no sé su nombre y en mi cabeza mando yo, así que Ángel se queda. La veo entrar quitándose los auriculares justo cuando David nos llama a todos a un lado. Nos agrupamos en corro a su alrededor y él me señala con el dedo.

—Entra en la jaula, Ryder —ordena.

Sonríe con suficiencia y me quito la camiseta y las zapatillas deportivas antes de subir al octágono. Empiezo a mover mis brazos y piernas para calentar los músculos viendo como Ángel

va hacia el despacho de David, entra y al instante vuelve a salir con unos papeles en la mano, toma asiento frente a una destartada mesa que hay en una esquina del gimnasio y empieza a revisar los documentos sin prestar atención a lo que está diciendo David.

—¿Puedo entrar con él? —ruega Chase a David señalándome con la mano.

—¿Qué pasa, no has tenido suficiente con la paliza del otro día? —le pregunto con objetivo de molestarle. Chase aprieta la mandíbula con fuerza y me asesina con la mirada.

—Quiero que prestéis mucha atención —dice David dirigiéndose a los chicos más jóvenes—. Ryder es un gran luchador —hincho el pecho de aire sonriendo de manera chulesca—. Cree que defenderse del ataque de tus oponentes es una pérdida de tiempo.

—Es que lo es —digo sin perder la sonrisa—. No tengo por qué defenderme si soy yo el que está golpeando, y yo siempre lo estoy haciendo.

—Voy a proponerte un reto. Yo escogeré a tu contrincante de entre alguien de este gimnasio. Obviamente eso no me incluye a mí. Si consigues golpearle una sola vez, no tendrás que volver más aquí. Tras el tiempo que te queda de condena, emitiré un resultado favorable de tu participación en el programa y ni siquiera tendrás que pasar por él.

Le miro entrecerrando los ojos. Es demasiado bueno para ser verdad.

—¿Dónde está la trampa? —pregunto.

—No hay trampa. Ese es el trato. ¿Aceptas?

Sonrí abiertamente crujiendo los nudillos y me pongo unos guantes asintiendo con la cabeza. Esto está chupado. ¿Solo un golpe? Estoy seguro de que puedo ganar un combate a tres rounds contra cualquiera de estos tíos, darles un solo golpe va a ser como quitarle un caramelo a un niño.

—Bien, ¿quién va a ser el afortunado? —pregunto golpeando mis puños entre sí.

—Sam, ¿puedes entrar en la jaula, por favor? —en el momento en el que David formula la pregunta, todos empiezan a reír y a burlarse, diciéndome que la he cagado y que no tengo nada que hacer, pero yo no entiendo una mierda. ¿Quién coño es Sam?

Mi pregunta es contestada cuando veo a mi Ángel caminar hacia la jaula moviendo los hombros en círculos, se descalza, y sube al octágono dejándome completamente descolocado.

—¿Qué mierda es esta?! ¿Es alguna especie de broma? —inquiero de mala leche mirando a David.

—Dije que yo escogería a tu contrincante —contesta encogiéndose de hombros.

Miro a mi ángel, Sam, y niego con la cabeza.

—Esto es ridículo —digo girándome y yendo hacia la puerta de la jaula.

—¿Qué pasa? ¿Crees que por ser mujer no sé pelear? —me pregunta Sam haciendo que me gire de nuevo hacia ella.

—No es eso. He peleado antes contra chicas, pero mírate y mírame a mí. Te saco dos cabezas y peso veinte kilos más que tú. No se trata de no respetarte como contrincante. Lo que no quiero es hacerte daño.

—Qué considerado por tu parte —señala de forma sarcástica.

Me acerco a ella y saco a relucir mi sonrisa seductora, esa que es una jodida baja bragas.

—Acostumbro a serlo, especialmente con lo que me interesa, en este caso, con quien me interesa —Sam alza una ceja y un lado de su boca se tensa hacia arriba en una sonrisa ladeada que me resulta de lo más sexi que he visto nunca. Escucho un resoplido al otro lado de la jaula.

—Ryder, deja de ligar con mi hija y golpéala —me ordena David dejándome de piedra.

—¿Tu hija? —pregunto sorprendido.

—Sí, mi hija. Ahora, si has acabado de cortejarla, me gustaría que empezaras a moverte.

—Ni siquiera lleva guantes o protector bucal —señalo.



—Tranquilo, no los necesita. Ella no va a golpearte a ti, solo se defenderá.

—Pero...

—Hazlo de una vez, Ryder. Te veo balbucear y fardar, pero no te veo pelear. Deja de darle vueltas y atácale.

Respiro profundamente girándome hacia ella que sigue mirándome con la ceja en alto.

—Lo siento, preciosa —susurro haciendo una mueca—. Tu padre me obliga a hacerlo. Espero no hacerte mucho daño.

—Tranquilo, no lo harás —contesta sonriendo abiertamente.

Levanto mis puños cogiendo una nueva bocanada de aire y lanzo un golpe hacia su cara que ella esquivo sin problema moviéndose con una gracilidad pasmosa. La chica sabe moverse. Ahora me gusta aún más que antes. Lanzo un gancho de izquierdas y nuevamente ella lo esquivo sin ni siquiera inmutarse.

—Cariño, preferiría tocarte de otra manera que no fuese con mi puño —digo mirándola fijamente.

Sus ojos se entrecierran y vuelve a mostrarme esa media sonrisa. No pierdo tiempo, lanzo una serie de golpes, uno tras otro, y ella los esquivo todos. Siento un golpe en mi nuca, como una palmada suave, me giro y la veo ahí, a mi espalda, sonriéndome de manera burlona. ¿Cómo demonios ha llegado ahí? Estaba frente a mí hace solo un segundo. Nuestros espectadores empiezan a reír a carcajadas, obviamente se burlan de mí y eso me cabrea. Vuelvo a la carga intentando por todos los medios acertar al menos un golpe, pero no lo consigo.

—Te sientes frustrado, ¿verdad? —escucho que me pregunta David. No le contesto. Mi atención está puesta por entero en la mujer que tengo delante moviéndose de un lado a otro, descolocándome por completo. Se mueve tan rápido que apenas puedo ver sus piernas. Vuelvo a intentarlo. Lanzo puñetazos a diestro y siniestro, lo hago una y otra vez sin conseguir impactar en mi objetivo. A estas alturas me conformaría con al menos rozarla mínimamente—. Así es cómo se siente tu contrincante cuando no consigue golpearte. Frustrado, desesperado y exhausto. Gastas el triple de energía lanzando un golpe y fallando, que impactando en tu oponente —hago un nuevo intento, que me deja completamente destrozado. Estoy agotado—. El mejor ataque, siempre viene tras una buena defensa —continúa diciendo David—. Sam, acaba ya con él.

La chica me mira y una sonrisa burlona se dibuja en su rostro antes de hacer un giro casi imposible, situarse a mi espalda y barrer mis piernas de una patada sin que pueda hacer nada para evitarlo. Antes de que pueda pestañear, tengo mi brazo aprisionado entre sus piernas que se colocan sobre mi pecho para que no pueda levantarme y así poder hacer palanca para que la llave funcione. Grito de dolor sintiendo como el hueso de mi hombro se resiente y golpeo la lona con la palma de la mano rindiéndome.

Sam me suelta al instante y se levanta de un salto. Yo me quedo tirado en el suelo boca arriba intentando recuperar el aliento. No me lo puedo creer. He peleado contra verdaderas máquinas de matar y nunca me han sometido de este modo, y esta chica ha sido capaz de hacerlo sin despeinarse. Abro los ojos y veo su cara sobre mi cabeza, me mira desde arriba y extiende su mano para ayudar a levantarme. No voy a perder la ocasión de tocarla, sujeto su mano y me impulso hacia arriba poniéndome en pie y viendo como todos empiezan a disiparse riendo del lamentable espectáculo que acabo de dar. Si mi padre hubiese visto esto, me habría matado con sus propias manos.

—¿Estás bien? —me pregunta Sam.

—Sí, solo mi ego ha resultado herido.

Hago una mueca moviendo mi hombro y ella se disculpa con la mirada.

—Tardaste demasiado en rendirte. Creí que tendría que romperte el brazo y eso es algo que me resulta bastante desagradable.

—Qué bien. Me lo apuntaré para la próxima vez. No puedo dejar que Sam me rompa el brazo, a ella no le gusta —una sonrisa tira de sus labios gracias a mi broma y asiente antes de irse de la jaula dejándome ahí plantado.

Vuelve a sentarse frente a esos papeles como si no hubiese pasado nada y yo salgo del octágono con mi ego hecho pedazos y el brazo dolorido.

—¿Sigues pensando que la defensa no es importante? —me pregunta David cuando llego a su lado. Miro su postura relajada y comprendo que no hay ni rastro de superioridad en ella. Mi padre en su lugar estaría machacándome y haciéndome sentir la persona más estúpida y débil del universo.

—Supongo que voy a tener que tragarme mis palabras —murmuro apretando la mandíbula—. ¿De verdad habrías cumplido con tu parte del trato si hubiese ganado?

—Muchacho, ¿crees que habría mandado a mi hija ahí arriba, sin ningún tipo de protección y con un luchador que es incapaz de controlar sus propias emociones, si pensara que tenías la mínima oportunidad de rozarla? —pone una mano sobre mi hombro y le da un apretón cariñoso—. Eres bueno, Ryder, y probablemente llegues muy lejos en este deporte, pero si no empiezas a defenderte, algún día podrías llevar un buen golpe y no vivir para contarlo. Entiendo que te han enseñado unos valores equivocados. Ganar no siempre es la meta, no si en el recorrido pierdes tu propia humanidad.

Una vez más no puedo evitar comparar a este hombre con mi padre. Son como la noche y el día. Quizás mi padre haya llegado muy lejos siendo como es, pero como persona no le llega a la suela de los zapatos a David.

El resto de la mañana seguimos entrenando sin descanso. Mientras Steve y yo seguimos con los más jóvenes, Chase y Rox se enfrentan en el octágono. No había visto a Rox pelear y, la verdad, no lo hace mal. Es un poco lento en sus movimientos, pero eso es algo normal dada su envergadura. El tipo debe medir más de dos metros.

Miro de soslayo a Sam cada vez que tengo ocasión. Ella no levanta la mirada de los papeles mientras toma anotaciones en una libreta, hasta que la pelirroja entra en el gimnasio y tras saludar a Steve con un intenso morreo, va hacia ella y se sienta en el borde de la mesa. Las dos empiezan a hablar sin que pueda escucharlas. En un momento dado, la pelirroja me señala con la cabeza y Sam le fulmina con la mirada antes de echarse a reír a carcajadas.

¿Están hablando de mí? Más bien creo que se están riendo de mí, pero eso no me molesta. Dejaré que se burle de mí siempre que pueda verlo.

David da por terminada la jornada y todos los chavales se marchan. Solo Rox, Steve y Chase se quedan. Tras entrar en el pequeño vestuario para librarnos del sudor del entrenamiento, ellos van directamente hacia donde están Sam y la pelirroja, creo recordar que se llama Willow. Bromean y ríen sin parar. David sube por las escaleras que hay junto al despacho mientras yo acomodo unas pesas solo para disimular que estoy esperando a que Sam se quede sola para acercarme. No tengo que esperar demasiado, los demás se van poco después. Al pasar por mi lado, Rox y Steve se despiden con la mano y salen del gimnasio.

# Más nerviosa que un cerdo en una carnicería

*Sam*

Los chicos se van tras convencerme de hacer una pausa de mi trabajo de política social y quedamos en vernos en la azotea cuando el repartidor llegue con nuestro pedido. Estoy a punto de dejarlo cuando veo por el rabillo del ojo la forma de una figura alta parado frente a mí. No necesito levantar la vista para saber quién es. Llevo evitando su abrasadora mirada desde que bajé del octágono. A Willow le dio un ataque de risa cuando le conté que le había dado un repaso al “chico monstruo” como ella lo ha apodado. “Solo a ti se te ocurre llamar la atención de un hombre pateándole el culo”, dijo entre carcajadas.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto sin levantar la mirada de los papeles.

Le escucho carraspear y sonrío levemente al ver cómo cambia su peso de una pierna a la otra. Parece nervioso y, no sé por qué, eso se me antoja de lo más mono.

—¿Cómo hiciste eso? —inquire con voz dubitativa.

—¿Exactamente de qué estamos hablando? —levanto la mirada hacia él alzando una ceja de manera interrogante.

—En la jaula, estabas justo delante de mí y de pronto apareciste a mi espalda. ¿Cómo lo hiciste?

—Son años de práctica —contesto empezando a organizar los papeles en un montón.

—¿Te ha entrenado tu padre? —asiento—. Debe haber sido muy duro contigo para que hayas llegado a ese nivel.

—¿Duro? ¿Qué quieres decir con eso? —veo que entrecierra los ojos como si no entendiera mi pregunta—. A ver, conlleva un esfuerzo físico, pero estoy acostumbrada a él. Llevo toda mi vida practicando deporte.

—¿Por qué no compites de manera profesional? —pregunta sentándose al borde de la mesa. Me echo hacia atrás apoyando mi espalda en el respaldo de la silla para no estar tan cerca suya. Me pone nerviosa su cercanía.

—Porque no quiero. Me gusta la lucha y la practico a modo de hobby, pero no es algo de lo que quiera hacer carrera.

—Estás estudiando —susurra mirando hacia los papeles que hay apilados al borde de la mesa—. ¿Qué estudias?

—Trabajo social —contesto.

Va a decir algo pero en ese momento un chico vestido de repartidor entra en el gimnasio diciendo mi nombre. Tras recoger las pizzas y pagarle, me giro hacia Ryder que me mira sorprendido.

—¿Vas a comerte tú sola todo eso? —inquire divertido.

—No, en realidad he quedado con los chicos. Solo estaba esperando el pedido.

—Oh, entonces yo ya me voy. No te entretengo más. Supongo que nos veremos mañana por aquí.

—Sí, supongo que sí.

Se despide alzando la mano y camina hacia la salida con lentitud.

—¿Ryder! —grito sin pensarlo demasiado. Se gira de nuevo hacia mí esperando que siga

hablando—. ¿Tienes algo que hacer ahora? —niega con la cabeza—. ¿Tienes hambre? —sonríe asintiendo y yo camino hacia él con las pizzas en las manos—. Sígueme —susurro saliendo del gimnasio.

Camino por la acera unos pocos metros y giro en la esquina bordeando el edificio. Ryder me sigue sin decir nada y veo confusión en su mirada al ver que empiezo a ascender por la escalera metálica de incendios del edificio. Al llegar a la cima, empujo la puerta de acceso a la azotea con el hombro y veo a mis amigos riendo mientras beben unas cervezas. Al verme, Willow, que estaba sentada sobre las piernas de su novio en el gastado sofá que tenemos aquí arriba, pega un salto.

—¡La comida ha llegado, señores! —exclama sonriendo, pero su sonrisa se queda a medio camino cuando ve quien está a mi espalda—. Has traído al monstruo —señala alzando las cejas repetidamente.

Pongo los ojos en blanco y la ignoro dejando las pizzas sobre un barril de madera que usamos a modo de mesa.

—Creo que ya conoces a todos —le digo a Ryder, que se mantiene en silencio y con actitud tímida.

—Por supuesto que nos conocemos —murmura Rox mordiéndose el labio con lascivia—. Es mi futuro marido, aunque él aún no lo sabe.

Todos ríen a carcajadas menos Ryder, que mira a mi amigo algo cohibido, y Chase, al que parece no agradar la presencia de mi invitado sorpresa.

—Rox, deja ya de acosarle —pido a mi amigo—. Por la cantidad de veces que te ha rechazado, creo que deberías darte por vencido y aceptar que no juega en tu liga.

—No, si por las chispas que saltaban en esa jaula hace un rato, creo que aquí nuestro nuevo amigo ya ha elegido a su compañera de equipo —replica Rox haciendo que me sonroje. Lo voy a matar, lenta y dolorosamente.

Le lanzo una mirada asesina y él levanta las manos a modo de rendición.

—¿Ahora también tenemos que aguantar al niño de papá aquí? —pregunta Chase señalando a Ryder con la cabeza. Su postura rígida y la forma en la que cruza los brazos sobre el pecho, es su típica manera de provocar.

—¿Te molesto? —le pregunta Ryder sin amilanarse.

—¿A mí? No —contesta el otro—. Pero pensé que tendrías un poco más de dignidad. No solo te da una paliza una chica, además te conviertes en su perrito faldero —le agujonea.

Ryder da un paso hacia él de manera amenazante, pero yo me interpongo en su camino mirando a Chase con una ceja en alto.

—Punto número uno —digo alzando el dedo índice—. Creo recordar que mi perrito faldero, como tú lo llamas, hace tan solo unos días te dio una buena paliza. Y punto número dos, es increíble que te burles de él por haber perdido contra una chica, cuando esa misma chica te ha hecho morder el polvo más veces de las que puedas contar.

—Pero...

—Chase, cállate ya —dice Steve zanjando la conversación. Él siempre ha sido el más sensato de todos nosotros y le respetamos por ello.

Chase resopla dejándose caer en una colchoneta en el suelo, con cara de mala leche, y Steve se incorpora sentándose en el sofá y señalando el lugar vacío a su lado mientras le tiende una lata de cerveza a Ryder con una sonrisa en sus labios. Este la acepta de buena gana y Willow vuelve a sentarse sobre las piernas de su chico, mientras yo me tomo asiento en el reposabrazos del sofá junto a Ryder.

Enseguida damos buena cuenta de la comida mientras nos comentamos animadamente el

combate que emitieron el fin de semana pasado por la tele. Ryder participa poco en la conversación a pesar de los esfuerzos de Steve por introducirlo en ella. Contesta a lo que se le pregunta y da su opinión sobre algunos puntos, pero parece bastante descolocado.

Steve le tiende otra cerveza y él la coge sorprendido.

—¿Sabe David que venís aquí arriba a beber? —pregunta.

—Mi padre no es imbécil —contesto tras darle un trago a mi lata—. Somos mayorcitos y no le molesta que usemos este sitio. Tampoco es que estemos fumando crack, solo son unas cervezas.

—La cerveza previene el colesterol —señala Willow tras dar un último trago a la suya—. Además de la diabetes de tipo dos o biliarens renales, es rica en antioxidantes y vitamina B6, eso es algo que ayuda a proteger nuestro cuerpo de enfermedades cardiovasculares.

Todos la miramos sorprendidos. Willow es así. No es que intente hacerse la listilla, ella es lista, y no puede evitar soltar esas perlas de vez en cuando.

—Mi chica es todo un cerebritito —susurra Steve antes de besarla. Mi amiga no se hace de rogar y acaban comiéndose el uno al otro mientras nosotros negamos con la cabeza.

—¡Ya vale! Buscaos una habitación —digo empujándolos.

Willow me mira sonriendo y alza las cejas de manera sugerente.

—¿Nos prestas la tuya?

—Claro, baja y dile a mi padre que vas a usar mi habitación como picadero, a ver qué te dice.

—Espera... El señor P. Eso suena genial —susurra mordiendo su labio inferior con lascivia—. ¿Qué dices, cariño? —le pregunta a Steve acariciando su pecho—. Tú, yo y el señor P.

Steve hace una mueca de asco que debe parecerse mucho a la mía y los demás estallan en carcajadas.

—Quiero sacar esa imagen de mi mente —murmuro.

—Créeme, yo también —secunda Steve.

—¿Qué?! Vamos Sam, tienes que admitir que tu padre es un PTF. Con ese aire madurito y su sonrisa rompe bragas —suelta un gemidito pasándose la mano por el cuello—. Está buenísimo.

—Creo que me acabo de empalmar pensando en David —suelta Rox con cara de asco.

Escucho como Ryder suelta una carcajada espontánea y los demás le siguen.

—¿Qué coño es un PTF? —pregunta Chase cuando consigue parar de reír.

—Padre totalmente follable —contestamos Will y yo al unísono.

—Esta pizza está muy buena —murmura Ryder comiendo otro trozo.

—La pizza de Tony's es la mejor de la ciudad —afirma Rox—. Lo mejor es que está justo aquí al lado. Solemos ir de vez en cuando a cenar allí. Un día de estos te tienes que venir.

—Lo haré —susurra mirándome fijamente.

—Vale, ha estado genial pero tengo que irme. El lunes tendría que entregar un trabajo que ni siquiera he empezado —declara Willow.

—Tienes todo el fin de semana —le digo.

—Todo no porque mañana por la noche salimos, y no acepto un no por respuesta. Cena en Tony's y después a bailar. Ryder, apúntate si quieres. Vamos a pasarlo bien.

Él asiente y yo hago lo mismo sabiendo que no voy a poder librarme de esta. Además, me apetece ir. Últimamente no hago más que trabajar y estudiar. Tengo a mis amigos abandonados.

—Yo también me voy —dice Rox levantándose—. Mañana tengo que currar con mi padre.

—¿No vienes a Gold Strike? —le pregunta Steve.

—Me encantaría, pero me va a tocar cambiar las botas de montaña por el casco de obra.

—¿Gold Strike Hot Springs? —consulta Ryder.

—Sí —contesto—. Mañana por la mañana vamos a hacer parte de la ruta.

—Por eso me dijo David que trajese botas de montaña. No he ido nunca.

—¿En serio, tío? —Steve sonríe palmeando su hombro—. ¿De verdad has vivido en Boulder toda tu vida? Ese sendero de montaña rocosa es el atractivo de la ciudad. Creo que el sendero entero lo habré recorrido unas veinte veces y el trayecto corto, que es el que vamos a hacer mañana con los chavales, más de cincuenta.

—Lo conozco. He oído hablar de él pero nunca he ido. En mi familia no somos mucho de hacer excursiones.

—Pues disfrútalas por mí —le dice Rox—. Yo estaré cargando sacos de cemento y ladrillos.

Steve acompaña a Willow a su coche y Chase y Rox también se van. Yo cojo una bolsa de plástico y empiezo a recoger las latas vacías y cajas de pizza que hay sembradas por todas partes.

—Deja, ya lo hago yo —digo al ver como Ryder se pone a recoger también.

—No, te ayudo. ¿Tú también vienes a Gold Strike?

—Sí, suelo participar en esas excursiones. Le echo una mano a mi padre a controlar a los chavales.

—Entonces no vas a salir a correr como todos los días.

—¿Cómo sabes que salgo a correr todos los días? —pregunto mirándole fijamente.

Veo como sonríe y camina hacia mí. Joder, qué guapo es. Empiezo a pensar que tengo un serio problema de obsesión por esa ceja suya. Es que le da un aire tan macarra que me pone a cien.

—Quizás te haya estado observando —susurra pegándose a mí. Como siempre, su cercanía me pone nerviosa—. Solo un poquito.

—¿Observando en plan acosador? —pregunto en broma.

Su sonrisa se expande y siento como coloca sus manos a ambos lados de mi cintura. Mierda, creo que voy a entrar en combustión espontánea en cualquier momento.

—Observando en plan, me gustas y quiero saberlo todo sobre ti —susurra contra mis labios.

Contengo la respiración. Hay tan poco espacio entre los dos que estoy segura de que puede notar como mi corazón rebota contra mi pecho de manera salvaje.

—¿Qué haces? —pregunto en un susurro casi inaudible.

—Voy a besarte —dice justo antes de que su boca se pegue a la mía.

Sus labios cubren los míos moviéndose suavemente. Está tanteando el terreno, puedo notarlo, como si intentara descubrir si voy a apartarme. ¿Voy a hacerlo? Mierda, no. Claro que no. Rodeo su cuello con mis brazos y profundizo el beso separando mis labios levemente a modo de invitación. Ryder no desperdicia la ocasión, introduce su lengua en mi boca entrelazándola con la mía mientras sus manos se aferran con fuerza a mi cintura. Joder, es demasiado bueno. El mejor beso que me han dado nunca. Sus manos van bajando hacia mi trasero pero, antes de que pueda alcanzarlo, yo termino nuestro beso apartándome levemente. No quiero ir más allá. Si lo hago quizás pierda la cabeza y acabe tirándome en la dichosa azotea.

—¡Woow! —exclama sonriendo abiertamente—. Eso ha sido mejor de lo que esperaba.

Su declaración me arranca una sonrisa. Yo también lo creo. Posiblemente sueña con este beso el resto de mi días, así de perfecto ha sido.

—¿De lo que esperabas? ¿Cuánto tiempo llevas pensando en esto?

—Desde el primer jodido día en que te vi —contesta volviendo a besarme.

Nos besamos un rato más dejándonos llevar por la pasión y el deseo que sentimos. Estoy a punto de replantearme seriamente lo del sofá cuando decido apartarle nuevamente.

—Tengo que irme —digo sintiendo cómo mis labios están irritados de sus besos—. Esta noche trabajo y aún tengo que ir a casa a cambiarme.

—¿Te acompaño a casa?

—Solo tengo que bajar un piso —señalo hacia el suelo y él entrecierra lo ojos como si acabara de encajar todas las piezas de un puzle.

—Vives por encima del gimnasio. Ahí es donde llevan las escaleras que hay junto al despacho de David.

—Sí. Aquí abajo vivimos mi padre y yo y Steve en el gimnasio.

—Espera... ¿Steve vive aquí? —asiento.

—Hay una pequeña habitación, se accede a ella desde el despacho.

—¿Por qué vive ahí?

—Esa es una larga historia y yo ando justa de tiempo —contesto apartando sus manos de mi cintura.

—Bien. Entonces nos vemos mañana —dice sonriendo.

—Sí, mañana.

—Voy a estar deseando que este día termine para poder verte de nuevo —dice antes de darme un suave beso en los labios, me guiña un ojo y se marcha dejándome más nerviosa que un cerdo en una carnicería.

¿Qué coño acaba de pasar aquí? ¿De verdad le he besado? Bueno, en realidad fue él quien me besó a mí, pero yo no me resistí ni un poquito.

Suspiro y bajo a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Accedo desde la escalera de incendios directamente a mi habitación. Papá siempre me dice que tengo que cerrar la ventana por dentro. Tiene razón, si yo puedo entrar por aquí cualquiera puede hacerlo, pero me resulta muy cómodo tenerla abierta para poder entrar cuando vengo de la azotea sin tener que ir por el gimnasio.

Cojo algo de ropa para cambiarme después de la ducha y no me paro a pensar en lo que acaba de pasar hace un momento. En realidad solo ha sido un beso. Bueno, unos cuantos, pero no tiene por qué significar nada. Casi no le conozco y él tampoco a mí. Además, no parece ser del tipo de hombre que mantiene relaciones, y eso de las relaciones esporádicas no va conmigo.

Las dos relaciones que he mantenido en mi vida han sido serias. Todo lo serias que pueden ser a mi edad. El primero fue Chase. No voy a decir que fue el gran amor de mi vida. Le conocí cuando ambos teníamos dieciséis años. Él entró al programa de mi padre después de haber sido arrestado por trapear con marihuana. Fue su propia familia la que quiso que viniera al gimnasio y ahí nos conocimos. Me llamó la atención sus rasgos duros y ese pelo rubio que siempre lleva despeinado. Empezamos a salir y poco después nos acostamos. Fue mi primera vez y no estuvo mal, pero tras unos meses juntos nos dimos cuenta de que no encajábamos. Aunque a veces parezca un capullo, Chase es un buen tío y tiene un corazón enorme. El día que le dejé, él me dijo que se alegraba de que lo hubiera hecho. Llevaba tiempo queriendo hablar conmigo para terminar lo nuestro pero no se atrevía por miedo a lastimarme.

Después salí con Gregory en mi primer año de universidad. Un tío divertido y buena gente que no entendía mi afición por el deporte. No pido un hombre que salga a correr conmigo todas las mañanas, eso no lo necesito. Es más, podría estar con un hombre que ni siquiera le guste el deporte, pero por lo que no paso es por que intenten cambiar mi forma de ser. Gregory intentó convencerme, sin éxito, que la lucha era muy poco femenina y nada atrayente. Yo soy una chica de vaqueros y camisetas estampadas y él buscaba a una Barbie de manicura perfecta y tetas de silicona. Tras un año de relación, él me dejó. Creí que eso me haría daño pero no fue así. Cuando finalmente sucedió, me sentí aliviada.

Escucho como tocan a la puerta de mi habitación. La puerta se abre y mi padre me mira sorprendido.

—No te he visto entrar —dice frunciendo el ceño. Señalo la ventana y veo como pone los ojos

en blanco—. ¿Trabajas esta noche?

—Sí, empiezo a las ocho. ¿Querías algo?

—No, solo pasaba a saludarte y... —al ver mi ceja alzada sonrío negando con la cabeza—. Vale, me has pillado. Quiero hablarte de algo.

—¿De qué? Tiene que ser rápido o no llegaré al trabajo.

—Quería darte las gracias por lo que hiciste hoy con Ryder —«Mierda. ¿Nos ha visto?» Trago saliva y sonrío falsamente sentándome a su lado a los pies de mi cama.

—Exactamente, ¿qué es lo que me estás agradeciendo? —pregunto con prudencia.

—Que me ayudas con él metiéndote en la jaula —suelto el aire que estaba conteniendo y le sonrío.

—No hay problema, papá. Ya sabes que no me importa echarte una mano.

—Lo sé, y por eso quiero pedirte algo —hace una pausa y se rasca la nuca—. Creo que Ryder es un buen chico. Le han enseñado unos valores que no son los correctos, pero no creo que sea mala persona y quiero ayudarle.

—Deberías, te pagan por ello —bromeo—. Yo también creo que es una buena persona.

—Sí, por eso quiero que pases tiempo con él —vuelvo a alzar una ceja en su dirección—. Ya sabes lo que quiero decir. La gente de la que nos rodeamos influye mucho en nuestras vidas y pienso que tú serías una buena influencia para ese muchacho.

—Papá. Porque te conozco, sino podría pensar que estás intentando endilgarme a Ryder como algo más que un amigo —señalo tras reírme.

—¿Qué?! ¡No! Yo no he dicho eso. Ya sé que no es tu tipo.

—¿Mi tipo? —vuelvo a reír—. ¿Qué sabrás tú cómo es mi tipo?

—Saliste con Chase y es totalmente lo opuesto a Ryder.

—Quizás por eso no esté ahora con él, ¿no crees?

—Espera, ¿eso quiere decir que te gusta Ryder?

—Yo no he dicho eso —murmuro desviando la mirada.

Esta vez quien ríe es él.

—Claro que te gusta. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Papá —siseo a modo de advertencia.

—Vale, vale. ¿Crees que es muy pronto para que empiece a llamarle hijo?

Golpeo su hombro y él ríe a carcajadas.

—Lárgate. Tengo que cambiarme para ir al trabajo.

—Está bien —se levanta y besa mi frente cariñosamente antes de caminar hacia la puerta, pero antes de salir se gira de nuevo hacia mí—. Te daría las gracias por ayudarme con él, pero creo que aunque no te lo hubiese pedido lo habrías hecho de todos modos —le lanzo un cojín a la cara, pero él cierra la puerta rápidamente.



# Ese beso fue épico y no vas a negármelo

*Liam*

Me levanto con las pilas totalmente cargadas. Hace mucho que no me sentía tan bien. En realidad, no recuerdo cuando fue la última vez que estuve tan entusiasmado por algo, y eso tiene solo un nombre, Sam Parker. Esa chica me ha absorbido totalmente el cerebro. No soy capaz de pensar en otra cosa que no sea ese beso que nos dimos en la azotea del gimnasio. Estoy así por un simple beso. Después de haberme tirado a más mujeres de las que puedo contar, un solo beso me tiene como un jodido idiota.

Mi día mejora al descubrir que mi padre no está en casa ni va a estar en los próximos días. Ha salido de viaje. Ahora que no tiene que estar aquí para entrenarme, aprovecha para irse de vacaciones, seguramente acompañado de alguna de sus amantes. Sinceramente, no voy a echarle de menos. Cuanto más tiempo pase lejos de mí, más tranquilo estaré.

Me tomo un café a toda prisa y salgo de casa cogiendo “prestada” la moto de Eric. A él no le gusta que lo haga pero tampoco tiene por qué enterarse. Cuando estaciono frente al gimnasio, aún no ha amanecido. Creo que vuelvo a llegar demasiado temprano pero no se me puede culpar, estoy ansioso por verla de nuevo. No sé qué me pasa con esta chica, pero sea lo que sea, no quiero que pare. Me gusta esta sensación, me hace sentir vivo.

La verja se abre y somnoliento Steve me mira entrecerrando los ojos.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunta sorprendido.

—He llegado pronto —digo a modo de respuesta encogiéndome de hombros.

Steve deja la verja a media altura y me hace un gesto con la cabeza para que entre.

—¿Quieres un café? —asiento y le sigo hacia el despacho de David.

Como Sam me dijo, hay una puerta que no había visto la única vez que estuve aquí, Steve la abre y yo le sigo al interior de la habitación. Aunque el espacio es pequeño, todo está muy limpio y ordenado. Hay una cama pequeña pegada a la pared, un escritorio con su respectiva silla y, sobre una mesa, una cocina de camping y una cafetera eléctrica que ya está encendida. Steve sirve un par de cafés y me tiende uno mientras revisa su teléfono móvil.

—¿Por qué vives aquí? —pregunto sin pensar. Él me mira por encima de su taza y me arrepiento al instante de haber formulado esa pregunta—. Lo siento. No es asunto mío.

—Tranquilo. No pasa nada —deja la taza sobre la mesa y se cruza de brazos—. Entré en el programa de David cuando tenía dieciséis. Me pillaron robando en una licorería y no era la primera vez que lo hacía. Mi padre siempre fue un borracho que obligaba a mi madre a prostituirse y a mí a robar para que él pudiera tocarse los cojones a gusto. Si no hacíamos lo que él decía, nos molía a palos. Cuando llegué aquí era un putito desastre. Solo pensaba en qué pasaría cuando que llegara a casa cada noche sin un centavo y ninguna botella de licor para calmar su ira.

Un día David me pilló robándole su colgante, ese que lleva siempre puesto —asiento indicándole que sé a qué se refiere. He visto ese colgante en forma de dos guantes de boxeo colgado al cuello de David—. Se lo quitó en el vestuario para ducharse y yo aproveché para robarlo. Creí que al menos sacaría unos cuantos dólares para que mi padre me dejara en paz. Llevaba dos días recibiendo sus golpes por llegar a casa con las manos vacías. Cuando David me pilló con las manos en la masa, pensé que me denunciaría a los servicios sociales y finalmente me

encerrarían en un centro de menores, pero no lo hizo. Me quitó el colgante de la mano y solo preguntó para qué necesitaba el dinero —me mira y hace una mueca—. Estaba desesperado. Ya no podía aguantarlo más, así que se lo conté todo.

»Esa misma noche una patrulla de policía fue a mi casa. Detuvieron al cabrón de mi padre y a mi madre la llevaron a un centro de mujeres víctimas de malos tratos. Dijeron que ella no estaba capacitada para tener mi custodia y pretendían ponerme en manos del estado, pero una vez más, David me salvó. Habló con el asistente social y logró convencerlo para que le dieran mi tutela temporal.

»Tu pregunta era, por qué vivo aquí, y la respuesta es sencilla, porque quiero. Estuve viviendo en casa de David y Sam hasta hace un par de años, terminé el instituto y David me ofreció trabajo aquí en el gimnasio. Él nunca quiso que me fuera de su casa, pero aquí tengo más libertad y siento que él ya hizo bastante por mí. Quiero salir adelante por mí mismo. Sé que esto no es mucho — señala la habitación con su brazo—, pero es más de lo que nunca he tenido.

—¿Qué ha sido de tu madre? —pregunto.

—Lo último que supe de ella fue que se mudó a Colorado y se ha vuelto a casar. No tenemos mucho contacto.

—Lo siento, tío —susurro siendo completamente sincero. Supongo que no importa si naces en una cuna de oro o en una de mimbre, si la vida quiere ser una perra contigo lo es de todos modos.

Steve asiente y David entra en la habitación bostezando.

—Necesito un café —anuncia yendo directamente hacia la cafetera. Tras darle un trago a su bebida, suspira y me mira alzando una ceja—. Es sábado. ¿De verdad no tenías nada que hacer aparte de venir aquí a la hora de las gallinas? —niego con la cabeza—. Deberías probar a dormir, dicen que sienta bien.

—¿No tienes café en casa? —pregunto señalando su taza.

—Sí, pero prefiero este. Mi hija es buena en muchas cosas, pero hacer café no es lo suyo — escuchamos voces en el gimnasio y David apura su café de un trago—. Si le cuentas que te he dicho eso, estarás un mes fregando los baños —amenaza golpeando mi espalda antes de salir de la habitación.

David organiza a los chicos por grupos, los mayores irán delante y los más jóvenes detrás. Nos da indicaciones precisas para que no corramos ningún riesgo innecesario. El tramo que vamos a recorrer a pie no es el más peligroso de la ruta, pero aun así debemos tomar precauciones. Si alguien se pierde entre las montañas, es probable que no sobreviva. El calor en el desierto es insoportable, por eso salimos tan temprano, y probablemente ya estemos de vuelta a mediodía. Cuando ya estamos listos para salir, aparece Sam. Viste con unos pantalones de corte militar grises, una camiseta de tirantes y unas botas de montaña. Algo sencillo, pero nunca he visto una mujer tan guapa. Ella es de esas chicas que no necesita ponerse un vestido corto y unos tacones altos para destacar.

—Buenos días —susurro a su oído disimuladamente. Ella sonrío devolviéndome el saludo y salimos del gimnasio en dirección a Gold Strike.

David ha alquilado un minibús para que podamos ir todos juntos y, aunque intento sentarme al lado de Sam, Chase es más rápido, así que lo hago junto a Steve, que no resulta ser mala compañía.

Al bajar del vehículo, David nos indica que formemos filas justo como nos había dicho en el gimnasio.

—Steve y yo iremos liderando el grupo —informa—. Chase, tú al medio. Sam y Ryder, controlad a los pequeños.

Asiento mirando a Sam de reajo. Al menos voy a poder disfrutar de su compañía durante el paseo. Empezamos a ascender la montaña rocosa por el sendero que hay habilitado andando el uno al lado del otro. Somos los últimos y eso nos da algo de intimidad.

—¿Has dormido bien? —le pregunto en voz baja.

—Sí, como un bebé, ¿y tú?

—No mucho. He estado pensando en ti toda la noche —contesto. Sam me mira entrecerrando los ojos.

—¿Tú eres así de verdad o solo actúas de ese modo para intentar meterte entre mis piernas?

Su pregunta tan directa me deja totalmente descolocado pero, cuando consigo reaccionar, suelto una carcajada.

—Supongo que ambas opciones son ciertas. A las chicas os gustan esas cursilerías.

—Se nota que no me conoces —replica haciendo una mueca.

—Eso es lo que intento cambiar pero no me lo estás poniendo demasiado fácil.

Resopla y me mira alzando una ceja.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Ryder? Ayer me besaste y estuvo bien, pero no sé qué pretendes exactamente.

—Vale, vamos a puntualizar algo, ese “estuvo bien” te ha quedado muy corto. Ese beso fue épico y no vas a negármelo —sonríe negando con la cabeza—. Y ya te he dicho lo que quiero, conocerte mejor. Por ahora sé que yo te gusto y ese es un buen comienzo.

—No te conozco. Apenas sé nada sobre ti, solo que te llamas Ryder, tienes un padre famoso y eres bastante cabezota.

—Obstinado —corrijo—, y en realidad me llamo Liam. Ryder es mi apellido.

—¿Liam? ¿En serio? Creí que tendrías un nombre como Frederick o Norbert y por eso te haces llamar por tu apellido.

—¿Norbert? —ríe negando con la cabeza—. ¿Quién demonios se llama Norbert hoy en día?

—No te creas, hay padres muy cabrones —contesta sonriendo.

—El mío lo es, pero al menos no me puso un nombre así. Aunque en realidad es cosa suya que todo el mundo me llame por mi apellido. Según él, soy un Ryder y tengo que ser reconocido como tal. Creo que es la única persona que me llama por mi nombre de pila.

—Entonces vamos a ser dos, Liam —dice mirándome de reajo.

—Me gusta, Samantha.

—O no, de eso nada. Samantha era mi madre, yo soy solo Sam.

—Eres la pequeña Sammy —digo divertido.

—Ni se te ocurra —me amenaza con el dedo índice en alto, aunque la sonrisa que intenta contener delata su diversión.

—¿Dónde está tu madre?

—Murió cuando yo nací —susurra con un deje de tristeza en su voz.

—Lo siento, Sammy —su mirada fulminante le quita un poco de hierro a la situación—. ¿Siempre habéis vivido solos David y tú?

—¿Quieres saber si mi padre alguna vez se ha echado novia? —asiento—. No que yo sepa. Papá sigue viviendo con el recuerdo de mi madre. Aparte de Steve, que ahora ya no está en casa precisamente, solo estamos él y yo.

—Sí, Steve me contó su historia.

—¿Lo hizo? —pregunta sorprendida.

—Sí, esta mañana llegué temprano al gimnasio y charlamos un rato antes de que llegara tu padre. ¿Qué hay del resto? Tienes un grupo de amigos bastante... creo que la palabra correcta

es... ecléctico.

—Sí, somos como el anuncio de Benetton —comenta sonriendo abiertamente. Se nota que los quiere mucho—. Pues el primero fue Steve. Yo tenía catorce años cuando se mudó con nosotros. Me acogió como su hermana menor y se autonombró mi protector, eso hasta que yo le demostré que era perfectamente capaz de patearle el trasero. Después apareció Chase, se metió en líos por menudear con hierba y sus padres quisieron meterlo en el programa.

»A Rox ya lo conocía del instituto, pero no teníamos mucho trato, él era el capitán del equipo de fútbol y rey del baile, y yo solo la chica rarita que destaca en los deportes que no se supone que fueran para chicas. Los tíos no suelen llevar nada bien que una mujer sea mejor que ellos en los deportes. Aunque Rox y yo prácticamente no nos habíamos dirigido la palabra hasta que entró en el programa. Antes de salir del armario, salía con un montón de animadoras y chicas guapas, pero entonces conoció a Félix, un mal bicho. El tío ese está metido en una pandilla callejera y es un capullo de manual, pero Rox se volvió loco por él. Le seguía como un perrito faldero, aunque para Félix solo eran amigos. Al final la cosa acabó mal. Rox se fue distanciando de sus amigos de instituto y metiéndose cada vez más en esa pandilla de delincuentes. Un día atracaron a un anciano en mitad de la calle, Rox vio como Félix y sus amigos le daban una paliza al pobre hombre y se largaban corriendo con su cartera. Él se quedó y llamó a una ambulancia, pero cuando el anciano despertó le señaló como uno de sus atacantes ya que estaba con ellos cuando todo ocurrió.

—Por eso entró en el programa —susurro.

—Exactamente. Cuando empezamos a pasar algo de tiempo juntos, nos dimos cuenta de que tenemos muchas cosas en común y nos volvimos muy cercanos.

—¿Y Willow? Ella nunca estuvo en el programa, ¿verdad?

—No, a Willow la conocí en mi primer día de universidad. Somos tan distintas la una de la otra que no tardamos en hacernos inseparables y, cuando conoció a Steven... Ya los has visto juntos. Son asquerosamente perfectos el uno para el otro —se queda un momento callada mientras subimos por una colina bastante empinada y después vuelve a dirigirse a mí—. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo has venido a parar a esta jaula de locos?

—Si has leído la prensa ya sabrás mi historia —contesto desviando la mirada.

—Ya, pero me gustaría escucharla de ti.

—Me metí en líos por participar en peleas clandestinas.

—Sinceramente, no pareces el tipo de persona que necesita ganarse la vida en ese tipo de peleas. ¿Por qué lo hacías? ¿Por la adrenalina?

—No lo sé, por diversión supongo, o quizás por rebelarme ante mi padre de alguna manera.

—Por la forma en la que me preguntaste si mi padre era duro conmigo en los entrenamientos, supongo que el tuyo sí que lo era.

—Sí, lo era y lo es. Al menos ahora está de viaje. Cuando termine este programa, estoy por meterme en líos de nuevo para volver a librarme de él —comento en broma.

—¿Eso no te mandaría a la cárcel?

—Sí, pero no sé qué será mejor. Llevo toda mi vida machacándome, intentando ser el mejor en cada pelea, pero para Eric nunca nada es suficiente.

—Realmente ha sido muy duro contigo —murmura en voz baja.

David nos indica que paremos a descansar un rato y beber un poco de agua. El sol ya empieza a quemar bastante y eso nos fatiga a todos. Al menos yo estoy completamente cubierto de sudor. Sam y yo nos sentamos sobre una piedra saliente y bebemos un poco de agua fría.

—¿Ves esto? —señalo la cicatriz de mi ceja y veo como ella asiente sonrojándose. ¿Por qué se sonroja? —Tenía nueve años cuando me la hice. Mi padre me obligó a pelear contra un tipo que

era el triple que yo. No me permitió salir de esa jaula hasta que ya no tuve fuerzas ni para seguir en pie. De ese día saqué dos cosas, esta cicatriz y saber a ciencia cierta que mi padre nunca sería condescendiente conmigo.

—Perdón, pero tu padre es un valiente hijo de puta —escupe.

Suelto una carcajada y asiento.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

Tras un buen rato más caminando, finalmente llegamos a nuestro destino, unas piscinas termales que están casi secas. Los chavales aprovechan para quitarse las ropas sudadas y darse un baño aunque la profundidad es escasa. Yo me quito la camiseta y la dejo secar al sol y me descalzo sentándome junto a Sam en una roca con los pies sumergidos en el agua.

—Las vistas son preciosas —susurra Sam mirando hacia las montañas. Todo a nuestro alrededor es roca árida y rojiza.

—Sí, lo son —contesto mirándola a ella. La luz del sol se refleja en su rostro dándole un aspecto angelical. Mi ángel. Aprovecho que se gira hacia mí para retirar un mechón de pelo de su cara poniéndolo tras su oreja—. Me has preguntado qué es lo que quiero de ti y, sinceramente, no tengo ni idea, pero sí sé que me gustas demasiado y quiero seguir viéndote. No te estoy pidiendo que te cases conmigo, Sammy. Solo que me des la oportunidad de pasar algo de tiempo contigo.

Veo como una sonrisa tira de sus labios y asiente justo cuando David nos dice que nos preparemos para el descenso.

Bajamos la montaña hablando de todo un poco. Ella me comenta los motivos que la llevaron a estudiar trabajos sociales y me habla de su madre y la relación con David. Yo por mi parte también me sincero con ella, hablándole de mis problemas con Eric y la ausencia permanente de mi madre en mi vida. A cada paso que damos, siento que la conozco cada vez más, pero eso no consigue saciar mis ganas de seguir a su lado, viendo como sus ojos se iluminan cada vez que sonrío o la arruga que aparece entre sus ojos cuando le cuento algún episodio doloroso de mi infancia. En realidad, me temo que nunca voy a saciar del todo esa necesidad de que me mire a mí entre todas las personas que están a nuestro alrededor, solo a mí.

# Chica traviesa

*Sam*

Paso una vez más el cepillo por mi pelo y me echo un último vistazo en el espejo. Hace mucho tiempo que no me arreglaba tanto. Obviamente no he prescindido de mis amados pantalones vaqueros, pero sí he cambiado la camiseta estampada, por una negra brillante y de un solo tirante. También he aparcado mis deportivas por un día y he decidido ponerme unos zapatos de tacón. Por último me he maquillado, solo un poco, dando algo de protagonismo a mis ojos azules y una capa fina de brillo de labios.

La puerta de mi habitación se abre y no necesito mirar para saber quién es. Solo hay una persona que entre en mi cuarto sin llamar a la puerta.

—¡Uaau! —exclama Willow mirándome de arriba abajo—Estás cañón, chica.

—¿No me he pasado? —pregunto ajustando la camiseta que cae por mi hombro.

Willow pone una mano en su cadera y se señala a sí misma embutida en un vestido rojo que si fuese más corto, sería un cinturón.

—Tú no cuentas. Te vistes como un pendón —bromeo. Ella me devuelve el golpe lanzándome un cojín a la cara y las dos reímos a carcajadas.

—¿A qué viene ponerse tan guapa hoy? Venía preparada para obligarte a usar tacones y no ha hecho falta ni pedirlo.

—Hoy tengo ganas de cambiar un poco. Para las pocas veces que salgo... —me encojo de hombros y Will me mira entrecerrando los ojos. Me ha pillado, lo sé. Disimulo fatal.

—Pequeña saltamontes, ya deberías saber que a mí no me engañas. Puedo oler tus mentiras a un kilómetro de distancia. Solo dime si finalmente has salido de tu sequía sexual.

—¡¿Qué?! ¡No! Solo fueron un par de besos —al instante me doy cuenta de que he hecho justo lo que ella esperaba, abrir mi gran boca— Eres una perra retorcida —afirmo.

—Sí, y tú tienes cosas que contarme.

Suspiro y paso a relatarle a mi amiga todos los acontecimientos de los últimos dos días que implican a Ryder.

—¿De verdad fue tan bueno el beso? —pregunta cuando termino. Asiento y ella alza ambas cejas repetidamente—. Pues imagínate cuando saque al monstruo de su prisión.

—Vale, nos vamos. Los chicos ya deben estar en Tony's esperándonos.

—Sí, tu Ryder te está esperando —dice de forma teatral.

—Mí nada. Por ahora solo somos amigos.

—Tú lo has dicho, por ahora —pongo los ojos en blanco dándole por imposible y salgo de la habitación sabiendo que va a seguirme.

Al entrar en la pizzería, vemos a los chicos sentados frente a una de las mesas redondas, esas son más grandes y en vez de sillas tienen a su alrededor un banco de madera.

—¡Madre de dios! —exclama Steve al vernos. Willow da una vuelta sobre sí misma mientras Rox y Chase aplauden y silban.

Miro hacia Liam, que está sentado justo al lado de Steve y compruebo que él no está mirando a Willow, sus ojos están clavados en mí y una preciosa sonrisa inclina sus labios hacia arriba.

—Estáis muy guapas —dice sin apartar sus ojos de los míos.

Willow agarra mi mano y tira de mí hacia la mesa, empuja a Steve hacia un lado y me obliga a sentarme entre ella y Liam. Estamos tan juntos debido al reducido espacio, que nuestras piernas se pegan completamente.

—Yo estoy guapa, aquí Sam podría estar mejor —señala Willow.

—Gracias, amiga —digo con sarcasmo.

—Vamos, si yo tuviese esas dos —apunta con el dedo hacia mis pechos—, me habría puesto un escote hasta el ombligo.

Pongo los ojos en blanco por su comentario y al girar la cabeza hacia Liam, le pillo de lleno mirando mi canalillo descaradamente. Alzo una ceja en su dirección y él sonríe de manera pilla.

No he podido evitar fijarme en que está guapísimo esta noche. Lleva el pelo perfectamente despeinado y una barba fina cubre su rostro. Sus pantalones vaqueros negros con rotos en las rodillas, junto a la camiseta blanca ajustada y una chaqueta de cuero, le dan un aire macarra en plan James Dean moderno que haría suspirar hasta la más casta de las mujeres.

—Tengo hambre —declaro cogiendo la carta para echarle un vistazo.

Poco después Tony, el dueño de la pizzería, viene a saludarnos y acabamos pidiendo una variedad de pizzas para compartir y cerveza para todos. Comemos entre risas escuchando a Chase y Rox debatir sobre relaciones homosexuales. Chase asegura que no hay nada más sexi que ver a dos mujeres dándose el lote y Rox, obviamente, opina que ver a dos hombres juntos es lo mejor.

—En serio, no sé por qué os gusta tanto a los tíos ver a dos mujeres comiéndose la boca —señala Willow tras darle un trago a su cerveza.

—Se trata de fantasías —explica Chase—. Los hombres vemos porno y fantaseamos con que en la vida real pueda pasar algo así, pero no deja de ser una fantasía.

Willow me mira y por su expresión, sé que nada bueno va a salir de ahí. Está tramando algo, seguro. Lo descubro cuando la veo girarse hacia mí y pegar sus labios a los míos en un beso húmedo. Muerde mi labio y después desliza su lengua por ese mismo lugar apartándose lentamente.

—¡Ostia puta! —exclama Rox con los ojos a punto de salir de sus orbitas.

Willow coge su cerveza como si nada hubiese pasado y le da un trago largo guiñándole un ojo a Chase.

—Hala bonito, te acabamos de dar material de pajeo para un mes. Ya puedes dejar de dar el coñazo.

Sonrío negando con la cabeza. Las locuras de mi amiga no conocen límites.

—A él y a todos —murmura Liam.

—Yo voy a seguir pajeándome fantaseando que Ryder y Chase se dan el lote —dice Rox arrancándonos unas carcajadas al ver la cara que ponen los aludidos.

Tras la cena, vamos caminando hacia la única discoteca que hay en Boulder. No es gran cosa, pero es mejor que un pub de mala muerte y ponen buena música.

Durante el trayecto a pie, Liam camina a mi lado sin llegar a tocarme en ningún momento, pero justo antes de cruzar la puerta de la discoteca, siento su mano en la parte baja de mi espalda y su aliento en mi oído.

—Estás preciosa —susurra provocando que todo mi cuerpo se estremezca. Le sonrío levemente y entramos en el local para unirnos a nuestros amigos.

Caminamos directamente hacia la barra escuchando la canción “*Hey Mama*” del grupo “Black Eyed Peas” sonando a todo volumen a través de los altavoces.

El local, como es habitual, está abarrotado. La gente se mueve en la pista de baile y el alcohol corre por doquier. Steve se acerca a la barra a pedir nuestras bebidas, ya que él es el único mayor

de veintiún años. Cuando regresa con las copas, empieza a sonar la canción “*Hey Ya*” de “Outkast” provocando que Willow suelte un grito de emoción. Le encanta esa canción. Le da un beso rápido a Steve y tras agarrar su copa, tira de mi mano arrastrándome hacia la pista de baile.

Bailamos durante más de una hora dándolo todo sin reservas. Bebemos y lo pasamos genial hasta que Steve se acerca a Willow y empiezan a rozarse el uno contra el otro como dos jodidos perros en celo. Me giro hacia el otro lado y sigo bailando en solitario hasta que siento unas manos en mi cintura agarrándome por detrás. Mi primera reacción es apartarme, pero entonces siento su aliento en mi cuello cuando las primeras notas de la canción “*Naughty girl*” de “Beyoncé” empiezan a sonar por los altavoces.

Pego mi trasero a su entrepierna moviéndome con lentitud y él me aparta rodeándome y sonriendo de manera pilla.

—Chica traviesa —susurra en mi oído tras volver a abrazarme por la cintura.

Siento como mueve sus caderas acompañando mis movimientos y enseguida estamos bailando de manera sensual. «El chico no solo sabe moverse dentro de la jaula» pienso, viendo como mueve la cadera en círculos.

Sus manos recorren mi espalda de manera descendente y roza mi trasero antes de acariciar mis muslos con lentitud, poniéndome más cachonda de lo que recuerdo haber estado nunca. Siento su boca en mi cuello mordisqueándolo y lamiendo con la punta de la lengua a su paso. Pego mi cuerpo aún más al suyo y siento la dureza de su entrepierna rozando mi muslo.

—Liam —gimo en su oído cuando su mano se cuela por debajo de mi camiseta y acaricia la parte baja de mi espalda.

Agarro su pelo en un puño tirando de su cabeza hacia arriba y busco su boca con la mía besándole con todo el deseo que provoca en mí. Su respuesta no se hace esperar, entra en mi boca saboreándome mientras sus manos se mueven por mi cuerpo acariciándome sin dejar de moverse. Literalmente, nos estamos devorando en mitad de la pista de baile mientras seguimos moviéndonos al son de la música.

—Me vuelves loco, Sammy —murmura Liam volviendo a mi cuello cuando nuestras bocas se separan.

Calor, tengo un calor tremendo y estoy más excitada de lo que nunca he estado. Este hombre me enciende como una jodida antorcha y corro el riesgo de morir calcinada si no hago algo para evitarlo.

—Vámonos de aquí —pido tomando su mano y tirando de él hacia la salida del local.

Tardamos casi una hora en hacer un trayecto que no debería llevarnos más de veinte minutos, pero es porque paramos cada pocos metros a devorarnos en cualquier callejón o esquina que encontramos. Cuando abro la puerta de la azotea, mi camiseta ya ha desaparecido junto a la suya y también he desabrochado su cinturón. Nos faltan manos para tocarnos y bocas para besarnos mientras nos vamos deshaciendo de las prendas que aún nos quedan.

En cuanto mi espalda desnuda toca la superficie desgastada del sofá, siento como Liam se clava en mi interior, más hondo de lo que nunca nadie lo había hecho.

—¿Estás bien? —pregunta mirándome fijamente a los ojos. Asiento rodeando su cintura con mis piernas e instándole a que no deje de moverse.

—Sí que es un monstruo —gimo cuando su boca se cierne sobre uno de mis pechos succionando y mordiendo ese duro montículo.

—El monstruo va a devorarte —susurra acelerando el ritmo de sus arremetidas.

Muerdo su hombro para evitar gritar cuando siento que ya estoy cerca del abismo. Solo hacen falta un par de estocadas más para que los dos nos dejemos llevar besándonos para acallar



nuestros jadeos.

Nos quedamos tumbados en el sofá, abrazados y con nuestras piernas entrelazadas mientras intentamos normalizar nuestras respiraciones. Miro hacia el cielo, completamente negro, y suspiro.

—Me encantaría ver las estrellas desde aquí —susurro para mí.

—Estamos demasiado cerca de Las Vegas —señala Liam recorriendo mi espalda con sus dedos en una leve caricia—. La contaminación lumínica no nos permite verlas pero están ahí. Además, creo que acabo de hacerte verlas hace un ratito.

—Lo sé, pero aun así quiero verlas —siento como su pecho se mueve y levanto la cabeza para comprobar que está riendo—. ¿Se puede saber qué es tan gracioso?

—Parecías una niña pequeña enfurruñada porque no puede ver las estrellas.

—Yo no me enfurruño —digo frunciendo el ceño.

—Sí que lo haces y siempre te sale una arruguita aquí —presiona con su dedo índice el espacio entre mis cejas.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a tumbarme acomodando mi cabeza sobre su pecho. No puedo evitar que mis dedos se muevan sobre su abdomen repasando cada uno de sus duros abdominales. Joder, qué bueno está.

—Al final has conseguido meterte entre mis piernas —murmuro acariciando el hueso de su cadera.

Miro hacia abajo y compruebo que su miembro cae hacia un lado tocando su muslo. Incluso en estado de reposo es impresionante su tamaño. Voy a tener que darle la razón a Willow, lo de monstruo se le queda corto.

—Sí, ¿verdad? Estoy esperando a que me den una medalla o algo —contesta en broma. Golpeo sus costillas con mi codo y él se queja llevando su mano a esa zona.

—Imbécil —digo arrancándole una carcajada.

Una brisa de aire roza mi cuerpo provocando que me estremezca. Aunque durante el día haga un calor casi insoportable, las noches son bastante frías y nosotros estamos desnudos y a la intemperie.

—¿Tienes frío? —pregunta abrazándome con ambos brazos.

—Un poco.

—Deberíamos márchanos de aquí o al menos vestirnos si no queremos morir congelados. Eso o podemos encontrar otra forma de entrar en calor —su mano se desliza por mi espalda alcanzando mi trasero y lo acaricia suavemente mientras veo como su miembro empieza a endurecerse de nuevo.

—Es una propuesta tentadora, pero creo que debemos irnos. Mañana he quedado con mi padre. Vamos a salir a correr y después entrenar un rato.

—Pues ya son pasadas las cinco de la madrugada. Vás a estar destrozada por la mañana.

—Si no me has destrozado tú, no creo que lo haga la falta de sueño —murmuro incorporándome, pero antes de que me pueda levantar, Liam me gira y se coloca sobre mí agarrando mis manos sobre mi cabeza.

—Te estás convirtiendo en mi jodida obsesión, Sammy —declara pegando su frente a la mía—. Aunque quisiera, no creo que pueda apartarme de ti, ya no.

—¿Vuelves a ponerte cursi? —pregunto divertida.

—Ve acostumbrándote. Contigo me sale toda la cursilería que llevo dentro.

—Es bueno saberlo —susurro mordiendo su labio inferior.

—No seas mala. Quieres marcharte y estás provocando al monstruo. Además, solo traje una

gomita.

—En ese caso nos vamos.

—Sí, se me está congelando el trasero.

Sonríó y libero mis manos de su agarre antes de deslizarlas por su espalda hacia abajo y agarrar su trasero.

—Cierto, está frío —digo mordiendo mi labio inferior de manera provocativa.

—Mierda —me besa rápidamente y se levanta de un salto dejándome sola en el sofá—. Levántate de ahí si no quieres que acabe cometiendo una locura.

Suelto una carcajada por su aspecto. Está muy mono con su cara de mala leche, el cabello despeinado y completamente desnudo. Su miembro se alza en todo su esplendor robándole protagonismo al resto de su escultural cuerpo.

Nos vestimos entre besos y arrumacos y tras despedirnos, entro por la ventana de mi habitación. Mañana por la tarde hemos quedado con los chicos, así que no veré a Liam hasta entonces y, aunque parezca tonto, voy a echarle de menos. Es más, acaba de marcharse y ya lo hago.

# Quiero a tu hija, ¿puedo usarla también?

*Liam*

Me despierto sonriendo como un niño en la mañana de navidad. No puedo dejar de pensar en ella y en lo que hicimos anoche en esa azotea. Fue incluso mejor de lo que me había imaginado. Aún puedo sentir sus dientes clavándose en mi hombro y sus piernas rodeando mi cintura mientras me hundía en ella una y otra vez. Me hubiese encantado quedarme con ella el resto de la noche.

Compruebo la hora, son casi las dos de la tarde. Cojo mi teléfono y le envío un mensaje. Quiero que sepa que pienso en ella a cada segundo del jodido día. Probablemente vuelva a llamarme cursi, pero eso me gusta.

*“Buenos días, Sammy. Acabo de despertar y eres lo primero en lo que he pensado”*

Su respuesta no se hace esperar.

*“Cursiladas nada más despertar. Tienes que hacerte ver eso ☺”*

Suelto una carcajada volviendo a teclear rápidamente.

*“Solo estoy un poquito obsesionado contigo, pero no es nada por lo que tengan que encerrarme”*

Espero unos segundos y mi móvil vuelve a sonar.

*“Eso es algo cuestionable, pero esta vez te lo compro. Por cierto, son buenas tardes, dormilón”*

*“Todavía no he comido, así que aún es por la mañana para mí”*

*“Entonces te daré las buenas tardes cuando te vea. Vas a venir, ¿verdad?”*

*“No hay nada en este mundo que me pueda impedir verte hoy. Te echo de menos”*

*“Si supiese que eras tan cursi, no te habría dejado meterte entre mis piernas”*

Sé que está bromeando y me encanta que lo haga. Su humor sarcástico y esa agilidad mental que tiene es lo que más me gusta de ella.

*“Como si yo te hubiera dejado opción... Hablando de meterme entre tus piernas. Estoy deseando volver a hacerlo. Me pongo cachondo solo de pensar en todas las cosas que quiero hacerte”*

*“Suena muy bien. ¿Quieres contárselas también a mi padre? Lo tengo justo al lado”*

Río de nuevo y contesto al instante.

*“Mejor no. ¿Estáis en el gimnasio?”*

*“Sí, alguien me tuvo despierta hasta tarde y no pude salir a correr con papá, así que estamos aprovechando para entrenar un poco”*

*“No voy a disculparme por eso”*

*“No esperaba que lo hicieras. Tengo que dejarte. Nos vemos más tarde”*

*“Está bien. Seguiré pensando en ti hasta ese momento”*

Su respuesta vuelve a arrancarme una carcajada.

*“Cursi”*

Dejo el teléfono sobre la cama y me levanto dispuesto a pegarme una ducha antes de comer algo, pero el sonido de un SMS entrante llama mi atención. Al abrir el mensaje, sonrío como un imbécil al ver lo que me ha escrito.

*“Por cierto, yo también te echo de menos, pero sin cursilerías”*

Niego con la cabeza y lanzo el teléfono sobre la cama empezando a caminar hacia el baño. Soy incapaz de dejar de sonreír ni por un segundo. No sé por qué, pero tengo la sensación de que Sam ha llegado a mi vida para cambiarla totalmente y después de ella ya nada será igual.

Una hora después estoy aparcando la moto frente al gimnasio. No he podido resistirme. Estar en esa casa solo sabiendo que podría estar con ella, me parecía demasiado aburrido. Cualquiera en mi lugar habría aprovechado para quedar con algún amigo pero resulta que mi mejor amigo no está disponible en estos momentos. Josh ha sido ingresado por sus padres en un centro de desintoxicación y no sé cuánto tiempo permanecerá allí. Me parece algo exagerado ya que él no es ningún yonki, pero su detención en la redada del club llevó a sus padres al límite. Además, no sé si le habría llamado aunque no estuviese encerrado. Desde que empecé a asistir al programa de David, algo en mí ha cambiado, como si las cosas que antes me parecían indispensables en mi vida, ahora carecieran de importancia. No tengo ganas de salir por ahí y meterme en líos. Beber alcohol y drogarme ya no me parece algo emocionante que hacer. Es increíble que pueda pensar esto, pero prefiero mil veces quedar con los chicos en la azotea para beber unas cervezas y escuchar las tonterías de Chase, antes que meterme en una pelea clandestina para después acabar tirándome a cualquier tía que se cruce en mi camino.

Compruebo que la verja del gimnasio no está cerrada del todo, así que la subo un poco y me cuelo en el interior escuchando a lo lejos el sonido de golpes y la voz de David dándole indicaciones a Sam.

—Así es, muy bien. Dos más, Sam —ella hace lo que le dice golpeando varias repeticiones con sus puños en las manoplas de golpeo que lleva puestas David.

Me paro junto a la jaula a observarles. Están tan concentrados en lo que hacen, que ni siquiera se dan cuenta que estoy ahí. No puedo evitar comparar a David con mi padre una vez más. Son tan distintos... Incluso su forma de entrenar a sus propios hijos. Mi padre estaría gritándome órdenes e insultándome cada vez que algo no me saliera bien, o al menos tan perfecto como él quisiera. Pero David no es así, él le da indicaciones con palabras firmes, pero alentadoras. Sonríe felicitándola cuando un movimiento le sale bien y, si no es el caso, le insiste que vuelva a internarlo, que no se rinda.

Los golpes cesan y David se gira hacia mí sorprendido.

—Ryder, ¿qué haces aquí? —me pregunta cogiendo una botella de agua que lanza a su hija—. Hoy es domingo, vuestro único día de descanso.

Me encojo de hombros con las manos en los bolsillos delanteros de mi pantalón.

—No tenía nada mejor que hacer y pensé en pasar por aquí por si había alguien —veo como Sam sonríe negando con la cabeza a espaldas de su padre. Está preciosa con un pantalón corto de licra ajustado y un top cubriendo sus pechos del mismo material. Aparte de eso, solo lleva los guantes puestos.

—La puerta del gimnasio está abierta para cualquiera que quiera venir sin importar el día o la hora. Si quieres entrenar, puedes usar lo que gustes.

—Quiero a tu hija, ¿puedo usarla también? —pregunto provocando que Sam escupa el agua que estaba bebiendo. Intento retener una sonrisa viendo como David frunce el ceño—. Me refiero a pelear con ella. Creo que tengo derecho a una revancha.

David asiente y Sam me fulmina con la mirada haciendo que no pueda contener más la sonrisa.

—¿Qué dices, Sam? —le pregunta David.

—Claro, pero tiene que ser algo rápido. Hemos quedado con los demás en un rato.

—Uno rapidito entonces —digo con doble sentido. Sam vuelve a lanzarme una mirada de advertencia, pero David parece no percatarse de lo que estoy haciendo—. Voy a cambiarme y

vuelvo enseguida.

Voy hacia el vestuario y, tras cambiar mi ropa de calle por un pantalón corto de deporte y ponerme unos guantes, vuelvo a la sala principal donde David ya está fuera de la jaula. Me indica con la cabeza que ocupe su lugar y él se queda en el exterior.

—Nada de golpes, chicos. Solo marcajes. No queremos ningún accidente —indica David.

Los dos asentimos y nos ponemos en posición. Empieza ella lanzando un derechazo que consigo bloquear por los pelos. ¡Joder, qué rápida es! Se mueve por la jaula con tanta soltura que me cuesta seguirle con la mirada. Un nuevo golpe marca directamente en mis costillas.

—Punto —señala David. Sam sonrío muy pagada de sí misma y aprovecho el momento para atacar con la rodilla, pero sus brazos en cruz bloquean mi movimiento. Me deja tan descolocado que no me doy cuenta de que su puño se dirige nuevamente a mi cara—. Punto —vuelve a decir David.

—Desgastas demasiada energía intentando encontrar la forma de atacarme y no te defiendes —susurra Sam amagando un gancho de izquierdas antes de lanzar un puñetazo con la derecha, que de haberme dado de verdad, me hubiese roto la boca.

—Punto... Punto... Punto... Punto... —David señala todos los golpes de Sam que me habrían alcanzado. Es demasiado buena, nunca había visto a nadie tan rápido.

Apenas consigo un par de puntos al final del tercer round. Estoy exhausto por el esfuerzo que me conlleva fallar cada uno de mis golpes, y frustrado también. Sam va susurrándome pequeños consejos e indicaciones a lo largo de todo el combate. Cosas como, “Levanta las manos”, “No te fijas en mis puños sino en la postura de mi cuerpo”, “Antes de atacar plantéate cual puede ser mi respuesta y anticipa a ella”.

—Eres demasiado mandona —replico en voz baja. Ella sonrío negando con la cabeza y vuelve a esquivar uno de mis golpes.

—Soy mucho más rápida que tú, Liam. Ya deberías haberte dado cuenta que no vas a conseguir ganar de este modo. Sal de ahí, busca otra solución. Llévame a un terreno donde tú seas superior a mí.

—Conozco un lugar donde ambos estamos en igualdad de condiciones, pero es algo más mullido que esta jaula —digo alzando ambas cejas de manera sugerente.

Veó como vuelve a sonreír y en ese momento sus palabras cobran sentido. Es más rápida que yo, pero no más fuerte. Mi fuerza bruta es una ventaja que puedo utilizar, pero no así, no con ella manteniendo las distancias. Necesito llevarla al suelo para someterla.

Veó como su cuerpo cambia de postura para atacarme, asienta un pie clavando el talón con fuerza y desvía la otra pierna unos centímetros hacia el exterior. Va a lanzar una patada, estoy seguro. Espero a que su pierna se alce unos centímetros y entonces le hago un barrido en la pierna de apoyo provocando que caiga de espaldas. Si fuese un combate de verdad, intentaría agarrar una de las extremidades de mi contrincante para hacerle una llave de estrangulación, pero con Sam solo me pongo sobre ella agarrando sus manos y alzándolas sobre su cabeza. Intenta revolverse para zafarse de mi agarre, pero como ella ha dicho, la he traído a mi terreno. En el suelo mi fuerza es un punto a mi favor.

—Creo que gano por KO —susurro cuando ella deja de moverse. Está claro que no es capaz de soltarse.

—Se acabó, chicos —nos informa David. Sam me hace un gesto con la cabeza para que la suelte ya que estoy cubriéndola totalmente con mi cuerpo y mi cadera está encajada entre sus muslos. La típica postura del misionero, pero con demasiada ropa en medio a mi parecer, aunque teniendo en cuenta que su padre nos está mirando, creo que la ropa que llevamos puesta es poca

—. Eso ha sido lamentable —nos dice cuando ambos estamos en pie—. No sé si echaros de mi gimnasio o poneros un par de velas y música romántica —Sam y yo le miramos sorprendidos—. La próxima vez que queráis empezar con los preliminares, aseguraos de que yo no esté presente.

—¡Papá! —exclama Sam.

—¡¿Qué?! Vamos, Sam. Sabes tan bien como yo que eso que acabáis de hacer ha sido más un juego de provocaciones sexuales que un combate de entrenamiento. Aunque... —me mira a mí asintiendo con la cabeza—. Ese último movimiento ha sido muy bueno. Te has anticipado a su ataque y eso te ha dado ventaja para derribarla. Obviamente si mi hija estuviese más concentrada en la pelea que en comerte con la mirada, lo habría visto venir.

—Yo no estaba... —Sam resopla quitándose los guantes—. Te lo estás pasando en grande, ¿verdad? —David me sorprende riendo a carcajadas.

—No sabes cuánto pero te aseguro que no quiero volver a ver algo así. Ahora me voy para que sigáis con vuestra... pelea. Nos vemos para cenar. Por cierto, Ryder, estás invitado si quieres comer la mejor pasta carbonara que vas a probar en tu vida.

—No es tan buena —me dice Sam.

—Sí que lo es —replica David—. Nos vemos después. Portaos bien y no hagáis nada que yo no haría.

Sale del gimnasio subiendo por las escaleras que dan a su casa y yo me quedo mirando a Sam con cara de tonto.

—¿Qué demonios acaba de pasar aquí?

—Eso ha sido mi padre haciéndose el gracioso. No le hagas caso. Por cierto, tiene razón.

—¿En que me estabas comiendo con la mirada? —inquiero pegándome a ella y arrinconándola contra la red.

—Eso también —contesta rodeando mi cuello con sus brazos—, pero me estaba refiriendo a tu último movimiento. Fue muy bueno.

—Alguien me ha dicho que me fijara en la postura de su cuerpo y lo llevara a mi terreno y, ¿sabes qué? Creo que tiene razón. Tengo que fijarme más en su cuerpo —agarro su cadera con ambas manos y deslizo las manos hacia atrás acariciando su trasero—. Es un cuerpo perfecto —susurro mordisqueando el lóbulo de su oreja—, y quiero llevarlo a mi terreno.

—¿Y cuál es tu terreno? —pregunta entre gemidos cuando mi mano se desliza por su vientre de manera descendente y roza su sexo por encima de la fina tela de su pantalón.

—Cualquier superficie dónde pueda ponerme sobre ti y hacerte ver las estrellas —mi mano se cuela bajo su pantalón y acaricio su intimidad sintiendo como su cuerpo se estremece.

—Necesito una ducha —dice cuando mi boca se posa sobre uno de sus pechos.

—Yo también, vamos —saco mi mano de su pantalón y tiro de ella hacia el vestuario.

Antes de entrar en la minúscula ducha, ya nos hemos desprendido de nuestras ropa entre besos y caricias. Empujo a Sam contra la pared mientras el agua caliente cae sobre nosotros y dejo un reguero de besos por su cuerpo mientras voy bajando hasta quedar arrodillado frente a ella. Sonríe de forma ladina separando sus piernas y ataco su sexo con mi boca mientras Sam gime en alto tirando de mi pelo. No le doy tregua, beso, lamo y mordisqueo su hendidura hasta que la escucho gritar de placer, solo entonces me levanto apartándome de ella levemente y la observo, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra los azulejos de la ducha, tiene la boca entreabierta y respira de forma irregular.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —susurro aferrándome a su cintura. Sam sonrío y niega con la cabeza abriendo sus hermosos ojos azules.

—Tú eres lo más cursi que yo he visto nunca.

—Y eso te encanta —siseo sintiendo como su mano agarra mi miembro erecto y lo acaricia de arriba abajo.

—Cierto —susurra antes de morder mi labio inferior sin dejar de mover su mano—, pero no se lo digas a nadie.

Sonrí apartando su mano y agarro su trasero alzándola para que rodee mi cintura con sus piernas. Salgo de la ducha y camino con ella en brazos hasta donde tengo guardada mi ropa. No tardo en sacar un preservativo del bolsillo de mi pantalón, con esa misma mano enfundo mi miembro en el profiláctico y busco la primera pared que encuentro para clavarme en el interior de mi chica de un solo empujón.

Mi chica... nunca antes me había referido de esa forma a ninguna otra mujer, pero me gusta. Quiero que sea mi chica, mi novia, mi amante, mi todo.

Empiezo a moverme con destreza clavándome cada vez más hondo, más rápido. Quizás estoy siendo demasiado brusco, pero ahora no soy capaz de detenerme y no creo que Sam quiera que lo haga. Sus gemidos y la forma en la que asalta mi boca, me dicen que lo está disfrutando tanto como yo.

Sigo moviéndome un rato más hasta que las uñas de Sam clavándose en mi nuca me hacen ver que su final está cerca y el mío también. Tras un par de embestidas más, los dos nos dejamos llevar por el orgasmo mientras yo cubro su boca con la mía para tragarme su grito de liberación.

# Él la tiene más grande

*Sam*

Cuando consigo que el ritmo de mi corazón vuelva a la normalidad, acaricio el pelo de Liam que sigue con la cara enterrada en el hueco de mi cuello. Noto como ronronea como un gatito por mi caricia y suspira besando mi hombro desnudo.

—Tenemos que ducharnos. Los chicos ya estarán arriba esperándonos —digo tirando de su pelo para que me mire.

—Solo un ratito más —refunfuña poniendo morritos como un niño pequeño.

—Bájame, Liam —intento moverme para ponerme sobre mis pies, pero eso hace que su miembro se mueva en mi interior y los dos gimamos.

—¿Estás segura de que quieres irte, Sammy? —pregunta acariciando uno de mis pezones.

—Totalmente. Nos están esperando —resopla y me deja en el suelo saliendo de mi interior y quitándose el preservativo usado.

—¿Esta noche te apetece venir a mi casa? —pregunta sorprendiéndome.

—¿A tu casa?

—Sí, mi padre está de viaje así que podremos estar solos. Bueno, con el servicio, pero ellos son invisibles. Podrías dormir allí, conmigo.

—La propuesta es muy tentadora —señalo colgándome de su cuello y dándole un beso en los labios—, pero mañana tengo clases a primera hora.

—Eso no es problema, yo puedo llevarte.

—No lo sé. Ya veremos, ¿vale? Ahora vamos a ducharnos o se preguntarán dónde demonios estamos.

Nos duchamos entre besos y arrumacos y, tras vestirnos, subimos a la azotea riendo como dos críos. Yo iba delante en las escaleras y Liam ha estado todo el rato pellizcándome el trasero de manera juguetona. Al llegar a la cima aún estamos sonriendo cuando nos damos de frente con nuestros amigos. Willow entrecierra los ojos mirándonos a uno y a otro de hito en hito y una sonrisa se dibuja en su rostro.

—¡Vosotros habéis follado! —exclama señalándonos con la mano.

—¡Willow!

—¡¿Qué?! Vamos, no puedes negarlo. Esa sonrisa de satisfacción que tienes en la cara no creo que sea por haber pasado la mañana con tu padre.

Miro hacia Liam pero él se encoje de hombros desentendiéndose del asunto y va hacia Steve que le tiende una cerveza tras palmear su hombro de manera cariñosa.

—Déjalo ya —siseo fulminando a mi amiga con la mirada.

—¿Qué lo deje? De eso nada, bonita. Vas a contármelo todo, porque ayer todos vimos como casi os lo montabais en mitad de la pista de baile, después desaparecisteis y ahora venís los dos con esas sonrisitas de “menudo polvo acabo de echar”. Soy tu amiga y creo que merezco una explicación.

—No hay explicación —apunta Chase acercándose a nosotras—. Aquí a Sam ahora le van los niños de papá. Seguramente ahora empiece a meterse en peleas clandestinas y ponerse hasta el culo de drogas. En poco tiempo estará dejando a personas en coma.



Veó como Liam se levanta como un resorte y viene hacia Chase de manera amenazante.

—¿Te pasa algo conmigo, hermano? —le pregunta cerrando las manos en puños.

—Pues sí, me pasan muchas cosas —contesta Chase enfrentándose a él—, y yo no soy tu hermano, mamonazo.

—Cuando quieras resolvemos nuestros problemas —ataca Liam empujándolo con fuerza—. Ya te he hecho morder el polvo una vez y puedo hacerlo otra.

Veó como Chase va hacia él dispuesto a enzarzarse en una pelea, así que me pongo en medio de los dos estirando mis brazos para separarlos.

—¡¿A vosotros qué mierda os pasa?! ¿Por qué no os la medís a ver quién de los dos la tiene más grande?

Chase me mira y sonrío de manera burlona.

—¿Por qué no nos lo dices tú? —su comentario provoca que Liam me mire abriendo los ojos como platos.

—¿Te lo has tirado? —me pregunta señalando con la mano a Chase.

—¿Qué creías, capullo, que estabas de estreno? Siento decirte que has comprado un producto de segunda mano —increpa Chase sin abandonar su pose cínica y burlona.

—Repite eso —digo girándome hacia él.

No me puedo creer que acabe de decir algo así. Él también parece darse cuenta de la gravedad de su comentario porque rehúye mi mirada y agacha la cabeza

—Sam, yo no... —titubea.

—¿Tú no, qué?! ¿No has querido insinuar lo que acabas de insinuar? ¡¿Qué mierda te pasa, Chase?!

—Sam, lo siento. Yo no quería...

—Déjalo, quieres. Siempre supe que eras un capullo pero nunca creí que llegaras tan lejos. Y tú... —me giro hacia Liam señalándole con el dedo—. No te debo ningún tipo de explicación —camino con paso firme hacia la salida sintiendo como la rabia fluye a través de mi cuerpo. Antes de irme, me giro hacia ellos que siguen en el mismo lugar sin mover ni un solo músculo—. Por cierto, Chase, él la tiene más grande.

Bajo por las escaleras de incendio maldiciendo en voz baja y voy directamente hacia el gimnasio. ¡¿Qué demonios acaba de pasar?! No entiendo el comportamiento de Chase, y Liam... Me miraba como si yo le debiera algo. Ni que le hubiese engañado, maldita sea.

Estoy sentada en los escalones de acceso a la jaula de entrenamiento, cuando veo como la verja metálica del gimnasio se abre parcialmente dejando pasar a Liam. Camina hacia mí y yo le miro intentando averiguar su estado de ánimo. Si va a tocarme las narices, pienso mandarlo exactamente por donde acaba de entrar.

—Te he estado buscando —dice en tono neutro.

Resoplo y me froto la cara con las manos intentando que la ira y la rabia que siento se disipen. No es bueno mantener una conversación en este estado. Sé que si me provoca lo más mínimo acabaré diciendo o haciendo algo de lo que puedo arrepentirme después.

—Liam, no es un buen momento —contesto sin mirarle.

—No entiendo por qué estás cabreada conmigo. No he sido yo quien ha insinuado que eres...

—¡No lo digas! —le corto—. Puede que tú no hayas dicho nada malo, pero la forma en la que me miraste... Mierda, me hiciste sentir como si hubiese cometido un gran error cuando en realidad yo no he hecho nada malo.

—¡Podrías haberme contado lo de Chase, maldita sea! —exclama para, a continuación, pasarse las manos por el pelo en un gesto frustración.

—¿En serio?! ¿Por qué?! No recuerdo que yo te haya pedido explicaciones sobre las mujeres con las que te has acostado. No tengo por qué, Liam. Tú y yo apenas estamos empezando algo que ni siquiera sé qué es. No es justo que yo te juzgue por las relaciones que has tenido antes de conocerme. Y eso es lo que tú estás haciendo conmigo.

—No lo es. No se trata de eso, Sam —respira profundamente antes de arrodillarse frente a mí colocando sus manos en mis rodillas—. Chase me odia, eso es algo que he tenido claro desde que lo conocí. No sé si es así con todo el mundo o es que tiene algo personal contra mí, pero el caso es que no me soporta. Quizás no tuve la mejor reacción al enterarme de lo vuestro, pero no es por lo que tú crees. Respeto que hayas tenido relaciones antes de conocerme, eso no es asunto mío. Lo que me molestó realmente fue enterarme por él y que usara esa información como munición en mi contra —clavo mis ojos en los suyos dispuesta a rebatir su declaración pero me detiene con un gesto de su mano—. Mi reacción fue desmedida y te pido disculpas por eso. No he querido hacerte sentir mal en ningún momento. Respecto a lo que nosotros tenemos y mis anteriores relaciones, nunca he tenido ninguna —mis ojos se abren como platos al escuchar su confesión—. Eso no quiere decir que no haya... Ya sabes. Me he acostado con muchas tías, pero nunca he tenido una relación propiamente dicha, tampoco he deseado tenerla nunca, no hasta que te conocí a ti, y creo que eso contesta a tus dos inquietudes—sujeta mi cara con ambas manos y pega su frente a la mía—. Estoy loco por ti, Sammy. Me da igual si quieres etiquetar lo nuestro como novios, pareja o amigos con derechos. Puedes llamarlo como quieras mientras me dejes seguir a tu lado. Nunca me he sentido así y me gusta.

Estoy a punto de decirle que yo también quiero seguir a su lado cuando la verja vuelve a abrirse y esta vez es Chase quien entra en el gimnasio. Al verle, Liam se aparta de mí apretando las manos en puños y adopta una postura de defensa. Todo su cuerpo está en tensión.

—Vengo en son de paz —informa Chase levantando las palmas de sus manos sobre su cabeza. Al ver que Liam relaja su postura, dirige su mirada hacia mí—. Lo siento, Sam. Perdóname. No sé qué me pasó ahí arriba.

—Ahí arriba solo eras tú siendo tú mismo —contesto clavando mi mirada en la suya.

—Supongo que tienes razón, me he comportado como un capullo.

—¿Por qué, Chase? ¿A qué demonios ha venido todo eso? Lo nuestro terminó hace años. Solo éramos unos críos y los dos estuvimos de acuerdo en terminar nuestra relación. Hemos sido amigos desde entonces y nunca te habías comportado así conmigo. No lo entiendo.

—No es por ti —dice tras resoplar—. No aguanto a este tío —señala a Liam con la cabeza, que se mantiene en segundo plano escuchando nuestra conversación—. Pretendía atacarle a él pero se me fue la mano y acabé haciéndote daño a ti. No era mi intención, de verdad. Supongo que solo estoy celoso —le miro sorprendida y él niega con la cabeza sonriendo levemente—. No de ti. Te quiero un montón, pero no de ese modo, ya lo sabes. Supongo que me siento desplazado de alguna manera. Steve y Willow son inseparables y ahora tú y él... Solo quedamos Rox y yo —alzo una ceja sin poder evitar que una sonrisa tire de la comisura de mi boca—. Por ahí no paso. No es mi tipo —sonríe negando con la cabeza y veo como Chase se gira hacia Liam—. Supongo que a ti también te debo una disculpa, no solo por lo que dije de Sam, también me metí en algo privado de tu vida y eso no estuvo bien. No voy a mentir, no me caes bien y no creo que lo hagas nunca, pero si Sam ha visto algo en ti, es que tienes algo. Ella suele ser buena juzgando a las personas —veo como extiende su mano y Liam la acepta dándole un apretón con gesto serio.

—Chase, no creo que seas mal tío y aún intento averiguar por qué sientes esa animadversión hacia mí, pero te advierto una cosa, como vuelvas a tratar así a Sam, me importará una mierda lo que piense ella o cualquiera, iré a por ti y te haré picadillo.

Veo como Chase sonrío levemente y asiente con la cabeza.

—Solo por ese comentario ya me caes un pelín mejor —murmura justo antes de despedirse de mí con la mano y marcharse del gimnasio.

Cuando nos quedamos a solas Liam se sienta a mi lado y posa una mano sobre mi muslo.

—Quizás no es tan malo como pensé —susurra sonriendo. Pongo los ojos en blanco y apoyo mi cabeza sobre su hombro sintiendo como sus labios se pegan a mi frente—. ¿Qué me dices, subimos un rato? Supongo que los demás estarán preocupados por ti. Willow casi le arrea a Chase cuando te fuiste. Mira que he peleado contra tíos grandes, pero esa pelirroja me ha dado autentico terror. Espero no tenerla nunca como enemiga.

Suelto una carcajada y me levanto tirando de su mano hacia la salida.

El resto de la tarde todo volvió a la normalidad. Cuando llegamos a la azotea simplemente nos sentamos y Rox se hizo cargo de romper la tensión del ambiente con un par de bromas de las suyas. Liam y Chase apenas se dirigieron la palabra, pero eso es algo normal en ellos, así que pudimos disfrutar de un buen rato entre risas y bromas.

Al anochecer todos nos marchamos, mañana es día de trabajo para algunos y en el caso de Willow y mío, tenemos clase a primera hora. Finalmente Liam decide aceptar la invitación de mi padre y se queda a cenar con nosotros. Los tres pasamos una gran velada comiendo su especialidad y riendo de sus pullas dirigidas a nosotros.

Aunque Liam insiste en que me vaya con él a su casa, decido no hacerlo. Tenemos tiempo de sobra para pasarlo juntos y no quiero desvelarme esta noche. Estoy en plena época de exámenes y necesito descansar bien para poder rendir. Tras despedirnos frente a la puerta con uno de esos besos que me dejan temblando como una brizna de hierba azotada por el viento, Liam se va a su casa y yo me meto en la cama con una sonrisa de oreja a oreja. Siento que cada minuto que paso con él me vuelvo más adicta a su tacto, a sus besos, a la forma en la que me mira como si yo fuese el centro de todo su universo.

A mitad de la noche escucho un ruido en mi ventana. Al principio me asusto pensando que puede ser un ladrón pero al encender la luz, me doy cuenta de que es Liam quien está fuera.

Me levanto a toda prisa y la abro dejándole pasar al interior de mi habitación.

—¿Qué haces aquí? —susurro cerrándola de nuevo.

—Estaba solo en casa y no podía dormir. Te echo de menos —sus manos se aferran a mi cintura y hunde la cara en el hueco de mi cuello aspirando fuertemente.

Yo sonrío acariciando su pelo y niego con la cabeza.

—Eres como un niño pequeño. Siempre tienes que salirte con la tuya ¿verdad? —asiente mordiendo mi cuello y yo suelto un gritillo agudo apartándolo de mí—. No voy a tener sexo con mi padre durmiendo en la habitación de al lado, Liam.

—Yo no he mencionado el sexo en ningún momento. Solo quiero dormir contigo. Te prometo que tu padre no se enterará de que estoy aquí y mañana podemos salir a correr juntos antes de que yo te acerque a la universidad. He traído ropa para cambiarme —señala la mochila que ha dejado en el suelo antes de abrazarme y yo niego con la cabeza.

—No siempre vas a salirte con la tuya, ten eso muy claro.

—Lo tengo, pero no me mandes a casa, por favor —junta sus manos para hacer énfasis en su suplica y pone morritos como un niño pequeño que le pide a su madre comer un helado antes de la cena.

—Está bien, pero no hagas ruido —su sonrisa se expande y asiente rápidamente empezando a desnudarse—. ¿Qué haces?

—No voy a dormir con la ropa puesta. Da gracias a que me deje los calzoncillos, normalmente

no uso ni eso para dormir.

—Esta noche va a ser muy interesante —murmuro para mí viendo como el apretado bóxer se ciñe a su entrepierna marcando la silueta de su monstruo.

—Sammy, no puedes decirme que no va a haber sexo y mirarme el paquete como quien ve un dulce por navidad —dice cruzándose de brazos con falsa indignación.

—Pues tú no deberías estar tan bueno y desnudarte en mitad de mi habitación. Una no es de piedra, machote.

—¿Te pongo cachonda? —susurra acercándose a mí lentamente, como un felino acechando a su presa.

—Me pones cardíaca —confieso cuando sus manos se cuelan por el interior de mi camiseta de tirantes y rozan la piel de mi vientre. Gimo al sentir su lengua bordeando mi escote y su miembro endurecido pegado a mi bajo vientre—. Liam, mi padre...

—Podemos ser silenciosos —susurra antes de morder suavemente uno de mis pezones por encima de la ropa.

Cuando su mano se cuela bajo mi pantalón de pijama, sé que he perdido la batalla. No puedo resistirme al roce áspero de sus dedos jugando con mi sexo, llevándolo al límite. Busco su boca y le beso tirándolo sobre la cama y poniéndome a horcajadas sobre él. Parece que al final no voy a dormir demasiado esta noche pero, sinceramente, me da absolutamente igual.

# Las sabanas son un peligro

*Liam*

Me despierto sintiendo su cálido cuerpo sobre el mío y sonrío como un adolescente. Llevamos tres meses juntos y aún no me creo lo afortunado que soy por tener a esta chica entre mis brazos casi todas las noches. Si no son todas es porque ella se niega. Por mí no me separaría de su lado ni un solo minuto del día. En realidad, prácticamente vivo en el gimnasio. Aparte del programa, Sam me convenció para que dejara a David entrenarme y tengo que admitir que he mejorado muchísimo. Ya no recibo tantos golpes como antes y estoy aprendiendo a pensar mis movimientos antes de ejecutarlos. “*Sesenta por ciento corazón y cuarenta por ciento inteligencia*”, eso es lo que David me repite a cada momento. Lo dice tantas veces que ya he bromeado en varias ocasiones con tatuarme esa frase. Sería capaz de hacerlo si mi padre no me matara por ello. Por ahora se ha mantenido alejado, sigue de viaje, pero no creo que tarde mucho en volver y no sé si va a gustarle mi nuevo estilo de lucha tan distinto al que él me ha enseñado.

Sam se mueve frotando su nariz contra mi pecho y yo la atraigo contra mi cuerpo para abrazarla. Todos los problemas y dudas desaparecen cuando estoy así con ella, solo los dos. No puedo negarme ni a mí mismo mis sentimientos hacia esta preciosa mujer. Me tiene completamente enamorado y doy gracias al destino cada día por haberla puesto en mi camino. Obviamente nuestra relación no es siempre de color rosa. Discutimos, muchas veces en realidad, pero siempre acabamos hablando y resolviendo nuestros conflictos. Los dos tenemos personalidades muy fuertes y cuando nos cabreamos se nos calienta la boca, pero cuando las aguas se calman y el río vuelve a su cauce, sabemos reconocer nuestros errores y disculparnos por ellos.

Eso es algo a lo que aún me cuesta acostumbrarme, a tener gente dispuesta a aceptar y perdonar mis errores sin reproches ni recriminaciones, gente que realmente se preocupa por mi bienestar y quiere lo mejor para mí. Y no hablo solo de Sam, David se ha convertido a lo más parecido a un padre que nunca he tenido, ya que el mío nunca ha actuado como tal. Y mis amigos, esos a los que considero ya parte de mi familia, me han enseñado que la amistad más pura y de corazón puedes encontrarla en quien menos te lo esperas, es tanto así que hasta he llegado a apreciar a Chase a pesar de sus continuas pullas y provocaciones hacia mí. De alguna manera esa es nuestra forma de relacionarnos y me gusta, no querría que fuese de otra forma.

—Feliz cumpleaños —susurra Sam besando suavemente mi pecho.

—Buenos días, preciosa.

—¿Qué se siente al tener veintiuno? —pregunta poniéndose a horcajadas sobre mí. Sujeto su cadera bajándola levemente para que note mi erección matutina y sonrío de manera pilla.

—¿Por qué no me cuentas tú qué se siente al ser follada por un tío de veintiuno?

—Eres un cerdo —replica clavando sus dedos en mi costado. No puedo evitar dar un brinco. Ella sabe que tengo muchas cosquillas en esa zona.

—Y eso te encanta —susurro frotando mi miembro contra su centro. Escucho como gime bajito y asiente pegando su boca a la mía.

Estoy a punto de deshacerme de la poca ropa que lleva puesta cuando escuchamos como alguien toca a la puerta de la habitación. Los dos nos miramos completamente paralizados.

—Sam, ¿puedo pasar? —pregunta David desde el exterior. Lo siguiente que noto es como mi

culo cae directamente en el suelo con un estruendo. Esta pequeña fiera acaba de tirarme de la cama de una patada—. Hija, ¿estás bien? Acabo de escuchar un golpe.

Me froto el trasero levantándome a toda prisa y dando vueltas sobre mí mismo sin saber dónde meterme.

—Sí, papá, ya abro —dice Sam lanzándome mi ropa, que estaba desperdigada por toda la habitación, a la cara—. Escóndete —susurra.

—¿Dónde? Esta habitación es minúscula —replico.

—Perdone, señor, por no tener una habitación lo suficientemente grande para usted. La próxima vez le diré a la chacha que le prepare la suite real —rebate con ironía. Una vez más su agilidad mental y sus salidas sarcásticas me dejan noqueado—. Debajo de la cama.

—¿Qué?! No voy a esconderme debajo de la cama.

—Sam, ¿pasa algo? —pregunta David en tono impaciente.

—No, papá, enseguida voy —Me fulmina con la mirada y señala con la mano hacia la parte baja de la cama—. Ahora, Liam.

—Esta me la pagas —refunfuño escondiéndome bajo la cama.

Escucho como la puerta se abre y enseguida veo los pies de David entrando en la habitación. Me remuevo incomodo al notar como algo se me clava en el trasero y hecho mi mano hacia atrás para alcanzarlo. Casi suelto un jadeo al ver lo que estaba intentando ultrajarme, es un... Vibrador. Una barra de silicona en color morado y con forma de pene de unos quince centímetros. Chica traviesa, pienso dándole vueltas al aparato en mi mano mientras escucho la conversación que ellos mantienen.

—¿Estás bien, hija? Pareces bastante nerviosa —dice David.

—Sí, eh... estoy bien. Solo me quedé dormida y después me caí al levantarme de la cama. Ya sabes, las sabanas son un peligro. Deberían venir con esas etiquetas de producto peligroso —pongo los ojos en blanco ante su discurso. Sam no sabe mentir y disimular se le da aún peor.

—¿Crees que las sabanas son peligrosas? —inquiere David, puedo notar el tono de diversión en su voz.

—¿Tú no? Son asesinas en potencia. A saber cuántas personas se habrán desnucado al tropezarse con ellas.

—Sal de ahí, Sammy. Deja las putas sabanas —susurro para mí.

—Vale, en ese caso será mejor que empieces a dormir sin sabanas en la cama —dice David—. ¿No tienes que trabajar hoy?

—Sí, entro en una hora.

—Pues date prisa o no llegas. El desayuno está listo.

—Sí, no tardo nada.

Veo como David se aleja hacia la puerta, pero antes de salir se gira de nuevo.

—Ryder, a ti también te espero para desayunar. Si vas a dormir en mi casa, con mi hija, casi todas las noches, espero que al menos desayunes también en mi mesa —maldigo en voz baja cerrando los ojos con fuerza. Solo un necio pensaría que David no se acabaría dando cuenta—. ¿Me has escuchado, muchacho?

—Sí, David. Ahí estaré —contesto desde mi escondite no tan secreto.

—¿Puedes decírmelo a la cara? —resoplo de nuevo y salgo de debajo de la cama. Creo que no había pasado tanta vergüenza en mi vida. Aquí estoy yo, en calzoncillos y delante del padre de mi novia después de haber pasado la noche en su casa. Entonces veo que David dirige su mirada hacia mi mano y abre mucho los ojos. Al comprobar que es lo que le sorprende tanto, me doy cuenta de que aún sigo con el vibrador en la mano—. No quiero saberlo —señala él cuando voy a

abrir la boca para explicarme—. Os espero en la cocina, vestidos y sin la compañía de vuestro amigo —le echa un último vistazo al vibrador que sigo sosteniendo y pone los ojos en blanco antes de salir de la habitación.

Suelto todo el aire que estaba conteniendo y miro hacia Sam que sigue sentada sobre la cama sin decir ni una palabra. Entonces, cuando pienso que ya nada puede ir peor, ella estalla en carcajadas retorciéndose sobre la cama.

—Muy graciosa —digo apuntándole con el pene de goma.

—¿Qué coño haces con eso en la mano? —pregunta entre risas—. O mejor debería decir, qué polla —vuelve a reír y yo no puedo contener la sonrisa.

—Tú padre me va a matar —susurro sentándome a su lado—. Me he encontrado esto ahí abajo.

Ella coge el vibrador de mi mano y lo lanza sobre la cama.

—Fue un regalo de Willow por mi cumpleaños. Solo lo he usado un par de veces. Ni siquiera recordaba que lo tenía ahí. Y mi padre no te va a matar. Solo quiere que desayunes con nosotros.

—Sabe que me estoy tirando a su hija en su casa y, ¿quiere invitarme a desayunar? Como mínimo me envenena. No tendrá un arma, ¿no? —pregunto en tono preocupado.

—No, tonto. No tiene ningún arma y tampoco va a envenenarte.

—¿Estás segura? —pone los ojos en blanco y tira de mí para que me levante de la cama—. Vamos a vestirnos. Yo tengo que irme al trabajo y tú te quedas con mi padre teniendo una de esas conversaciones de machos viriles y de pelo en pecho.

—¿Qué coño le voy a decir?

—A ver, Liam. Tú te llevas bien con mi padre. Habláis muy a menudo, ¿qué es lo que te preocupa?

—Pues que acaba de saber que su hijita está siendo pervertida por mí, en su propia casa y con juguetes sexuales incluidos. ¿Te parece poco?

—Hombre, dicho así... —veo como intenta contener la risa y la fulmino con la mirada—. Vale, entiendo tu postura, pero ya sabes cómo es mi padre. Además, tampoco es que pensara que yo era virgen —se cuelga de mi cuello y deposita un beso en mis labios—. Deja de darle vueltas. No es el fin del mundo. Vamos a salir ahí fuera y a comportarnos como si nada hubiese pasado ¿vale? —asiento volviendo a besar sus labios.

—¿Vas a explicarme lo de tu amigo morado? —pregunto cuando ella se aparta de mí para cambiarse de ropa.

—No le llares así, se llama Toretto.

—¿Cómo Vin Diesel?

—¿Conoces otro Toretto? —inquire sonriendo.

—Yo le doy mil vueltas a ese cacharro —murmuro cruzándome de brazos enfurruñado. Sam sonrío de nuevo y se acerca a mí posando su mano sobre mi entrepierna.

—Te aseguro que tu monstruo me da muchas más alegrías que Toretto —afirma mordiendo mi labio inferior. Sonríe hinchando pecho como un jodido pavo real y ella pone los ojos en blanco—. Ahora que ya he inflado tu ego, vamos a desayunar.

—Sammy, tú me hinchas mucho más que el ego —señalo mi entrepierna que empieza a despertar y ella niega con la cabeza.

—Haz algo con eso y vístete. Te espero en la cocina —me da un beso rápido y se marcha dejándome solo en la habitación.

Tras vestirme y darme fuerzas a mí mismo para enfrentar a la fiera, salgo de la habitación y camino con paso seguro hacia la cocina. Me paro frente a la puerta con las manos en los bolsillos

delanteros de mis vaqueros y observo a Sam moviéndose por la estancia con una taza de café en la mano mientras David está sentado frente a la mesa leyendo el periódico.

—Buenos días —susurro tras carraspear.

—Feliz cumpleaños, muchacho —dice David tras darle un trago a su taza de café—. Si supiese que te gustaba tanto el color morado, te hubiese regalado una camiseta a juego con tu juguete.

—Papá —dice Sam a modo de advertencia—. Me prometiste que no ibas a avergonzarle.

—Está bien, lo siento —suelta una carcajada y niega con la cabeza—. Es que no creo que pueda nunca sacarme esa imagen de mi cabeza —Sam se acerca a mí y me tiende una taza de café—. Vamos, siéntate aquí —David me señala una silla a su lado.

Hago lo que me dice y enseguida Sam pone frente a nosotros unas tostadas recién hechas que saca de la tostadora.

—Casi se pasan, papá —le dice a David. Este se encoge de hombros dándole un mordisco a una de ellas—. Bien, me tengo que ir o no llegaré a tiempo al trabajo.

—Puedo llevarte —sugiero más que nada para escapar de la incómoda situación.

—Creo que mi hija puede ir sola un día al trabajo o a la universidad —señala David demostrándonos a mí y a su hija que está perfectamente enterado de mis visitas nocturnas y que acompaño a Sam cada mañana—. Ya sé que hoy dije que no había nada programado para el programa a pesar de ser sábado, pero me gustaría que me echaras una mano para cambiar las pesas de la máquina de musculación. Si no tienes algo mejor que hacer, claro.

—Bien, entonces nos vemos esta noche —dice Sam dejando su taza vacía en el fregadero—. ¿Vienes a buscarme a las siete? —asiento de nuevo.

—¿Vais a salir esta noche? —pregunta David.

—Sí, vamos con los chicos a celebrar el cumpleaños de Liam —contesta dándole un beso en la mejilla. Se acerca a mí y me besa rápidamente en los labios antes de salir de casa a toda prisa.

Cuando nos quedamos a solas, David me mira alzando una ceja.

—¿Has terminado? —pregunta señalando mi café. Asiento y él se levanta retirando las dos tazas—. ¿Me ayudas con eso, entonces?

—Claro.

Bajamos al gimnasio y empezamos a desmontar la máquina de musculación para substituir las pesas viejas por unas nuevas.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —pregunta David cuando ya llevamos un rato trabajando.

—No, eh... Yo... quería explicarte lo que ha pasado esta mañana, David.

—¿Te refieres a cuando te pillé en calzoncillos en la habitación de mi hija con un vibrador en la mano? Me gustaría escuchar esa explicación —sonríe y niega con la cabeza—, pero le prometí a mi hija que no iba a ser malo contigo, así que puedes guardártela. Sam no es una niña, Ryder, y tú tampoco. Estáis enamorados y es normal que intiméis. A mí me da absolutamente igual lo que hagáis, siempre y cuando uséis la cabeza. No quiero que mi hija sufra. ¿Lo entiendes?

—¿Ahora es cuando me dices que si le hago daño me partirás las piernas? —ríe nuevamente y vuelve a negar con la cabeza.

—Muchacho, si le haces daño a Sam, ella misma te pateará las pelotas. No he criado a una mujer débil. Estoy muy orgulloso de quien es mi hija y de la fortaleza que hay en ella —me mira a los ojos y su sonrisa se esfuma—, pero tiene sueños, objetivos, y no quiero que tenga que renunciar a ellos por ti.

—Yo nunca lo permitiría —contesto con sinceridad—. Quiero a Sam y haría cualquier cosa por su bienestar.



—Lo sé. Supe desde el día en que te vi por primera vez que no estaba equivocado contigo, eres un buen hombre y sé que puedes hacer muy feliz a mi hija, ya lo estás haciendo. Solo digo que no corráis demasiado, ¿vale? Tenéis toda la vida por delante.

—¿A qué te refieres? —pregunto. David suspira y se sienta sobre la silla de la máquina de musculación.

—Voy a contarte una historia, mi historia. Quizás te parezca algo aburrida, pero solo quiero que entiendas mis miedos con relación a lo tuyo con mi hija —asiento y él respira profundamente antes de continuar—. Mi abuelo fundó este gimnasio. Cuando lo hizo estaba enfocado hacia el boxeo y mi padre aprendió a luchar aquí. Fue un gran boxeador, uno de los buenos. Cuando terminó su carrera, él se hizo cargo del gimnasio. Yo crecí entre luchadores, me apasionaba ese mundo, pero no me conformé solo con el boxeo, yo quería más, necesitaba aprender otras disciplinas.

—Por eso empezaste a practicar MMA —adivino. David sonríe y asiente con la cabeza.

—Tenía muchos sueños, ¿sabes? Quería convertirme en el mejor luchador que nadie hubiese visto jamás. Podía hacerlo, era muy bueno, o eso decían —suspira de nuevo y su mirada cambia, como si estuviese rememorando esa época—. Conocí a Samantha, la madre de Sam, cuando estaba en el último año de instituto. Ella acaba de mudarse con sus padres a la zona sur de la ciudad, venía de Los Angeles, su familia era muy rica y se habían mudado aquí porque su padre era dueño de un hotel en Las Vegas. Me enamoré de ella nada más verla. La primera vez que la besé, fue como si todo mi mundo cobrara sentido. Estuvimos saliendo varios meses a espaldas de su familia. Ellos nunca me aceptarían, a mí, el hijo de un luchador jubilado y futura carne de peleas, como el novio de su hija. Samantha quería estudiar medicina en Harvard, incluso había sido aceptada gracias a sus excelentes notas y recomendaciones de sus profesores, y yo tenía una beca deportiva para Boston College. Teníamos todo perfectamente planeado. Solo estaríamos a unos pocos kilómetros de distancia, incluso podríamos vivir juntos en Boston.

—¿Y qué pasó? —pregunto esperando atentamente su contestación.

—Que Sam apareció en escena —contesta encogiéndose de hombros—. Samantha se quedó embarazada y eso lo cambió todo. Todos nuestros planes se fueron al garete y yo tuve que hacerme cargo del gimnasio para poder sacar adelante a mi familia. La familia de Samantha la repudió, así que ella no pudo costearse la universidad.

—¿Con sus notas no pudo solicitar una beca?

—Ninguna universidad becaría a una chica embarazada, por muy buenas notas que tenga —contesta sonriendo tristemente—. Obviamente yo no pude irme a Boston y perdí la beca. Ella falleció al dar a luz a nuestra hija, pero eso no es algo que influya en esta historia —me mira fijamente—. No me arrepiento ni por un segundo de las decisiones que tomé. Adoro a mi hija, ella lo es todo para mí, pero sí admito que me cambió la vida. Eso es lo que no quiero que os pase a vosotros. Vivid al máximo antes de comprometeros con nada. Cumplid vuestros sueños primero y después podréis casaros, tener hijos o hacer lo que queráis.

—Es muy pronto para hablar de eso —digo tras carraspear.

—Oh, muchacho, ¿crees que tienes alguna opción? Tú miras a mi hija exactamente como yo miraba a su madre. Eso es para siempre, hijo —pone una mano sobre mi hombro y sonríe cariñosamente—. Me alegra que mi hija te haya encontrado y espero que seas digno de ella, porque si no prepárate, tiene un gancho de derecha que quita el sentido, literalmente —suelta una carcajada y yo me contagio de su risa—. Vamos, terminemos con esto de una vez —se levanta y me indica con la cabeza que le ayude a sacar una de las pesas—. Por cierto, cuando quieras dormir en mi casa entra por la puerta. No quiero que un día de estos salgas en las noticias por

haber caído desde la ventana.

Sonríó asintiendo y pasamos el resto de la mañana arreglando la dichosa máquina. David es increíble y cada día que paso con él me doy cuenta de que me encantaría que él fuese mi padre. Mi vida habría sido muy distinta si fuese así.

# Me encanta tu alcantarilla

*Sam*

No he parado en todo el día, apenas he tenido tiempo ni para comer. No sé qué demonios pasa hoy que todo el mundo ha decidido venir a esta cafetería.

Termino de limpiar la única mesa que queda libre y enseguida se sienta una pareja, así que vuelvo a acercarme a tomar su pedido y regreso a la barra.

—¿Qué le pasa hoy a la gente? —pregunta Rox acercándose a la barra tras llevar el pedido a una de sus mesas—. ¿No hay otra cafetería en la ciudad?

—Parece que no —contesto, y coloco los cafés de la última pareja que ha llegado sobre la bandeja metálica.

—Si seguimos así, no sé a qué hora podremos salir —rezonga. Compruebo en mi reloj que ya son casi las siete de la tarde, pero con la cafetería llena, no podemos marcharnos sin más.

Llevo el pedido a la mesa y al volver encuentro a Rox hablando con Jasper.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver que Rox parece bastante nervioso.

—Félix anda rondando por aquí y preguntando por Rox —contesta Jasper—. Acabo de verlo en la parte de atrás cuando sacaba la basura.

—Tranquilo —le digo a mi amigo agarrando su brazo—. Ya sabes cómo es Félix. Perro ladrador pero poco mordedor.

—Estoy cansado de ese imbécil. ¿Cuándo va a dejarme en paz? —en ese momento la puerta se abre y Liam entra en el local buscándome con la mirada—. Tu novio ha llegado —señala Rox.

Jasper me hace un gesto con la cabeza para que vaya yo a atenderle. Sé que no le cae bien y el sentimiento es correspondido por Liam. Recuerdo que la primera vez que vino a buscarme, tuvimos una discusión porque, según él, Jasper no dejaba de comerme con la mirada. Quizás tenía razón, pero ese no era un motivo para cabrearse. Yo no decido por los demás y no puedo controlar quien me mira o no y eso es algo que tuve que hacerle entender. Ahora simplemente es cortés con Jasper pero prefiere mantener las distancias, aunque mi punto le quedó claro y no hemos vuelto a discutir el tema.

—Hola, forastero —le saludo encaramándome a la barra para darle un beso rápido.

—Creí que ya estaríais listos para salir —comenta.

—Ya, esto hoy ha sido una locura y no hemos tenido tiempo ni para rascarnos, pero ahora la cosa empieza a tranquilizarse, así que recogemos, nos cambiamos y nos vamos. ¿Esperas aquí? —asiente—. ¿Quieres un café?

—Acepto cualquier cosa que quieras darme —contesta en tono meloso.

—Cursi —replico sacándole la lengua.

—Te encanta —canturrea él cuando me doy la vuelta para preparar su café.

En cuanto el local empieza a vaciarse, Rox y yo corremos a cambiarnos de ropa para nuestra salida. Es el cumpleaños de mi chico y esta noche vamos a pasarla en grande.

Media hora después, estamos entrando en la discoteca. Steve, Willow y Chase ya están esperándonos dentro. Nada más vernos, mi amiga abraza a Liam y le felicita por su cumpleaños. Steve se encarga de pedir una ronda de chupitos y nos los bebemos a su salud.

Me encanta ver a Liam interactuar con mis amigos. Se ha integrado tan bien en nuestro grupo,

que ya es uno más. Incluso con Chase que, a pesar de que siempre están lanzándose pullitas, está claro que se aprecian. Solo son tíos comportándose como tíos, como dice Willow.

Tras la tercera ronda de chupitos, arrastro a Liam a la pista de baile y nos movemos al ritmo de la canción “*Not in love*” de “Enrique Iglesias”. Liam se mueve a mi alrededor haciéndome reír con sus pasos de baile que pretenden ser sexis y se quedan a medias entre ridículos y monos. Sé que lo hace a propósito ya que es muy buen bailarín, pero esa es una de las cosas que adoro de él, siempre me hace reír. Bailamos un par de temas más y estamos a punto de ir a la barra a buscar un par de copas, cuando veo a lo lejos a Rox discutiendo con alguien, me asomo para ver de quien se trata y un escalofrío recorre mi cuerpo al comprobar que es Félix, y no está solo, dos de sus matones van con él.

—¿Qué pasa? —me pregunta Liam al ver que me pongo nerviosa.

—Es Rox, vamos —tiro de su mano hacia el lugar donde veo a mi amigo que parece estar perdiendo totalmente los nervios.

Willow, Steve y Chase también parecen percatarse de lo que está ocurriendo porque enseguida llegan a la escena e intentan tranquilizar a Rox.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —inquiero poniéndome entre Rox y Félix.

—Llegó la amiga macho. Hacéis muy buena pareja, la maricona y el machote —se mofa haciendo reír a sus dos esbirros.

—Félix, lárgate de una puta vez —sisea Rox temblando de rabia.

—¿Qué dices, maricona? —pregunta el capullo con una sonrisa burlona—. ¿Por qué no te acercas y me lo dices de cerca? Y ya que estás, te arrodillas y me haces una mamada.

Sus amigos vuelven a reír a carcajadas y Rox da un paso adelante, pero Steve detiene su avance sujetándole.

—¿Por qué no me la haces tú a mí? —demanda mi amigo—. Al fin y al cabo, no sería la primera vez —la sonrisa de Félix se esfuma y todos miramos a Rox sorprendidos. Siempre sospeché que había más entre ellos dos de lo que mi amigo nos contó, pero Rox acaba de confirmarlo y delante de los amigos de Félix, eso no es nada bueno. Chase intenta controlar a Rox diciéndole que se calle, pero este no le hace caso—. ¿Qué pasa, Félix? ¿No les has contado a tus amigos que te gusta el rabo? Vamos, sé valiente y díles que te encantaba cuanto te follaba. Gritabas como un cerdo cada vez que te la clavaba.

—¡Eso es mentira! —brama Félix apuntándole con el dedo pero, por su reacción, está claro que quien miente es él—. Tú, maldito hijo de puta... Me voy a encargar personalmente de ti y de tus amiguitos. No tenéis ni idea de... —el gran discurso de Félix es interrumpido por un puñetazo salido de la nada que lo lanza al suelo.

Todos nos sorprendemos al ver a Liam caminar hacia él de forma amenazante, levantarlo del suelo como quien levanta un jodido saco de basura y empezar a golpearle repetidamente.

—¡Liam! —grito corriendo hacia él y agarrándole por detrás, pero me aparta de un empujón y sigue golpeando a Félix sin descanso.

Los amigos de Félix intentan ir a por Liam, pero Steve y Chase se encargan de ellos en con un par de golpes y corren a separar a Liam de Félix. Cuando consiguen apartarlos, Félix tiene la cara destrozada y tiene que ser levantado del suelo por sus amigos.

—Estás muerto —sisea escupiendo sangre—. Todos estáis muertos —sus amigos lo sacan del local y Steve y Chase sueltan a Liam que se revuelve para poder ir tras Félix.

—¡¿Te has vuelto loco?! —exclamo empujándole por el pecho. Liam me mira sorprendido por mi arranque.

—¡¿A ti qué te pasa?! —pregunta a gritos.

—¿Que qué me pasa?! ¿Tienes la más mínima idea de lo que acabas de hacer?

—¿Defender a Rox? —pregunta sorprendido.

—Decididamente, eres gilipollas —siseo saliendo del lugar. Cojo mi chaqueta del guardarropa y salgo del local a toda prisa. Estoy furiosa. Liam acaba de ponernos a todos en una situación que llevábamos intentando evitar desde hace mucho tiempo.

—¡Sam! ¡Sam, espera! —le escucho llamarme a gritos mientras camino a paso ligero hacia casa. La noche ya ha terminado para mí. Sé que no voy a librarme de él, pero aun así me niego a detenerme. Me conozco y sé que si hablo ahora con él, acabaré diciéndole un montón de disparates—. ¡Sam, te estoy llamando! —tira de mi brazo y yo me suelto de un tirón—. ¡¿Qué demonios te pasa?! ¡¿Por qué te pones así?!

—Liam, ahora mismo estoy demasiado furiosa para mantener esta conversación. Me voy a casa, mañana hablamos —emprendo de nuevo la marcha, pero él vuelve a sujetarme del brazo haciendo que esta vez mi reacción sea empujarle—. ¡Suéltame, maldita sea!

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?! ¡Intentaba defender a tu amigo ahí dentro! —grita.

—¿Tu eres así de imbécil de verdad o solamente lo pareces?! —mi grito lo deja paralizado y da un paso hacia atrás—. ¿Crees que Rox no es lo suficientemente capaz de defenderse solo? Has peleado con él, ¿crees que un tipo como Félix sería problema para Rox? —veo como parece pensarlo unos segundos y niega con la cabeza—. ¡¿Entonces por qué mierda crees que no se defendió?!

—¡No lo sé, y me importa una mierda! —brama tirándose del pelo.

Estamos en plena calle gritándonos como dos jodidos energúmenos.

—¿Sabes quién es Félix?!

—¡Por lo visto el pandillero que se follaba Rox! ¡¿Qué demonios me importa a mí quien es ese hijo de perra?! ¡Estaba insultando a Rox y amenazándoos a todos vosotros! No pensé...

—¡Exactamente, no pensaste! ¿Alguna vez piensas antes de actuar, Liam? Tú solo haces las cosas sin pensar en las consecuencias. ¡No tienes ni puta idea del lío en el que te acabas de meter y en el que nos has metido a todos!

—¡Intentaba defenderos, joder!

—Nadie te lo había pedido. Es más, no recuerdo haberte dicho en ningún momento que necesito tu protección. He estado perfectamente durante veinte años sin ti, y ahora que estás aquí es cuando corro más peligro, así que gracias por tu ayuda —espeto con ironía.

—¿Sabes qué? No tengo por qué aguantar esta mierda. Como tú acabas de decir, estás mucho mejor sin mí y, la verdad, yo empiezo a pensar que también estoy mejor sin ti. Adiós, Sam. Espero que te vaya de puta madre en tu puñetera vida perfecta —veo como se gira y antes de que pueda darme cuenta, está subiendo a su moto que estaba aparcada frente a la cafetería y marchándose a toda velocidad.

Llego a casa y tras contestar a los mensajes de Willow preguntándome si estoy bien, me tiro boca arriba sobre la cama. Siempre me pasa lo mismo, cuando la rabia se disipa, llegan el llanto y los remordimientos. He sido demasiado dura con él y ahora le he perdido. No quise insinuar que estaba mejor sin él pero es que estaba tan cabreada, que no medí mis palabras. Le recrimino que siempre actúa sin pensar, pero yo hago exactamente lo mismo. Soy una cínica de mierda.

Me cambio de ropa entre sollozos y me tumbo en la cama con mi teléfono en la mano. Quiero llamarle, pero soy demasiado cobarde para hacerlo. ¿Y si no me coge el teléfono? O peor aún, ¿y si me lo coge y me manda a la mierda? Tras más de una hora llorando, decido dejar los “y si” y marco su número llevando el teléfono a mi oído mientras contengo la respiración. Suena un tono,

dos, tres, y cuando pienso que ya no va a cogerlo, la llamada se descuelga.

—Eh... hola —susurro sorbiendo por la nariz.

—Hola —su voz suena cansada, derrotada, pero al menos no me ha mandado a la mierda.

—Lo siento, Liam. Estaba cabreada y dije cosas que... —suspiro cerrando los ojos y nuevas lágrimas se derraman por mi rostro—. No estoy mejor sin ti. No sé por qué insinué eso, es que...

—Abre la ventana, Sammy —me interrumpe.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Abre la ventana. Ya he intentado hacerlo yo un par de veces, pero está cerrada por dentro.

Me levanto de un salto limpiándome las lágrimas de un manotazo y abro la ventana. No me di cuenta de que la había cerrado tras entrar. Echo un vistazo al exterior y veo a Liam sentado en las escaleras con los brazos rodeando sus rodillas. Le hago un gesto con la cabeza para que entre y él enseguida se levanta y hace lo que le pido.

—No me di cuenta de que había cerrado por dentro —susurro cuando ya he cerrado de nuevo.

—Creí que lo habías hecho a propósito para que yo no entrara —dice sentándose al borde de la cama. Cuando alza su mirada hacia mí, frunce el ceño levantándose a toda prisa—. Eh, ¿estabas llorando? —al sentir sus manos cubriendo mis mejillas, una nueva oleada de lágrimas acude a mis ojos.

—Yo pensé que... Dios, no sé por qué... —sollozo sin poder terminar una sola frase y Liam me abraza apretándome contra su pecho.

—No llores, cielo. Mierda, no llores por mí. Yo no me merezco ni una sola de tus lágrimas —se aparta levemente y limpia mis mejillas con sus manos—. Tienes razón en todo lo que dijiste. Soy un irresponsable y no pienso en las consecuencias antes de actuar. He sido así toda mi vida y así me va, pero quiero hacerlo bien contigo, Sammy. No puedo perderte, cariño. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Eres un cursi —digo entre risas y sollozos. Liam sonrío y asiente con la cabeza.

—Lo sé. Ahora deja de llorar, por favor. No soporto verte así.

Respiro profundamente intentando controlar el llanto y limpio el rastro de humedad que quedan en mis mejillas.

—No quise decir todas esas cosas. Lo siento mucho, Liam —susurro mirando sus ojos.

—Lo sé. Te conozco, Sammy. Sé que te cuesta controlar tu mal carácter cuando te enfadas y te pierde la boca.

—Más que una boca tengo una alcantarilla, en cuanto la abro, empieza a salir mierda —rezongo.

—Me encanta tu alcantarilla —susurra contra mis labios, deposita un dulce beso sobre ellos y tira de mí para que me siente en su regazo a los pies de la cama—. Yo también lo siento. No debí pegarle a ese capullo. Entiendo que con mis acciones os he metido a todos en un lío. Es que cuando le escuché decir esas cosas y... —resopla pellizcándose el puente de la nariz—. Se me fue la cabeza. Lo siento mucho.

—No pasa nada —digo pasando mis dedos entre su pelo. Como siempre que lo hago, Liam cierra los ojos y casi puedo escuchar su ronroneo—. Ya veremos cómo resolver esta situación.

Sus manos se aferran a mi cintura y hunde su cara en el hueco de mi cuello suspirando.

—Joder, te quiero demasiado, Sammy —en cuanto se da cuenta de lo que acaba de decir, su cuerpo se tensa y levanta la mirada hacia mí—. He dicho eso en voz alta ¿verdad? —pregunta haciendo una mueca. Asiento intentando contener una sonrisa y él resopla negando con la cabeza—. Creo que no es nada que no supieras ya, pero me hubiese gustado no soltarlo así sin más.

—Tú eres más cursi que todo eso, ¿no? —pregunto sonriendo abiertamente mientras mis dedos

siguen deslizándose por su cabeza.

—Solo contigo —confiesa antes de besar mi cuello. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta y tiran hacia arriba quitándomela por la cabeza.

Me insta a tumbarme sobre el colchón y enseguida se deshace del resto de mi ropa junto con la suya. Cuando ambos estamos desnudos, me cubre con su cuerpo y se encaja en mí moviéndose a un ritmo desesperadamente lento.

—Liam...

—Lo sé, tú también me quieres —dice sonriendo mientras dibuja un círculo con sus caderas, haciéndome gemir.

—Eso también pero, ¿puedes acelerar un poco el ritmo? Me estás volviendo loca.

—¿Sabes, bonita? Eres una experta cargándote momentos románticos —señala sonriendo.

—Cierto, pero me quieres —susurro mordiendo su barbilla—. Ahora deja el romance para otro momento y mueve esas caderas como a ambos nos gusta —golpeo su trasero con la palma de mi mano y él se clava en mi interior con un golpe certero.

—¿Quieres ver las estrellas? —pregunta cuando su miembro vuelve a clavarse en mi sexo con fuerza.

—Mierda, sí —gimo por sus embestidas que cada vez son más rápidas y agresivas.

—Voy a mostrarte una jodida constelación entera, Sammy —gruñe mordiendo uno de mis pechos suavemente mientras sigue hundiéndose en mí sin descanso—. La osa mayor, la menor y todos sus jodidos oseznos.

Sonrí cogiendo su cara con ambas manos y clavo mis ojos en los suyos.

—Te quiero, Liam Ryder —susurro contra sus labios. Una sonrisa enorme se extiende en su cara y me besa acelerando sus movimientos hasta que los dos estallamos en un orgasmo que nos deja agotados.

# No vas a seguir controlando mi vida

*Liam*

Seis meses después de mi entrada en el programa, David firma un informe favorable en el que consta que he sido reeducado. Eso significa que puedo dejar el gimnasio y volver a mi antigua vida, en la que se incluye la presencia de mi progenitor. Hace un par de días que llegó de su viaje, pero aún no le he visto. Obviamente he evitado pasar por casa para que eso sucediera.

Mis días son ocupados en el gimnasio, ayudando a David y a Steve. Sé que pronto tendré que dejar de hacerlo porque volveré al intenso entrenamiento que mi padre escoja para mí, así que aprovecho cada instante que aún me queda de libertad. En los ratos libres nos juntamos todos en Tony's para comer o cenar, o simplemente subimos a la azotea y lo pasamos bien entre amigos. Las noches son otra cosa, prácticamente he hecho de la casa de David la mía. Es rara la noche que no duerma con Sam entre mis brazos. No sé qué va a ser de mí cuando ya no pueda hacerlo. La voy a echar tanto de menos.

Los dos sabemos que esta situación va a ser difícil. Hemos pasado seis meses sin separarnos, así que va a costar que nos adaptemos a esta nueva situación. El humor de Sam es bastante huraño estos últimos días y anda muy alicaída, por eso hace un par de días quise prepararle una sorpresa. Ella siempre dice que le encantaría poder ver las estrellas desde la azotea, por lo que le di lo que quería. Me hice con docenas de luces navideñas blancas y azules y las colgué por el aire en toda la extensión de la azotea. De ese modo, si te tumbas boca arriba en el sofá o en el suelo, parece estar viendo un cielo cubierto de estrellas. Sobra decir que a Sam le encantó mi detalle. Ella siempre se burla de mí llamándome cursi cuando hago ese tipo de cosas, pero en realidad le encanta que sea así. Después de enseñarle las estrellas, ella me las mostró a mí, en el viejo sofá, de la forma que a ambos nos gusta más.

Entro por la ventana de su habitación intentando no hacer ruido. David siempre insiste en que use la puerta, pero me encanta subir por su ventana. La veo sentada frente a su escritorio sumergida en un montón de papeles y libros. Aunque ha aprobado sus exámenes con muy buena nota, mi chica ya está pensando en los siguientes parciales. La canción "*I don't Wanna Be*" de "Gavin DeGraw" suena por los altavoces de la minicadena en un tono suave. Sam dice que la letra de esa canción le recuerda a mí y la escucha a todas horas.

—Hola, mi ángel —susurro en su oído provocando que de un respingo.

—Me has asustado —señala mirándome con reprobación.

—Esa era la idea —aparto levemente los papeles del borde de la mesa y me apoyo en ella casi sentándome para poder mirarla de frente.

—Tengo que terminar este trabajo, Liam —murmura volviendo a extender los papeles y desviando la mirada hacia ellos.

—Puedes dejarlo para después. Mi padre me ha enviado un mensaje, quiere que mañana empecemos con el entrenamiento, así que he pensado en que podríamos aprovechar el día de hoy para hacer algo divertido. ¿Llamamos a los chicos y vamos a la bolera?

—Quizás otro día —contesta sin desviar la mirada de sus apuntes. Resoplo pellizcándome el puente de la nariz y cierro el libro que está leyendo para llamar su atención.

—Vale, ¿qué te pasa? —pregunto de sopetón.



—Nada —contesta estirando su mano para alcanzar de nuevo el libro, pero lo aparto sacándolo de su alcance y logrando finalmente que me mire—. ¿Me devuelves eso? —pregunta frunciendo el ceño.

—No hasta que me digas qué demonios te pasa. Llevas rara unos cuantos días y ya no me trago que estás ocupada estudiando. Quiero la verdad.

—No hay ninguna verdad, Liam. Siento si no soy todo lo divertida que esperas que sea, pero es que tengo responsabilidades y la mayor de ellas es aprobar mis asignaturas. Ahora, si me devuelves eso, podré seguir estudiando —su tono seco y cortante me pone en alerta. Ahora estoy más seguro que nunca de que algo le está sucediendo.

—No te lo compro —replico lanzando el libro sobre la cama para que no pueda cogerlo. Suspiro y giro su silla para que me mire a la cara—Sammy, si te preocupa la vuelta de mi padre, ya te he dicho que eso no va a separarnos. Probablemente no pasemos tanto tiempo juntos y eso también me jode a mí, pero sacaré tiempo de donde sea para venir a verte. No creas ni por un segundo que no voy a seguir colándome por tu ventana a mitad de la noche.

—Lo sé, ya hemos hablado de esto y sé que encontraremos la forma de pasar tiempo juntos.

—Entonces, ¿es por Félix? ¿Él ha...?

—No. No se sabe nada de él desde hace meses, aunque no sé si eso es bueno o malo.

—En ese caso, ¿qué es lo que te preocupa?

—Nada, yo solo...

—¡Deja de decir que no te pasa nada de un maldita vez! —grito perdiendo los nervios.

—¡Y tú deja de gritarme! —replica.

—¡Es que me pones de los nervios! ¿Qué es lo que no me cuentas? Yo soy totalmente sincero contigo, en todo. Te hablo de cada una de mis preocupaciones y me jode que tú no me tengas confianza suficiente para...

—¡Tengo un retraso! —me corta. La miro abriendo desmesuradamente los ojos y veo como entierra la cara en sus manos.

—¿Estás...? —pregunto mirando su vientre como si estuviese a punto de expulsar un alien desde ahí en cualquier momento.

—No lo sé, y deja de mirarme así.

—No puede ser. Siempre hemos... —su ceja alzada me hace cerrar la boca de inmediato.

—¿Tengo que recordarte todas las veces que nos hemos columpiado? —pregunta haciéndome recordar aquellas veces que por las prisas o dejándome llevar por el momento de pasión no tomé precauciones.

—Siempre he terminado fuera —susurro con un hilo de voz.

—Antes de llover, siempre chispea, Liam. Tú sabes eso y yo también. Somos unos jodidos irresponsables.

—Vale, ¿estás segura de esto? —respiro profundamente para intentar pensar con claridad. Sam niega con la cabeza y eso me quita un poco de peso de encima. Existe la posibilidad de que todo esto solo sea un error.

—No estoy segura, pero tengo un retraso de más de una semana y eso no es propio de mí.

—¿Una semana?! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —pregunto cruzándome de brazos.

—No quería alertarte por nada. Esperé que se convirtiera solo en un susto. Es más, aún sigo esperando que todo esto sea una jodida pesadilla —vuelve a enterrar la cara entre sus manos y yo me acerco y acaricio su pelo poniéndolo tras su oreja.

—Vamos a tranquilizarnos, ¿vale? Antes de empezar a comprar patucos y biberones, tenemos que asegurarnos de que esto es real —levanta la cabeza como un resorte y me fulmina con la

mirada.

—Liam, de verdad que este no es momento para tus bromas —señala.

—Tienes razón, lo siento. Ya sabes que cuando estoy nervioso me salen solas —beso su frente y me levanto—. Vengo ahora. No tardaré mucho.

—¿Dónde vas?

—A una farmacia. Tenemos que salir de dudas cuanto antes —suspira y veo como abre uno de los cajones del escritorio y saca de su interior una caja rectangular. Es una prueba de embarazo.

—La compré hace un par de días —susurra dejándola sobre la mesa. Me mira y veo como sus ojos se inundan de lágrimas—. Estoy muy asustada, Liam. Creo que nunca había pasado tanto miedo en mi vida.

—Ya lo sé, cielo. Yo también estoy asustado, pero quiero que tengas muy claro que estoy aquí contigo. Ahora vas a hacerte esa prueba y dependiendo del resultado tomaremos una decisión, pero juntos. ¿Entendido? —asiente sorbiendo por la nariz y yo beso sus labios antes de que se levante y vaya hacia la puerta—. ¿Quieres que vaya contigo? —niega con la cabeza—. Te quiero, Sammy —le digo antes de que salga de la habitación. Ella se gira y me dedica una sonrisa triste.

—Y yo a ti —susurra justo antes de abandonar la habitación.

Durante el tiempo que Sam permanece encerrada en el baño, mi cabeza se convierte en un atencivo hervidero. ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos? Esto no era para nada lo que teníamos planeado. Sam aún no ha terminado su carrera y yo tengo objetivos en mi vida. Mi padre... Dios, se va a cabrear muchísimo. ¿Podré seguir peleando teniendo un hijo?

—No adelantes acontecimientos, Liam —susurro hablando conmigo mismo.

La puerta de la habitación se abre y Sam entra arrastrando los pies.

—Hay que esperar unos minutos —dice señalando el pequeño bastón de plástico que tiene en la mano.

Respiro hondo y me siento en la silla que ella ocupaba antes. Estiro mi brazo en su dirección y cuando agarra mi mano, tiro de ella sentándola sobre mis rodillas.

—Dame eso —cojo el test de embarazo de su mano y lo dejo sobre la mesa a nuestro lado—. ¿Qué piensas, Sammy? Necesito que me digas qué es lo que está pasando por esa cabecita tuya.

—No lo sé, Liam. Estoy superada por toda esta situación. Yo no estoy preparada para ser madre. ¿Y si soy una madre horrible?

—¿Qué tonterías dices? Tú vas a ser la mejor madre del mundo y yo pienso estar ahí para verlo.

—¿Ves? Este es el tipo de conversación que suele terminar con algo así como “algún día seremos buenos padres”, pero en este caso, ese “algún día” puede ser dentro de unos pocos meses.

—Si así es como vienen las cosas, pues tendremos que adaptarnos a la situación.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta mirándome sorprendida—. ¿Eso es lo único que se te ocurre?

—¿Qué quieres que te diga, Sam? Yo te quiero con locura y tengo muy claro que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Obviamente no esperaba que todo saliera de esta forma, pero si el resultado de ese test resulta ser positivo, no voy a echarme a llorar por las esquinas. Buscaremos la solución y saldremos adelante. Si estamos juntos podemos conseguirlo.

Veo como una sonrisa tira de sus labios y niega con la cabeza.

—Eres demasiado bueno para ser real —susurra besando mis labios—. Te quiero más de lo nunca imaginé que podría querer a alguien.

—Ahora eres tú la que estás siendo cursi —digo en broma. Ella sonrío y vuelve a besarme

lentamente. La estrecho contra mi cuerpo y nos quedamos un rato abrazados sin decir nada—. ¿Crees que eso ya estará? —pregunto señalando la prueba de embarazo con la cabeza. Sam asiente y se aparta levemente para poder cogerlo, le echa un vistazo y no necesito que diga nada para saber que el resultado es positivo. Soy capaz de leer sus gestos como si fuese un jodido libro abierto. Vuelve a dejar la prueba sobre la mesa y me mira a los ojos mordiéndose el labio inferior con nerviosismo—. Vamos a tenerlo, ¿verdad? —susurro acariciando su vientre. Ni siquiera me había dado cuenta de que mi mano permanecía en ese lugar.

—Estoy acojonada, Liam, pero no creo que sea capaz de deshacerme del “problema” sin más.

—Lo sé, yo tampoco quiero eso.

—Y, ¿dónde nos deja eso?

Suspiro y la abrazo de nuevo apoyando mi barbilla sobre su hombro.

—Tenemos que buscar la forma de decirle a tu padre que va a ser abuelo antes de los cuarenta y cinco sin que intente asesinarme.

—Voy a decepcionarle, y me odio por eso —susurra Sam haciendo que mi corazón se encoja.

—Tu padre te adora, Sammy. Puede que le sorprenda que su responsable e inteligente hija se haya descuidado de esta forma, pero no le decepcionarás. Lo aceptará y te apoyará en todas las decisiones que tomes. Eso es lo que hacen los buenos padres.

—¿Vas a decírselo al tuyo? —asiento tras resoplar.

—No sé cómo le va a sentar la noticia, pero lo haré esta noche. En realidad, he quedado con él dentro de una hora. Mi idea era que después fuésemos a la bolera, pero creo que será mejor dejarlo para otro momento. Volveré pronto y los dos juntos se lo contaremos a David. ¿Te parece bien? —Sam asiente y se levanta para que yo pueda hacer lo propio. Le doy un beso de despedida y acaricio su vientre una vez más antes de salir por la ventana.

No sé cómo demonios voy a explicarle todo esto a Eric. No creo que pueda seguir peleando profesionalmente, al menos no por el momento. Sam aún está en la universidad y yo tengo que buscar un trabajo que me permita mantener a mi familia. Increíblemente, pensar en Sam y en mí formando una familia me resulta agradable. Supongo que eso es lo que siempre he deseado, una familia.

Aparco frente a mi casa y suspiro viendo como el coche de mi padre está aparcado en su plaza. Entro con mi llave y lo encuentro en la sala de estar bebiendo una copa de licor.

—El hijo prodigo vuelve a casa —exclama dejando la copa sobre la mesa. Parece estar de buen humor.

—Hola, papá —saludo.

—Hace un par de días que llegué y aún no te habías dignado a aparecer por casa, además, no creo haberte dado permiso para coger mi moto.

—Eh... sí, bueno... —me rasco la nuca intentando buscar una buena excusa.

—Da igual. No voy a cabrearme por eso. Ven aquí, te tengo muy buenas noticias.

—¿Qué noticias?

—Ahora que has terminado ese dichoso programa y la federación te permite volver a competir, empezaremos mañana mismo con tu entrenamiento y en un mes nos iremos a Nueva York.

—¿Nueva York? —pregunto sorprendido.

—Sí, te he conseguido un combate increíble. Tu futuro está a la vuelta de la esquina, hijo. Esa pelea es tu pasaporte para la jodida liga de honor de la UFC. Todos los grandes luchadores están peleando para ellos y se cree que son los futuros dueños de las Artes Marciales Mixtas.

—Qué bien —murmuro haciendo una mueca.

—¿Bien? Creí que estarías dando saltos de alegría —dice con entusiasmo—. Todos nuestros

sueños están a punto de cumplirse.

—Papá, hay algo que tengo que decirte —respiro profundamente para tomar valor—. Yo... eh...

—Liam, sé que te he hecho trabajar muy duro desde que eras pequeño, y quizás me haya pasado un poco en alguna ocasión, pero todo ese esfuerzo nos ha llevado a este momento. Si ganas esa pelea...

—Voy a ser padre —suelto interrumpiendo su discurso.

—¿Qué has dicho? —una sonrisa tira de sus labios—. Muy buena la broma, hijo, pero estoy hablando de cosas serias.

—No es ninguna broma —su sonrisa se esfuma y puedo ver como sus ojos se llenan de rabia—. Voy a tener un hijo, papá.

—¡Genial! —exclama cogiendo su copa y bebiendo lo que le resta de un solo trago—. Creo que te doy suficiente dinero como para que puedas comprar una jodida caja de condones —masculla.

—Fue un accidente, pero...

—No quiero saberlo —me interrumpe. Veo como saca un fajo de billetes de su cartera y lo lanza sobre la mesa—. Dale eso a la zorra que hayas preñado y que se libre del problema cuanto antes.

Me hierve la sangre al escucharle hablar así de Sam, y mi hijo no es un jodido problema del que librarse.

—Sam no es ninguna zorra —replico apretando los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—¿Quién demonios es Sam?!

—Mi novia.

—¿Tu novia? —su carcajada me pone los pelos de punta—. No me lo puedo creer. Has caído en el truco más viejo de todos. Una guarra se deja preñar por un niño rico para poder vivir del cuento el resto de su vida.

—¡No hables así de ella! —grito sorprendiéndole.

Me mira entrecerrando los ojos y da un paso amenazante hacia mí.

—Escucha bien, mocoso. Me importa una mierda quién sea esa Sam o lo bien que folle para tenerte tan agilipollado, pero te aseguro que no vas a mandar tu futuro a la mierda por un jodido coño. ¿Lo has entendido? Ahora coge el puto dinero y líbrate de ese bastardo o lo haré yo mismo.

—No —mi tono de voz autoritario y cortante lo deja desconcertado.

—¿Qué has dicho? —pregunta dando un nuevo paso hacia mí.

—He dicho que no. Ni Sam es una zorra, ni mi hijo un bastardo. Voy a cuidar de ellos, papá. Por una vez en mi vida voy a hacer las cosas bien. Se acabaron los entrenamientos y seguirte con el rabo entre las piernas como un jodido perrito acatando todas tus órdenes. No vas a seguir controlando mi vida.

—Ahora mismo te rompería la cara, maldito hijo de perra —sisea pegando su cara a la mía. Me mantengo firme, no desvío mi mirada de la suya en ningún momento. Por primera vez en mi vida, le estoy haciendo frente y me siento bien, satisfecho conmigo mismo—. Vale, vamos a tranquilizarnos —dice para sí mismo pasándose la mano por la cabeza—. Tengo que darle el mérito a esa chica de que haya conseguido que a mi hijo le crezcan las pelotas —se sirve otra copa y bebe un trago antes de volver a mirarme—. ¿Esto es todo? ¿Vas a dejarlo todo por vivir una vida de padre de familia con esa chica? —me encojo de hombros sin saber qué decir—. ¿Has pensado bien en dónde te estás metiendo? ¿Qué vas a hacer? ¿Cómo vas a mantener a un niño?

—Buscaré un trabajo —contesto con un hilo de voz.

—¿Un trabajo? No sabes hacer nada. No has estudiado ni aprendido ningún oficio. Lo único que sabes hacer es pelear. ¿Piensas ganarte la vida participando en peleas clandestinas? Ya sabes cómo acabó eso la última vez.

—Haré cualquier cosa —aseguro con voz firme, intentando convencerme a mí mismo más que a él

—¡Eres un necio! Vas a mandar a la mierda todo por lo que has luchado. No voy a permitir que desperdicies así tu vida.

—No puedes hacer nada para impedirlo. Soy mayor de edad, Eric. Yo decido lo que es mejor para mí.

—Muy bien, señor adulto —señala con retintín—. A ver cómo te buscas la vida tú solito, porque el banco se ha cerrado. Si no acabas con esta locura y te vienes conmigo a Nueva York, se acabó. Estarás por tu cuenta, Liam. No más dinero, ni coche, ni moto, ni siquiera tendrás un jodido techo en el que cobijarte.

—¿Me estás echando de casa?

—Esta es mi casa. La he pagado yo con mi dinero y mi esfuerzo. Si quieres vivir en ella, ya sabes lo que tienes que hacer. Si decides echar por tierra todo el trabajo y tiempo que he invertido en ti, ya no hay ningún motivo por el que tenga que mantenerte. Tú decides.

—La elijo a ella, a los dos. Sam y ahora mi hijo son mi familia. No te necesito a ti ni a tu dinero.

—Te vas a arrepentir de haber tomado esa decisión —sisea—. Volverás, Liam. Vas a darte la mayor ostia de tu vida y, cuando lo hagas, vendrás a mí pidiendo ayuda.

—No cuentes con ello —contesto secamente—. Ahora, si no tienes nada más que decirme, voy a recoger mis cosas.

—¿Tus cosas? Todo lo que hay en esta casa ha sido comprado con mi dinero. Si quieres tener “tus cosas” págalas tú mismo. De aquí te vas con lo que llevas puesto.

—Bien —levanto las manos y sonrío de manera cínica—. Que te jodan a ti y a tu dinero.

—¿Cómo has dicho?! —el estruendo del vaso haciéndose añicos contra la pared no consigue borrar mi sonrisa de suficiencia. Estoy cortando toda relación con mi padre y lo estoy disfrutando.

—He dicho que te jodan —repito en un tono más alto.

—¡Lárgate de mi casa antes que tengan que sacarte en una puta ambulancia, pedazo de mierda! —grita.

Sonríó una última vez riéndome en su jodida cara y lanzo mis llaves a sus pies antes de salir con la cabeza bien alta de la casa que ha sido mi hogar desde que nací. Aunque pensándolo bien, esto nunca ha sido un hogar de verdad, no como el que David le dio a Sam. Y ese es justo lo que yo quiero para mi hijo. Me da igual si tengo que dejar de pelear para matarme a trabajar, haré lo que sea, pero pienso darle a mi hijo todo lo que yo no tuve. Él va a tener una familia de verdad, que lo quiera y apoye en cada paso de su vida.

# La historia se repite

*Sam*

—Sam, vas a romper el vaso.

—¿Qué? —miro a mi padre que está sentado frente a la mesa de la cocina.

—El vaso —señala hacia mis manos—, llevas secándolo media hora. Si sigues frotando acabará saliendo el genio.

—Oh, sí. No me había dado cuenta —dejo el vaso en la encimera y cojo un plato para secarlo mientras miro por la ventana hacia el exterior de la calle.

Son casi las diez de la noche y llueve a mares ahí fuera. Es el estado en el que menos agua cae del país y justo hoy tiene que caer el diluvio universal, no creo que sea buen augurio. Liam debería haber vuelto hace horas, pero no sé nada de él. Tiene el teléfono apagado y no ha dado noticias desde que se fue esta tarde.

—Ahora vas a romper el plato —miro a papá sin entender lo que dice—. Vale, ¿qué pasa? —pregunta tras levantarse y quitarme el plato de la mano.

—Nada, no pasa nada —intento disimular, pero no es lo mío. Si tuviese que convertirme en actriz para ganarme la vida, me moriría de hambre.

—Hija, mentir nunca ha sido tu fuerte. Casi no has cenado, estás más que distraída y lleva mirando por esa ventana toda la noche. Dime qué ocurre. ¿Has discutido con Ryder? —niego con la cabeza—. ¿Es porque ahora ya no pasaréis tanto tiempo juntos? No te preocupes, cielo. Ese muchacho es incapaz de estar alejado de ti. Sea como sea continuaréis viéndoos.

—No es eso, papá —miro de nuevo hacia la ventana y suspiro—. Hay algo que tengo que decirte. Se supone que Liam y yo lo haríamos juntos, pero se está retrasando mucho.

—¿Qué pasa, Sam? No me gusta la cara que estás poniendo. Me estás asustando, hija.

Lo miro e intento sonreír pero, por su cara de preocupación, supongo que lo que me sale no es más que una mueca rara.

—Siéntate, papá —señalo la silla de la que se acaba de levantar y él frunce el ceño, pero hace lo que le pido.

Tomo asiento a su lado y respiro profundamente. Me tiemblan las manos y el corazón me va a mil por hora.

—Ha vuelto a pasar, ¿verdad? —lo miro fijamente sin entender a qué se refiere—. La historia se repite —desvía la mirada hacia mi vientre y yo asiento mordiéndome el labio inferior de manera nerviosa.

—Lo siento, papá. Sé que he sido una irresponsable y que te he decepcionado —cierro los ojos con fuerza y las lágrimas no tardan en acudir a escena.

—¿Estás segura? —pregunta tras carraspear. Asiento sorbiendo por la nariz y busco su mirada. Puedo ver el dolor reflejado en sus ojos. Le estoy haciendo daño a la persona que más me ha querido toda mi vida y eso me mata.

—Papá, lo siento muchísimo —sollozo—. Sé que tú querías algo mejor para mí y te he defraudado.

—Eh, pequeña —sujeta mi cara con ambas manos y niega con la cabeza—. Tú nunca vas a defraudarme. Por supuesto que quería algo más para ti. Tienes sueños, ilusiones, y solo deseaba

que alcanzaras esos sueños antes de que esto pasara, pero no me has decepcionado. En realidad, sería muy hipócrita por mi parte sentirme de ese modo cuando yo estuve en tu misma situación.

—Lo siento —susurro lanzándome a sus brazos llorando desconsoladamente. Él me recibe con un abrazo y besa mi pelo consolándome con palabras cariñosas.

—A ver, tesoro, deja de llorar —me aparta levemente y limpia el rastro de mis lágrimas con sus manos—. Voy a suponer que has hablado con Liam —asiento—. ¿Él está de acuerdo en tener ese bebé? También es cosa suya, cielo. Esa es una decisión que tenéis que tomar los dos —voy a contestar cuando unos golpes en la puerta me interrumpen. Dejo a mi padre en la cocina y voy a abrir.

Abro los ojos desmesuradamente al ver a Liam al otro lado de la puerta, empapado de arriba abajo y temblando de frío.

—¿Qué ha pasado?! —pregunto tirando de él para que entre en casa.

—No ha ido bien —contesta frotándose los brazos para entrar en calor. Está tan mojado que un charco de agua se acumula a sus pies.

—¿Has venido en la moto con este aguacero?

—He venido a pie.

—¿Me estás diciendo que has cruzado toda la ciudad a pie con lo que está lloviendo? —asiento castañeando los dientes.

—Estuve esperando un autobús, pero me di cuenta de que no llevaba dinero encima y... —niega con la cabeza—. Eric me ha echado de casa y no tengo ni un jodido dólar. Estoy en la calle, Sammy.

—Tú nunca estarás en la calle, muchacho —dice mi padre a nuestra espalda. Me giro y le veo apoyado a la pared cruzado de brazos.

—Lo sabes —susurra Liam mirándole fijamente.

—¿El qué, que has preñado a mi hija a pesar de que eso fue lo único que te pedí que no hicieras? Sí, lo sé.

—David, yo... No sé cómo voy a hacerlo. Buscaré un trabajo y un lugar donde vivir, pero te prometo que voy a cuidar de ella y del bebé. No voy a abandonarles.

Mi padre suspira y hace un gesto con su cabeza para que le sigamos a la cocina.

—Sé que no lo harás. Eres un buen hombre, Ryder, pero todo esto te viene demasiado grande. Ve a pegarte una ducha caliente y después hablaremos los tres de esto.

—No tengo ropa para cambiarme —musita Liam agachando la mirada hacia el suelo—. No tengo nada.

Veo como papá se acerca a él y pone una mano sobre su mejilla levantando su cabeza.

—Tienes un techo donde vivir, una cama donde dormir y un plato de comida en mi mesa. Y sobre todo y lo más importante, tienes aquí a dos personas que te quieren, muy pronto serán tres cuando nazca mi nieto. Tienes algo, hijo. Tienes una familia que daría la vida por ti.

Veo como Liam le mira a los ojos y un par de lágrimas ruedan por sus mejillas. Se me parte el alma al verlo así. Nunca le había visto llorar.

—Gracias, David. Te aseguro que si al nacer hubiese podido escoger un padre, serías tú.

—No es para tanto —señala mi padre encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, ya prácticamente vives aquí, lo único distinto es que tendrás tu propio juego de llaves, aunque conociéndote, la usarás tanto como mi hija. Un día de estos voy a tapiar esa dichosa ventana —sonríe negando con la cabeza y papá palmea el hombro de Liam cariñosamente—. Cielo, dale algo de mi ropa a Ryder, ¿quieres? Os esperaré aquí.

Asiento y acompaño a Liam hasta el baño después de pasar por su habitación para coger algo

de ropa.

—¿Estás bien? —pregunto mientras él se desviste. Para que su padre lo echara de casa las cosas deben haberse puesto realmente serias. No estoy segura de querer saber qué fue lo que Eric Ryder dijo cuando su hijo le soltó la bomba bebé.

—Sí, increíblemente, me siento... bien —alza la mirada hacia mí y sonrío, una sonrisa sincera y genuina que hace aletear mi corazón—. Le he dado la espalda, Sammy. Directamente le dije “Qué te jodan”, y nunca me he sentido mejor.

—Eso es bueno, ¿no? —pregunto con cautela.

—Sí, es bueno. Ahora tengo un peso menos encima.

—Y yo uno más, o al menos lo tendré —susurro tocando mi vientre. Liam se acerca a mí y rodea mi cintura con sus manos sin dejar de sonreír.

—¿Sabes que a cada segundo que pasa me gusta más la idea de ser padre? —mi cara de sorpresa le hace soltar una carcajada—. Vamos, piénsalo —entrelaza sus dedos con los míos y acaricia mi abdomen en círculos—. Un bebé, tuyo y mío creciendo aquí dentro. Es un jodido milagro.

—Realmente te hace ilusión, ¿verdad? —inquiero negando con la cabeza—. Estás loco. Date una ducha rápida que mi padre nos está esperando.

Respira profundamente y asiente.

—Valora a ese hombre, Sammy. Padres como el tuyo hay muy pocos. Desearía algún día poder ser la mitad de bueno como padre.

—Lo serás —susurro antes de darle un beso rápido—. Date prisa, te espero en la cocina.

Salgo del baño y cierro la puerta a mi espalda cogiendo aire con fuerza. «Menudo día», pienso caminando hacia la cocina. Cuando entro, veo a mi padre sentado en su lugar de siempre con una copa de licor en la mano.

—¿Desde cuándo bebes? —pregunto sentándome a su lado.

—Estoy celebrando —contesta con una sonrisa triste—, o ahogando las penas, aún no lo he decidido.

—Papá...

—Tranquila, cielo. No pasa nada, de verdad. Es que acabo de darme cuenta de que mi pequeña va a ser madre y va a dejar de ser mi pequeña.

—Eh —le quito la copa de licor de las manos y le giro sentándome sobre su regazo como cuando era niña—. Yo siempre seré tu pequeña, solo que ahora tendrás dos pequeñas en vez de una.

—O un pequeño.

—Sí, o un pequeño.

—David, tienes suerte de ser su padre o ahora mismo serías hombre muerto —dice Liam entrando en la cocina. Pongo los ojos en blanco y papá sonrío dejándome de nuevo en mi asiento.

—¿Has cenado? —le pregunto a Liam, él niega con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Bien, por vuestra forma de actuar deduzco que ya habéis tomado una decisión —señala mi padre.

—Vamos a tener el bebé —contesta Liam de inmediato.

—Lo supuse. ¿Qué fue lo que te dijo tu padre? —Liam resopla y se pellizca el puente de la nariz como hace siempre que algo le preocupa.

—Prefiero no repetir sus palabras. El caso es que me ofreció una suma de dinero para deshacerme del... problema —masculla apretando los puños—. Yo le dije que se metiera el



dinero por el culo, él me echó. No voy a entrar en más detalles, porque si lo hago probablemente acabes yendo a su casa y rompiéndole las piernas.

—No descartes esa idea —musita papá frunciendo el ceño—. Pero ahora lo importante es hablar sobre lo que va a pasar de hoy en adelante. No sois críos y no voy a trataros como tal. Las decisiones son vuestras. Yo estuve en vuestro lugar una vez, pero en mi caso yo tuve que criar una hija solo. Vosotros os tenéis el uno al otro y me tenéis a mí —nos mira y suspira—. Voy a estar ahí para ayudaros en lo que sea posible, pero tenéis que empezar a pensar que hay un niño que viene en camino, un bebé que necesita miles de atenciones.

—David, antes de nada quiero darte las gracias por acogerme en tu casa, y quiero que sepas también que esto es solo temporal. Mañana mismo me pondré a buscar trabajo. Sé que el padre de Rox está buscando personal, así que empezaré por ahí.

—¿Vas a trabajar en una obra? —pregunto sorprendida.

—En cualquier lugar en el que pueda sacar un sueldo —contesta encogiéndose de hombros.

—Yo puedo hablar con Jasper y trabajar más horas en la cafetería —sugiero.

—¿Y la universidad? —inquire Liam. Mi padre simplemente se mantiene al margen, como él ha dicho, las decisiones son nuestras.

—Liam, no creo que pueda seguir estudiando, al menos no de momento. Quizás más adelante pueda retomarlo.

—¡Ni hablar! Yo puedo perfectamente hacerme cargo de todo.

—Liam, ¿tienes idea del gasto que da un bebé?

—Trabajaré las veinticuatro horas si es necesario, pero tú no vas a dejar la universidad.

—Liam...

—No, Sam. Esto no es discutible —mira a mi padre y me señala con la mano—. ¿Puedes ayudarme con esto, David? Te prometí que no iba a permitir que Sam renunciara a sus sueños y voy a cumplirlo, así tenga que dejarme la vida en ello.

Mi padre sonríe y asiente.

—No hace falta que seas tan extremista, hijo. Me alegra saber que no has olvidado tu promesa, pero como ya he dicho, yo os ayudaré en todo lo que pueda. Para empezar, Sam —me mira—, creo que Ryder tiene razón. No es necesario que dejes la universidad. Supongo que tendrás que hacer una pausa cuando nazca el bebé, pero podemos apañarnos. Y tú —se gira hacia Liam—, habla con el padre de Rox, consigue ese trabajo, pero tampoco te pases con las horas. Tú y yo vamos a seguir entrenando siempre que puedas. Ninguno de los dos vais a tener que renunciar a vuestros sueños. Quizás tarden algo más de lo planeado, pero pueden ser alcanzados.

Hasta bien entrada la madrugada seguimos hablando sobre nuestro futuro. La solución perfecta sería que Liam trabajara en el gimnasio con mi padre, pero no es un negocio tan rentable como para tener dos empleados y obviamente Steve tiene su puesto asegurado, él es de la familia. Tras insistir hasta el cansancio con el tema de la universidad, acabé claudicando, más que nada porque ellos dos hicieron piña y yo era minoría.

No es que quiera dejar mi carrera, al contrario, me he esforzado mucho por conseguir estar ahí y sé que mi padre ha hecho muchos sacrificios para poder pagar mis estudios, pero no me siento bien siguiendo mi vida como si nada cuando Liam va a tener que cambiar completamente la suya. Va a dejar las artes marciales, al menos de manera profesional, deja su casa y todos los lujos a los que está acostumbrado y yo, yo solo me dedico a vivir mi vida como siempre he hecho, con el aliciente de que ahora tendré viviendo bajo mi techo al hombre que amo.

La idea es que nos quedemos en casa de mi padre hasta que yo termine la carrera, él puede ayudarnos a cuidar del bebé cuando Liam esté trabajando y yo en la universidad o en el trabajo.

Después, cuando yo tenga mi título y pueda trabajar más horas, decidiremos si nos quedamos aquí en casa o nos mudamos.

—¿En qué piensas? —Liam acaricia mi espalda desnuda de arriba abajo lentamente. Los dos estamos acostados en la que ahora es nuestra cama, agotados tras hacer el amor.

—En lo mucho que puede cambiar la vida de alguien en un solo día —susurro haciendo dibujos imaginarios en su pecho con mi dedo índice.

—Sammy, tu vida no tiene por qué cambiar tanto. Obviamente, con el bebé todo va a ser distinto, pero...

—No hablaba de mí —digo interrumpiéndole—. Es tu vida la que ha dado un giro de ciento ochenta grados. Esta mañana lo tenías todo, una casa, un coche, una moto, dinero, y hasta a tu padre, y ahora...

—Ahora te sigo teniendo a ti, tengo libertad para decidir sobre mí mismo, un hombre que me ha aceptado en su casa y me trata como si fuese su propio hijo, y muy pronto tendré una pequeña parte de ti y de mí al que amaré por el resto de mis días. Créeme, pequeña, me siento mucho más afortunado ahora que esta mañana.

Su declaración me hace mirarle y sonrío negando con la cabeza.

—Sabes que fue una suerte que te metieras en líos con la ley, ¿verdad? Si no lo hubieses hecho nunca nos habríamos conocido, y yo no sabría lo que es amar tan profundamente a otro ser humano.

—Sammy, ten cuidado, pasas demasiado tiempo conmigo. Se te está pegando mi cursilería —dice con una sonrisa socarrona. Pellizco el hueso de su cadera haciéndole cosquillas y él pega un brinco riendo a carcajadas.

—Eres un capullo. Para una vez que te digo algo bonito...

—Déjame las cursilerías a mí, nena. Yo soy el experto —pongo los ojos en blanco y seguimos conversando un rato más hasta que nos quedamos dormidos.

# No dejes nunca que nadie te diga lo contrario

*Liam*

Roxanne Ryder nació el dieciséis de junio con un peso de tres kilos trescientos gramos y cuarenta y seis centímetros de altura. La primera vez que vi su pelo moreno y sus ojos grises junto con esa sonrisa que es capaz de iluminar una jodida ciudad entera, creí que estaba soñando. No podía ser que un ser tan perfecto fuese creación mía.

Enseguida se convirtió en la luz de mis ojos, de los míos, de los de su madre, de su abuelo, de sus tíos, Steve, Willow, Rox y Chase, y de cualquier persona que pasara más de cinco segundos a su lado. Steve y Rox se pelearon por ser sus padrinos, literalmente, al final ganó Steve, pero como compensación hacia Rox, llamamos a nuestra hija Roxanne. Chase se apartó de la disputa diciendo que se conformaba con ser el tío molón, y Willow era la madrina indiscutible, así que no tuvo que luchar por el puesto con nadie.

Durante su primer mes de vida, Roxy no nos ha dejado dormir ni una noche entera. Es desesperante, y no me refiero a la falta de descanso o a que casi no pueda con mis cojones cada mañana y aun así tenga que trabajar ocho horas seguidas, lo que realmente me vuelve loco es su llanto, me angustia escucharla llorar a gritos y no poder hacer nada para tranquilizarla, y a Sam le pasa lo mismo. Ni que decir hay que es una madre fabulosa, sabía que sería así, pero ella me ha demostrado una fuerza y una entereza digna de un titán. No dejó de trabajar ni un solo día hasta que nació nuestra hija, a pesar de mis quejas, se negó a coger la baja por maternidad hasta el último momento, y tan último, se puso de parto en mitad de un turno y no me avisó hasta que lo finalizó, es así de cabezota. La universidad tampoco la dejó hasta el momento de la verdad.

La gente siempre habla y dice lo mucho que un hijo te cambia la vida, y yo sabía que así sería, pero nunca imaginé la magnitud de ese cambio. De repente me veo con veintidós años, un bebé, responsabilidades por doquier y sin tiempo para hacer realmente nada de lo que antes disfrutaba hacer. Casi he dicho adiós definitivamente a la lucha y me he resignado a ser un jodido peón de obra el resto de mi vida, a pesar de que lo odio, pero es el único trabajo que sé hacer. Las salidas con Sam y nuestros amigos se acabaron hace tiempo, ellos siguen saliendo, pero nosotros ya no podemos. Ni siquiera tenemos tiempo o ganas de subir a la azotea de vez en cuando. Solo trabajamos y cuidamos de Roxy, Sam también suma a eso las clases.

—Vamos, cielo. No pasa nada —susurra Sam acunando a Roxy que sigue llorando a pleno pulmón. Se supone que la antigua habitación de Steve es la de nuestra hija, pero hemos optado por poner la cuna en nuestro cuarto para no pasar toda la noche corriendo por el pasillo—. Deja de llorar, cariño, por favor.

Me pellizco el puente de la nariz viéndolas desde mi lugar en la cama. Son las cuatro de la madrugada y aún no he sido capaz de dormir ni una sola hora.

—¿Quieres que pruebe yo? —pregunto tras bostezar.

—No, mejor me la llevo a su habitación para que puedas descansar algo. En un rato tienes que ir a trabajar y no has dormido nada.

—Tú tienes clase a primera hora —le recuerdo. Se supone que mañana iba a reincorporarse a las clases y al trabajo.

Hemos conseguido encajar nuestros horarios con los de David, Steve, Willow, Rox y Chase

para que puedan quedarse con Roxy mientras nosotros no estamos. Ellos lo hacen encantados, adoran estar con la pequeña.

—No creo que pueda ir. Saldré directamente hacia la cafetería.

—Teníamos un trato, Sammy. Si vuelves al trabajo, también vuelves a las clases.

—No puedo con todo, Liam —replica en tono seco.

—Entonces deja el trabajo, pero no las clases.

—El trabajo da dinero, dinero que nos hace falta, ya que esta glotona se funde casi todo tu sueldo en leche y pañales.

—Pues trabajaré más horas —un nuevo bostezo me sale de repente y cuando vuelvo a mirar a Sam ella tiene una ceja alzada.

—Mírate, Liam. Estás agotado. No duermes, y el tiempo que no estás trabajando, estás cuidando de la niña para que yo siga estudiando desde casa. No quiero que acabes destrozado y queriendo huir con otra.

—Era justo lo que estaba pensando —comento sonriendo—. Ayer conocí a una chica muy guapa en la obra, se llama Hank y tiene una nuez que me pone como una moto.

El llanto de Roxy empieza a disminuir y Sam me hace un gesto con la mano para que guarde silencio. Poco a poco la pequeña vuelve a quedarse dormida y ella la deja suavemente en su cuna intentando moverla lo menos posible para que no despierte. Cuando consigue hacerlo, la arropa y regresa a la cama, se acurruca contra mi pecho y suspira.

—¿Recuerdas esos días en los que tú te colabas por la ventana a mitad de la noche y hacíamos el amor durante horas? —pregunta besando mi pecho.

—¿Quieres hacerlo? —la mueca que se dibuja en su cara me hace sonreír—. Ya me lo imaginaba.

—No quiero que perdamos eso también.

—No lo haremos, cielo —aseguro besando su pelo—. Las cosas ahora son complicadas, pero estoy seguro de que muy pronto se resolverán. Roxy empezará a dormir mejor y tú y yo podremos gozar de un tiempo a solas para nosotros dos. Pienso hacerte todas las guarradas que me pidas —sus dedos pellizcando el hueso de mi cadera provocan que suelte una carcajada, enseguida me tapo la boca con la mano, pero es demasiado tarde, Roxy empieza a rezongar y a los pocos segundos ya está llorando de nuevo.

—Te voy a matar —amenaza Sam levantándose.

—Fuiste tú. No es culpa mía, ya sabes que tengo cosquillas.

—Intenta dormir, anda. Me la llevo a su habitación.

Tras darme un beso, Sam se marcha con Roxy y yo puedo al menos descansar un par de horas.

Al despertar por la mañana, las dos duermen tranquilamente, Roxy en su cuna y Sam a mi lado. Tras ducharme y vestirme, beso a mis chicas sin llegar a despertarlas y salgo de la habitación. Encuentro a David en la cocina, lleva una taza de café en la mano y hay otra dispuesta sobre la mesa.

—Creí que la necesitarías —señala apuntando hacia el café. Asiento y le doy un buen trago soltando un suspiro—. No tienes buena cara, hijo —comenta mirando por la ventana.

—Supongo que habrás escuchado a tu nieta.

—¿Quién no? —pregunta sonriendo levemente.

—Tengo que irme a trabajar. Sam está dormida ahora, pero tiene clases en un rato, aunque no sé si va a asistir.

—Bien —murmura sin apartar la mirada del exterior. No me está haciendo ni puñetero caso.

—He recibido una oferta de unos traficantes de órganos. Van a darme una buena pasta por

Roxy —bromeo.

—Qué bien —dice de manera mecánica.

Sonríó negando con la cabeza y me acerco a él por detrás.

—¿Se puede saber qué es lo que miras con tanta insistencia?

—¿Qué? —señala hacia la calle—. ¿Ves ese coche negro? Juraría que anoche lo vi dos plazas más abajo, y no es la primera vez que me pasa. Me da la impresión de que siempre está cerca del gimnasio.

Observo el coche que me dice, hay alguien en el asiento del conductor, pero solo está ahí parado sin hacer nada.

—Es un coche bastante caro. Quizás sea algún chofer que espera para recoger a su jefe por aquí —deduzco encogiéndome de hombros.

—Me extraña que alguien de este barrio pueda permitirse tener un chofer. Es muy raro.

—Supongo —miro mi reloj y me bebo el resto del café de un trago colgándome la mochila del hombro—. No seas paranoico David, seguro que no es nada. Tengo que irme.

—Oye, ¿tienes tiempo esta tarde para un entrenamiento? —desvía finalmente su mirada de la ventana hacia mí.

—Esta tarde Sam trabaja y tengo que quedarme con Roxy.

—¿Mañana trabajas?

—Espero que no. Es el primer sábado en mucho tiempo que se supone voy a tener libre. Si quieres podemos entrenar un rato, Sam tampoco trabaja.

—Ya veremos. Lo hablamos esta noche —asiento y me despido de él con la mano antes de salir de casa.

Al llegar a la parada del autobús, mi teléfono empieza a sonar. Me sorprende ver un número desconocido en la pantalla. He cambiado de número porque mi querido padre me cortó la línea del anterior y muy pocas personas lo tienen.

—Hola, ¿quién es? —pregunto tras descolgar.

—¿Liam? —es una voz de mujer que me resulta familiar, pero no logro identificarla.

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Soy Céline, tu madre —abro los ojos desmesuradamente. Por supuesto que conocía esa voz.

—¿Qué quieres? ¿Cómo has conseguido mi número?

—Me ha costado bastante. Supe que ya no vivías con tu padre y conseguí que uno de los sirvientes me diera tu número.

—Aún no me has dicho qué es lo que quieres —señalo apretando los puños.

—Hablar contigo, hijo. Quiero verte. Hay tantas cosas que quiero contarte...

—No me interesan —contesto en tono cortante.

—Tengo una hija —susurra.

—Me alegro por ti. Espero que te vaya muy bien con tu nueva familia.

—Tú también eres mi familia, hijo.

—No, yo dejé de serlo el día que te largaste, el día que le diste más importancia a un desconocido que a tu propia familia.

Escucho como solloza al otro lado de la línea y por un momento me siento mal conmigo mismo por ser tan duro con ella, pero entonces recuerdo como las cosas empeoraron cuando ella se fue. Me dejó para largarse con un hombre que apenas conocía.

—Liam, tú no lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente, Céline. Yo también tengo una hija, ¿sabes?

—¿En serio? —pregunta sorprendida.

—Sí, y en el mismo momento en el que vino al mundo, supe que siempre cuidaría de ella. Sería incapaz de dejarla atrás. No hay motivos en el mundo que puedan hacer que yo abandone a mi hija.

—Hijo... —solloza de nuevo.

—Tengo que colgar. Te agradecería que no volvieras a llamarme. De verdad te deseo lo mejor con tu nueva familia —escucho como dice mi nombre pidiéndome que no cuelgue la llamada, pero lo hago.

Guardo el teléfono en mi bolsillo y entierro el sentimiento de pérdida y abandono que presiona mi pecho desde que escuché su voz. Ahora yo tengo mi propia familia, ya no la necesito.

Tras una jornada laboral cargando sacos de cemento y ladrillos, que resulta especialmente agotadora, regreso a casa alrededor de las cuatro de la tarde. Espero encontrar únicamente a David en casa, ya que Sam debe estar trabajando hace un par de horas, pero junto a mi suegro también están todos mis amigos que se pasan a mi hija de unos brazos a otros como si fuese una pelota de baseball.

—Cuanta gente —susurro entrando en el salón donde están todos reunidos. Me acerco a Chase y le arrebató a mi hija de sus brazos para a continuación comérmela a besos.

—Hemos venido a hacer de canguros —contesta Rox—. Bueno, en realidad, solo Steve y yo vamos a hacer de canguro. Ellos ya se van.

—Os lo agradezco, pero no trabajo esta noche. Yo puedo quedarme con Roxy.

—Puedes, pero no vas a hacerlo —informa Willow—. Steve se quedará con la pequeña ahora para que tú puedas descansar o entrenar, o simplemente tirarte a la bartola sin hacer nada. Cuando llegue Sam, los dos cogeréis esto —me tiende un juego de llaves que cojo sin saber a qué viene todo esto—, y también eso —Chase me tiende lo que parecen ser las llaves de su coche—, y os marcharéis a Willow Beach.

—¿Qué hay en Willow Beach y por qué tenemos que ir ahí? —pregunto confundido.

—Allí hay una pequeña casa junto al río que es propiedad de mis padres, y vosotros dos vais a pasar ahí esta noche y el día de mañana, solos.

—Espera, ¿qué? ¿Y Roxy?

—Está todo planeado —aclara la pelirroja—. Rox esta noche y mañana se quedará con la pequeña ayudando a David hasta que vosotros volváis.

—¿Tú no necesitas tu coche? —le pregunto a Chase.

—Willow me llevará hoy a casa y no lo necesito hasta el lunes para ir a clase —contesta. Chase ha vuelto a la universidad para alegría de sus padres.

—¿Esto es de verdad? —inquiero pasando mi mirada por cada uno de ellos. Todos asienten y David se acerca para coger a mi hija de mis brazos y entregársela a su tío Steve.

—¿Qué quieres hacer, hijo? —me pregunta—. Puedes acostarte un rato antes de que vuelva Sam o podemos bajar al gimnasio y entrenar un rato.

—Señor P. —habla Willow con voz melosa. Siempre actúa de ese modo con él. No lo hace a propósito, es que le encanta pinchar a David—. No canse mucho a Ryder o esta noche no dará la talla.

Todos reímos a carcajadas al ver la mueca de asco que se dibuja en la cara de David.

—Vamos a sudar un rato para que pueda sacar esa imagen de mi mente —murmura saliendo del salón.

Le doy un beso a mi pequeña y lo sigo hasta el gimnasio. Willow y Chase también se marchan y solo quedan en la casa Rox y Steve cuidando de Roxy.

Al llegar abajo, no tardamos en cambiarnos de ropa y enfundarnos los guantes. Pasamos un par

de horas entrenando y luchando el uno contra el otro. David es bueno, muy bueno. Lucha más con la cabeza que con el cuerpo. Todos sus movimientos son cuidadosamente estudiados ante de ejecutarse.

Al terminar, los dos estamos agotados. Nos sentamos en las escaleras de acceso a la jaula y bebemos un poco de agua mientras recuperamos el aliento.

—Echaba de menos esto —murmuro quitándome los guantes.

—Sí, tú y Sam estáis desbordados y necesitáis un descanso.

—Gracias por eso, por cierto.

—No me las des a mí, fue cosa de los chicos. Aparecieron en casa y ya ves la que montaron. Son los mejores amigos que tú y mi hija podríais tener.

—Se han convertido en parte de mi familia —susurro mirándole de reojo—. Por cierto, David, nunca te he dado las gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Me las das cada día, hijo, cuando veo a mi pequeña sonreír cada vez que está a tu lado y cuando veo todo lo que has sacrificado por mantener la promesa que me hiciste.

—Voy a seguir manteniéndola —afirmo.

—Lo sé —pone la mano sobre mi hombro y me da un apretón cariñoso—. Sé que cuidarás de ellas siempre. Algún día, espero que muy lejano, yo volveré a reencontrarme con mi amada Samantha, y te aseguro que no podría irme más tranquilo sabiendo que tú estás con ellas.

—Gracias, David, por tus palabras, y por ser el padre que yo siempre quise tener.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo. Eres una gran persona, un buen hombre y mejor padre aún. No dejes nunca que nadie te diga lo contrario —asiento intentando retener las lágrimas y David pone la palma de su mano sobre mi nuca—. Ahora ve a buscar a mi hija y dale esto —extiende su mano hacia mí y me entrega el colgante que siempre lleva al cuello. Le miro extrañado y él hace un gesto con su mano restándole importancia al asunto—. Tú solo dáselo, ella sabrá qué hacer con él.

Vuelvo a asentir y tras otra palmada en mi hombro, David sale del gimnasio dirigiéndose hacia casa por las escaleras.

# Mi ancla en la tierra

*Sam*

Ya casi ha acabado mi turno. Por suerte hoy el día ha sido bastante tranquilo, pero me muero de ganas por volver a casa, pegarme una ducha y ver a mi pequeña. No estoy acostumbrada a pasar tanto tiempo alejada de ella.

Jasper sigue contando batallitas de cómo consiguió librarse de una loca que lo acosaba vía SMS y yo, junto al resto de empleados, nos reímos a carcajadas. La puerta se abre de pronto y casi tengo que limpiarme las lágrimas de la risa, pero entonces veo a Liam entrar en la cafetería y me preocupo al instante.

—¿Qué ha pasado? —pregunto acercándome a él desde el otro lado de la barra—. ¿Roxy está bien?

—Tranquila, nuestra pequeña está perfectamente. Ahora mismo estará dormida con tu padre y Rox como canguros.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Y, ¿por qué Rox está en casa con mi padre?

—Te lo explico en un rato. ¿Estás lista?

—Sí, claro. Solo déjame coger mis cosas y nos vamos.

Mientras yo voy al almacén a recoger mis pertenencias, veo como Jasper y Liam se saludan con un gesto de sus cabezas. No entiendo por qué no se llevan bien. Jasper es una gran persona y muy buen amigo. Cuando tengo todo lo que necesito, salgo del almacén y me despido de mis compañeros antes de seguir a Liam al exterior del local.

—Sube —dice Liam señalando el coche de... ¿Chase? ¿Qué demonios está pasando aquí?

—¿Qué haces con el coche de Chase? —pregunto cruzándome de brazos en mitad de la acera.

—Te lo explico de camino. Sube al coche, Sammy.

—¿De camino a dónde? —resopla y niega con la cabeza rodeando el vehículo y abriendo la puerta del acompañante.

—Entra en el coche y lo averiguarás.

—¿Vas a secuestrarme y llevarme a un lugar oscuro y húmedo donde violarme y asesinarme después? —pregunto alzando una ceja.

—Sí, eso es exactamente lo que pienso hacer —contesta sonriendo.

—Bien —me encojo de hombros y entro en el coche mientras él ríe a carcajadas.

—¿Sueles aceptar entrar en coches con violadores asesinos? —consulta tras sentarse al volante y encender el motor.

—Si son tan guapos como tú, sí —contesto guiñándole un ojo—. ¿Ahora vas a decirme dónde vamos? Sueño con una ducha y poder descansar al menos dos horas seguidas.

—Pues creo que tus sueños están a punto de hacerse realidad, pequeña.

Veo como cruzamos el río Colorado junto a la presa Hoover entrando en el estado de Arizona y lo miro de reajo sin entender a qué viene todo esto.

—¿Me llevas a Nuevo México? Nos queda un poco a desmano, ¿no crees?

—Vamos un poco más cerca. ¿Por qué no te relajas un rato? Intenta dormir un poco.

—¿Para que te sea más fácil violarme y asesinarme? Mejor me quedo despierta.

—¿Es que vas a resistirte? —pregunta mirándome de reajo. Ya ha anochecido y su atención



está puesta en la carretera.

—Al menos tendré que intentarlo —contesto encogiéndome de hombros.

Sonríe y sigue conduciendo durante casi media hora, hasta que coge un desvío hacia Willow Beach.

—Ahora ya sabes dónde vamos —murmura.

—¿A la casa de los padres de Willow? —asiente—. ¿Y Roxy?

—Rox y tu padre se encargan de ella esta noche y mañana todo el día. Ellos lo han planeado todo para que podamos relajarnos y pasar algo de tiempo juntos.

—¿Esto es de verdad? —pregunto emocionada.

—Eso fue lo mismo que dije yo cuando la pelirroja loca me propuso... Corrección, me informó de lo que íbamos a hacer. ¿Te parece bien?

—¿Me preguntas si me parece bien cuando ya hemos llegado? —inquiero alzando una ceja.

—Temía que dijeras que no. Entiendo que sea difícil para ti separarte de la niña siendo tan pequeña. Yo también la echo ya de menos, pero creo que esto es justo lo que necesitamos, unos momentos a solas y pasar algo de tiempo de calidad como pareja.

—Sí, lo sé. Últimamente solo nos centramos en Roxy y en nuestras obligaciones y no disfrutamos el uno del otro.

—Nena, yo pienso disfrutar de ti toda la noche —dice con voz seductora poniendo la mano sobre mi muslo. Su tacto enciende todo mi cuerpo al instante. Estoy deseando que cumpla esa promesa.

Liam aparca frente a la suntuosa casa de los Harper y suelta un silbido de aprobación mirando la fachada blanca de la típica casa de la zona, con más jardín del que puedes alcanzar con la vista y su propio embarcadero junto al río Colorado.

—No viven nada mal los Harper —comento.

—Mi padre tiene una casa en los Hamptons, en Nueva York —contesta encogiéndose de hombros.

—Como no —digo poniendo los ojos en blanco—. Vamos dentro.

—¿Ya habías estado aquí antes? —pregunta al ver que sé exactamente dónde está el cuadro de luces y el pase de agua.

—Sí, pasamos una semana todos aquí hace tres o cuatro años.

—Entonces vas a decirme donde está la mejor habitación de la casa —susurra en mi oído abrazándome por la espalda.

—Mejor que eso, voy a llevarte al jacuzzi —contesto frotando mi trasero contra su entrepierna.

—Eso me gusta —en un movimiento que no veo venir, me coge en brazos y empieza a caminar conmigo hacia las escaleras—. Indícame el camino.

Me sujeto a su cuello y susurro por donde tiene que ir mientras mi lengua lame toda la extensión de su cuello. Puedo notar su urgencia por llegar a la habitación principal, porque prácticamente empieza a correr por el pasillo. Una vez dentro del baño, del que supongo será la habitación habitual de los padres de Willow, Liam se deshace de mi ropa rápidamente y yo hago lo mismo con la suya. Ambos nos echamos de menos. Llevamos demasiado tiempo sin estar juntos de este modo.

—No creo que lleguemos al jacuzzi —murmura arrinconándome contra la pared. Yo bajo mi mano hasta su miembro y lo acaricio viendo como cierra los ojos y sisea de placer.

—El baño puede esperar —beso su pecho sin dejar de acariciar su sexo y voy deslizándome lentamente hacia abajo hasta quedar de rodillas frente a él.

Cuando mi boca se posa en su sexo, Liam gruñe apoyando su mano en la pared y me deja jugar a gusto con él. Al poco tiempo sus caderas se están moviendo de forma frenética mientras él sujeta mi cabeza moviéndola a su antojo.

—Arriba —gruñe de nuevo alzándome por las axilas y obligándome a rodear su cintura con las piernas. Aún no me he repuesto del cambio de escenario, cuando ya lo tengo dentro de mí, moviéndose como un animal salvaje en busca de su liberación.

Yo no me quejo, al contrario, mi propio orgasmo se fragua en mi interior con una rapidez pasmosa y, a los pocos segundos, los dos nos dejamos llevar entre gemidos y jadeos ahogados.

—Echaba de menos esto —murmuro acariciando su pelo mientras él sigue resollando contra mi cuello.

—Yo también —contesta alzando la cabeza y mirándome. Su boca se pega a la mía y me besa dejándome sin aliento—. Ahora vamos a probar ese jacuzzi, y después la cama, y después...

—Alto, vaquero. Quiero poder andar mañana —me quejo en broma.

—Si no puedes andar yo te llevo en brazos a donde gustes, princesa.

—Como me ponen tus cursilerías —digo justo antes de morder su barbilla.

El resto de la noche Liam se dedica a cumplir todas sus sucias y provocadoras promesas hasta que ambos sucumbimos a los brazos de Morfeo. Por la mañana somos incapaces de levantarnos, así que recuperamos todo el sueño que teníamos atrasado durmiendo hasta bien entrada la tarde, cuando el hambre nos obliga a levantarnos para ir a un restaurante cercano a reponer las fuerzas perdidas.

Nos echábamos tanto de menos, que no dejamos de besarnos o tocarnos en ningún momento, incluso mientras comemos nos prodigamos caricias furtivas bajo la mesa. Al volver a la casa, Liam tiene la idea de dar un paseo en canoa por el río, y lo pasamos genial bañándonos y haciendo el amor bajo el agua. Pero como suele decirse, todo lo bueno se acaba tarde o temprano, y no tardamos en volver a la casa para recoger nuestras cosas y partir hacia nuestro hogar. Aunque lo hacemos con fuerzas renovadas y con la seguridad de que pase lo que pase, y por muchas piedras que encontremos en nuestro camino, podremos superarlas si permanecemos unidos.

Liam aparca justo enfrente del gimnasio y, tras sacar la mochila con nuestras pertenencias del maletero, vamos hacia la puerta principal. Hoy es domingo y el gimnasio está cerrado, pero conociendo a mi padre, la verja debe estar abierta. En cualquier caso, también tenemos la llave, pero resulta no ser necesaria ya que vemos como la verja roja se alza parcialmente y alguien sale corriendo a toda prisa del gimnasio.

Liam y yo nos miramos extrañados y volvemos a mirar al muchacho que corre por la acera como alma que lleva el diablo. Antes de virar en la esquina se gira hacia atrás, y al ver su rostro, mi corazón se salta un par de latidos. Es Félix y estaba...

—¡Papá! —grito corriendo hacia el gimnasio. Escucho los pasos apresurados de Liam a mi espalda, pero no me detengo, sigo corriendo hasta que veo dos figuras tiradas en el suelo —No, no, no, por favor —susurro arrodillándome frente a mi padre. Él y Rox están boca arriba con las ropas cubiertas de sangre. Pongo una mano temblorosa sobre su cuello para buscar su pulso y veo como Liam hace lo mismo con Rox.

—Está muerto —murmura Liam con los ojos abiertos como platos.

—¡No puede estar muerto! ¡No! —grito sin dejar de buscar el latido del corazón de mi padre, pero no lo encuentro. Aunque no pueda admitirlo en voz alta, mi padre también ha muerto.

—¡Dios mío! —Steven se arrodilla a mi lado y puedo escuchar los sollozos de Willow que tiene a mi hija en brazos, mientras Chase nos mira a todos sin entender nada de lo que está ocurriendo—. Acabamos de escuchar los disparos y vinimos corriendo. ¿Qué demonios ha

pasado?! —Steven hace lo mismo que yo y busca el inexistente pulso de mi padre en su cuello.

—Ha sido Félix —contesta Liam con la voz rota de dolor—. Le vimos salir corriendo cuando llegamos, y al entrar... Los ha matado a los dos.

—¡No! No pueden estar muertos —sollozo tocando la cara de mi padre. Tengo las manos cubiertas de sangre y estoy manchando sus mejillas, pero eso me da igual, solo quiero que despierte y me diga que todo esto solo es una pesadilla—. Despierta, papá Vamos, despierta — miro hacia mi izquierda y sacudo el cuerpo sin vida de mi mejor amigo—. ¡Rox! ¡Joder, no me hagas esto!

—Ya está, pequeña, ya está —los brazos de Liam me apartan de los cuerpos sin vida de dos de las personas que más quiero en el mundo, y lloro contra su pecho desconsoladamente.

¿Qué va a ser de mí ahora? Mi padre siempre ha sido el pilar donde me apoyaba, mi ancla en la tierra. Me ha acompañado a cada paso que he dado en mi vida, y no creo que pueda vivir sin él. Era demasiado joven, tenía tanto por vivir... Roxy, dios mío, Roxy no va a conocerle, no va a poder llamarle abuelo ni jugar con él como lo hice yo cuando era pequeña. Ya nunca va a estar en nuestras vidas y no sé si podré superar algo así. Y Rox, el mejor amigo que podría tener. No voy a volver a escuchar sus bromas ni reírme de sus chistes malos. Se acabaron los dobles sentidos sexuales en sus comentarios y tampoco escucharé nunca más el sonido estridente que hace cuando ríe. Los dos están muertos y no van a volver. ¿Cómo voy a poder superar algo así? ¿Cómo podremos todos nosotros vivir sin sus presencias en nuestras vidas?

Escucho el sonido de las ambulancias y como alguien afirma en tono rotundo que han fallecido, pero eso yo ya lo sabía, no he dejado de mirar sus cadáveres en ningún momento a pesar de que Liam me lo ha pedido en varias ocasiones. Él sigue abrazándome, y eso es lo único que me mantiene en pie en estos momentos. ¿Cómo pude ser tan feliz hace apenas unos momentos y ahora sentirme tan devastada?

Escucho más gritos y sollozos. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero los cuerpos inertes de mi padre y mi amigo han sido tapados con un tejido de color gris. Me parece escuchar la voz de la madre de Rox, pero no estoy segura de que sea ella, sinceramente, tampoco me importa. Ella ha perdido un hijo, pero yo he perdido a mi padre y a mi mejor amigo al mismo tiempo. Yo también quiero gritar, pero no puedo, solo soy capaz de tragar algo de saliva mientras una marea de lágrimas silenciosas corre por mis mejillas.

Un día alguien, no sé quién, me dijo que la muerte era algo inevitable, pero yo no lo creo. Estas muertes pudieron ser evitadas. Necesito pensar eso, de alguna forma me consuela crear una realidad en mi cabeza donde Félix no es un maldito hijo de perra asesino, y que al volver de Willow Beach mi padre y Rox nos esperan en casa para cenar una de las especialidades de papá. Eso es algo que nunca más voy a volver a hacer, comer su famosa pasta carbonara. Nunca quise aprender la receta y ahora ya es demasiado tarde, ya no puede enseñármela porque está muerto.

—Cariño, tenemos que irnos —susurra Liam tirando de mí, pero me resisto a caminar. Papá y Rox aún siguen tirados en el suelo y no pienso dejarlos aquí—. Sammy, cielo, sé que esto es muy duro, pero tenemos que salir de aquí para que el forense haga su trabajo. Vamos a casa con nuestra pequeña.

—¿Roxy? —pregunto mirándole. Creo que son las primeras palabras que digo en horas, o quizás solo han sido minutos, pero a mí me han parecido muy largos.

—Sí, está arriba con Willow.

—¿Está bien? —inquiero sorbiendo por la nariz.

—Está perfectamente, cielo. Ven, vamos a verla —vuelve a tirar de mí, pero clavo los talones en el suelo y miro de nuevo hacia las siluetas cubiertas de dos de los hombres que más quiero en

el mundo—. No podemos hacer nada más, pequeña. Subamos a descansar un poco y después empezaremos los preparativos del entierro. Los padres de Rox ya se han ido también.

—No es justo —mascullo entre sollozos.

—Lo sé, cielo. No lo es, pero ahora tienes que ser más fuerte que nunca. Yo voy a estar contigo, ¿entendido?

—No te apartes de mí —suplico enterrando mi cara en su pecho.

—Ni un jodido centímetro —contesta besando mi pelo.

Liam tira de nuevo de mí y, tras echar un último vistazo hacia el suelo, me dejo llevar acurrucándome contra su pecho mientras él rodea mis hombros con su brazo.

Apenas soy consciente de cómo Liam me ayuda a bañarme y frota vigorosamente mi cuerpo para retirar la sangre seca que hay incrustada en mi piel, tampoco de cómo me mete en la cama y se acuesta a mi lado con Roxy en brazos.

Los siguientes días, todo pasa como en una película. Es exactamente así como me siento, como una mera espectadora de la película de terror en la que se ha convertido mi vida. Recuerdo ver como los ataúdes descendían, y llorar frente a sus tumbas, recuerdo el cuerpo de Liam pegado al mío, abrazándome, cada vez que me despertaba llorando a mitad de la noche, recuerdo buscar su boca y besarle apasionadamente solo para olvidar, utilizarle, eso es lo que hice cada noche, dejar de pensar y centrarme únicamente en él y en el placer que recorría mi cuerpo haciéndome olvidar mi desgraciada vida. También recuerdo sentirme culpable por usarlo de esa forma y acabar llorando mientras él me abrazaba y me susurraba que no me sintiera mal por ello, que haría cualquier cosa por hacerme sentir mejor, pero sobre todas esas cosas, recuerdo que nunca me abandonó, ni perdió la paciencia conmigo, incluso cuando me negué a hablar o a comer, él siguió insistiendo hasta que poco a poco empecé a reaccionar. Su amor incondicional me hizo ver que sigo viva y que tengo un hombre maravilloso y una hija por los que luchar.

# Yo no soy así

*Liam*

Me asomo a la habitación de Roxy y sonrío levemente viendo a mi pequeña siendo acunada por su madre. Sam tararea una canción en voz baja mientras la mece en sus brazos para que se quede dormida. Es una imagen preciosa, casi tanto como la mujer que amo. Sam es una luchadora, una guerrera, me lo ha demostrado con creces. A pesar de todo lo que ha tenido que vivir estas dos últimas semanas, se mantiene en pie, entera, aunque hubo momentos en los que se derrumbó y creí que nunca más lograría alzarse, pero una vez más me dio una lección mostrándome su fuerza de voluntad por seguir adelante.

—Hola —susurro llamando su atención.

—Shhhh, está casi dormida —gesticula.

Me acerco a ellas y compruebo que mi pequeña tiene los ojos cerrados y empieza a respirar pesadamente al quedarse dormida. La cojo de los brazos de su madre con suavidad y la acuesto en su cuna arropándola a continuación.

—Vamos —susurro tirando de la mano de Sam hacia la salida. Una vez fuera, la abrazo por la espalda y caminamos lentamente hacia el salón sin soltarnos en ningún momento—. Ya sé que siempre te estoy preguntando lo mismo, pero... ¿cómo estás?

Sam suspira y se gira en mis brazos agarrando mi mano para arrastrarme con ella hacia el sofá, donde los dos nos sentamos.

—Estoy bien, Liam. Y puedes preguntarlo todas las veces que quieras. Sé que te preocupas por mí, pero estoy bien. Triste y agotada, pero en pie.

—Tienes una fortaleza digna del más valeroso de los guerreros —confieso acariciando su rostro.

—La saco de ti —contesta moviendo su cara para dejarla sobre la palma de mi mano—. Roxy y tú sois mi fuerza, mis motivos para seguir adelante. No podría hacerlo sin vosotros.

—Tengo algo que darte —saco de mi bolsillo el colgante que David me pidió que le diera a Sam. Lo olvidé por completo.

—¿Qué haces con el colgante de papá? —pregunta cogiéndolo de mi mano.

—Él me pidió que te lo entregara, antes de... bueno, antes de que nos fuéramos a Willow Beach.

—¿Te dijo que me lo dieras a mí?

—Sí, y no me dio explicaciones, solo dijo que tú sabrías qué hacer con él.

Veo como sonrío mirando el colgante que pende de su mano.

—¿Sabes la historia de este collar? —niego con la cabeza—. Mi bisabuelo era amante del boxeo, soñaba con abrir un gimnasio especializado donde reunir a grandes boxeadores. Luchó mucho por conseguirlo y el día que finalmente lo logró, mi bisabuela le regaló este colgante, con él quería demostrarle que siempre estaría a su lado, en las buenas y en las malas. A partir de ese momento se volvió una tradición familiar. Mi bisabuelo se lo regaló a mi abuela y ella a mi abuelo hasta que vino la siguiente generación. Mi abuelo se lo dio a mi madre y ella a mi padre. Se supone que mi padre tendría que entregárselo a la mujer de su hijo, pero él nunca tuvo ningún hijo, solo a mí —me mira y veo como abre el cierre de la cadena y la acerca a mi cuello.

—Espera, espera —digo deteniéndola—. Ese colgante siempre ha estado en el cuello de un Parker, y yo no lo soy.

—Mi padre te lo dijo... Yo sabría qué hacer con él. ¿Por qué crees que me lo dio? —rodea mi cuello con la cadena y la cierra dejando el colgante sobre mi pecho—. Puede que no lleves el apellido Parker, pero mi padre te quería como a un hijo, y estoy segura de que esté donde esté, se sentirá muy orgulloso de que seas tú quien lo lleve puesto.

Acerco mi cara a la suya para besar sus labios, pero en ese momento el timbre nos interrumpe. Sam y yo nos miramos sorprendidos. Es casi medianoche y no esperábamos a nadie. Me levanto para abrir, pero Sam me detiene y lo hace ella. Cuando regresa, Steve viene tras ella con unos papeles un la mano.

—Buenas noches —dice Steve entrando en el salón—. Perdón por las horas, pero es algo importante.

—¿Por qué no has abierto con tu llave? —le pregunta Sam volviendo a sentarse en su lugar en el sofá.

—Sin David, eh... —se encoje de hombros agachando la mirada.

—Steve, esta va a seguir siendo tu casa, y tú sigues siendo mi hermano mayor —le insiste Sam—. Nadie nunca va a cambiar eso, ¿entendido? —Steve asiente y se sienta en uno de los sillones justo frente a nosotros.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que decir? —pregunto. Steve resopla y me tiende los papeles que trajo.

—¿Eso es? —inquire Sam.

—Es el contrato de la hipoteca del edificio —contesta Steve. Mientras tanto yo le echo un vistazo a los documentos.

—¿Qué hipoteca de qué edificio? —continua Sam.

—De este —contesto tendiéndole los papeles—. David hipotecó todo el edificio. Según esos papeles, la hipoteca aún está en vigor.

—Estos son los extractos bancarios —indica Steve tendiéndome una carpeta—. Encontré todo esto en el despacho de David hace unos días. Quise decíroslo antes, pero con todo lo que estaba pasando, no encontraba el momento oportuno.

—¿Por qué demonios hipotecaría mi padre el gimnasio y el apartamento? —murmura Sam revisando el contrato párrafo por párrafo.

—Para pagar tus estudios —señalo pasándole la carpeta. Ella me mira sorprendida y la coge con manos temblorosas—. Todos los pagos están cubiertos hasta este mes, pero si no seguimos pagándola los meses siguientes, perderás el edificio.

—Viejo tonto —refunfuña Sam sorbiendo por la nariz—. ¿Por qué no me dijo nada? Arriesgó todo lo que tenía para que yo pudiese estudiar una carrera.

—Según ese contrato faltan trece pagos de la hipoteca, eso son trece meses haciendo frente a esos pagos —pellizco el puente de mi nariz intentando buscar una solución a este problema.

—Si no los pagamos, el banco se quedará con todo —murmura Sam en tono abatido.

—Está bien. Hablaré con mi jefe, no creo que tenga ningún problema en que haga turnos dobles.

—¿Estás loco? —Sam deja los documentos sobre la mesa y se gira hacia mí—. No puedes hacer eso. Te matarás trabajando. Yo puedo conseguir más horas en la cafetería y dejar las clases por el momento.

—¡No! —exclamo—. Tú padre sacrificó todo lo que tenía para que tú pudieras estudiar y yo le prometí que no permitiría que lo dejaras, así que tú sigues con las clases. El resto déjame a

mí.

—Liam, si tú te pasas todo el día trabajando, no podré ir a clases de todos modos. ¿Quién se queda con Roxy?

—Yo puedo ayudar —se ofrece Steven—. Estoy buscando trabajo, pero mientras tanto puedo echaros una mano con la pequeña.

—Vale, nuevo plan —dice Sam—. Sigo trabajando en la cafetería las horas que pueda y el resto del tiempo estudio desde casa. Solo tengo que presentarme a los exámenes, y de ese modo puedo cuidar de Roxy.

—Con Roxy en casa no podrás estudiar, además, eso no cambia nada. Yo voy a hablar de todos modos con el padre de Rox. Será algo temporal, cuando terminemos de pagar la dichosa hipoteca, volveré a hacer un solo turno.

—Es más de un año, Liam. Trece meses trabajando dieciséis horas diarias, y apuesto que también vas a trabajar los sábados. Eso acabará contigo —asegura Sam.

—Tu fe en mí es abrumadora —señalo en broma.

—No se trata de fe. Lo que no quiero es que te dejes la piel en esa obra. Yo puedo hacer más —insiste.

—Olvídalo. Mañana hablaré con el jefe y lo soluciono. Tú intenta hacer lo que puedas con Roxy. Si ves que no eres capaz de estudiar en casa, buscaremos otra solución.

—Siento que te estás sacrificando por mí —dice agachando la mirada hacia sus manos.

—No lo hago solo por ti —rebato sujetando su barbilla entre mis dedos y alzando su rostro—. Lo hago por nosotros y por nuestra hija. Lo hago por nuestra familia.



Hace cuatro meses que David y Rox ya no están, y desde entonces todo ha ido de mal en peor. Lo que en un principio pensé que podría aguantar, se está volviendo insoportable. Trabajo como un animal desde que sale el sol hasta que se pone, casi no veo a mi hija ni a Sam, ya que cuando salgo de casa aún están dormidas, y cuando llego ya se han acostado. Sam hace lo que puede, sigue trabajando en la cafetería y pasa el resto del tiempo cuidando de Roxy y estudiando para sus exámenes. Por suerte la pequeña ya duerme toda la noche del tirón, sino ya me habría vuelto loco.

Hacemos todo lo que podemos, pero a pesar de nuestros esfuerzos, no somos capaces de hacer frente a todos los gastos. La hipoteca se lleva gran parte de mi sueldo, y con el resto y lo que gana Sam casi no alcanzamos a pagar el resto de las facturas, agua, electricidad, todo se lleva dinero. Aparte de eso, las listas de compra son inmensas cuando hay un bebé de por medio. Mi pequeña ya empieza a comer frutas y papillas y eso es un gasto más añadido al de la leche, los pañales, la ropa, y las mil cosas más que necesita a diario.

Me giro en la cama intentando aprovechar un poco más de tiempo para dormir, pero los gritos de mi hija no me lo permiten. El domingo es el único día de la semana que puedo descansar un poco y ni eso consigo. Busco a Sam en la cama, pero solo encuentro su lugar frío y vacío, prueba de que ya lleva bastante tiempo levantada. Roxy sigue llorando a todo pulmón, así que me levanto de mala leche a ver qué demonios pasa ahora.

—¿Qué pasa? —pregunto entrando en el salón. Sam está caminando de un lado a otro con nuestra hija en brazos que cada vez llora más fuerte.

—No lo sé. Lleva un rato llorando y no soy capaz de tranquilizarla —contesta sin parar de moverse.

—Eso ya lo veo —tropiezo en una silla que tenemos en el salón para que Roxy pueda estar

algo incorporada sin tener que pasar todo el día en brazos de Sam, y maldigo en voz alta soltando una recua de improperios—. ¿Qué demonios hace esto en mitad del salón? ¡Joder, casi me dejo un dedo con esa mierda! —al escuchar mis gritos, la niña que ya empezaba a tranquilizarse, vuelve a llorar con fuerza y Sam me fulmina con la mirada. No dice nada, solo sigue moviéndose y meciendo a nuestra hija para conseguir que finalmente se calle.

Me voy hacia la cocina y me preparo un café pellizcándome el puente de la nariz con los dedos. Me duele la cabeza horrores por la falta de descanso, y los gritos de Roxy solo lo empeoran.

—Por el amor de dios, cállate ya —susurro para mí tapándome los oídos.

Cuando finalmente se hace el silencio, voy hacia el salón con el café en la mano. Sam está colocando a Roxy en su silla ya que parece haberse cansado de llorar. Veo como resopla y se sienta en el sofá enterrando la cara en sus manos. Mierda, me estoy comportando como un capullo con ella y no tiene la culpa de nada. Ya no recuerdo la última vez que la besé de verdad, y mucho menos cuando hicimos el amor.

—Lo siento —susurro sentándome a su lado tras respirar profundamente—. Estoy pagando mis frustraciones contigo y eso no es justo. No quise gritar de ese modo, Sammy.

—Lo entiendo —dice sonriendo levemente, pero la sonrisa no llega a los ojos—. Sé que estás cansado. Es lógico que lo estés. Cualquiera en tu lugar ya habría mandado todo al carajo.

—¿De qué hablas? —me mira a los ojos y veo como respira hondo antes de empezar a hablar. Sea lo que sea lo que va a decir, estoy seguro de que no me va a gustar—. Lo hemos intentado a tu modo, Liam, y no está funcionando. Tú te matas a trabajar como un animal y yo soy incapaz de estudiar. No podemos seguir así.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Voy a dejar la carrera —abro la boca para rebatir su decisión, pero no me deja hablar—. No, Liam. Me da igual lo que digas o lo que pienses. No te estoy preguntando. La decisión ya está tomada. Trabajaré más horas en la cafetería para que tú puedas reducir tu jornada. Nos repartiremos las responsabilidades. Mientras uno trabaja, el otro cuida de Roxy.

Me levanto del sofá resoplando como un toro y camino de un lado a otro sin poder estarme quieto.

—¿Vas a mandar a la mierda todo los sacrificios que tu padre hizo por ti? ¿Todos los que estoy haciendo yo?

—No se trata de eso, Liam. De todos modos voy a suspender. Yo no tengo un cerebro privilegiado como Willow. No consigo concentrarme con Roxy requiriendo mi atención en cada momento.

—¡Inténtalo, joder! No te rindas ahora.

—Lo hago, me estoy esforzando.

—¡Pues esfuérate más, maldita sea! —bramo estampando la taza de café contra la pared.

Sam se levanta del sofá temblando de rabia y camina hacia mí.

—¡Mírate, Liam! ¡Mírate a un jodido espejo y date cuenta en lo que te estás convirtiendo! —grita clavando su dedo índice en mi pecho. En ese momento Roxy, asustada por nuestros gritos, empieza a berrear de nuevo haciéndome perder los nervios.

—¿En lo que me estoy convirtiendo?! ¡Soy un puto esclavo, Sam! ¡Trabajo más horas de las que puedo contar y el poco tiempo que tengo libre, soy incapaz de descansar, porque tú no eres capaz de hacer callar a la niña un puto segundo!

—¿Crees que para mí es fácil?! Yo también trabajo, Liam, y cuido de nuestra hija todo el puñetero día. ¿Estás cansado de sus gritos? Imagínate cómo estoy yo. Te estoy dando la



oportunidad de que puedas trabajar menos. ¡Quiero que compartas esa carga conmigo, joder!

Mi cabreo va en aumento, igual que los gritos de mi hija que están a punto de perforarme el cerebro.

—¡No vas a dejarlo! ¡Esa es mi última palabra!

—¡¿Sabes por donde puedes meterte tu última palabra?! ¡Voy a hacerlo!

—¡He dicho que no! —grito desgañado. Roxy llora aún con más fuerza, y yo lo veo todo negro. Ni siquiera soy capaz de pensar con claridad—. ¡Haz callar a esa maldita cría, joder! —le doy una patada a la pequeña mesa auxiliar que hay delante del sofá, estampándola contra la pared y haciéndola añicos.

Me arrepiento al instante de mi arranque y miro a Sam llevándome las manos a la cabeza, pero la mirada que ella me devuelve, me deja completamente helado. Me mira como si no me conociera y, sinceramente, yo tampoco me reconozco. Yo no soy así.

—Dime ahora que todo va a ir bien —escupe con rabia mientras las lágrimas corren por sus mejillas—. Atrévete a decirme lo de siempre, que todo esto es temporal y se resolverá —niego con la cabeza dando un paso hacia ella, pero se aleja de mí yendo hacia Roxy para cogerla en brazos.

—Sammy, lo siento —susurro viendo como mece a mi hija mientras ella llora desconsolada. Las dos están llorando, y eso me parte el corazón—. Yo no quería decir eso. Sé que tú te esfuerzas y... —me llevo las manos a la cabeza, frustrado—. Yo no soy así, tú lo sabes.

—¿Lo sé? Yo no sé una mierda, Liam. Ya ni siquiera te reconozco. El poco tiempo que te veo, te la pasas de mal humor. ¿Cuándo fue la última vez que cogiste a tu hija en brazos? Entiendo que estés cansado, pero lo que no admito es que prefieras seguir siendo un mártir y dejándote el pellejo por una estúpida promesa que le hiciste a mi padre. No voy a permitirlo, Liam.

Siento como las lágrimas acuden a mis ojos y sacudo la cabeza para librarme de ellas.

—Encontraré otra forma. Conseguiré dinero de otra manera, pero no dejes la carrera, por favor —suplico.

—Ya está decidido —contesta de manera seca y cortante.

Resoplo y voy hacia la habitación, me visto rápidamente y paso por el salón para recoger mis llaves antes de echar un último vistazo hacia las dos mujeres de mi vida. Las estoy perdiendo y no sé qué hacer para evitarlo.

—Voy a dar una vuelta. Necesito que me dé el aire —murmuro yendo hacia la puerta. Espero su respuesta, pero solo recibo silencio por su parte, así que salgo de casa dispuesto a hacer lo único que pensé que nunca volvería a hacer. Voy a pedirle ayuda a mi padre.

# Ryder ha vuelto

*Liam*

Observo la fachada de la casa que consideraré mi hogar durante casi toda mi vida. No quiero hacer esto. Llevo cerca de un año sin ver a mi padre, totalmente apartado de su influencia, y creí que así sería siempre. La última vez que estuve aquí le grité a la cara que no le necesitaba y que podría salir adelante sin él y sin su maldito dinero, pero no puedo, no sin perder a las personas que amo en el camino.

Golpeo la puerta con los nudillos tomando una respiración profunda y esta no tarde abrirse dejándome ver a una de las empleadas domésticas.

—Buenos días, señor Ryder —me saluda la muchacha. Estoy seguro que es una de las muchas amantes de Eric.

—Sasha, ¿está mi padre en casa? —pregunto entrando sin más. No voy a pedir permiso.

—Sí, señor. Está en el gimnasio.

Asiento y voy hacia allí cruzando el enorme jardín en el trayecto. Al llegar al lugar donde he pasado la mayor parte de mi infancia, no puedo evitar hacer una mueca cuando un montón de malos recuerdos acuden a mi mente.

—El hijo prodigo vuelve a casa —dice Eric acercándose a mí con una sonrisa burlona. Solo lleva puesto un pantalón de deporte y su cuerpo está bañado en sudor. Obviamente estaba haciendo ejercicio—. Creí haberte escuchado decir hace unos meses, que nunca volverías a pisar esta casa.

—Necesito hablar contigo —expreso cerrando mis manos en puños. Mierda, no quiero hacer esto.

—Tú dirás... —se cruza de brazos alzando una ceja de manera interrogante.

—Necesito dinero. El padre de mi novia murió hace unos meses y no puedo hacer frente a todos los gastos que tengo. Necesito que me prestes algo. Te lo devolveré en cuanto pueda.

—Jugar a las casitas no es tan fácil como creías, ¿verdad?

—Eric, no he venido aquí para que te burles de mí. Si no vas a ayudarme dímelo ya y me iré por donde he venido.

—Está bien, lleguemos a un acuerdo. ¿Cuánto necesitas?

—Bastante. Tengo que liquidar una hipoteca para poder trabajar menos horas.

—¿No te gusta trabajar en la construcción? —mi cara de sorpresa hace que suelte una carcajada—. ¿De verdad pensaste que no lo sabía? Te estás dejando la piel trabajando más de dieciséis horas diarias, doblando turnos como un loco y aun así no eres capaz de salir adelante. No me malinterpretes, valoro tu esfuerzo por intentar mantener a tu hija y a esa chica a base de trabajo duro. Sinceramente, no creí que aguantaras tanto tiempo.

—Ya veo que estás muy enterado de lo que ha sido mi vida desde que me fui de casa, pero no has contestado a mi pregunta. ¿Vas a ayudarme o no?

—Lo haré, pero con una condición —contesta.

—Habla. ¿Qué es lo que quieres?

—Hagamos un trato, no solo te daré el dinero para liquidar esa hipoteca, también me encargaré que a esa muchacha, Sam, y a tu hija, no le falte nunca nada, con la única condición de

que tú vuelvas a pelear.

—¿A qué te refieres con volver a pelear? ¿Dónde está la trampa?

—No hay ninguna trampa. Sencillamente, nos iremos a Nueva York y haré de ti el mejor luchador que haya visto este país, pero tendrás que dejarlas atrás. Nada de cargas a tus espaldas ni distracciones. Yo me encargo de ellas y tú peleas.

—Quieres que abandone a mi familia —afirmo apretando los puños—. Estás loco si crees que voy a abandonar a mi mujer y a mi hija. ¿Es que no tienes corazón? Esa niña es tu nieta.

—Te estoy ofreciendo una salida, hijo. Está claro que tú no eres capaz de cuidar de ellas, y yo puedo hacerlo, pero todo tiene un precio.

—¡No! —contesto sin apenas parar a pensarlo. Ni siquiera me planteo la idea de abandonar a las únicas personas que me quieren incondicionalmente—. Gracias por tu oferta, pero puedes metértela por el culo. No voy a abandonarlas, ni ahora ni nunca.

—Muy bien. Entonces puedes marcharte, aquí no hay nada para ti.

—Eres un desgraciado —escupo con rabia—. No sé por qué pensé que habría algo bueno en ti. Siempre has sido un hijo de perra y morirás siéndolo. Eso sí, lo harás solo como el perro que eres.

—La oferta seguirá en pie cuando vuelvas, y te aseguro que volverás.

Me doy media vuelta y salgo de la casa apresuradamente y con un cabreo monumental. Fui un imbécil al pensar que me ayudaría. Eric Ryder no quiere a nadie más que a sí mismo, y lo que pueda pasarme a mí o a su nieta, le da absolutamente igual.

Camino hacia casa cruzando toda la ciudad, pero antes de llegar decido parar en un bar a tomarme una cerveza. No quiero llegar a casa en este estado de nervios. Ya hice suficientes estupideces esta mañana como para volver a cagarla con Sam por estar demasiado alterado.

Me siento en un taburete frente a la barra y bebo de mi cerveza sin poder parar de preguntarme a mí mismo qué demonios voy a hacer ahora. Sam tiene razón, esto no está funcionando, y si seguimos así voy a acabar perdiéndolas para siempre. Tengo que encontrar una solución inmediatamente.

—¿Ryder? —una voz conocida me saca de mis oscuros pensamientos y me giro hacia su procedencia.

—¿Josh? —pregunto sorprendido.

—¡Eh, hermano! —me abraza fuertemente palmeando mi espalda—. Me alegro de verte. Intenté llamarte varias veces, incluso fui a tu casa, pero tu padre me dijo que ya no vivías allí.

—He cambiado de número —murmuro tirando de la etiqueta de mi botellín de cerveza.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es de tu vida? Hace mucho que no nos vemos, desde... —alzo una ceja y él hace una mueca—. Sí, fue una putada lo que pasó. Quien iba a imaginarse que habría una redada justo esa noche. Pero vamos, cuéntame cómo te va.

—Si me hubieses preguntado eso hace unos pocos meses, te habría contestado que nunca he estado mejor, pero ahora... —suspiro pellizcándome el puente de la nariz.

—¿Qué pasa, colega? Pareces hecho polvo —se sienta en el taburete contigo y pide un par de cervezas que el camarero no tarda en servirnos.

Valoro seriamente si contarle mi vida o no al que en una época de mi vida fue mi mejor amigo, y al final acabo haciéndolo. Necesito hablar con alguien. Quizás una persona que no está en mi situación pueda darme un punto de vista distinto y aconsejarme, o al menos darme alguna idea de cómo salir de este problema.

Durante más de una hora relato con pelos y señales todo lo que he vivido desde que me pillaron en esa pelea clandestina. Josh me escucha en silencio y solo pide un par de rondas de

cervezas más que no tardamos en beber. Cuando termino mi historia, él solo suspira y hace una mueca.

—Joder, macho. Nunca imaginé que se te hubieran complicado tanto las cosas. ¿Nunca llegaron a pillar al tío que mató a David y a Rox?

—Sí, lo detuvieron dos días después, pero ni siquiera llegó a entrar en prisión. Hubo una trifulca en los calabozos de la comisaría, un tema de pandillas rivales, y a Félix lo asesinaron allí mismo. Supongo que obtuvo lo que se merecía.

—¿Has pensado cómo solucionar todo esto? ¿Tienes alguna idea? —niego con la cabeza.

—Ese es mi mayor problema, que no tengo ni puta idea de lo que voy a hacer. No puedo permitir que Sam deje de estudiar. Se lo prometí a David —sujeto el colgante que llevo al cuello apretándolo con fuerza contra la palma de mi mano—. Ni siquiera tengo el valor necesario para volver a casa después de cómo me comporté esta mañana. He encontrado a la mujer más maravillosa del mundo y la estoy haciendo sufrir con mis ataques de ira, solo porque me siento frustrado por no ser capaz de sacar adelante a mi familia.

—¿Sabes que es lo que te vendría bien? Desconectar un rato, olvidarte de todo y verlo de una perspectiva distinta. Ven conmigo, daremos una vuelta para que te despejes un poco.

—Debería volver a casa —murmuro no muy convencido.

—¿Para volver a discutir con Sam? Deja que se le pase un poco el cabreo y mientras tú y yo nos tomamos unas copas tranquilos.

—No he comido nada en todo el día, si sigo bebiendo me caeré de culo.

—Vamos, pararemos a comer algo por el camino —dice levantándose y señalando la puerta con un gesto de su cabeza—. ¿Prefieres quedarte aquí lamiéndote las heridas y lamentándote de tu mala suerte? —niego con la cabeza y me bebo el resto de la cerveza de un trago antes de levantarme y seguirle al exterior del local.

Entramos en un club nocturno, ya hace un rato que ha anochecido. Le envié un SMS a Sam cuando paramos a comer un bocadillo, diciéndole que estaba bien, me había encontrado con un amigo e iba a dar una vuelta con él, pero no recibí respuesta por su parte. Supongo que seguirá cabreada conmigo y eso me animó aún más a seguir a Josh hasta este antro. Nunca había estado aquí, pero es bastante parecido al Bullman, el local que frecuentábamos antes y en el que se celebraban las peleas clandestinas.

Mi percepción era correcta, ya que tras tomarnos tres o cuatro copas en la barra, Josh me lleva hacia la parte trasera del local, que no es más que una réplica a gran escala de la trastienda del Bullman. Luchadores en el interior de la jaula matándose a golpes, gente jaleando y gritando para animar a su ganador y muchos locos de las apuestas clandestinas. Un jodido dejà vu.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto a Josh tirando de su brazo. Siento como el alcohol corre por mis venas a toda velocidad, mareándome y excitándome al mismo tiempo.

—Vamos tío, tú necesitas pasta, y aquí puedes ganar mucha. Piénsalo, unas horas en este lugar, unos minutos en esa jaula cada noche, y puedes ganar más dinero del que ganas trabajando en esa puta obra durante dieciséis horas seguidas.

—También podría terminar en la cárcel —farfullo dándole un trago largo a mi copa. Enseguida noto un gusto extraño en la bebida y fulmino a mi amigo con la mirada—. ¿Qué me has echado en la copa?

—Solo la he aderezado un poco —contesta sonriendo—. Necesitas relajarte, tío. Sube ahí arriba, reparte unos cuantos puñetazos y olvídate de todo.

—No puedo. Tengo que volver a casa.

—¿A discutir con tu chica y aguantar los llantos de la cría? Vamos, Ryder. Eres joven,

demasiado joven para aguantar esa mierda. Si quieres irte, adelante, te llevaré a casa, pero ya que estás aquí, sube ahí arriba y vuelve a casa con los bolsillos llenos.

Sopeso mis opciones. Puede que Josh sea un puto irresponsable, pero sí tiene razón en algo, necesito el dinero. Solo con ganar un puto combate que no me llevará más de unos minutos, podría ganar lo suficiente para la compra semanal.

Me bebo la copa de un trago sabiendo que sea cual sea la droga que haya en su interior, va a ayudarme a dejar de pensar en si es lo correcto o no, y asiento con la cabeza.

—Consigue una pelea con bastante pasta de por medio —le ordeno a mi amigo que aplaude sonriendo.

—¡Ese es mi chico, Ryder ha vuelto! —exclama.

A las cuatro de la madrugada estoy abriendo la puerta de mi casa. Casi no hay ni rastro de la droga que me ha tenido frenético las últimas horas, y como dijo Josh, vuelvo a casa con los bolsillos llenos.

Fue tan fácil ganar... Mi contrincante apenas pudo rozarme, y me sentí tan bien, me sentí... Vivo. Como si volviera a ser ese chico sin responsabilidades familiares a sus espaldas. Solo yo pasándolo bien sin pensar en nada más. El público coreaba mi nombre mientras yo golpeaba a ese tipo una y otra vez. Gracias a las enseñanzas de David, pude acabar con él en un par de minutos y salir de la jaula sin apenas un golpe.

Camino sin hacer ruido hacia el interior del apartamento y paso por la habitación de Roxy comprobando que duerme plácidamente, antes de entrar en mi cuarto. No enciendo la luz, pero puedo distinguir la silueta de Sam en la cama. Me desprendo de mi ropa en total silencio, quedándome únicamente en calzoncillos y me acuesto a su lado. Ella suspira girándose hacia el lado contrario y dándome la espalda. Sigue cabreada, y eso me mata, porque sé que yo soy el culpable. Llevo demasiado tiempo comportándome como un imbécil y culpándola a ella de todas mis desgracias, cuando en realidad, solo es una víctima más.

—Lo siento —susurro abrazándola por la espalda y hundiendo mi nariz en su nuca—. He sido un cabrón y me he comportado como un capullo. Perdóname, Sammy. No quiero perderte, no puedo hacerlo, pequeña.

Suspira de nuevo y se gira hacia mí.

—Son las putas cuatro de la madrugada, Liam. ¿De verdad no has tenido tiempo de venir antes a casa para que habláramos de todo esto?

—Sí, pero estaba cabreado y tú también. Quise darte tiempo para que te tranquilizaras. Necesitaba despejarme, pensar con claridad —ancho mi mano en su cadera y me agacho para besar el hueco de su cuello.

—Y beber, apestas a alcohol —murmura, pero no me aparta, al contrario, desliza sus dedos entre mi pelo en una suave caricia que me hace gemir de gusto.

—Solo han sido unas cervezas —alzo la cabeza y acaricio su mejilla a tientas—. Tengo que contarte algo.

—Por tu tono de voz, me atrevo a decir que no me va a gustar nada lo que tengas que decirme —aparta su mano de mi pelo y yo resoplo sopesando si es mejor decirle la verdad o una mentira piadosa. Dudo que Sam esté de acuerdo con lo que he hecho hoy, y si se lo cuento, solo conseguiré que volvamos a discutir.

—En realidad es algo bueno —comento tras carraspear—. No vas a tener que dejar la carrera, es más, a partir de mañana podrás volver a las clases.

La escucho resollar e intenta apartarse de mí, pero la sujeto con fuerza pegándola a mi cuerpo.

—Liam, suéltame. Ya hemos discutido esto demasiadas veces y no quiero volver a hacerlo —

replica revolviéndose.

—No, escúchame, Sammy. Solo escúchame, ¿vale? —para de moverse y aunque no puedo verla, sé que está frunciendo el ceño—. He encontrado otro trabajo.

—Claro, porque no tienes suficiente con uno, ¿verdad?

—No se trata de eso. Te estoy hablando de dejar la obra y dedicarme únicamente a este nuevo empleo. Son muchas menos horas y más del doble de sueldo.

—¿Es en serio? —pregunta sorprendida.

—Sí, pero...

—Siempre hay un pero —murmura.

—El trabajo es en Las Vegas y por la noche. Josh me ha conseguido una plaza de miembro de seguridad.

—¿Josh? ¿Ese es el amigo que te encontraste por casualidad? Espera... ¿Es el mismo con el que te pillaron en lo de las peleas clandestinas?

—Sí, pero ha cambiado —miento—. Ahora está mucho más centrado, su padre es socio de uno de los casinos y me ha conseguido el empleo.

—¿No vas a meterte en líos?

—No, nada de líos. Solo me iré cada noche después de cenar, y sobre esta hora estaré de vuelta en casa, y ganaré mucho más que trabajando dieciséis horas en mi actual empleo.

—Suena bien pero, ¿cómo vas a ir a Las Vegas todas las noches?

—Me vienen a buscar. Por eso no te preocupes. Solo piensa en la gran oportunidad que tenemos ahora. Finalmente las cosas están mejorando para nosotros. Yo puedo quedarme con Roxy durante el día para que tú puedas estudiar e ir a clases.

—Y trabajar en la cafetería.

—Puedes dejarlo si quieres. Ganaré lo suficiente para que no tengas que trabajar y puedas dedicarte por entero a tus estudios.

—Prefiero seguir trabajando. Al menos si esto sale mal por algún motivo, tendremos alguna fuente de ingresos, aunque sea poco.

—No va a salir mal. Esta es la solución que tanto hemos buscado a nuestros problemas.

—No sé, Liam. Parece demasiado bueno para ser real. Trabajo de seguridad en un casino. ¿Eso no es peligroso? Se escuchan miles de historias sobre peleas y trifulcas en los casinos.

—Escúchame, muy pronto podremos liquidar la dichosa hipoteca y viviremos mucho mejor. Hablaré con Steve, quizás pueda conseguirme algo en el gimnasio en el que trabaja. Solo es algo temporal —escucho como suspira y vuelvo a hundir mi cara en su cuello—. Dime que estás de acuerdo con esto, pequeña. Podré pasar mucho más tiempo en casa, contigo y con Roxy. Solo dame la oportunidad de demostrarte que puedo hacerlo.

—Liam, tú no tienes nada que demostrar. Soy consciente de lo mucho que te has sacrificado por mí y por nuestra hija. Me duele ver que estás viviendo una vida que no te gusta. Tienes un trabajo que odias y sé que no eres feliz, puedo verlo.

—No digas tonterías, claro que soy feliz. Te tengo a ti y a nuestra pequeña. Eso es lo único que necesito.

—No, Liam. Tú tenías sueños, objetivos que alcanzar, y ahora te matas a trabajar para apenas llegar a fin de mes en una vida monótona y aburrida, y eso te frustra y lo entiendo. Yo también me siento frustrada, pero no quiero que acabes odiándome por ello.

—Yo nunca te odiaría —vuelvo a sujetar su cara con mis manos—. Sammy, quítate esas ideas de la cabeza. Esta última temporada, me he comportado como un idiota, pero eso se acabó, ¿entendido? A partir de hoy todo va a cambiar. Empezando por ti y por mí —deslizo mi mano por

su cuello rozando la parte superior de sus pechos—. No voy a volver a permitir que estemos más de veinticuatro horas sin sexo —escucho como suelta una carcajada que me infla el pecho de felicidad. Amo su risa—. No te rías, pequeña bruja. Voy a tener que hacer un jodido calendario para ir tachando cada día —sigo bajando mi mano hasta que llego a su sexo que acaricio lentamente por encima de la ropa. Su risa se corta de golpe y gime cuando mi mano se adentra bajo su ropa hundiéndose en su sexo con lentitud.

—Te echaba de menos —susurra Sam contra mis labios antes de besarme con voracidad.

—¿Quieres que me ponga cursi? —murmuro sonriendo cuando nuestras bocas se separan. Sam mueve sus caderas en círculos apretando mis dedos con la parte interna de su sexo mientras sus uñas se clavan en mi espalda.

—Nada de cursilerías —resuella—. Solo fóllame de una vez.

—Chica de boca sucia —digo en tono divertido mordisqueando sus pechos.

—Te encanta mi boca sucia —presume ella.

—Cierto —en un par de movimientos calculados, me deshago de su ropa y bajo la goma de mi bóxer levemente clavándome en su interior de una sola embestida.

Sam muerde mi hombro mientras yo me muevo fuera y dentro de su cavidad a una velocidad vertiginosa, hasta que los dos nos dejamos llevar por el orgasmo y caemos relajados sobre las sábanas.

—Te quiero, Liam —susurra besando mi pecho y rodeando mi cintura con su brazo mientras yo intento recuperar la respiración—. Nada ni nadie podrá cambiar nunca eso.

—Y yo a ti, pequeña —beso su pelo y los dos nos quedamos dormidos, el uno en los brazos del otro.

Sé que no debería mentirle y, que tarde o temprano todo esto me estallará en la cara, pero no mentía cuando dije que esto solo es algo temporal. Pelearé cada noche para conseguir el dinero suficiente para que podamos vivir sin aprietos y, en cuanto pueda liquidar la hipoteca, lo dejaré. Buscaré un trabajo normal y le diré a Sam toda la verdad. Se cabreará, pero ya todo habrá pasado, sé que podrá perdonarme. Solo son unos meses y después se acabó.

# Dos más dos

*Liam*

Abandono el octágono entre aplausos y voces jaleando mi nombre. Esta noche me ha costado más ganar. El tipo al que me he enfrentado era una jodida roca, puro musculo y fibra, además de ir hasta el culo de anfet. Me machacó tanto las costillas que temo que me haya roto alguna, y aún no sé cómo le voy a ocultar los cardenales a Sam.

En el último mes solo me he llevado algún que otro golpe, y siempre he puesto como excusa que en el equipo de seguridad del casino en el que supuestamente trabajo, tenemos que completar un entrenamiento bastante exhaustivo casi a diario, pero no creo que sea demasiado creíble que el color morado de mi costado sea debido a eso. Tendré que inventarme cualquier otra excusa.

—¿Estás bien? —me pregunta Josh tendiéndome una botella de agua. La bebo de un trago y asiento.

—¿Tienes oxi? —pregunto extendiendo mi mano hacia él. Josh sonríe y deposita sobre mi palma un par de pastillas.

—Es hidrocodona. Creí que preferías estar sobrio.

—Es para el dolor. Las costillas me están matando.

—¿Quieres una cerveza? Si no bebes alcohol en un rato estarás dormido y mañana no podrás levantarte de la cama.

Mierda. No había pensado en eso. Mañana Sam tiene clases temprano y después tiene que cubrir un turno en el trabajo. Si no bebo algo, estaré somnoliento todo el día y tengo que cuidar de Roxy.

Acepto la copa que me tiende y voy a recoger mis ganancias antes de entrar con Josh en uno de los reservados. No acostumbro a quedarme tanto tiempo, pero no quiero llegar a casa bajo los efectos de las drogas que hay en mi organismo. Temo que Sam pueda notarlo, aunque probablemente ya esté dormida cuando llegue. Lo que no esperaba era que la dichosa hidrocodona me diera un subidón tan repentino. Al poco tiempo estoy bebiendo sin parar y comiéndome otro par de pastillas. La euforia me invade y empieza a darme absolutamente igual la hora o lo que tenga que hacer mañana. Me siento libre, joven, como era antes de que mi vida se llenara de responsabilidades y deberes.

Despierto bastante desorientado. La cabeza está a punto de estallarme y siento la boca como si hubiese estado lamiendo suelas de zapatos. Un brazo se enrosca en mi cintura y tengo que enfocar la vista para darme cuenta de que estoy en una habitación que no conozco y el brazo que me retiene es de una mujer rubia que no recuerdo haber visto nunca. Intento hacer memoria, pero todo es bastante borroso. Recuerdo que Josh iba incluso más pedo que yo. A mitad de la noche invitó a un grupo de chicas a nuestro reservado y una de ellas empezó a manosearme, pero yo la aparté. Entonces, ¿por qué demonios estoy desnudo en una cama con esa misma chica?

—Mierda —susurro para mí cuando las imágenes me golpean con crudeza. Me he acostado con ella. Estaba tan ido que no hice nada para evitar que me trajese a su casa y acabé follándomela contra la pared de la habitación.

Me levanto de golpe sintiendo un estallido en mi cabeza y alcanzo mi ropa que está esparcida por el suelo de la habitación. Reviso mi teléfono y compruebo que está sin batería. Ni siquiera sé



qué le voy a decir a Sam. La he engañado con otra mujer y me siento un miserable por haberlo hecho.

Cojo un taxi que me lleva directamente a casa y en el trayecto no puedo dejar de pensar en la cagada que he cometido. Maldita sea, ahora que todo iba mejor, voy yo y meto la pata de esta forma. No puedo tener tanta mala suerte. Hasta esta noche lo tenía todo controlado. Sam ha vuelto a las clases y yo solo me metía en la jaula, ganaba y me iba con el dinero a casa. Alguna vez me he quedado a tomar unas cervezas con Josh, pero nunca he hecho nada como lo de hoy, jamás había engañado a mi mujer.

El taxista me deja justo frente a la puerta del gimnasio, y subo hacia casa intentando adecentar mi ropa arrugada mientras pienso en la mejor excusa que contarle a Sam. No puedo decirle la verdad. Esto ha sido un error que nunca más va a suceder, además, dudo que me perdonara algo así y solo conseguiría hacerle daño por algo que ya no tiene remedio.

Consulto mi reloj antes de meter la llave en la cerradura. Son las nueve de la mañana, Sam ya debería estar en clase, pero al no estar yo en casa, seguramente no habrá ido porque no tiene con quien dejar a Roxy. Al abrir la puerta, me la encuentro de frente mirándome con preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta lanzándose a mis abrazos. La abrazo sintiéndome el ser más despreciable del universo por haber cometido semejante bajeza—. Te he llamado cientos de veces —se aparta de mí y sujeta mi cara con sus manos, pero soy incapaz de sostenerle la mirada.

—Estoy bien. Me he quedado sin batería. Tuvimos un entrenamiento sorpresa y tuve que quedarme hasta ahora en Las Vegas. Lo siento, quise avisarte, pero no tuve ocasión.

Me mira achinando los ojos, pero no dice nada, solo asiente y respira profundamente como si intentara digerir el mal trago que ha pasado, que yo le he hecho pasar.

—Debes estar cansado. Acuéstate un rato.

—¿No tienes que ir a clase?

—Ya he faltado a la primera. Estudiaré desde casa y después iré directamente al trabajo —acerca su cara a la mía para besarme, pero consigo esquivarla disimuladamente y beso su frente de forma cariñosa. No voy a besar a mi mujer después de haber estado con esa... Joder, necesito una ducha y un lavado de cerebro para poder olvidar la rata que soy.

—Voy a ducharme y descansaré un rato. ¿Roxy está dormida? —asiente buscando mi mirada, pero una vez más la desvío hacia otro lado. Me pregunto si voy a poder volver a mirarla a los ojos algún día.

—¿Estás bien, Liam? —me pregunta cuando estoy a punto de entrar en el baño. Me giro y asiento levemente con una sonrisa más falsa que una prostituta virgen.

—Solo estoy cansado —contesto antes de entrar en el baño y cerrar la puerta a mi espalda.

Entro en la ducha y maldigo golpeando los azulejos con furia. ¿Cómo pude haber sido tan imbécil? Finalmente tengo lo que quiero. Puedo estar con Sam y con mi hija, no pasamos ninguna necesidad y tampoco tengo que matarme a trabajar de la mañana a la noche por un sueldo de mierda. ¿De verdad tenía que comerme esas putas pastillas?

—¡Joder! —estampo mi puño contra la pared sintiendo como las lágrimas ruedan por mis mejillas mezclándose con el agua caliente.

Si Sam se entera de lo que he hecho, nunca me lo perdonará. No creo ni que yo mismo pueda perdonarme jamás. No solo le he fallado a Sam, David debe estar retorciéndose en su tumba al ver el cabrón en el que me he convertido. Si estuviese aquí, seguramente me habría partido la cara.

Tras el baño, me meto en la habitación sin que Sam me vea y me voy directamente a la cama. Necesito dormir para despejarme un poco. Tengo una resaca de mil demonios y soy incapaz de

pensar con claridad. Me acuesto sobre la cama y no tardo en quedarme dormido.

—Liam, despierta —la voz de Sam me sobresalta y pego un respingo llevándome la mano al costado al sentir un dolor punzante—. ¿Qué te pasa? —pregunta sorprendida por mi extraña reacción.

—Nada, me has asustado —enfoco la vista y compruebo que ya está vestida para irse a trabajar.

—Tengo que irme. Roxy está durmiendo la siesta en su habitación y hay comida en el horno. ¿Te encuentras bien? —asiento levantándome de la cama. El dolor de cabeza ha desaparecido, aunque sigo sintiéndome como una cucaracha humana. Eso no se cura con unas horas de sueño.

—Tranquila. Voy a comer algo y a bajar un rato al gimnasio mientras Roxy está dormida.

—Recuerda llevar el vigilabebés por si despierta —afirmo y ella se gira para marcharse, pero la detengo sujetándola por el brazo

—Sammy, ¿estás bien? ¿Pasa algo? —sus ojos se clavan en los míos con tanta furia que tengo que dar un paso hacia atrás.

—No lo sé, Liam, ¿pasa algo? Dímelo tú —la miro sin entender a qué viene su pregunta. No puede saberlo, ¿o sí? —. De verdad piensas que soy estúpida, ¿no? ¿Crees realmente que me he tragado eso del entrenamiento inesperado? —no contesto. Soy incapaz de pronunciar ni una sola palabra—. Tu silencio es muy esclarecedor. ¿Vas a decirme la verdad?

—Sam, no sé de qué me hablas —contesto cogiendo su mano, pero se libra de mi agarre de un tirón y se cruza de brazos fulminándome con la mirada.

—No insultes mi inteligencia, Liam. Una cosa es que yo haya mirado hacia otro lado y decidiera confiar en tí aun sabiendo que algo andaba mal con ese trabajo que supuestamente tienes, y otra es que me mientas descaradamente —se acerca a mí y clava un dedo en mi pecho temblando de rabia—. No soy una jodida imbécil, así que deja de tratarme como tal. Supe desde el principio que había algo raro con ese empleo que apareció de la nada junto a tu amigo del alma. Me callé cada vez que veía un cardenal en tu cuerpo y te inventabas una excusa patética, lo obviaba porque decidí confiar en ti, pero lo de anoche... He pasado toda la mañana intentando excusarte, pensando mil y una explicaciones y motivos por los cuales el hombre con quien comparto mi vida, el padre de mi hija, ha llegado a casa a las nueve de la mañana, con la ropa hecha girones y el aspecto de llevar encima una resaca de tres pares de narices.

—¿Crees que yo...? No sería capaz de engañarte, Sam —en cuanto las mentiras salen de mi boca me doy cuenta de que acabo de delatarme. Sus ojos se abren hasta el nacimiento del pelo y niega con la cabeza respirando entrecortadamente.

—No lo pensé, pero tu reacción me está haciendo dudar de eso también —susurra mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Sam, no entiendo a qué viene todo esto, cariño. Estamos bien. Ya te he explicado lo que ha pasado. Tuve un entrenamiento a última hora y... —da un paso hacia mí y levanta mi camiseta de un tirón dejando a la vista mi costado, que está cubierto por un hematoma entre morado y negro.

—Inténtalo de nuevo —escupe limpiándose las lágrimas de un manotazo—, pero esta vez sé más convincente.

—Me lo hizo uno de los chicos en el entrenamiento. Se le fue la mano y...

—¡Deja de mentir! —grita llevándose las manos a la cabeza—. Te lo repito, Liam, ¡No soy imbécil! No hace falta ser Einstein para darse cuenta de lo que está pasando aquí. Tu amigo Josh aparece en escena, el mismo con el que empezaste a participar en peleas clandestinas, y de repente, tú tienes un nuevo trabajo, uno en el que solo trabajas unas horas por noche y cobras un pastizal, los cardenales, el olor a alcohol, la ropa hecha trizas, aunque eso último espero de

verdad que sea por las putas peleas y no porque te estés follando a otras —resopla de nuevo y clava su mirada en la mía—. Dos más dos, Liam. Eso es todo lo que he tenido que sumar para echar por tierra todas tus mentiras.

—Déjame explicarme, ¿vale? —intento acercarme a ella, pero se aparta como si mi tacto le quemara.

—¿Vas a decirme la verdad o seguirás tratándome como una tonta? —pregunta cruzándose de brazos.

—Te diré toda la verdad, lo prometo —susurro intentando acercarme a ella una vez más.

Veo como mira su reloj y vuelve a limpiarse las mejillas con rabia.

—Voy a llegar tarde al trabajo. Esta noche cuando llegue, tú y yo vamos a hablar seriamente. No voy a aceptar una puta mentira más. Piensa bien lo que vas a decirme, Liam, porque te juro que si te pillo una sola mentira, lo nuestro se acabó.

—No hablas en serio —murmuro sorprendido. Ella no me dejaría, ¿verdad?—. Sammy, hablemos de esto, ¿quieres? No puedes decirme algo así y marcharte sin más.

—Tengo que irme a trabajar. Yo sí tengo un trabajo, uno de verdad que no tengo que ocultarle a nadie. Te veo esta noche.

—Sam, ¡Sam! —la llamo al ver cómo sale de la habitación de manera apresurada. Voy tras ella, pero antes de que pueda alcanzarla, ya ha salido de casa—. ¡Mierda, mierda, joder! —grito pateando el sofá con rabia.

Me llevo las manos a la cabeza y tiro de mi pelo resoplando como un jodido toro. Sabía que tarde o temprano todo esto me explotaría en la cara. Puedo contarle a Sam lo de las peleas, está claro que ya lo sabe, o al menos está casi segura de ello, pero lo que pasó anoche... Eso no puede saberlo por nada en el mundo.

Roxy empieza a llorar reclamando mi atención, y respiro profundamente antes de ir hacia su cuarto. Nada más cogerla en brazos, las lágrimas acuden a mis ojos y empiezan a brotar con fuerza sin que pueda hacer nada para detenerlas. Beso la cabeza de mi pequeña aspirando profundamente para impregnarme de su olor. ¿Cómo he sido tan idiota? Estoy a punto de perder lo que más quiero en el mundo y no sé qué hacer para evitarlo.

—Pa... pa... pa... pa... —mi pequeña balbucea sin parar tocando mi rostro con sus pequeñas manitas.

—Sí, papá va a resolver todo esto, princesa. No voy a perderos a ninguna de las dos —beso su frente y la abrazo contra mi pecho queriendo guardar en mi memoria este momento.

Tras un buen rato jugando con ella, acaba quedándose dormida de nuevo, así que la dejo en su cuna y cojo el vigilabebés dispuesto a bajar al gimnasio para gastar algo de adrenalina golpeando un saco de arena.

Mi costado se resiente cada vez que mi puño impacta en el saco, pero eso no me molesta, acepto el dolor como parte de mi castigo y me ayuda a no pensar. Solo golpeo una y otra vez sintiendo como las gotas de sudor se deslizan por mi espalda. Estoy a punto de dejarlo cuando escucho como alguien golpea la verja de la entrada. Me seco el sudor con una toalla y al abrir, me encuentro con Josh parapetado bajo unas gafas de sol.

—¿Qué haces aquí? —pregunto abriendo la puerta para que pase.

—Llevo llamándote todo el día, pero tienes el teléfono apagado. Estaba preocupado por ti, hermano. Anoche nos pillamos una buena y esta mañana no recordaba ni la mitad de lo que había pasado.

—Yo preferiría no recordarlo —murmuro sentándome sobre el banco de pesas.

—Te fuiste con la rubia, ¿verdad? Eso sí lo recuerdo —asiento pellizcándome el puente de la

nariz—. ¿Te la tiraste? —vuelvo a asentir.

—Esto se me está yendo de las manos, Josh. Yo solo quiero ganar dinero con las dichosas peleas, pero lo que hice anoche... Si Sam se entera, la voy a perder, y con ella también a mi hija.

—Vamos, hermano. Puedes engañarte a ti mismo, pero a mí no me la cueles. No te digo que no empezaras en todo esto por la pasta, pero sabes tan bien como yo que te encanta volver a sentirte como antes. Disfrutas como un enano dentro de la jaula y la libertad que sientes haciendo lo que te da la gana cuando te da la gana... Ese es el motivo principal por el cual acudes cada noche a ese club. No te culpo, ¿vale? Nadie podría hacerlo. Aunque no lo digas en voz alta, al menos, admítete a ti mismo que te sentías frustrado y encerrado en esa nueva vida que elegiste. No digo que no quieras a Sam y a tu hija, pero estabas metido en una jodida prisión de la que finalmente te has liberado.

Desvío la mirada para que no pueda ver la aceptación en mi mirada. Nunca lo admitiré en voz alta, pero tiene razón. Cuando salgo cada noche de casa, lo hago con una sonrisa de oreja a oreja, sabiendo que al menos durante unas horas, voy a ser libre, no voy a tener que pensar en pañales, en biberones, ni en responsabilidades.

—¿Quieres una cerveza y nos pegamos unas ostias? —pregunto señalando la jaula.

—¿Estás en forma? Ayer ese cabrón te machacó bien el costado —levanto la camiseta de tirantes y Josh hace una mueca—. Eso tiene pinta de doler bastante.

—El dolor me ayuda a no pensar —susurro.

—Conozco una forma más sencilla de olvidar toda tu mierda —dice sacando el teléfono de su bolsillo—. Voy a llamar a un amigo para que nos traiga unos aderezos para la cerveza.

—Querrás decir a tu camello —señalo sonriendo.

—Es un amigo, además de muy buen tío.

—No creo que sea buena idea, Josh. Roxy está arriba durmiendo y tengo que estar lucido. Además, si Sam se entera...

—No llegará hasta la noche, ¿no? —confirmo—. Para entonces estarás perfectamente, y la cría está dormida. Tienes el chisme este —señala el altavoz del vigilabebés con la mano—. Si llora puedes escucharla.

No sé por qué, aun sabiendo que estoy cavando mi propia tumba, acepto su propuesta. Debería estar pensando en la forma en la que voy a recuperar a mi familia, pero es más sencillo dejarse llevar por la sensación de libertad y desahogo que me produce este mundo en el que estoy inmerso y que me es tan conocido. Al fin y al cabo, como mi padre siempre ha dicho, no soy más que un pedazo de mierda.

# Todo esto es culpa tuya

*Sam*

Vuelvo a la barra para rectificar mi quinto pedido del día. Estoy completamente desconcentrada y no doy una a derechas. Tengo los nervios a flor de piel y eso se debe a que no he dormido nada en toda la noche, además de la discusión que tuvimos Liam y yo antes de que saliera de casa.

Lo sabía, supe desde el minuto uno que había algo raro en esa historia que me contó de su nuevo trabajo en Las Vegas, y cada vez que veía algo que me demostraba que estaba en lo cierto, decidía mentirme a mí misma y actuar como si todo estuviese bien, porque en realidad, todo iba bien. Por primera vez desde que mi padre y Rox fallecieron, estábamos saliendo a flote. Liam ya no estaba todo el día de mal humor y cansado, al contrario, disfrutaba jugando con nuestra hija y pasamos todo el tiempo que podíamos los tres juntos. Todo era perfecto, y supongo que ese era uno de los motivos por los que preferí obviar sus mentiras y excusarlo cada vez que veía un cardenal sobre su cuerpo o llegaba a casa apestando a alcohol.

Decidí esconder la cabeza como un avestruz en vez de enfrentarme a los problemas de frente, hasta esta mañana. Estuve toda la noche llamándole por teléfono, preocupada sin saber si le había pasado algo, incluso llamé a Chase y a Steve por si sabían algo de él. Juro que estaba a punto de llamar a la policía cuando escuché como introducía la llave en la cerradura de casa.

Al principio sentí alivio al comprobar que estaba sano y salvo, pero después, al ver como rehuía mi mirada y rechazaba mi beso, no pude seguir negándome lo que estaba pasando. Liam entró en casa con el peso de la culpabilidad reflejado en el rostro, y aunque quisiera, no habría podido mirar hacia otro lado y seguir pretendiendo que todo iba bien. Era la hora de sacar la cabeza de mi escondite y coger el toro por los cuernos.

Lo de las peleas clandestinas ya me lo esperaba, era muy obvio ya que su queridísimo amigo Josh, al que no soporto, apareció en escena justo cuando todo esto empezó. Solo tuve que pararme a pensarlo un segundo para unir las piezas y saber qué era exactamente lo que pasaba. Liam nunca tuvo un trabajo en Las Vegas, cada noche, salía de casa y participaba en peleas para ganar dinero. Lo que me dejó muy descolocada, fue la forma en la actuó y la culpabilidad que reflejaba su mirada cuando afirmó que nunca sería capaz de engañarme. Eso me hizo pensar que quizás no solo se trata de las peleas. ¿De verdad Liam sería capaz de serme infiel? Sinceramente, ya no lo sé. Nunca pensé que fuese capaz de mentirme de esta manera, y lo ha hecho descaradamente, incluso cuando le pedí que me dijera la verdad, pero acostarse con otras... No sé qué pensar.

—Sam, ¿te encuentras bien? —Jasper pone su mano sobre mi hombro sobresaltándome y provocando que derrame el café que sostenía por todos lados.

—¡Mierda! —exclamo cogiendo rápidamente una bayeta—. Lo siento, hoy ando bastante distraída.

—Eso ya lo veo —contesta agachándose a mi altura para ayudarme a recoger el desastre que acabo de organizar—. ¿Estás bien? ¿Le ha pasado algo a Roxy?

—No, Roxy está perfectamente, es que... —suspiro levantándome—. Liam y yo no estamos en nuestro mejor momento.

—Lamento escuchar eso —dice apenado—. Sam, nunca he ocultado lo que siento por ti, pero sabes que siempre he querido tu felicidad. Espero de verdad que ese tipo sepa valorarte como

mereces.

—Jasper, yo... —Me detiene con un gesto de su mano.

—No te estoy diciendo nada de eso que estás pensando, Sam. Todo lo contrario, quiero que él te valore y que te haga muy feliz. Yo me doy por satisfecho con eso —afirma.

—Eres un gran hombre, Jasper, yo sí que espero que puedas encontrar a una mujer que sepa valorarte como te mereces.

—Gracias, ahora vete a casa y habla con tu chico. Estoy seguro de que podréis resolver vuestros problemas.

—¿Estás seguro? Mi turno no acaba hasta dentro de tres horas.

—Estoy completamente seguro. No hay mucho movimiento y como sigas tirando cosas y equivocándote con los pedidos, me vas a llevar a la ruina —bromea.

—Lo siento. Tienes razón, creo que debería irme.

—Hazlo, y llámame si necesitas algo. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, Jasper. Gracias, eres un gran amigo.

Me cambio de ropa y tras despedirme de él con la mano, salgo de la cafetería en dirección a mi casa. Estoy deseando llegar para poder hablar con Liam. Esta situación la vamos a resolver hoy de una forma u otra.

### *Liam*

Aspiro con fuerza sintiendo como la coca se desliza por el interior de mi fosa nasal produciéndome una sensación de quemazón intensa. Hacía mucho tiempo que no la probaba y no sé por qué lo estoy haciendo ahora, pero sinceramente me da igual. Ya tenía suficiente alcohol e hidrocodona en el organismo como para que me importe una mierda cualquier otra cosa que no sea divertirme.

Sin darme cuenta, se ha montado una tremenda fiesta en el gimnasio. El amigo camello de Josh, llegó con unos cuantos amigos y desde entonces no ha parado de llegar gente, entre ellos también está la rubia que me follé anoche, aunque hoy está muy entretenida comiéndole la polla a Josh delante de todo el mundo. La música suena a un volumen bastante considerable así que llevo una vez más el altavoz del vigilabebés a mi oreja para escuchar con atención si Roxy sigue dormida en el piso de arriba. Ya que no escucho ningún sonido que me indique lo contrario, me hago con un par de chupitos y voy hacia el grupo que está sentado junto a la jaula fumando marihuana. Por suerte, Josh ya tiene su miembro de nuevo en los pantalones y la rubia que ahora está sentada sobre sus rodillas, dirige su atención hacia mí.

—Menuda fiesta has montado aquí, Ryder —dice sonriendo de manera coqueta.

—En realidad yo no he montado nada, y dentro de menos de una hora todos os vais a la puta calle.

—Llega la jefa —se burla Josh dándole una calada al porro—. Aquí, Ryder, está pillado por los huevos. Como su novia llego a casa y vea todo esto, no vuelve a follar en su vida.

—Yo puedo ayudarte con eso —murmura la rubia poniendo su mano sobre mi entrepierna. La aparto sin disimulo y niego con la cabeza. Estoy zumbado, pero no tanto como para cometer el mismo error dos veces. No voy a volver a engañar a Sam.

—No estoy interesado —contesto de manera cortante.

### *Sam*

Escucho una música estridente al doblar la esquina y resoplo pensando quien será el imbécil que la ha puesto a un volumen tan alto. ¿Será medio sordo? Al acercarme a la puerta del gimnasio la música se escucha mucho más alta y mi inquietud aumenta al ver como la verja está

parcialmente abierta y un chico con una cresta roja a modo de pelo y con serios problemas para mantener la verticalidad, sale del gimnasio.

—Pero... ¿qué demonios...? —susurro acercándome.

Nada más entrar, el olor a marihuana y tabaco inunda mi nariz. Hay gente por todos lados, unos beben, otros fuman porros, y algunos simplemente charlan mientras la atronadora música suena a través de los altavoces del equipo de música.

Busco a Liam entre la marea de gente que ha ocupado mi gimnasio, el gimnasio de mi padre. ¿Dónde mierda se ha metido? Más vale que tenga una buena explicación para esto.

Tras pasar varios minutos buscándole, le encuentro sentado junto a la jaula junto a un grupo que ríe a carcajadas, entre ellos también está Josh con una chica rubia sobre sus piernas. Me acerco a ellos y la chica, que es la primera en verme, sonrío diciéndole algo a Liam, este se gira hacia mí y se levanta como un resorte con la piel de su rostro blanca como la cal.

—Sam, ¿qué haces aquí? Creí que vendrías más tarde —comenta mirando a todos lados menos a mí.

—¿Que qué hago aquí? ¡Esta es mi jodida casa, Liam! ¡Vivo aquí! A diferencia de toda esta gente. ¿Se puede saber qué demonios está pasando?

—Lo siento, nena. Te juro que no era mi intención que esto pasara. Josh invitó a un amigo, y ese amigo vino con más amigos, cuando me di cuenta el gimnasio estaba lleno de gente que no conozco, pero no te preocupes, pensaba echarlos ahora mismo.

Busco su mirada, pero la rehúye como si por algún motivo temiera mirarme a los ojos. Actúa de una forma muy extraña, no para de mover los pies y frotarse las manos entre sí de manera compulsiva.

—¡Liam, saca a esta maldita gente de mi casa, ahora mismo! —grito.

—¡Eh, relájate, jefa! —interfiere la rubia levantándose de su lugar sobre las piernas de Josh y viniendo hacia nosotros—. Lo estábamos pasando muy bien antes de que llegaras.

—Lárgate —le ordena Liam.

—En serio, no entiendo que ves en esta tía para que te tenga tan pillado por los huevos, Ryder. Vamos, mándala a la mierda y divirtámonos un rato —pone su mano sobre su antebrazo con demasiada familiaridad para mi gusto y la asesino con la mirada.

—Aparta tus jodidas manos de él —ordeno dando un paso amenazante hacia ella.

—Tranquila, fiera —levanta sus manos a modo de rendición y sonrío de manera burlona—. No voy a tocar nada que no haya tocado antes.

—Cállate —sisea Liam.

—¿Por qué? No estoy mintiendo —dirige nuevamente su mirada hacia mí y su sonrisa se expande—. Siento si esta mañana no te sirvió de mucho. Anoche lo dejé totalmente agotado. Menudo meneo me dio el chaval.

No. No puede ser. Veo como Liam se gira hacia ella y le grita algo que soy incapaz de escuchar. El sonido de la sangre agolpándose en mis oídos es ensordecedor. Me ha engañado. Anoche estuvo tirándose a esa zorra mientras yo estaba en casa preocupada, pensando que podría haberle sucedido algo.

—¿Te la has tirado? —pregunto sintiendo como las lágrimas se acumulan bajo mis parpados. Liam se mantiene con la cabeza gacha y no contesta—. ¡Maldita sea, Liam, mírame a la cara y contéstame! ¡¿Te has tirado a esta zorra?! —alza la cabeza y cuando sus ojos se clavan en los míos entiendo el motivo por el cual rehuía mi mirada. Tiene los ojos rojos y las pupilas dilatadas a más no poder—. ¿Estás colocado? —pregunto en tono de sorpresa. No me puedo creer lo que estoy viendo. ¿Quién demonios es este hombre que tengo frente a mí?

—Sammy, deja que te lo explique —suplica dando un paso hacia mí.

—¿Qué mierda vas a explicarme?! ¡No solo me has estado mintiendo, también te follas a otras y como si fuera poco, te pones hasta el culo cuando deberías estar cuidando de nuestra hija! ¡No te reconozco, Liam! —me llevo las manos a la cabeza empezando a hiperventilar, pero de pronto me detengo y vuelvo a mirarle fijamente—. ¿Dónde está Roxy?

—Tranquila, la niña está arriba. Está durmiendo. Tengo aquí el vigilabebés. Si estuviese despierta lo habría sabido —miro hacia el aparato y compruebo que no tiene ninguna luz encendida. Debería tener una luz verde.

—Eso está apagado —susurro sin dejar de mirar el aparato.

—¿Qué? —Liam gira la pequeña rosca del altavoz y la luz verde se enciende—. Yo... creí que... —me mira negando con la cabeza y se pasa la mano por el pelo.

No espero que diga nada más, hecho a correr hacia las escaleras subiéndolas de tres en tres con el corazón a punto de saltar de mi pecho. Solo quiero comprobar que mi hija esté bien. Necesito saber que está bien. A saber cuánto tiempo ha estado llorando sin que nadie la escuchara. Al entrar en el apartamento todo está en silencio, pero eso no me resulta reconfortante. Escucho las pisadas de Liam a mi espalda mientras me dirijo a la habitación de Roxy a toda prisa, abro la puerta, y suelto un grito desgarrador al ver a mi pequeña tirada en el suelo junto a su cuna. Me arrodillo junto a ella y compruebo que está inconsciente y hay un charco de sangre bajo su cabeza.

### *Liam*

Me quedo paralizado al ver a mi pequeñita tirada en el suelo mientras Sam llora y grita su nombre intentando despertarla. ¿Qué he hecho? ¿Cómo he podido ser tan irresponsable? Mi hija... Ella... Sollozo en silencio sin poder mover un solo músculo de mi cuerpo.

—¡Liam, llama a una ambulancia! —me grita Sam llorando desconsolada, pero soy incapaz de moverme—. ¡Liam, maldita sea, deja de mirarme y llama a una puta ambulancia! —repite lanzándome su teléfono.

Mis pies empiezan a moverse sin que yo les ordene hacerlo y cojo el teléfono marcando rápidamente el 911. Le explico a la persona del otro lado de la línea lo que ha ocurrido, y me dice que ya ha enviado una ambulancia hacia mi domicilio y no tardará en llegar. Cuando cuelgo la llamada, me agacho junto a Sam para comprobar el estado de mi hija, pero antes de que pueda tocarla, Sam aparta mi mano de un manotazo.

—Ni se te ocurra tocar a mi hija —sisea—. Todo esto es culpa tuya. Solo tenías que cuidar de ella unas horas. ¡Unas malditas horas! —solloza tocando su carita pálida y niega con la cabeza—. Te juro que como ella no se recupere, voy a odiarte el resto de mi vida, Liam Ryder.

Un sollozo se me escapa y me llevo la mano a la boca intentando soportar el intenso dolor en el centro de mi pecho que amenaza con destruirme. Nunca me lo va a perdonar. Yo tampoco me perdonaré nunca lo que he hecho, y si Roxy... Si ella ya no está, ya no tendré ninguna razón para seguir con vida.



# Estás hecho una mierda

*Sam*

*En la actualidad*

Salgo por la ventana de mi habitación y me dirijo directamente hacia la azotea. No he podido dormir en toda la puñetera noche esperando escuchar sus pasos al bajar por la escalera metálica. Quizá lo hizo y no me di cuenta, pero se me hace muy raro, estuve pendiente en todo momento.

Al llegar a la puerta de acceso, compruebo que no está cerrada con llave, signo inequívoco de que sigue aquí. Me doy media vuelta dispuesta a regresar a casa, pero dudo ¿Y si le ha ocurrido algo ahí arriba? Quizás esté inconsciente, o algo peor.

Resoplo y empujo la puerta fijando mi mirada en el hombre que hay tumbado sobre el viejo sofá. Sigue siendo tan guapo como el día en que lo conocí, con su ceja partida y esos rasgos bien marcados que tanto me llamaron la atención. Aunque sé que hay unas pequeñas arrugas junto a sus ojos que denotan el paso de los años, quince para ser más exactos. El Liam Ryder que yo conocí era solo un muchacho, y el que tengo frente a mí es todo un hombre.

«Ya has comprobado que está bien, ahora lárgate, Sam». Me digo a mí misma mentalmente. Me giro para marcharme, pero sin darme cuenta golpeo con el pie una botella de licor vacía que hay tirada en el suelo. El sonido provoca que Liam se mueva buscando una mejor postura para seguir durmiendo, y que yo tenga que contener la respiración. Estoy casi segura de que va a volver a quedarse dormido, pero entonces sus ojos se abren y me miran directamente, al principio parece confundido, pero enseguida cambia su expresión a una de sorpresa y se incorpora de golpe llevándose las manos a la cabeza a la vez que un quejido lastimoso sale de su boca.

—¿Sam? —su voz ronca y áspera de recién despertado me trae demasiados recuerdos de otra época, una en la que esa voz era lo primero que escuchaba cada mañana.

—Estás hecho una mierda —comento señalando su rostro que está cubierto de golpes y hematomas, además de un corte bastante feo en el pómulo.

—Sí, yo... eh... creo que me he quedado dormido —susurra sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Qué haces aquí?

—Esta es mi casa —contesto encogiéndome de hombros—. En realidad mi azotea —suspiro metiendo las manos en los bolsillos traseros de mis vaqueros—. No te escuché bajar y quise venir a ver si estabas bien. Ya sabes —pateo de nuevo la botella vacía que hay en el suelo—, alcohol y alturas no pegan mucho.

—¿Sabías que estaba aquí? ¿Sabes qué...?—pregunta sorprendido.

—¿Que vienes aquí siempre que estás en Las Vegas? Sí, yo misma le di la llave a Tony para que no te mataras intentando entrar.

—Siempre lo has sabido —murmura en tono de asombro.

Los dos permanecemos en silencio mirándonos, reconociéndonos después de tantos años. Yo le he visto por televisión en miles de ocasiones, y sé que él también me ha visto a mí desde lejos, pero nunca habíamos estado frente a frente.

—Oye, son las ocho de la mañana y...

—Sí, ya me voy —dice levantándose a toda prisa. Hace una mueca sujetándose el costado, pero enseguida se endereza.

—En realidad, estoy haciendo café —señalo con mi pulgar a mi espalda la salida—. Creo que necesitas uno con urgencia.

Sus ojos se abren como platos y carraspea negando con la cabeza.

—¿Me invitas a tomar café? —otra vez ese tono entre asombro y sorpresa—. Creí que me echarías a patadas.

—Liam, yo nunca te he echado —suspiro de nuevo y lo miro directamente—. Voy a bajar, si quieres venir hay una taza de café caliente esperándote en la cocina, sino pues... Espero que te vaya bien, y no olvides cerrar la puerta al salir —doy media vuelta y salgo del lugar sin esperar su respuesta.

No sé por qué le he invitado a venir a casa, lo hice sin pensar. Aunque supongo que era cuestión de tiempo que esto sucediera. Tarde o temprano tenía que pasar.

Entro de nuevo por la ventana y voy directamente a la cocina. El café ya está listo, así que cojo un par de tazas vacías y vierto el líquido marrón con manos temblorosas. Pasan un par de minutos y, cuando estoy segura de que no va a venir, escucho el sonido de sus botas dando pasos pesados por el pasillo, me giro y le veo junto a la puerta de la cocina con las manos en los bolsillos del vaquero y la mirada gacha.

Suspiro acercándome a él y tendiéndole una taza. Su brazo se estira y la alcanza cabeceando a modo de agradecimiento. Sus labios se posan sobre el borde y da un trago largo cerrando los ojos.

—Está delicioso —susurra volviendo a beber y soltando un gemido de gusto.

—Si quieres os dejo a solas —comento en broma. Levanta la mirada hacia mí y sonrío de medio lado dejándome completamente descolocada.

Mierda, me siento de nuevo como una veinteañera flechada por el chico malo y rebelde con esa sonrisa ladeada que siempre hacía que mojara algo más que mi barbilla, debido al babeo constante.

—No sé qué decir —murmura agachando de nuevo la mirada.

—Un “hola, cómo estás”, sería lo más lógico —sugiero bebiendo yo también de mi café.

Carraspea y me mira de nuevo enderezándose.

—Hola. Sammy, ¿cómo estás?

—Bien. Unos cuantos años más vieja, y más madura... espero —hago una mueca y él vuelve a sonreír.

—La vejez y la madurez te sientan de maravilla —susurra repasándome con la mirada—. Estás preciosa, Sammy.

—Y por lo que veo tú no has perdido tu toque con las mujeres —comento divertida.

—¡Ostia, puta!

—¡Roxanne! —la regaño por su lenguaje. Mi hija mira a Liam con los ojos como platos desde la entrada de la cocina. A su vez, Liam la mira a ella y da un paso hacia atrás sujetándose al borde de la mesa como si acabara de recibir un puñetazo en toda la cara.

—Mamá, no me eches la bronca ahora por decir tacos, creo que la ocasión lo merece —contesta caminando hacia Liam que la mira embelesado y con lágrimas contenidas—. Estás aquí —susurra sorprendida.

Antes de que Liam pueda reaccionar, ella ya se ha lanzado a sus brazos y lo abraza con fuerza. Él me mira sin mover ni un músculo. Está sorprendido por la efusividad de nuestra hija. «No sabe la que se le viene encima», pienso riéndome mentalmente. El terremoto Roxy no va a soltarlo hasta que consiga su abrazo.

Liam parece reaccionar y rodea el cuerpo de Roxy con sus brazos apretándola contra su pecho mientras hunde la nariz en su pelo y respira profundamente. Se quedan varios segundos abrazados

en los que yo tengo que girarme para que no noten lo mucho que me afecta este reencuentro entre padre e hija.

—Roxy —dice Liam apartándola levemente para mirarla a la cara—. Dios santo, eres una mujer preciosa —una sonrisa sincera se dibuja en su rostro y acaricia su mejilla con suavidad.

—Mamá, ¿por qué no me dijiste que papá estaba aquí? —indaga mi hija girándose hacia mí con los brazos en jarras y una ceja en alto.

—Las preguntas para después —contesto mirando mi reloj—. Llegas tarde a clase.

—Mamá, no pretenderás que vaya a clase, ¿no? ¡Papá está aquí! —exclama. Escucho un claxon sonando en la calle y me asomo a la ventana comprobando que es Chase quien espera a Roxy para llevarla al instituto.

—Roxy, tu tío te está esperando, espabila.

—Pero, mamá...

—Roxanne, te recuerdo que tienes un examen hoy. No vas a faltar a clase aunque venga el mismísimo Papa de Roma a visitarte, así que despídete de tu padre y tira.

—Pero cuando vuelva no estará —murmura en tono lastimero haciendo pucheros.

Mira directamente a Liam, y este enseguida niega con la cabeza. Ya lo ha pillado en sus redes. Esta niña es demasiado lista.

—Tranquila, ve a clase. Estaré aquí cuando vuelvas —le dice.

—¿Lo prometes? —pregunta ella sin abandonar su expresión de perrito abandonado.

—Te lo juro. No voy a moverme de aquí.

—Bien —una sonrisa inmensa se extiende en su rostro—. Tenemos un montón de cosas que hablar. Por cierto, estás hecho una mierda.

—Roxanne... —le advierto.

—Sí, ya lo sé, mamá, los tacos —pone los ojos en blanco de manera teatral y hecha hacia atrás su melena negra sin dejar de sonreírle a su padre—. No tardaré, lo prometo. Antes de que te des cuenta, estaré de vuelta.

—Suerte en ese examen —contesta Liam contagiándose de su sonrisa.

—Está chupado —se cuelga la mochila del hombro y suelta un gritito de entusiasmo antes de volver a abrazarle de nuevo—. Es genial que estés aquí —Chase vuelve a hacer sonar el claxon y Roxy rueda los ojos una vez más—. Me voy.

—Te quiero —grito cuando ya ha salido de la cocina corriendo y dando saltitos.

—Y yo —contesta a lo lejos.

—¡Wow! Eso ha sido intenso —susurra Liam cuando escuchamos cerrarse la puerta principal.

—Bienvenido al mundo del terremoto Roxy —comento sonriendo.

—¿Por qué me ha dado la impresión de estar frente a Willow? —pregunta sacudiendo la cabeza.

—Pasan demasiado tiempo juntas —respondo. Termino mi café y dejo la taza en el fregadero girándome de nuevo hacia él.

—¿Por qué no me odia, Sammy? Creí que me detestaría por...

—¿Por haberla abandonado? —asiente agachando la mirada.

—Y por lo que hice. Podría haber muerto por mi culpa.

Resoplo apoyando la cadera en la encimera y me cruzo de brazos.

—No te odia porque yo no he permitido que lo hiciera —mi declaración provoca que una expresión de sorpresa se dibuje en su rostro—. No tomaste las mejores decisiones, pero sé que la querías con locura, y la sigues queriendo. Además, en realidad nunca la abandonaste. Has estado velando por ella todos estos años, escondido entre las sombras, enviando dinero, regalos en su

cumpleaños y navidad, espiando a escondidas cuando creías que nadie te veía... Ella no tiene por qué odiarte.

—¿Qué le contaste? Me refiero a nosotros, y el motivo por el que yo me fui. ¿Qué fue lo que le dijiste?

—La verdad —contesto encogiéndome de hombros—. Es una chica muy lista, demasiado en algunas ocasiones. Salías en la tele, no podía decirle el típico “Papá está de viaje”.

—Creí que no me recordaría. Solo era un bebé cuando me fui.

—Sí, pero ese bebé sabía quién eras. Recuerdo que la primera vez que emitieron por televisión uno de tus combates, Roxy fue entre gateando y corriendo hacia la pantalla gritando, “papá, papá” —sonríó tristemente y veo como Liam hace verdaderos esfuerzos por no romper a llorar—. Desde ese día no se pierde uno de tus combates. Te sigue por Facebook, Twitter, Instagram, YouTube, y todas las redes sociales que aún están por inventar. Siempre ha tenido claro que eres su padre —suspiro de nuevo echándome el pelo hacia atrás—. Hace unos años me acribilló a preguntas. No entendía por qué no venías a verla o la llamabas de vez en cuando. Solo recibía tus regalos e intuía tu presencia a lo lejos, pero quería respuestas, así que se lo conté todo. Al principio lloró mucho, quería ir a verte, incluso llegó a intentar contactarte contigo por las redes sociales. Estuvo casi una semana sin dirigirme la palabra porque no le dejé ir a buscarte. Así que llegamos a un acuerdo. Yo misma me pondría en contacto contigo cuando ella cumpliera los quince años. No sé por qué le prometí eso. Supongo que solo quería darle algo de esperanza y que me volviera a hablar.

—¿Pensabas cumplirlo?

—Por supuesto. ¿Por qué crees que estás aquí? Su cumpleaños está cerca y si no fuese hoy, tarde o temprano esto iba a suceder.

—Por eso me invitaste a tomar café —musita.

—Sí, por eso y porque me diste pena, solo, ahí arriba y con la cara hecha un cristo. ¿Te has mirado a un espejo, muchacho?

—Ya, bueno... Ayer me dieron una buena paliza en la jaula.

—Pero ganaste. Creí que ese ruso te quitaría el título.

—¿Viste el combate? —pregunta sorprendido.

—Vivo con una grupi. Tus combates son sagrados en esta casa —contesto en tono divertido. Veo como sonrío de oreja a oreja sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. ¿Qué es tan gracioso?

—Gracioso no, pero sí surrealista. Llevo catorce años escondiéndome y vigilándoos desde lejos por miedo a lo que podría pasar si me vierais, y resulta que aquí estoy, en vuestra casa, tú me invitas a tomar café y Roxy me mira como si yo fuese el mismísimo Santa Claus —aprieta los puños y vuelve a negar con la cabeza—. No lo merezco, Sammy. Deberías darme unos cuantos golpes y echarme de aquí de una patada en el trasero.

—¿Los golpes que te dieron ayer no fueron suficientes para tí? —inquiero alzando una ceja—. Vale, fuiste un capullo integral, y sentí mucha rabia durante mucho tiempo, pero finalmente entendí que solo eras un crío inmaduro que intentó ponerse el mundo a sus espaldas y todo le vino demasiado grande. Puedo entender por qué hiciste lo que hiciste, al menos algunas cosas, otras supongo que nunca las entenderé, aunque no por eso te excuso —suspiro de nuevo y miro mi reloj—. Además, todo eso está en el pasado y no tiene ningún sentido traerlo a colación ahora. Solo te pido una cosa, Liam —me mira atentamente—. Te lo pido, te lo suplico, y te lo exijo, no le hagas daño a Roxy, porque si le rompes el corazón, te juro que vas a conseguir lo que estás pidiendo, mi pie se va a dar un jodido festín con tu bonito trasero.

—¿Bonito trasero? —pregunta alzando una ceja.

—¿De verdad solo te has quedado con eso de todo lo que he dicho? —pongo los ojos en blanco chasqueando la lengua—. Tengo que ir al gimnasio. Los obreros estarán a punto de llegar.

—¿Obreros? Espera... ¿Vas a reformar el gimnasio?

—Así es. Parker's Gym va a volver a abrir sus puertas en breve.

—Pero tú trabajas para el estado como asistente social.

—En realidad, trabajaba para el estado, lo dejé hace un par de semanas. En serio, Liam. Tienes que dejar lo del espionaje. Si quieres saber algo, simplemente pregúntamelo. Me da mal rollo que andes averiguando por ahí cosas sobre mí en plan acosador.

—Vas a continuar con la labor de tu padre ¿verdad?

—Esa es la idea. Reinstaurar el programa de reeducación juvenil que creó mi padre —miro mi reloj nuevamente—. Ahora de verdad tengo que irme. ¿Me acompañas o prefieres quedarte aquí? Ni se te ocurra pensar en irte porque estoy segura de que el terremoto Roxy es capaz de cruzar todo el estado a pie y traerte aquí a rastras.

—Le prometí que me quedaría hasta que vuelva, y eso pretendo hacer.

—Bien, entonces marchando.

# ¿Vas a volver a desaparecer?

*Liam*

Voy detrás de ella escaleras abajo sin poder llegar a creerme que esto esté sucediendo. Acabo de abrazar a mi hija y no me odia yo como yo pensé que lo haría. Y Sam... Joder la había visto muchas veces desde lejos, pero tenerla cerca de este modo... Ni en mis mejores sueños llegué a creer que esto pudiera ser posible. Es más, casi estoy seguro de que en cualquier momento voy a despertar en una habitación de hotel con alguna fulana y odiándome a mí mismo por habérmela follado mientras pensaba en Sammy.

Al llegar al gimnasio un montón de recuerdos me golpean como si de un puñetazo se tratara, casi todo está igual, aunque las viejas máquinas han sido apartadas hacia un lado y la jaula que preside el espacio está medio desmontada, pero las paredes, el suelo, el olor, todo eso siguen siendo los mismos.

—¡Ostia, puta! —desvió la mirada hacia Steve, que me mira asombrado como si acabara de ver un fantasma. Su expresión no tarda en cambiar a una mucho más seria y se gira hacia Sam—. ¿Qué hace él aquí? —le pregunta señalando con la cabeza en mi dirección.

—Me lo encontré esta mañana en la azotea —contesta Sam. Steve alza una ceja de manera interrogante y ella resopla—. Tu sobrina lo ha visto, aunque quisiera echarle, que no digo que quiera, no podría hacerlo.

—Sam...

—No te metas en esto, Steve —le corta.

Steve va a decir algo, pero es interrumpido por un niño de piel canela y pelo rizado de un color naranja oscuro que se acerca a Sam y la abraza cariñosamente. Me quedo mirando el chico fijamente, no debe tener más de siete u ocho años. Su aspecto es extraño, nunca había visto a un niño mulato y pelirrojo.

—¿No deberías estar en el cole? —pregunta Sam al pequeño agachándose levemente para quedar a su altura.

—Se supone que hace un rato estaba enfermo, pero ahora ya no —contesta Steve cruzándose de brazos.

—Me dolía la cabeza —añade el crío encogiéndose de hombros.

—Y las pocas ganas que tenías de ir a clase, ¿verdad, Jeremy? —insiste Sam sonriendo. El niño mira al que ya he dado por hecho que es su padre y suelta una sonrisa pilla que hace que Steve resople.

—Tu madre va a matarme si sigues faltando a clase —musita.

Entonces el crío dirige su mirada hacia mí y abre la boca sorprendido.

—Tío Ryder —murmura mirándome fijamente.

Decir que la forma en la que me llama me sorprende, sería quedarse muy corto. Miro hacia Sam buscando una explicación.

—Es otro de tus grupis —señala encogiéndose de hombros—. Roxy hace de canguro con él muchas veces y los dos se tragan todos tus combates en modo repetición.

Sonríó acercándome al chaval y extendiendo mi mano.

—Hola, te llamas Jeremy, ¿verdad? —pregunto dándole un apretón a su mano. El chico asiente

aún con la boca abierta.

—Roxy va a flipar cuando te vea —murmura.

—Ya ha flipado —comenta Sam.

Steve solo me mira frunciendo el ceño como si yo fuese un jodido problema en su existencia. Al menos él sí me está tratando como me merezco, y aunque parezca extraño, eso me resulta reconfortante.

Enseguida llegan un grupo de hombres al gimnasio y Steve y Sam empiezan a explicarles cómo tienen que dejar cada cosa. Yo los escucho sin inmiscuirme en la conversación mientras el crío sigue mirándome alucinado y me hace preguntas sobre algunas de mis peleas.

Un par de horas después, Steve se marcha con su hijo y los trabajadores se ponen manos a la obra. He escuchado lo que Sam quiere hacer con el gimnasio y creo que va a quedar algo muy chulo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo a Sam entrando en el antiguo despacho de David. Ella me mira dejando a un lado una pila de papeles que está revisando—. ¿Cómo vas a pagar todo esto que quieres hacer en el gimnasio? Son muchas reformas y has dejado tu trabajo. Si quieres, yo puedo...

—No quiero tu dinero, Liam —me interrumpe—. Es más, todo el dinero que llevas enviando estos años, está en una cuenta a nombre de nuestra hija.

—¿Qué? ¿Por qué? Ese dinero es tuyo.

—En realidad, no. Los primeros meses los cheques venían a nombre de tu padre, y créeme, me costó mucho aceptar el dinero del demonio al que vendiste tu alma, pero no me quedó más remedio. Lo necesitaba y no iba a permitir que mi hija pasara necesidades por mi orgullo.

—Sam, no fue así, yo...

—¿No hiciste un trato con tu padre? —me interrumpe de nuevo—. Lo dejaste claro en tu carta, Liam. Nosotras éramos su precio para llevarte al triunfo. Sé por qué lo hiciste, querías resolver todos nuestros problemas económicos, y para eso tenías que irte con él. Te vendiste, no digo que tu causa no fuera noble, pero eso no cambia las cosas.

—No vi otra opción, Sammy. Después de lo que pasó, tú me odiabas, yo mismo me odiaba, y creí que lo mejor era sacarme de en medio, y acudiendo a mi padre me aseguré de que tú y Roxy estuviérais bien cubiertas.

—Como ya te he dicho, lo entiendo. ¿Qué pasó con tu padre? —insiste.

—Le di la patada en cuanto me convertí en campeón. Ya no le necesitaba. Solo le usé igual que él hizo conmigo toda mi vida.

—¿Y lo aceptó sin más? No creo que Eric Ryder haya sido nunca del tipo de hombres que se rinden tras una afrenta de esa magnitud.

—No le quedó otra opción. Él quería que yo fuese el mejor, el campeón, poderoso e intocable, pero no se dio cuenta que también era intocable para él. En poco tiempo mi carrera eclipsó totalmente la suya. Eric pretendía que yo fuese bueno, pero nunca mejor que él, no pensó que lo lograra. Obviamente no contaba con que yo había tenido uno de los mejores entrenadores que cualquiera pudiese desear —sonríe levemente cabeceando—. Tu padre me hizo el mejor, intocable e imbatible, mucho mejor luchador que Eric Ryder. En el futuro, cuando se hable de un Ryder en la MMA, ya no será el nombre de mi padre el que se mencioné, sino el mío, y ese fue el mayor golpe que pude haberle dado. Le herí en su orgullo y en su enorme ego.

—Eso suena a castigo divino —comenta sonriendo de medio lado.

Joder, cómo echaba de menos esa sonrisa de ángel diabólico. Cada segundo que paso con ella, me cuesta más refrenar mis ganas de comerle la boca a mordiscos. Sin embargo, a ella no parece

afectarle mi presencia en absoluto, y creo que eso es lo que duele más, que no está ni un poquito nerviosa porque yo esté aquí frente a ella. Actúa como si nada hubiese pasado entre nosotros, como si nuestra separación no la hubiese destrozado tanto como a mí.

—No me has contestado. ¿Cómo vas a pagar todo esto? —pregunto para intentar salir de mis oscuros pensamientos.

—¿Recuerdas que alguna vez te hablé de mis abuelos paternos?

—Sí, repudiaron a tu madre cuando ella se quedó embarazada de ti.

—Exactamente, pues resulta que antes de morir recordaron que tenían una nieta por ahí perdida. Me nombraron su única heredera —abro los ojos como platos. Según tengo entendido esos señores eran dueños de un gran hotel de Las Vegas—. Con el dinero de esa herencia voy a poder vivir sin problemas el resto de mi vida. Ahora mi objetivo es continuar con el legado de mi padre y reinstaurar el programa.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto apoyándome contra la pared—. Lo de la herencia.

—Como un año después de que te marcharas. Me parece que tu espía no te tiene tan bien informado como creías.

—No tengo ningún espía, Sammy —aclaro—. Solo os observo de vez en cuando. Quería saber si estabais bien. Tampoco sabía lo de Steve y Willow. El niño es una monada.

—Sí, se casaron hace algunos años.

—¿Los Harper aceptaron a Steve en su familia?

—No exactamente. Cuando se enteraron de su relación, le dieron a Will un ultimátum. Tuvo que escoger entre su familia y Steve, y obviamente le eligió a él. Pasaron unos tiempos difíciles, pero finalmente pudieron arreglarse. Willow cambió la especialidad de cardiología y ahora trabaja de médico en urgencias y Steve, aparte de trabajar como entrenador personal, ahora va a ayudarme con el gimnasio.

—A mí también me gustaría ayudar —murmuro.

—Gracias, pero no es necesario. Además, supongo que tú tienes cosas que hacer, combates que ganar, ruedas de prensa... Eres el gran Ryder, tu sitio no está en la pequeña Boulder.

Antes de que pueda rebatir su argumento, un terremoto moreno entra en el despacho y se lanza a mis brazos provocando que sisee de dolor al apretar mis magulladas costillas.

—¿Te he hecho daño? —pregunta Roxy apartándose de mí—. Lo siento, no pude dejar de pensar que quizás cuando llegara ya no estarías y me emocioné un poquito al verte.

—¿Un poquito? —pregunta Sam con una ceja en alto.

—Te prometí que esperaría a que volvieras —comento sin evitar contagiarme de su hermosa sonrisa.

—¡Ostia, puta! —miro hacia Chase que está parado frente a la entrada del despacho mirándome fijamente—. Cuando me lo dijo Roxy no lo pude creer, pero es verdad, estás aquí.

Asiento viendo como viene hacia mí, adapto una postura defensiva esperando su ataque. Si Steve, que llegó a ser mi mejor amigo, hoy me ha ignorado y despreciado totalmente, probablemente Chase, que nunca me ha soportado, vaya a darme unos buenos golpes. Levanto los brazos levemente, pero veo como una sonrisa se expande en su cara descolocándome por completo, y enseguida sus brazos me rodean abrazándome mientras palmea mi espalda.

—Esto es nuevo —susurro sin moverme. Chase se aparta y vuelve a sonreír.

—Me alegro de verte, tío —dice sorprendiéndome nuevamente.

—Eh... supongo que yo a ti también —titubeo.

—Vale, ya has acaparado suficiente a mi padre —intercede Roxy entrelazando su brazo con el mío.



—Niña, no te pases de lista conmigo —replica Chase apuntándole con el dedo. Roxy le saca la lengua sonriendo y él entrecierra los ojos—. Vale, ya me voy. Tengo que preparar mi tortura diaria de mañana para mis alumnos.

—Eh, tampoco te pases —se queja Roxy.

—Bonita, voy a teneros corriendo alrededor del instituto toda la clase. Por cierto —mira hacia Sam y sonríe abiertamente—, su profesor de matemáticas me ha dicho que como siga así va a suspender la materia.

Escucho un jadeo ahogado saliendo de Roxy y Sam la fulmina con la mirada.

—Eso es un golpe bajo, tío Chase.

—Ya deberías saber que conmigo no ganas —contesta encogiéndose de hombros—. Ya nos veremos, tío —se despide palmeando mi hombro. Le guiña un ojo a Roxy de manera pilla y se va.

—¿Matemáticas? —inquire Sam cruzándose de brazos.

—Mamá, ¿puedes echarme la bronca después? De verdad que ahora quiero hablar con papá, por favor. Te prometo que después estudiaré como una loca para aprobar.

Sam suspira y se levanta de la silla en la que permanecía sentada.

—Más te vale que así sea —le da un beso en la frente y sale del despacho dejándonos solos.

—El tío Chase me las va a pagar —murmura mi hija frunciendo el ceño. Enseguida me mira y su sonrisa vuelve a aparecer—. Estás aquí —musita—. He soñado tantas veces con lo que te diría cuando te tuviese delante, y ahora no se me ocurre nada.

—Creo que el que tiene que hablar soy yo —murmuro apoyando mi cadera en el borde del escritorio—. Te debo muchas explicaciones.

—Sí, bueno... Mamá me contó lo que pasó y por qué te marchaste.

—Supongo que tu madre te habrá contado toda la verdad, pero quisiera darte mi versión de los hechos —Roxy asiente y se cruza de brazos apoyando su espalda contra la pared—. Bien, yo también he soñado muchas veces con que llegara este momento. Nunca quise abandonarte, Roxy, pero en ese momento creí que era lo mejor para ti y para tu madre. Ese día que...

—¿Que tuve el accidente? —pregunta señalando la parte posterior de su cabeza.

—No fue un accidente, fue una negligencia y una irresponsabilidad por mi parte. Tenía que cuidar de ti, y en vez de eso...

—Montaste una fiesta en casa y mientras yo me tiraba de la cuna abriéndome la cabeza, tú bebías y te drogabas con tus amigos. Mamá me lo contó. ¿Por qué lo hiciste?

—Lo he pensado muchas veces —respiro profundamente pellizcándome el puente de la nariz—. Podría decirte que solo era un crío agobiado e irresponsable, pero eso no es, ni voy a usarlo, como excusa. Simplemente me comporté como un capullo. En realidad ya llevaba tiempo haciéndolo. Tu madre... —sonríe recordando a Sam en el pasado—, ella era perfecta. Se esforzaba muchísimo por sacarnos a todos adelante, y yo no la trataba como se merecía. Aunque nunca se lo dije directamente, la culpaba por haberme arrastrado a esa vida, una vida en la que yo tenía que ser maduro y responsable, algo para lo que no estaba preparado. Después empecé a mentirle y... Incluso me acosté con otra mujer—Roxy me mira abriendo los ojos como platos—. Supongo que esa parte no te la contó. Yo la quería, hija. Sam es la única mujer que he amado en mi vida. Buscaba una libertad que me había sido arrebatada, pensando que eso me traería la felicidad, pero no me di cuenta de que yo ya era feliz. Eso solo lo supe cuando la perdí, cuando os perdí a las dos.

—Ni siquiera te despediste de ella. Te fuiste dejando solo una carta, papá —me reprocha.

—Después de lo que hice ese día, ni siquiera fui capaz de mirarla a la cara. Tu madre fue contigo en la ambulancia y yo os seguí en un taxi. Cuando llegué al hospital ella estaba contigo, ya

habías despertado y un médico me informó que te estaban haciendo unas pruebas, pero en principio no era nada grave, solo un golpe en la cabeza y habías perdido el conocimiento. Sentí un inmenso alivio, cariño. Hasta ese momento no podía parar de pensar que ibas a morir, que no volvería a verte jamás. Pero entonces tu madre entró en la sala de espera, me miró y vi el dolor y la rabia en su mirada —los recuerdos traen consigo todos los sentimientos que llevo años reprimiendo junto con una marea de lágrimas por derramar—. No podía soportar que me mirara así —sollozo—. Me odiaba tanto, y yo me sentía tan culpable... Supongo que actué como un cobarde, huyendo para no tener que enfrentarme a ninguna de las dos, pero de verdad creí que estaba haciendo lo correcto.

—¿Aún lo crees? —pregunta sorbiendo por la nariz. Ella también está llorando.

—A veces, sí —limpio la humedad de mis mejillas y sonrío tristemente—. Te miro ahora, tan guapa y fuerte... Quizás si las cosas hubiesen sido distintas, ahora tú no serías así. Tuve miedo, Roxy. Durante un segundo pensé que yo me convertiría en mi padre, y eso me hizo huir de ti lo más lejos posible.

—¿Alguna vez te has arrepentido de dejarnos a mamá y a mí?

—Cada jodido día me arrepiento de ello y os echo de menos, pero una vez más, el miedo me impide hacer nada para remediar esa situación.

—Papá, ¿vas a volver a desaparecer? —pregunta mirándome fijamente.

—¿Quieres que lo haga? —niega rápidamente con la cabeza—. Bien, porque en realidad ya no creo que pudiese apartarme de ti.

Veo como sonrío y vuelve a lanzarse a mis brazos abrazándome con fuerza. Me duele el costado por la presión, pero aprieto la mandíbula y no me aparto ni un centímetro. Soportaría el peor dolor que jamás nadie haya sentido si lo hago abrazando a mi hija.

# Tú y yo... Eso no va a pasar

*Sam*

Liam y Roxy salieron juntos a comer tras su conversación en el despacho. Quisieron que me uniera a ellos, pero rechacé la oferta con la excusa de que tenía que seguir encargándome de las obras del gimnasio, aunque en realidad mis motivos eran otros. Los dos necesitan un tiempo a solas para conocerse mejor, además, no quiero pasar más tiempo del necesario con Liam, increíblemente, a pesar del paso de los años, aún sigue despertando en mí sentimientos que prefiero obviar.

Durante el resto de la tarde me entretengo trabajando para no pensar en todo lo que está sucediendo. ¿Cómo es posible que mi vida haya cambiado tanto en un solo día? Anoche, cuando escuché los pasos de Liam subiendo por la escalera hacia la azotea, creí que no tardaría en escucharle bajar de nuevo y al día siguiente todo volvería a la normalidad, pero mi decisión de subir ahí arriba lo cambió todo. Es impresionante como una sola decisión, un acto en la dirección opuesta a lo habitual, puede marcar la diferencia en nuestra existencia. Si yo no hubiese abierto esa puerta, si me hubiese alejado tras comprobar que Liam estaba bien, el día de hoy sería un día más, uno en el que mi hija volvería a casa del instituto, comeríamos algo las dos solas y después nos sentaríamos en el sofá y pelearíamos por qué serie ver en Netflix.

La puerta principal se abre mientras yo estoy en la cocina preparando la cena y los dos entran en casa sonriendo de oreja a oreja. No recuerdo haber visto nunca a mi hija tan feliz, y solo por eso, vale la pena cualquier cosa que haya pasado o vaya a pasar.

—Hola —saludo secándome las manos.

—Hola, mamá. Fuimos al cine a ver la peli del Joker. Te la has perdido, es la leche —comenta emocionada.

Miro hacia Liam, pero él solo se encoge de hombros sonriendo levemente. Hay un brillo especial en su mirada que no estaba ahí esta mañana, y supongo que el motivo es haber pasado algo de tiempo de calidad con nuestra hija.

—¿Habéis estado en Las Vegas? —inquiero dándole un trago y mi cerveza. No me gusta beber demasiado, pero hoy me apeteció hacerlo.

—No, al cine de Henderson. Papá se puso una gorra y unas gafas de sol en plan agente secreto, pero aun así le reconocieron y tuvimos que salir corriendo por la escalera de emergencia. Fue muy divertido.

—Me lo imagino —murmuro abriendo el horno para comprobar el estado de la carne—. La cena está casi lista.

—Voy a cambiarme y pongo la mesa —señala acercándose y besando mi mejilla, tomándome por sorpresa. Una Roxy demasiado cariñosa es muy peligrosa. Estoy segura de que algo quiere.

—Recuerda que tú y yo tenemos una conversación pendiente —veo como pone los ojos en blanco de manera teatral—. Roxy, ¿qué pasa con las matemáticas?

—No pasa nada, mamá. Se me olvidó entregar un trabajo a tiempo y el profesor me está buscando las cosquillas. Es un amargado.

—Roxanne, si no has entregado a tiempo el trabajo, es lógico que quiera suspenderte. No se trata de ser amargado o no. Tú eras consciente de que tenías una fecha límite para entregarlo, la

responsabilidad es tuya, no del profesor.

—Lo sé. Ya he hablado con él esta mañana y hemos llegado a un acuerdo. Voy a tener que sacar un sobresaliente en el examen final para que me apruebe.

—Pues ya puedes empezar a estudiar, señorita. ¿Cómo ha ido el de hoy?

—Lo he clavado —contesta con una sonrisa engreída.

—Esa es mi chica. Ahora ve a cambiarte y vamos a cenar.

Roxy se gira hacia a Liam que se ha mantenido al margen de nuestra conversación en todo momento.

—¿Cenas con nosotras, papá? —le pregunta sonriendo de oreja a oreja. Liam me mira alzando una ceja y yo asiento. Ya esperaba que mi hija le invitara a quedarse. Conozco demasiado a mi terremoto.

—Claro —contesta Liam encogiéndose de hombros.

—¡Genial! Voy a cambiarme y vuelvo enseguida.

Roxy se marcha hacia su habitación más feliz que una perdiz dejándonos solos a Liam y a mí.

—¿Quieres? —pregunto señalando mi cerveza. Él asiente y le tiendo una —. Roxy está radiante de felicidad. Supongo que eso es obra tuya, así que gracias.

—No tienes nada que agradecerme, Sam. Es mi hija, y como tú dijiste esta mañana, la quiero con locura —veo como se pellizca el puente de la nariz en ese gesto tan típico suyo cuando está nervioso o frustrado—. Sé que he cometido muchos errores en mi vida, demasiados, pero quiero hacer las cosas bien esta vez. Pretendo seguir en su vida y espero que eso no sea un problema para ti.

—¿Crees que voy a impedirte u oponerme a que veas a nuestra hija? Liam, eres su padre. Además, Roxy me odiaría si yo hiciera algo así. Ya no es una niña, y si ella ha decidido que te quiere en su vida, no voy a ser yo la que interceda. Siempre que respetes sus horarios por las clases y los exámenes, por mí no hay ningún problema. Por otro lado, entiendo que tienes que estar viajando constantemente debido a tu trabajo, y... —suspiro echando mi pelo hacia atrás—, no quiero que mi hija se convierta en el centro de un circo mediático. “La hija escondida del gran Ryder”. Entiendo que sea noticia, pero no quiero que Roxy esté en esa situación.

—Lo sé, y estoy totalmente de acuerdo contigo. Yo tampoco quiero eso —bebe un trago de su cerveza y cambia el peso de una pierna a la otra en un gesto de nerviosismo—. Quiero tomarme un descanso. Lo he pensado mucho y me he dado cuenta de que necesito pasar un tiempo apartado de ese mundo. Me gustaría quedarme por aquí, si tú estás de acuerdo, claro.

—Espera... ¿Aquí dónde?

—¿Vas a quedarte? —pregunta Roxy emocionada sorprendiéndonos a ambos—. ¡Eso es genial! Puedes usar la habitación que tenemos libre y...

—¡Wow, Wow! Espera, bonita —la interrumpo—. Baja una marcha que vas lanzada. Estoy segura de que tu padre puede quedarse en cualquier otro lugar.

—¿Por qué? Puede quedarse con nosotras y...

—Roxy, tu madre tiene razón —intercede Liam.

La cara de emoción de Roxy enseguida cambia a una triste y decaída.

—¿No quieres quedarte con nosotras? —musita agachando la mirada. Liam sujeta su barbilla con la mano y alza su cabeza para mirarle a la cara.

—No se trata de eso, cariño. Pero entiende que esa situación resultaría algo incómoda para todos.

—Pero yo quiero que te quedes —insiste—. He pasado catorce años alejada de ti. Solo quiero aprovechar todo el tiempo que pueda pasar a tu lado.

Me duele ver a mi hija de este modo. Lo que ella pide es bastante justo, y lo peor es que la conozco lo suficiente para saber que la tristeza que transmite su mirada no es fingida en absoluto.

—Está bien, hagamos una cosa —resuelvo tras suspirar—. Tu padre puede quedarse en la habitación del gimnasio.

—¿Estás segura? —pregunta Liam mirándome con sorpresa.

—Si no es muy poca cosa para ti. Supongo que estarás acostumbrado a suites en hoteles de lujo y casas con piscina.

—Es perfecto —contesta de inmediato.

—Bien —miro a mi terremoto que sonrío de oreja a oreja—. Ahora que ya te has salido con la tuya una vez más, pon la mesa y vamos a cenar.

La velada es amenizada por las risas y efusividad de mi hija que se propone contarle a su padre toda su infancia a modo de anécdotas. Liam sonrío sin parar y suelta alguna carcajada cuando Roxy suelta alguna de sus locuras. Yo me mantengo al margen escuchándolos y solo intervengo cuando ella me pregunta algo directamente.

—Roxy, recuerda que mañana por la tarde tienes que cuidar de Jeremy —comento recogiendo la mesa.

—Lo sé, acabo de hablar con la tía Willow por WhatsApp. Por cierto, papá, dame tu número

—Liam saca su teléfono del bolsillo y se lo tiende—. ¿No tienes ninguna App de mensajería instantánea instalada?

—Las nuevas tecnologías y yo no nos llevamos demasiado bien —contesta encogiéndose de hombros.

—¿Qué dices? Manejas un montón de redes sociales.

—En realidad, no soy yo quien lleva esas cuentas. Tengo una persona que se encarga de eso.

—Entonces, ¿nunca llegaste a recibir mis mensajes? —Liam niega con la cabeza—. Si los hubieses recibido...

—Hubiese venido corriendo desde el mismísimo fin del mundo —contesta mirándole fijamente a los ojos.

La intensidad con la que se miran y darme cuenta de la gran conexión que hay entre los dos provoca que una sensación extraña se instale en el centro de mi pecho. Sigo recogiendo los platos y me giro para llevarlos al fregadero, intentado de ese modo huir de ese sentimiento desconocido.

—Mamá, te ayudo con los platos —dice Roxy levantándose.

—No hace falta. Aprovecha que es temprano aún y estudia un poco para ese examen de matemáticas. Yo me encargo de esto.

—¿Estás segura? —asiento girándome para seguir con mi tarea.

—Bien, entonces, hasta mañana —se acerca a mí y me da un beso en la mejilla antes de hacer lo mismo con Liam y marcharse a su habitación.

—Gracias por permitir que me quede —susurra Liam a mi espalda. Se coloca a mi lado y coge un trapo para secar los platos que acabo de lavar.

—No lo he hecho por ti, Liam —señalo hacia sus manos—. Deja eso, ya lo hago yo.

—Prefiero ayudarte. Aún es temprano y estoy demasiado emocionado como para poder dormir.

—Además, apuesto a que las costillas te están matando de dolor —alzo una ceja y él asiente tras resoplar—. Ese corte del pómulo no tiene muy buena pinta. ¿Le has echado algún antiséptico?

—Lo curó el médico tras la pelea —contesta encogiéndose de hombros.

—Eso fue hace veinticuatro horas, si no lo tratas podría infectarse. Ve al baño y trae el botiquín, está...

—Debajo del lavabo —me interrumpe—. He vivido en esta casa, Sammy. Sé dónde están las cosas.

—Bien, tráelo y te curaré eso en un minuto.

Asiente y sale de la cocina regresando poco después con el botiquín. Le indico que se siente en una de las sillas y empiezo a sacar lo necesario para curarle la herida.

—Esto puede doler un poquito —le advierto levantando su cara hacia mí con una mano y con la otra acercando el algodón empapado en antiséptico al corte de su pómulo.

Sus ojos se cierran y puedo tomarme unos segundos para observar su rostro. A pesar de los años y las pequeñas arrugas junto a sus ojos, sigue siendo arrebatadoramente guapo. La barba corta que cubre parcialmente su rostro es áspera al tacto, y sus pestañas siguen siendo tan largas como siempre. Mi ojos se clavan en sus labios, carnosos y húmedos, y no puedo evitar recordar todas esas veces que esos mismos labios recorrieron cada parte de mi cuerpo.

—¿Está infectado? —aparto mi mirada de su boca y compruebo que sus ojos grises están clavados en mi rostro.

—No —contesto tras carraspear. Justo cuando voy a apartarme, siento su mano en la parte posterior de mi rodilla y un escalofrío me recorre de pies a cabeza—. ¿Qué haces, Liam? —inquiero mirándole a los ojos.

—Sammy, sé que me he portado como una bestia contigo, y no tengo ningún derecho a pedirte nada, pero aun así voy a hacerlo. ¿Existe alguna posibilidad de que tú y yo...?

—¿Hablas en serio? —pregunto sorprendida alejándome de él.

—Sé que no me lo merezco y...

—Tienes razón. No tienes ningún derecho a pedirme nada, ni siquiera a mencionar algo semejante. No te equivoques, Liam. He dejado que entres en la vida de nuestra hija, no en la mía. Si quieres que mantengamos una relación medianamente cordial, te ruego que no vuelvas a mencionar esto jamás.

—Me sigues odiando, ¿verdad? —pregunta con un hilo de voz.

—¿Qué importa eso? Lo único que debe importarte, y te pido por favor que te metas bien en la cabeza es, que tú y yo... eso no va a pasar, ni ahora ni nunca.

—Lo entiendo —susurra tragando saliva con fuerza—. Creo que ahora sí me voy a dormir. Buenas noches, Sammy.

—Buenas noches —susurro viendo cómo se marcha cabizbajo.

En cuanto me quedo sola, suelto todo el aire que estaba conteniendo y me agarro con fuerza al borde de la mesa. No me puedo creer que acabe de insinuar que él y yo... Eso es una jodida locura. Yo ya he pasado página. Lo hice hace mucho tiempo, cuando entendí que el hombre al que amaba nunca sería feliz viviendo una vida mediocre a mi lado. Su lugar está dentro de una jaula en los grandes acontecimientos deportivos, delante de un puñado de cámaras y yendo de fiesta en fiesta con una mujer despampanante cogida de su brazo cada noche.

Recojo todo nuevamente dentro del botiquín, lo guardo en el baño antes de entrar en mi habitación, y lo primero que hago es ir hacia la ventana y ponerle el seguro. No creo que Liam se atreva a entrar, pero prefiero asegurarme de que no pueda hacerlo aunque lo intente. Tras cambiarme de ropa decido acostarme para dejar de pensar en todos los acontecimientos del día y por alguna razón soy incapaz de dormir hasta que me levanto de mala leche, pateando las sábanas y le quito el seguro a la ventana. Solo entonces, tras tumbarme sobre el colchón, soy arrastrada hacia los brazos de Morfeo.

A la mañana siguiente, me despierto antes de que el sol decida hacer acto de presencia, así que me visto un pantalón de deporte, una camiseta de tirantes y mi inseparable iPod. Me encanta

la era digital. Eso de poder llevar millones de canciones en un aparato de solo unos centímetros, es una gozada.

Salgo lentamente de casa y bajo las escaleras sin hacer ruido mientras el grupo “Imagine Dragons” grita la canción “*Believer*” en mis oídos. Estiro un poco las piernas ante la salida del gimnasio perdida en la letra de la canción, cuando siento una mano posarse en mi hombro sobresaltándome. Mi primera reacción es lanzar un codazo hacia atrás que impactan directamente en las costillas de Liam. Me quito rápidamente los auriculares Bluetooth girándome para ver al padre de mi hija encogido sujetándose el costado con las manos y un gesto de dolor en su cara.

—¡Mierda! Lo siento, Liam —me disculpo—. Fue un acto reflejo.

—No pasa nada —dice enderezándose e intentando sonreír, pero más que una sonrisa lo que le sale es una mueca macabra—. Ha sido culpa mía. Te estaba llamando, pero no me escuchabas y... No debí haberte agarrado por detrás.

—¿Estás bien de verdad? —insisto.

—Sí, ya casi no me duele —contesta, y esta vez su sonrisa es algo más genuina—. ¿Vas a salir a correr?

—No, me visto así para ir a comprar el pan —bromeo.

—Supongo que no quieres compañía, ¿verdad?

—En realidad, me gustaría ir sola. Ya sabes, es ese momento del día en el que pienso en mis cosas y...

—Sí, lo siento. Solo preguntaba, ya te dejo en paz —sonríe nuevamente y se despide de mí con la mano antes de entrar en el despacho.

Me quedo unos segundos parada mirando hacia el lugar por donde acaba de marcharse. Tampoco quise molestarle negándome a que me acompañara, pero hablaba en serio cuando dije que prefiero ir sola para poder pensar. Siempre he disfrutado corriendo en solitario y dándole vueltas a la cabeza.

Finalmente decido emprender la marcha y hago mi recorrido habitual. Me lo conozco tan bien que podría hacerlo con los ojos cerrados si no corriera el riesgo de morir arrollada por algún coche.

Cuarenta minutos después estoy entrando nuevamente en el gimnasio. Busco a Liam en el despacho y en la habitación, pero no lo encuentro, así que decido subir a casa. Al entrar, un delicioso olor a café recién hecho y bacon frito me dan la bienvenida. Sonrío pensando que hoy Roxy ha madrugado y ha decidido hacer el desayuno, pero mi sonrisa se esfuma al entrar en la cocina y ver a Liam junto a ella. Los dos ríen mientras preparan juntos el desayuno.

La estampa que tengo frente a mí no podría ser más perfecta. Liam está revolviendo unos huevos en una sartén mientras Roxy exprime zumo de naranja, y los dos charlan y ríen. Al verlo así, no puedo evitar pensar cómo serían las cosas si Liam no se hubiese marchado. Quizás esta misma escena podría repetirse todas las mañana, pero yo estaría incluida en ella. Eso es algo que nunca podré saber, ya que el hombre que ahora mismo tengo en mi cocina, fue demasiado cobarde para permitirme comprobarlo.

# Le gustan los chicos malos

*Liam*

Estoy disfrutando como un enano. No me puedo creer que mi vida haya cambiado tanto en un espacio tan corto de tiempo. Se acabó la sensación de vacío en mi pecho, ese cascarón vacío que creí ser, se llena a rebosar con solo una sonrisa de mi hija dirigida a mí. Roxy es una fuente inagotable de bromas y risas, muy adulta y responsable para su edad, pero con esa mirada pura e infantil que pide a gritos que le brinde todo mi cariño.

Sam es otro cantar. Anoche, tras su conformidad a que yo me quedara una temporada en la habitación del gimnasio, creí que quizá habría alguna esperanza de que ella y yo... Supongo que solo soñé demasiado alto, pero no creo haberme equivocado al ver el deseo en su mirada mientras me curaba el corte del rostro. La tenía tan cerca, solo a unos jodidos centímetros, que no pude evitar estirar mi mano y acariciar la parte posterior de su pierna. Tuve que refrenar todos mis instintos que me gritaban que no pidiera permiso, simplemente la besara como si no hubiese un mañana. Quizás debería haberlo hecho, ya que en cuanto mencioné un posible futuro entre nosotros dos, supe a ciencia cierta que nunca más iba a tenerla así de cerca. Mi oportunidad había pasado incluso antes de que la viese venir. Aunque eso no me impidió hablar con ella esta mañana, e incluso proponerle que me dejara acompañarla en su rutina deportiva matinal. Obviamente ya esperaba su negativa, no fue algo que me tomara por sorpresa.

Tras llamar a Bri para contarle lo que estaba sucediendo, al menos parte de ello, y proponerle que siguiera mi ejemplo y se tomara unas vacaciones, Roxy bajo al gimnasio aún en pijama y medio adormilada. Mi pequeña mujercita quería comprobar que yo no me hubiese marchado. Me invitó a subir a casa y ayudarle a preparar el desayuno, al principio me negué, ya que no quiero forzar las cosas con Sam. Ya está siendo mucho más que generosa dejándome estar cerca de Roxy, incluso viviendo prácticamente en su casa, después de todo lo que hice. Pero mi hija no es de las que se rinden a la primera, y solo necesita poner su carita de pena para que yo acceda a cualquier cosa que me pida.

Noté la incomodidad de Sammy durante el desayuno, y en cuanto Roxy se marchó al instituto, ella desapareció tras murmurar un “tengo cosas que hacer”. Pensé en insistir, quizás invitarla comer a algún lado o darle nuevamente las gracias por lo que está haciendo por mí, pero una vez más, decidí callar y asentir con una sonrisa forzada en el rostro. No puedo pedir más de lo que ya me está dando, aunque me muera de ganas de suplicarle incluso de rodillas que me perdone y que me dé otra oportunidad. Sé que podría hacerlo bien esta vez. Ya no soy un crío irresponsable, y todos los años que he vivido alejado de las dos personas que más amo sobre la faz de la tierra, me han servido no solo de lección, también para darme cuenta de lo que es realmente importante en la vida. Para mí, ellas lo son todo, siempre lo han sido.

Decido subir a la azotea a despejarme un rato, ya que Sam está en el gimnasio con los obreros y no quiero imponerle mi presencia más de lo que ya lo estoy haciendo. Tras unas cuantas horas en las que no he podido dejar de pensar en lo jodidamente afortunado que soy por tener esta segunda oportunidad con mi hija, bajo directamente al gimnasio. Roxy no tardará en llegar del instituto y espero poder pasar la tarde con ella. Ayer fue fantástico, fuimos al cine y comimos un helado mientras ella me contaba sin parar pasajes de su infancia, esa en la que yo he estado ausente. Al



escucharla hablar de esos días en los que me veía por la tele y soñaba con que yo viniese a verla o simplemente la llamara por teléfono, me hizo replantearme si realmente tomé la decisión correcta al marcharme. Hasta hace un par de días lo tenía claro, era lo que tenía que hacer, por el bien de Sam y de nuestra hija. Pero entonces... ¿por qué siento que mi abandono le ha hecho más mal que bien a Roxy? ¿Podríamos haber salido adelante tras todos mis errores si no me hubiese marchado como un puto cobarde? ¿Sam alguna vez me habría perdonado?

Entro en el gimnasio haciéndome miles de preguntas y sin conseguir obtener ninguna respuesta. Los obreros ya no están, pero en su lugar veo a Jeremy que viene corriendo hacia mí al grito de “Tío Ryder” y se lanza a mis brazos nada más verme. Me gusta este crío.

Alzo la mirada tras revolverle el pelo al pequeño pelirrojo y veo a Willow caminando hacia mí con una sonrisa en la cara. Enseguida mis labios se curvan hacia arriba. Tengo que admitir que he echado de menos sus locuras y salidas de tono.

—Hola, pelirrojo —saludo sonriendo.

Me preparo para recibir un abrazo por su parte, pero en cambio lo único que consigo en una bofetada que me cruza la cara hacia un lado.

—Eso es por haber sido un capullo —sisea. Me giro lentamente sorprendido por su arrebato, y no veo venir el nuevo golpe de su mano que se estrella en mi otra mejilla girándome de nuevo la cara, pero esta vez hacia el lado contrario—, y esto por haber huido como un maldito cobarde.

La miro aún sin poder mover ni un solo músculo y compruebo que Sam está a su espalda tan sorprendida como yo por la reacción de su amiga.

—Supongo que me lo merezco —susurro tras salir de mi estupor y con la mano aún sobre mi mejilla.

—Eres un...

—Will, ya vale —dice Sam con voz autoritaria.

Veo como abre la boca para darle réplica, pero en ese momento Roxy y Chase entran en el gimnasio riendo y se dirigen a nosotros. Jeremy que permanecía a mi lado viendo la escena con los ojos como platos, va hacia ellos y se cuelga del cuello de mi hija que no duda en abrazarlo cariñosamente.

—¿Qué pasa, colega? —pregunta Chase poniendo una mano sobre mi hombro y dando un apretón. Willow lo fulmina con la mirada y él se encoje de hombros sin entender a qué viene tanta agresividad por parte de la pelirroja de mano suelta.

—Papá, tienes las mejillas rojas —comenta Roxy al llegar a nuestro lado.

—Normal, mamá acaba de arrearle un par de ostias que me han dolido hasta a mí —dice Jeremy haciendo una mueca.

Veo como mi hija pone los brazos en jarras mirando a su tía con una ceja alzada.

—¿Le has pegado? —inquire en un tono nada amistoso.

—Y yo me lo he perdido —murmura Chase tras soltar una carcajada.

—¿Por qué le has pegado? —insiste Roxy—. No tienes ningún derecho.

—Haya paz —intercedo—. Hija, tu tía tenía sus motivos para darme un buen escarmiento.

—Claro, porque la violencia siempre es el mejor camino, ¿verdad?

—Eh... —su réplica inmediata me deja totalmente en blanco—. Yo no he dicho eso. Solo digo que...

—Tu padre dice que no te metas donde no te llaman —interviene Sam—. Deja que los demás resuelvan sus propios problemas.

—Pero...

—Roxy, no —repite Sam, esta vez en un tono más duro.

Veo como mi hija se cruza de brazos haciendo un puchero mientras frunce el ceño y Sam pone los ojos en blanco como si estuviese acostumbrada a esa reacción.

—Me tengo que ir —comenta Willow tras resoplar. Me hace llegar una mirada de desdén y enseguida la cambia por una mucho más amistosa cuando se gira hacia Roxy—. Vamos, no te cabrees conmigo —murmura acercándose a ella y abrazándola.

Al principio Roxy no corresponde a su abrazo pero, tras un suspiro, se deja abrazar. Cuando se separan, Will aparta unos mechones de pelo de la cara de mi hija sonriéndole cariñosamente y veo como los labios de Roxy se alzan.

—No puedo cabrearme contigo durante mucho tiempo, pero que sepas que eres una bruja —le dice sacándole la lengua.

—Y tú una enana respondona y malcriada, pero te adoro —replica Willow. Veo como Sam rueda los ojos nuevamente y Willow se agacha frente a su hijo y besa su mejilla—. Pórtate bien con tu prima. Nada de helados ni golosinas antes de cenar, ¿entendido? —el niño asiente con cara de aburrimiento y Will se levanta y vuelve a girarse hacia Roxy—. No dejes que se infle a refrescos. Ya sabes cómo se pone con el azúcar.

—Tranquila, tía Willow. Vamos a quedarnos un rato aquí en el gimnasio y después veremos una peli hasta que vuelvas.

—Lo recogeré a la hora de cenar.

—¿Os quedáis? —pregunta Sam.

—Eso, pedimos unas pizzas a Tony's y las comemos en la azotea —sugiere Chase.

—Sí, mamá —dice Jeremy emocionado.

—Está bien. Hablaré con Steve y le diré que cenamos aquí —mira su reloj y se ajusta la tira del bolso que lleva al hombro—. Me tengo que ir o llegaré tarde —le da otro beso al pequeño y tras despedirse de todos, menos de mí, que me ignora totalmente, se marcha a toda prisa.

—¿Vamos a entrenar? —consulta Jeremy a Roxy.

—Esa es la idea —murmura ella mirando a su alrededor mientras se muerde el interior de la mejilla—. Mamá, ¿dónde están las colchonetas? —le pregunta a Sam.

—En el almacén. Tened cuidado, ¿vale? Con las obras está todo tirado y no quiero que os hagáis daño.

—Tranquila, pondremos las colchonetas en una esquina.

—¿Tío Ryder, entrenas con nosotros? —me pregunta el crío.

—¿Entrenar? ¿Pelear, dices? —los dos asienten sonriendo—. No sabía que te gustara la lucha —comento sonriendo y mirando a mi hija.

—¿En serio? Mi padre es campeón mundial de artes marciales mixtas, y mi madre una jodida maquina asesina si la cabreas. Lo mío es genético.

—Roxanne, controla tu lenguaje —la regaña Sam.

—Sí, Roxanne, tu lenguaje —se burla el enano imitando la voz de su tía.

Roxy pone los ojos en blanco y me mira de nuevo.

—¿Te apuntas, papá?

—Eh... Sí, claro. ¿Por qué no?

—Vale, yo voy a aprovechar que tengo el mando de la tele para mí sola —comenta Sam sonriendo.

—¿Lucifer? —pregunta Chase. Sam asiente y él da una palmada emocionado—. Me apunto.

—Bien, pues nosotros arriba y vosotros portaos bien —dice señalándonos a los tres con el dedo. Ellos dos se encaminan hacia la escaleras, pero al pasar por mi lado Sam se detiene —Ten cuidado con tus costillas —susurra antes de volver a emprender la marcha sin esperar mi

respuesta.

Al principio su comentario me deja algo descolocado, pero enseguida se dibuja una sonrisa en mi rostro. Se preocupa por mí. Eso es algo, ¿no?

—Vamos, chicos —digo dando una palmada con ánimos renovados—. ¿Quién va a ser el primero en intentar tumbarme?

Después de pasar varias horas con Roxy y Jeremy he llegado a una conclusión, los Parker tienen una habilidad innata para las artes marciales. Roxy es muy buena, casi tan rápida e inteligente sobre la lona como su madre. Por otro lado, Jeremy es un desastre. El crío lo intenta, pero le cuesta mantener el equilibrio y parece tener dos pies izquierdos.

Tras refrescarnos un poco y cambiarnos de ropa, subimos a casa donde encontramos a Sam y Chase tirados en el sofá en plena maratón de la serie Lucifer.

—No sé cómo puedes estar tan obsesionada con esa serie —murmura Roxy llamando la atención de su madre.

—Le gustan los chicos malos —se burla Chase ganándose un cojino por parte de su compañera de sofá.

—Vamos, el chico es bastante afeminado —insiste mi hija sonriendo de medio lado.

Al instante, Sam clava sus ojos en ella y la señala con el dedo índice.

—Retira eso —le ordena—. Tom Ellis es simplemente perfecto y muy masculino. Además, ese acento es de lo más sexy que he escuchado nunca.

Roxy pone los ojos en blanco de manera teatral y me mira sonriendo. Está picando a su madre intencionadamente.

—Alex Pettyfer. Ese sí es el hombre perfecto —comenta sentándose en el reposabrazos del sofá—. En “Yo soy el número cuatro” estaba para comérselo.

—¿Esa película que fue un total fiasco? —inquire Sam con una ceja en alto—. Olvídalo, donde esté un morenazo fibroso y con pintas de malote, que se quiten los rubios de bote de sonrisa infantil.

El debate entre madre e hija nos tienen a los tres hombres mirándolas como si estuviésemos viendo un partido de tenis.

—Moreno, cachas y pintas de malote —repite Roxy sonriendo de manera pilla—. Mamá, cualquiera diría que estás definiendo a papá.

Sam me mira y de arriba abajo y se encoje de hombros.

—Da gracias a que piense así o tú nunca habrías nacido —le contesta.

—O sería rubia —bromea Roxy soltando una carcajada.

Escuchamos como la puerta principal se abre y, antes de que Willow y Steve entren en el salón, Sam ya está interrogándola.

—Will, ¿morenos macarras o rubios añiados? —pregunta sin siquiera darle tiempo a saludar.

—Morenazos, siempre —contesta la pelirroja provocando que Sam le lance una mirada de “ya te lo dije” a nuestra hija—. ¿Estáis viendo Lucifer? Joder, qué bueno está Tom Ellis —comenta mordiéndose el labio inferior con lascivia.

Steve pone los ojos en blanco y levanta las manos donde reposan un par de cajas de pizza.

—Chicas, no quiero interrumpir la conversación tan trascendental que estáis teniendo, pero la comida se enfría —Sam detiene la serie con el mando a distancia y se levanta seguida de Chase y Roxy.

Subimos a la azotea y no tardamos en dar buena cuenta de la comida. Para los adultos hemos subido unas cervezas y los chicos toman refrescos mientras Chase se encarga de amenizar la cena contándonos anécdotas sobre sus alumnos. Según relata, es profesor de educación física en el

instituto donde estudia Roxy y sus alumnas tienen la mala costumbre de acosarlo. Nos cuenta que hace un par de días, una de ellas fingió que se estaba quedando sin aire para que él le hiciera el boca a boca. Willow y Sam ríen de las locuras de esas adolescentes, mientras Roxy hace muecas de asco.

—Reíros, pero no mola que todas mis amigas estén coladas por mi tío. Es bastante incomodo, la verdad. Aunque eso es un punto a mi favor —señalan a su tía y a su madre con el dedo—. Él es rubio. Así que está claro que las chicas jóvenes preferimos los claritos.

—¿Nos estás llamando viejas? —pregunta Willow ofendida. Sam solo suelta un jadeo ahogado y fulmina a nuestra hija con la mirada.

Chase me tiende otra cerveza que yo acepto sin perder detalle del debate de las chicas. Miro a mi alrededor y sonrío abiertamente. Siento como si el tiempo acabara de retroceder y volviese a tener de nuevo veinte años. Nada ha cambiado, o casi nada, porque Willow me ignora totalmente y Chase es simpático conmigo. Steve no ha intervenido demasiado, solo me saludó con un gesto de su cabeza y se ha dedicado a cuchichear con su hijo. Ahora mismo se mantienen al margen librando una guerra de pulgares mientras Chase y yo estamos al pendiente de la discusión de las chicas.

—Si se pelean, apuesto veinte pavos por Willow —susurra Chase en broma.

—Acepto. Acabo de ver a Roxy en acción y no creo que pudiese ni rozarla.

Los dos soltamos una carcajada y vemos como las chicas nos miran alucinadas.

—¿Ahora sois amiguitos? —indaga Will frunciendo el ceño. Chase se encoge de hombros y palmea mi hombro de manera cariñosa.

—Él me cae mejor que Jasper —contesta.

Veo como Sam frunce el ceño y antes de que pueda darme cuenta del significado de la declaración de Chase, veo como Jasper, el dueño de la cafetería donde trabajaba Sam, entra en la azotea sonriendo y saluda a todos amigablemente. Al mirarme a mí frunce el ceño confundido y aprieta los puños desviando su mirada hacia Sam como si buscara una explicación.

—Creí que hoy trabajabas hasta tarde —comenta ella ignorando su cara de sorpresa.

¿Qué mierda hace este tío aquí?! Me pregunto mentalmente. Obtengo la respuesta que estoy buscando cuando veo como él la sujeta por la cintura y besa sus labios. Sam lejos de apartarse, le devuelve el beso y sonrío cuando él rodea sus hombros con el brazo y la estrecha contra su cuerpo.

No puede ser. Ellos dos están... Son... Cierro las manos en puños y desvío la mirada para no ver la sonrisa de suficiencia con la que el imbécil de Jasper me mira. Siento como si alguien acabara de sacarme el corazón del pecho y lo estuviese lanzando contra una pared de hormigón. Respiro profundamente y me atrevo a mirarlos de nuevo. Roxy sonrío de oreja a oreja bromeando con él “imbécil”, mientras él se sienta en el sofá y arrastra a Sam para ponerla sobre sus rodillas. Me mira sonriendo de medio lado y posa su mano sobre el muslo de ella acariciándolo lentamente.

¡Hijo de puta! Me encantaría arrancarle la mano para que no vuelva a tocar lo que es mío. Era mío, esa es la definición correcta. La perdí y ahora he sido substituido por un payaso rubio de hoyuelos en las mejillas y cara de no romper un plato.

Alguna vez imaginé que Sam acabaría enamorándose de otra persona. Sabía que eso podría pasar. No iba a mantenerse célibe el resto de su vida, y yo soy el menos indicado para reprocharle nada, ni siquiera para pensarlo, pero verlos así, frente a mí, es una de las cosas más dolorosas que he tenido que vivir nunca. Y lo peor es que mi hija también está loca por él, se nota en la forma en la que lo mira y le sonrío. Lo admira y le quiere quizás más que a mí.

# Lo que tengo que hacer

*Sam*

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunta Jasper con la mandíbula apretada.

Hace un rato que hemos bajado de la azotea. Los chicos se marcharon poco después de que él llegara. Sé que no les cae demasiado bien, especialmente a Chase, que ha demostrado cientos de veces que no le soporta, pero normalmente suelen ser cordiales con él. Todos menos mi amigo el rubiales, ese solo le ignora totalmente, como si no estuviese presente.

Liam se quedó en el gimnasio tras despedirse de Roxy con un beso y murmurar un “buenas noches” dirigido a Jasper y a mí. Aún tengo grabada en mi cabeza la forma en la que me miró cuando vio que Jasper subía con nosotras hacia casa. La tristeza en su mirada me impactó de tal forma que no he conseguido dejar de pensar en ello ni un solo segundo desde que llegamos a casa. Roxy no tardó en irse a la cama dejándonos a Jasper y a mí solos en la cocina.

Miro a Jasper y suspiro. Ha sido un gran apoyo para mí todos estos años. Cuando Liam se fue, nuestra relación se volvió mucho más estrecha. Cada noche, cuando salía del trabajo me acompañaba a casa. Incluso en mis peores momentos, cuando lo veía todo negro y echaba tanto de menos a Liam que casi no era capaz de dejar de llorar ni para respirar, él estuvo a mi lado, apoyándose, consolándome, ganándose mi cariño y el de mi hija al tratarla como si fuese su verdadero padre. No creo que hubiese podido superar todo eso sin él. Le debo demasiado y lo último que deseo es hacerle daño.

Siempre he sabido lo que siente por mí, y aunque en un principio me negaba a tener nada con ninguna persona del sexo opuesto, una noche en la que él estaba en casa como siempre, cenamos los tres juntos, y después él se encargó de ir a arropar a Roxy. Ella tenía diez años y reía a carcajadas mientras Jasper hacía el tonto contándole un cuento a su manera. Me asomé a la habitación de mi pequeña, y al verla tan feliz, me dio un vuelco al corazón. Deseaba con tanta fuerza que fuese Liam quien estuviese ahí con mi hija... Pero no era Liam, sino el hombre que a base de paciencia y confianza fue ganándose mi corazón.

Esa noche fue la primera que dormimos juntos. No sé por qué lo hice, si por intentar sacar a Liam de mi corazón o porque realmente sentía algo más que cariño y amistad por Jasper, pero a partir de ese momento nuestras noches a escondidas fueron habituales. No era nada serio, eso fue algo que yo siempre le dejé claro. No quería que se hiciera ilusiones y terminar lastimándole, pero los años fueron pasando y nuestra relación se hizo cada vez menos secreta, hasta el punto en que todos mis amigos, mi familia, estuvo al tanto de ella.

—No tiene tanta importancia —contesto encogiéndome de hombros.

—Tu ex, el padre de tu hija, por el que te he visto llorar en cientos de ocasiones, regresa después de catorce años, y tú dices que no tiene importancia. ¿Me tomas el pelo?

—¿Qué quieres que te diga, Jasper? —me giro hacia él cruzándome de brazos—. Tú lo has dicho, es el padre de mi hija. No puedo echarlo sin más.

—No me jodas, Sam. ¿Me estás diciendo que no tiene donde quedarse? Ese tío es millonario. Podría comprarse todo el puto barrio si le diera la gana —resopla haciendo rechinar sus dientes—. ¿Sabes qué es lo que más me molesta? Que yo estuve años esperando una respuesta por tu parte. Tuve que cargarme de paciencia y aceptar que me mantuvieras escondido como tu sucio

secreto durante otros tantos años, y ahora apenas me permites quedarme un par de noches al mes en tu casa, a pesar de que te he pedido miles de veces que vivamos juntos. Pero llega ese tío, el hombre que no solo te engañó, te mintió, te fue infiel, y puso la vida de tu hija en riesgo, sino que también se largó dejándote sola con una niña pequeña. Te destrozó, Sam, y tú le dejas vivir en tu casa el puñetero primer día que llega.

—Técnicamente no está en mi casa —digo con un hilo de voz. Esa excusa es difícil de creer hasta para mí.

—No juegues conmigo, Sam —me mira directamente a los ojos y yo respiro profundamente acercándome a él y rodeando su cuello con mis brazos.

—Sabes que no lo hago, Jasp. Siempre he sido sincera contigo y siempre lo seré. Entiendo que te sientas amenazado por Liam, pero no puedo echarle. Roxy está muy ilusionada. Tú sabes perfectamente lo mal que lo ha pasado por no conocerle. No puedo darle a su padre un día y arrebatárselo al siguiente.

—Entonces cástate conmigo de una vez —al ver que voy a apartarme de él sujeta mi cintura con sus manos para que no pueda huir—. ¿Qué te detiene? Llevamos mucho tiempo juntos, sabes que yo te quiero más que a nada, que deseo formar una familia contigo. Piénsalo un momento, Sam. Roxy, tú y yo, y quien sabe, quizás un par de críos más en un futuro no muy lejano. ¿Tan mal te suena eso?

—Jasper, no creo que...

—¿Qué excusa vas a darme esta vez? —inquire liberándome finalmente—. “No estoy preparada”, “Roxy es muy pequeña”, “Estamos bien así”. Ya he escuchado todo eso antes. No me sirven como pretextos, ya no, Sam.

—¿Por qué te empeñas tanto en esto? No es ninguna excusa, estamos bien así, ¿o no? —clavo mis ojos en los suyos y él asiente.

—Estamos bien, pero podríamos estar mejor. Quiero avanzar, Sam. Sé que siempre he dicho que iríamos a tu ritmo, que no te presionaría a que hicieras nada con lo que no estuvieses cómoda, pero creo que ha llegado el momento de dar un paso adelante.

Me froto la cara con las manos y suspiro de nuevo.

—Déjame pensarlo, ¿vale? Últimamente están pasando demasiadas cosas y muy rápido, necesito un tiempo para digerir todo esto. ¿Puede ser?

Jasper sonrío asintiendo y vuelve a colocar sus manos en mi cintura abrazándome.

—Ya sabes que puedes tener de mí todo aquello que quieras o necesites —susurra antes de pegar su boca a la mía.

Sus labios son suaves y me besan de manera cariñosa. Puede que con él no sienta esa pasión arrolladora que me hacía perder el sentido cada vez que Liam me tocaba, pero sí me siento segura y a salvo. Jasper ha sido mi jodido salvavidas, y solo por eso ya es merecedor de todo lo que pueda darle y lo que no. Le quiero, a mi manera, pero lo hago.

—¿Te apetece quedarte a dormir? —pregunto cuando nuestros labios se separan. Una preciosa sonrisa se dibuja en su rostro y sus ojos brillan cuando su cabeza se mueve afirmativamente.

Mantengo la mirada clavada en el techo mientras me maldigo a mí misma por no ser capaz de disfrutar de lo que tengo sin reservas. Jasper duerme plácidamente a mi espalda con un brazo rodeando mi cuerpo. Me siento una persona horrible. No puedo dejar de martirizarme por haber pensado en él mientras... Mierda. Esto no es justo para Jasper. No debería haber invocado la imagen de Liam mientras me besaba, me acariciaba, mientras se impulsaba una y otra vez entre mis muslos, pero lo hice, como siempre lo hago, y cuando finalmente llegué al orgasmo, era el rostro de Liam el que veía frente a mí, y era su cuerpo el que presionaba sobre el mío.

Me limpio las lágrimas que caen perezosamente por mi cara y me levanto intentando hacer el menor ruido posible. Necesito recordar a mi estúpido corazón los motivos por los que siempre elegiré a Jasper sobre Liam, y conozco la forma de hacerlo.

Abro lentamente el cajón de mesita de noche, y tras coger lo que necesito, salgo de la habitación de puntillas. Esto va a ser doloroso, pero lo necesito, necesito recordar, volver a vivirlo todo de nuevo. Me siento en el sofá y extendiendo el arrugado papel sobre mis piernas dejando que mi mirada se pierda entre el trazo de esas letras escritas a mano. Enseguida siento la sensación de ahogo, la losa sobre mi pecho, el puñal retorciéndose en el centro de mi corazón. Los recuerdos, ellos son los únicos a los que puedo acudir cuando mi corazón empieza a ganarle terreno a mi cerebro. Esos recuerdos, aunque dolorosos, son lo que me mantiene firme.

*Abro la puerta de casa con Roxy en brazos. No se ha despertado desde que salimos del hospital. Por suerte todo quedó en un susto. Su caída fue menos aparatosa de lo que parecía, pero aun así los médicos quisieron mantenerla en observación unas horas a razón de su pérdida de conocimiento.*

*Miro a mi alrededor buscando a Liam. Estoy cabreada, furiosa. Tuve que llamar a Chase para que nos recogiera del hospital cuando vi que ya no estaba allí. ¿Qué puede ser más importante para él que su hija enferma? Sinceramente, después de lo que pasó anoche, ya no tengo ni idea de cuáles son sus prioridades, ni si algún día podremos superar esto. Siento como si no le conociera en absoluto. El Liam Ryder que yo conozco, nunca me habría mentado, nunca me habría sido infiel, ese Liam jamás hubiese consumido alcohol y drogas en nuestra propia casa, montando una fiesta con sus amigos de mala muerte mientras nuestra pequeña lloraba en el piso de arriba. El hombre que yo amo tenía sus prioridades muy claras, su familia, nuestra familia.*

*Suspiro dejando a mi pequeña en su cuna, y me aseguro de poner el seguro en los barrotes. Si Liam se hubiese preocupado por hacerlo antes, el accidente nunca hubiese ocurrido, pero supongo que todo fue una serie de malas acciones mezclada con el azar lo que llevó a que nuestra hija a la sala de curas de un hospital, donde un médico tuvo que ponerle cuatro puntos de sutura.*

*Tras arrojarla, camino hacia la habitación que comparto con el padre de mi hija preparándome mentalmente para lo que va a suceder. No quiero pelear ni discutir, solo quiero una explicación a todo esto, la necesito. Respiro profundamente y abro la puerta sorprendiéndome al encontrar la habitación vacía. ¿Dónde demonios está ahora? ¿Estará con la rubia? Quizás haya ido con su amigo del alma a otra puta pelea clandestina. ¿Es que no le importamos ni siquiera un poquito? ¿Le da igual lo que pase entre nosotros a partir de ahora?*

*Me llevo las manos a la cabeza sintiendo como las lágrimas se acumulan bajo mis parpados y por el rabillo del ojo, una hoja de papel extendida sobre la cama llama mi atención de inmediato. Me acerco cogiéndola con manos temblorosas, y tras leer el primer párrafo, tengo que sentarme al borde de la cama para no caer desplomada.*

Querida Sammy:

Sé que lo que he hecho es imperdonable y ni siquiera voy a intentar disculparme. Podría poner miles de excusas a mi comportamiento de los últimos meses, pero ninguna sería válida. La única explicación que encuentro es que todo me vino demasiado grande.

Creí que podría, que conseguiría sacar a nuestra familia adelante a base de esfuerzo y trabajo duro, pero cuanto más me esforzaba, más sentía que os estaba perdiendo a las dos.

Probablemente ahora mismo me odias, y no te culpo, yo también me odio. Nunca me perdonaré haber puesto la vida de nuestra pequeña en peligro y haberte engañado de la forma en la que lo hice.

Te juro que nunca fue mi intención lastimarnos a ninguna de las dos. Y por eso creo que esta es la decisión correcta. Aunque me parta el alma dejaros, estaréis mejor sin mí.

He llegado a un acuerdo con mi padre. Puede que no entiendas lo que estoy a punto de hacer, pero una vez más solo busco soluciones a nuestros problemas.

Me voy con él, Sammy. A cambio, Eric se encargará de que no os falte nunca nada. Por otro lado, no tendrás que volver a verme más, aunque sinceramente, el que tiene miedo de verte soy yo. Siento pánico al pensar que puedas volver a mirarme como lo hiciste en el hospital. Vi el odio en tus ojos, la rabia contenida en cada uno de tus gestos, y eso es algo que recordaré el resto de mi miserable vida.

Puedes llamarme cobarde, probablemente lo soy, pero no puedo, Sam. No puedo mirarte a la cara sabiendo lo que hice, lo que nos hice a los tres.

Me arrepiento de muchas cosas que he hecho en mi vida, especialmente en los últimos meses, pero si hay algo de lo que nunca me arrepentiré, es de haberte conocido. Eres sin duda lo mejor que me ha pasado nunca, pequeña.

Me parte el alma pensar que no voy a poder abrazarte cada noche, que no volveré a ver tu sonrisa por las mañanas, que jamás voy a acariciarte y besarte otra vez. Aunque creo que es aún más doloroso saber que no veré crecer a Roxy y convertirse en la gran mujer que estoy seguro que será.

Cuida de nuestra pequeña, mi Ángel. Yo te prometo que nunca más tendrás que preocuparte por nada más que ser feliz. Os amo con toda mi alma, aunque no haya sabido demostrároslo, y os llevaré en mi corazón por siempre.

## Liam Ryder

*Sollozo arrugando la carta entre mis manos y golpeo con furia el colchón. No puede hacernos esto. Le habría perdonado todo, aunque me costara, sé que lo habría hecho porque le amo. Si se hubiese quedado a dar la cara, lo podríamos haber arreglado, pero él ha elegido el camino fácil. Ha huido.*

*—¡Eres un maldito cobarde, Liam Ryder! —grito sintiendo como las lágrimas caen en cascada desde mis ojos.*

*Le odio, lo detesto por ser un irresponsable y un cobarde. Nunca le voy a perdonar que me haya abandonado de esta manera, jamás.*

Han pasado catorce años y el dolor sigue siendo el mismo cada vez que leo esta carta. Un cobarde, eso es lo que siempre ha sido. Para él siempre fue mejor escudarse en el alcohol, las drogas y los falsos amigos, que luchar por lo que quería.

Esto era lo que quería recordar, la rabia, el dolor, tengo que sentirlo de nuevo, abrazarlo como parte de mi ser para no olvidar nunca las razones por las cuales Liam Ryder no es bueno para mí, a pesar de que mi estúpido corazón se empeñe en seguir aferrándose a él con uñas y dientes, yo tengo el control sobre mí, y sé que es lo que tengo que hacer.

Mi futuro es el hombre que está durmiendo en mi cama, ese que sería incapaz de abandonarme, que hizo todo para sacarme del oscuro pozo en el que me dejó el padre de mi hija, y ya es hora de demostrarle que yo también puedo aportar algo a esta relación.

Me limpio las mejillas respirando profundamente, y vuelvo a la habitación, guardo de nuevo la carta en su lugar y me acuesto junto a Jasper sintiendo de inmediato como su brazo rodea mi cintura y pega su nariz a mi nuca.

—¿Estás bien? —pregunta con voz adormilada.

—Perfectamente —susurro entrelazando mis dedos con los suyos y pegando mi espalda a su pecho—. Sigue durmiendo.

—Te quiero, Sam —susurra tras besar mi hombro.

—Y yo a ti —me quedo en silencio un instante, aunque sé que sigue despierto—. Jasper —le llamo.

—¿Qué?

—Yo también quiero un futuro contigo.



—¿De verdad? —aunque no le veo la cara, por su tono de voz sé que está sonriendo, y eso hace que yo también sonría.

—Sí. Quiero todo eso que dijiste antes.

—¿Estamos hablando de algo a corto plazo o un “ya veremos qué pasa”? —inquire.

—Hablaré con Roxy después de su cumpleaños y le preguntaré qué piensa de que te mudes aquí con nosotras.

—Eso es el próximo fin de semana —susurra en tono de sorpresa.

—Sí, ya hemos esperado demasiado.

—¿Puedo sacar ya ese anillo que tengo guardado? —pregunta divertido.

—Pronto, muy pronto podrás hacerlo, te lo prometo.

Siento su brazo estrechándome con fuerza y cierro los ojos borrando para siempre de mi mente la imagen de Liam. Se acabó. Esta es la vida que he elegido vivir, y voy a hacerlo junto a un hombre que sé que nunca va a fallarme.

# Quiero que peques conmigo

*Liam*

Me levanto sin haber podido dormir ni un solo segundo. Mi cabeza ha estado toda la noche ocupada pensando en lo que Sam y ese capullo estarían haciendo. Ha dormido en su casa, así que no hace falta tirar demasiado de la imaginación, y eso provoca que la sangre me hierva en las venas.

Juro que he estado a punto de entrar en la habitación de Sam por la ventana y sacar a ese hijo de perra a patadas de la casa, pero me conseguí controlar justo antes de cometer un error que seguramente me saldría muy caro.

Duele demasiado pensar que mi ángel está en los brazos de otro hombre teniéndola a tan solo unos metros de distancia, pero si doy un paso en falso, acabaré perdiendo todo lo que he conseguido hasta ahora, poder estar con mi hija, y también con Sam, aunque sea en la distancia.

Enciendo la cafetera pellizcándome el puente de la nariz y escucho como alguien se acerca a la habitación, enseguida la figura de Jasper se aparece frente a la puerta. Viste únicamente con un pantalón vaquero, sin camiseta y con su perfecto pelo rubio completamente desordenado. Si me quedaba alguna duda de que había dormido con Sam, acaba de disiparse al ver su sonrisa de satisfacción.

—Buenos días —saluda entrando en la habitación como si estuviese en su jodida casa. No le contesto. Solo aprieto los puños y me giro para llenar mi taza de café recién hecho—. Ya veo que las mañanas no son lo tuyo. ¿Te despiertas siempre de mal humor?

—Eso no es asunto tuyo —contesto secamente.

—Todo lo que pasa en mi casa es asunto mío —declara con una sonrisa pedante.

—¿Tu casa? ¿No crees que te estás tomando demasiadas confianzas, chaval? —pregunto antes de darle un sorbo a mi café.

—Creo que aún no has entendido algo...

—Y apuesto a que tú me lo vas a explicar —sonríe de medio lado y él me asesina con la mirada.

—Me importa una mierda quien seas, Ryder. Puedes meterte tu dinero y tu fama por el culo. Sam es mía, ¿entendido? No sé qué mierda haces aquí, pero estás de más. Nadie te ha echado de menos en estos catorce años, ni Roxy y mucho menos Sam. Créeme, la he tenido muy bien atendida —la forma en la que tuerce su boca en una sonrisa macarra al decir eso último, hace que todo mi cuerpo se ponga en tensión.

Hijo de puta. No solo se tira a mi mujer, también me lo restriega por la cara.

—Jasper, te aconsejaría que te largaras inmediatamente si no quieres acabar con tu jodida y perfecta cara estampada contra la pared —siseo.

—Me encantaría ver eso. Sería la mejor forma de que Sam te echara a patadas de una vez.

—Eso es lo que quieres, pero no vas a obtenerlo. Voy a seguir aquí, y tú vas a tener que joderte sin poder hacer nada para evitarlo.

—¿Tú crees? —su sonrisa vuelve a ponerme los pelos de punta—. Pues yo voy a seguir follándome a la mujer que quieres, y siendo el padre que tú nunca fuiste para tu hija, y tú vas a tener que joderte sin poder hacer nada para evitarlo.

—¡Lárgate! ¡Ahora! —grito perdiendo los nervios.

—Aléjate de ella, Ryder. No voy a volver a advertírtelo.

—Y si no lo hago, ¿qué vas a hacer?

—Si no lo haces, me encargaré de que Roxy te odie —sonrío negando con la cabeza. No podría hacerlo, ¿o sí? —. ¿Crees que me costará mucho? He visto crecer a esa niña. La he criado como si fuese mi propia hija. Solo tengo que convencerla de que tú no vales la pena, de que su madre ha sufrido lo indecible por tu culpa y ahora se ve obligada a mantenerte aquí para que ella esté contenta. ¿Crees que Roxy te elegirá a ti por encima de la felicidad de su madre?

—Siempre he sabido que eras un mamón, pero nunca pensé que serías un hijo de puta tan retorcido.

—No tienes ni idea, Ryder. Llevo demasiados años luchando por conseguir a Sam, y no voy a permitir que ahora vengas tú a quitármela. Vuelve al maldito agujero del que saliste y déjanos en paz de una maldita vez.

Escuchamos pasos en el gimnasio y Jasper enseguida cambia su cara de hijo de perra, a una sonriente y afable dejándome totalmente descolocado. Este tío es un puto falso que tiene engañadas a Roxy y a Sam. No saben quién es en realidad.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Sam asomando la cabeza al interior de la habitación—. Buenos días —me saluda.

Murmuro un “buenos días” y veo como Jasper se acerca a ella y la abraza por la cintura.

—He venido a hablar un momento con Ryder. No sabía si tenía café aquí y pensaba invitarlo a que desayunara con nosotros —dice sonriendo. Falso de mierda.

—Hay una cafetera aquí —señala Sam.

—Sí, acabo de verlo. Mejor nos vamos y dejamos a Ryder tranquilo. ¿Te apetecen tortitas? — se pone frente a ella dándome la espalda y acaricia su mejilla con la mano, provocando que yo apriete la taza de café con tanta fuerza que temo hacerla pedazos.

—Eh... sí, claro —contesta Sam—. Roxy ya está levantada.

—Bien, voy preparando el desayuno —veo como acerca su boca a la de ella y la besa, no un beso rápido e inocente, no, el maldito cabrón quiere demostrarme algo, y lo hace besando a mi mujer apasionadamente.

Cuando se apartan, me mira sonriendo de medio lado y se despide con la mano saliendo de la habitación.

—¿Estás bien? —pregunta Sam cuando nos quedamos a solas.

—Mientras no tenga que volver a ver como ese desgraciado te mete la lengua en la tráquea de nuevo, estaré perfecto —contesto resollando.

—No creo que te deba ninguna explicación.

—No te las he pedido, Sammy. Entiendo que eres una mujer adulta y tienes todo el derecho del mundo a buscar compañía del sexo opuesto, pero eso no quiere decir que no duela.

—¿Dolor? Tú no tienes ni puta idea de lo que es el dolor —escupe con rabia. La miro buscando una explicación, pero enseguida sacude la cabeza y cambia la expresión de su cara ocultando sus verdaderos sentimientos. No sé por qué, pero me parece que no le soy tan indiferente como intenta aparentar—. Si esta situación te resulta incómoda, puedes irte cuando quieras. Estoy segura de que te sobran lugares donde alojarte.

—Gracias, pero prefiero quedarme. Aunque me parta en dos verte con ese tipo, supongo que es algo que me merezco.

—¿En serio, Liam? La cara de perrito abandonado le sale mejor a Roxy que a ti. No sé a qué estás jugando, pero yo no quiero participar. Creo haberte visto por la tele con docenas de chicas, y

ahora vienes hablándome de que te duele verme con otro. ¿Vas a decirme a qué viene esto?

—Yo no... Solo eran amigas —su ceja alzada me hace resoplar—. Vale, me acosté con la mayoría de ellas, pero no significaron nada. Tú tienes una relación estable —veo como abre la boca para decir algo, pero la interrumpo—. Antes de que digas nada, a pesar de lo que puedan decir en la prensa, mi agente no es mi novia —«es mucho más que eso», pienso.

—¿Qué te hace pensar que me importa? Liam, creo que no has entendido aun lo que intento explicarte. Te he superado. Me costó hacerlo, pero lo logré, y eso fue gracias a Jasper.

Hago rechinar mis dientes y vuelvo a apretar las manos en puños.

—Ten cuidado con él, ¿vale? Ese tío no es lo que parece.

—¿Qué? —suelta una falsa carcajada y niega con la cabeza—. De verdad tienes un par de cojones bien grandes para venir a mi casa a hablarme mal de mi pareja. Supongo que no has cambiado nada, la madurez ha pasado de largo contigo.

—Te equivocas. Si no hubiese madurado, ahora mismo tu... pareja, tendría todos los jodidos huesos de su cuerpo hechos pedazos. Si sigue intacto, es porque sé que eso me costaría demasiado caro. No voy a dejar que ese mamonazo me quite mi lugar en la vida de mi hija.

—¿Tu lugar? Te recuerdo que cuando Jasper llegó ese lugar estaba vacío, y créeme cuando te digo que él ha sabido ocuparlo mucho mejor de lo que tú nunca lo habrías hecho. Tiene claras sus prioridades, Liam. Y te aseguro que beber, drogarse y follar con cualquier tía que se le ponga a tiro no es una de ellas —veo como una vena en su cuello se hincha y aprieta la mandíbula con fuerza. Se está conteniendo y eso me gusta. No me cuadró desde un principio esa Sam amable que actuaba como si nada hubiese pasado entre nosotros, como si yo no le hubiese roto el corazón.

—Adelante, Sammy. Dime todo lo que tengas que decirme —la provoco—. ¿Quieres gritarme? Hazlo. Insúltame también, incluso puedes pegarme.

—No tengo nada que decirte —contesta recuperando la compostura tras respirar profundamente.

—Pues yo creo que tienes muchas cosas que decir —replico dando un paso hacia delante, al mismo tiempo que ella retrocede. Me dejo llevar por un impulso y sigo caminando hasta que su espalda se pega a la pared, entonces coloco mis manos a ambos lados de su cabeza creando una jaula con mi cuerpo y veo como su mirada se desvía hacia mis labios. Ahí está de nuevo ese deseo incrustado en sus ojos, el mismo que vi la otra noche cuando me curó el corte del pómulos—. ¿Estás de segura que has superado lo nuestro? —pregunto con media sonrisa acercando mi cara a la suya.

Sus manos van a parar a mi pecho en un intento de apartarme, pero nada más hacer contacto con mi piel, puedo notar como su cuerpo se enciende como una jodida antorcha, alimentando el fuego que recorre cada parte de mi ser.

—Apártate, Liam —susurra sin mucha convicción. Casi puedo ver la batalla interna que está librando dentro de su cabeza. Sé que quiere apartarme, pero una parte de ella también desea dejarse llevar.

—¿De verdad es eso lo que quieres, pequeña? —bajo mis manos por sus costados viendo como sus ojos se cierran con fuerza, y sujeto su cintura pegando mi frente a la suya. Estamos tan pegados que puedo respirar su aliento, y juro que podría vivir toda mi vida inhalando únicamente el oxígeno que sale de su boca—. Estás temblando, Sammy —susurro—. Abre los ojos, mírame. Soy yo, el mismo que entraba por tu ventana cada noche, el que te trajo las estrellas a tu casa porque querías verlas desde la azotea, el mismo al que volvías loco con solo una mirada. Sigo siendo yo.

Sus ojos se abren de golpe y puedo ver las lágrimas acumuladas bajo sus parpados

—Ese hombre me destrozó la vida —afirma antes de empujarme con fuerza para librarse de mi agarre.

Doy un paso hacia atrás y cierro los ojos con fuerza intentando retener las lágrimas. La escucho resoplar y cuando vuelvo a abrir los ojos su gesto ya ha cambiado. Vuelve a ser la Sam indiferente.

—Sammy —susurro intentando acercarme de nuevo, pero su mano en alto me detiene.

—Ni un paso más, Liam —ordena—. No vuelvas a hacer algo así, jamás. Creí haberte dejado claras las cosas la otra noche. Está claro que esto no está funcionando, así que voy a cambiar las malditas reglas del puto juego. Tienes hasta el fin de semana. Después del cumpleaños de Roxy te vas. Me da igual si te quedas en un hotel o compras todo el jodido barrio, pero te quiero fuera.

—Sam, espera, yo...

—No, hasta el fin de semana, Liam. Ni un maldito día más.

Asiento agachando la mirada y Sam se va dejándome completamente confundido. Sabía que me la estaba jugando al arrinconarla de esa forma, pero necesitaba saber si ella sigue sintiendo por mí lo mismo que yo siento por ella. La respuesta me ha quedado clara, aunque eso me haya condenado a alejarme de mi hija. Ahora tengo más claro que nunca que no voy a ir muy lejos, seguiré viendo a Roxy a diario y voy a intentar recuperar al amor de mi vida, porque si de algo ha servido todo esto es para darme cuenta de que Sam me sigue amando. Lo he visto en sus ojos, en la forma en la que su cuerpo temblaba con un solo roce de mis manos. Me ama, aunque también me odie. El problema es que se niega admitir ninguna de las dos cosas, y ese será precisamente mi objetivo, que me muestre sus sentimientos.

Termino de tomar mi café con ánimos renovados y llamo a Bri. Necesito hacerle unos encargos. Lo coge al segundo tono con su voz de recién levantada.

—¿Qué quieres? —refunfuña. Brianna es la reina del mal humor por las mañanas.

—Buenos días para ti también —saludo en tono divertido—. Necesito que hagas algo por mí.

—Estoy de vacaciones, ¿recuerdas? No tengo obligación de hacer nada por ti.

—No es una obligación, sino un favor —la escucho resoplar y sonrío negando con la cabeza.

—¿Qué demonios quieres?

—Busca alguna casa cercana en venta. Tiene que ser algo rápido, me mudo a más tardar el lunes.

—¿Es algo definitivo? —pregunta ya más espabilada.

—No lo sé, Bri.

—Espera... ¿Estás planteándote dejar de pelear?

¿Lo estoy haciendo? No tengo ni puta idea.

—Quizás. Ahora mismo no voy a pensar en eso. Solo quiero permanecer al lado de mi hija todo el tiempo posible.

—Y con ella —susurra refiriéndose a Sam.

—Sí. ¿Puedes por favor buscarme algo lo antes posible?

—Haré lo que pueda. ¿Qué tipo de casa quieres que busque?

—No lo sé, algo bonito, pero sencillo. Con tres o cuatro habitaciones son suficientes —Me muerdo el interior de la mejilla mientras miro hacia el techo pensativo—. También quiero una piscina.

—¿Gimnasio?

—Por supuesto, y jardín —murmuro imaginando a Roxy tirada en la hierba junto a la piscina.

—¿Algo más?

—Sí, quiero que la pongas a nombre de Roxy, y que te encargues de que haya una caseta de

perro en el jardín.

—¿Vas a comprarte un perro? —pregunta sorprendida.

—Ese va a ser el regalo de Roxy. El domingo es su cumpleaños.

—Vamos, que le regalas la casa y el perro es algo complementario.

—Sí, algo así. ¿Crees que podrás conseguírmelo a tiempo?

—Subestimas mis capacidades, muchacho. En un rato te mando alguna propuesta por correo.

—Genial, quedo a la espera.

—Ryder, ¿estás bien? —pregunta cambiando su tono desenfadado habitual por uno mucho más serio.

—Sí, solo intento purgar mis pecados.

—¿Regalando casas? Quiero que peques conmigo —dice soltando una carcajada.

—Sabes que eso ha sonado a...

—Lo sé —contesta sin parar de reír—. Ya sabes que a veces el filtro cerebro boca no me funciona muy bien.

—¿A veces? —inquiero contagiándome de su risa—. Vamos, date prisa con lo que te he pedido. Te pago un sueldo más que generoso para que te pongas las pilas.

—Oye, bonito. Que conste que esto lo hago como favor personal. Sigo estando de vacaciones. Te aviso en cuanto tenga algo. Adiós.

Me despido de ella y guardo el teléfono en mi bolsillo sin dejar de sonreír. Bri siempre consigue ponerme de buen humor.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Roxy sobresaltándome. No había dado cuenta de que estaba en la puerta.

—Hija, vas a conseguir que sufra un infarto antes de los cuarenta —comento poniendo la mano sobre mi pecho.

—No me has contestado. ¿Con quién hablabas? ¿Una chica quizás?

—Sí, era una chica, pero no es lo que estás pensando. Por cierto, buenos días. ¿Quieres un café?

—Acabo de desayunar arriba. Pero no me cambies de tema. ¿Por qué no es lo que estoy pensando? Eres un hombre muy guapo y en las noticias siempre dicen...

—No hagas caso a lo que dicen en la prensa —interrumpo—. La mayoría de esas cosas son mentira. No salgo con nadie.

—¿Por qué? —inquiere con una ceja en alto.

—Pues... Porque no.

—Una contestación muy esclarecedora, sí señor —bromea—. Voy a atreverme a sugerir que la respuesta a mi pregunta tiene algo que ver con mamá. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Quizás el hecho de que contestes mis preguntas con más preguntas, o que dejes un reguero de babas cada vez que mamá pasa frente a ti. La sigues queriendo, ¿verdad?

Respiro profundamente y me paso la mano por el pelo girándome hacia mi hija. No voy a mentirle.

—Tu madre es, fue, y siempre será el amor de mi vida —contesto.

—Pero Jasper...

—No quiero hablar de eso, Roxy. Ya es suficiente para mí ver como ese... hombre, se ha quedado con todo lo que debería ser mío. No me malinterpretes, sé que no me merezco otra cosa, pero no es divertido, ¿vale?

—Con todo no se ha quedado —susurra acercándose a mí y agarrando mi cara con ambas

manos—. Tú eres y siempre serás mi padre. Ese puesto es tuyo por derecho y no quiero que nadie más lo ocupe.

Sonrió abiertamente soltando todo el aire que estaba conteniendo y abrazo a mi hija con fuerza. No puede ser más maravillosa, y me maldigo a mí mismo por no haber hecho nada antes por acercarme a ella.

—¿Quieres que te acompañe al instituto? —pregunto apartándola levemente de mí, aunque sus brazos siguen rodeando mi cintura.

—Me lleva el tío Chase, pero puedes venir con nosotros.

—Genial, necesito salir de aquí un rato.

—Sí, los obreros están a punto de llegar y van a darle caña a la reforma del gimnasio. El suelo y las paredes tienen que estar listos para el domingo. ¿Mamá te ha comentado lo de la fiesta?

—¿Vas a tener una fiesta de cumpleaños?

—Sí, vamos a hacerla aquí en el gimnasio. Solo vendrá la familia, ya sabes, Willow, Steve, Chase, Jeremy.... Y también algunos amigos del insti.

—Suena genial —contesto sonriendo.

—Sí, lo pasaremos bien, y lo mejor de todo es que tú también estarás, porque vas a estar ¿verdad?

—No me lo perdería por nada del mundo, cielo —murmuro acariciando su pelo.

# Sigues siendo un cursi

*Sam*

El sábado llega sin que apenas me dé cuenta. Estos últimos días han sido agotadores. Como si no tuviese suficiente con la presencia de Liam en mi vida, atormentándome al hacer resurgir sentimientos que creía poder mantener bajo control, también he tenido que sumarle el continuo acoso de Jasper, que al sentirse amenazado por el padre de mi hija, no me deja sola ni un solo segundo. Espero que realmente la situación se calme un poco tras la fiesta de mañana.

Al menos los obreros han podido terminar a tiempo, y eso es un dolor de cabeza menos. El nuevo Parker's Gym ya empieza a coger forma. Por ahora es solo una sala vacía, pero el suelo y las paredes nuevos le dan un aire completamente distinto sin perder su esencia personal de gimnasio de barrio. No pretendo convertirlo en uno de esos locales de fitness y musculación a los que van las amas de casa y los culturistas. Este va a seguir siendo un gimnasio especializado en artes marciales mixtas e indicado especialmente al programa que pienso reinstaurar.

Entro en el gimnasio quitándome los auriculares tras regresar de mi carrera diaria, y encuentro a Roxy y a Liam entrenando sobre unas colchonetas. Los dos visten con ropa deportiva, este último solo usa un pantalón corto dejando su pecho musculoso y húmedo por el sudor a la vista. Roxy golpea con los puños el estómago de su padre mientras él tensa los músculos abdominales aguantando los embistes.

—Os vais a hacer daño —murmuro pasando a su lado.

Roxy se detiene resollando por el esfuerzo y mira hacia el costado de su padre. El hematoma sobre sus costillas ha disminuido, pero aún se nota un color amarillento en la piel de la zona afectada.

—Estoy bien —señala Liam encogiéndose de hombros—. Sigue, Roxy.

—Déjalo, me rindo —dice quitándose los guantes tras resoplar—. Es imposible.

—¿El qué? —pregunto mirando a uno y a otro.

—Doblar a papá. Llevo casi media hora golpeándole y no he sido capaz.

—Estás enfocándolo de manera equivocada.

—¿Quieres probar? —pregunta Liam colocando sus manos en la parte posterior de su cabeza—. Vamos, Sammy.

—Creo que paso.

—Apuesto a que no eres capaz de hacer que se doble —me reta Roxy.

—¿Qué es lo que apuestas exactamente?

—Una semana fregando los platos.

—Interesante —murmuro pinzándome la barbilla—. ¿Tú también quieres apostar? —pregunto a Liam.

—Nena, eres rápida, pero no tienes suficiente fuerza para doblarme —comenta con una sonrisa engreída.

—Oh, voy a disfrutar borrando esa sonrisita de tu cara —señalo acercándome a él—. ¿Estás listo?

—No llevas guantes.

—No los necesito, ¿estás listo o no?



—Todo tuyo, pequeña —musita haciendo fuerza para tensar sus abdominales.

Me planto frente a él separando las piernas en modo de ataque bajo la atenta supervisión de mi hija, y me preparo para golpear, pero justo antes de que mi puño impacte en el centro de su abdomen, me detengo y pinzo su costado con los dedos pulgar e índice, justo por encima del hueso de su cadera. Liam pega un respingo y se dobla sobre sí mismo al instante debido a las cosquillas.

—Una semana —digo señalando a Roxy con el dedo y sonriendo abiertamente.

—¡Eso no vale! —exclama riendo a carcajadas.

—He conseguido que se doble, esa era la apuesta. Te dije que lo estabas enfocando de manera equivocada.

Mi hija sigue riendo y Liam niega con la cabeza mientras me encojo de hombros con una sonrisa de suficiencia.

—¿En serio, papá? ¿Cosquillas?

—No puedo evitarlo —contesta Liam dejándose contagiado por la risa de nuestra hija.

—Mamá, te cambio un día fregando los platos por preparar hoy el desayuno —negocia Roxy cuando deja que reír.

—Hecho, pero ya estás tardando.

—¿Desayunas con nosotras? —le pregunta a su padre. Este me mira a mí y yo asiento levemente dándole permiso.

—Claro, pero date prisa que me muero de hambre.

Roxy se pone en marcha enseguida y sube a casa a toda prisa.

Cuando nos quedamos a solas, Liam se acerca a mí sonriendo de medio lado.

—Muy buena jugada —señala.

—Tienes que conocer el punto débil de tu enemigo y usarlo en su contra.

—Ya, pero yo no soy tu enemigo, Sammy. Aunque me alegra comprobar que sigues conociendo mi cuerpo casi mejor que yo —la intensidad de su mirada me hace retroceder un paso—. Por cierto, ¿dónde has dejado a tu... novio? —pregunta cambiando de tema mientras se desabrocha los guantes—. Normalmente lo tienes pegado a ti como una lapa.

—Está trabajando. Tiene un negocio que dirigir, pero si tanto lo echas de menos le diré que se pase esta tarde a hacerte una visita —bromeo.

—Mejor no. En realidad, quería pedirte permiso para llevarme a Roxy esta tarde a dar una vuelta. Mañana con la fiesta y la gente por aquí no creo que tenga tiempo de hablar con ella, y tengo que contarle que no voy a seguir quedándome aquí.

—¿Vas a volver a Las Vegas? —pregunto.

—No. He encontrado donde alojarme algo más cerca. No voy a desaparecer, Sammy. Solo me iré de tu casa.

—Bien, si ella está de acuerdo en ir contigo, yo no tengo inconveniente.

—Puedes venir con nosotros si quieres.

—Mejor no. Sé que nuestra hija se va a poner pesadita cuando se lo digas y prefiero mantenerme al margen.

—Vamos, que quieres que yo me coma el marrón —adivina sonriendo.

—¿No quieres ejercer de padre? Pues eso va con el cargo. No solo van a ser cosas buenas.

—Puedo con ello —replica ampliando su sonrisa.

Enseguida escuchamos el grito de Roxy pidiéndonos que subamos a desayunar zanjando nuestra conversación. Mentiría si dijese que no voy a echar de menos tenerlo rondando por casa o por el gimnasio, pero así es como debe ser. Mi vida está junto a Jasper, y no creo que Liam tarde en aburrirse de jugar a las casitas y vuelva a su vida rodeado de lujos y fama en el interior de una

jaula.

Tras el desayuno, los dos se marchan dejándome sola en casa. Aprovecho para pasar la tarde en compañía de mi buen amigo Tom Ellis.

Cuando quiero darme cuenta, ya me he tragado una temporada entera y empieza a anochecer. He recibido un par de mensajes esta tarde, uno de Jasper diciéndome que estaba agotado por el trabajo e iría directamente a su casa, y otro de Roxy informándome de que ella y Liam iban a cenar antes de volver. Contesté con un simple “Ok”, y me dispuse a prepararme un sándwich para la cena.

Hoy ha sido un día nada productivo, pero muy relajante, pienso tumbada en la bañera tras haber cenado. El agua caliente envuelve mi cuerpo y la espuma perfumada consigue ablandar todos mis músculos. Escucho como la puerta principal se abre, justo cuando estoy a punto de salir. Si sigo sumergida, acabaré arrugada como una pasa. Me envuelvo en una esponjosa toalla blanca y salgo del baño dejando una nube de vapor a mi paso por la casa.

—¿Qué tal lo has pasado, cielo? —pregunto entrando en la cocina, pero quien encuentro en la estancia es a Liam, que al girarse hacia mí abre los ojos desmesuradamente.

Ajusto la toalla sobre mi pecho agachando la cabeza para que no vea el rubor de mis mejillas y busco a Roxy con la mirada.

—Está abajo —murmura Liam tras carraspear—. Sube enseguida.

Me atrevo a mirarle y compruebo que tiene sus ojos clavados en mi cuerpo, su nuez baja y sube con dureza y hasta juraría que soy capaz de escuchar como un gemido casi inaudible sale de su interior.

—Eh... sí, debería vestirme. No sabía que tú estarías aquí.

—Bendita confusión —susurra mirándome a la cara por primera vez.

—Mamá, ¿qué haces vestida así en mitad de la cocina? —pregunta Roxy a mi espalda.

—Ya me voy a vestir —contesto dando media vuelta, pero entonces me fijo en el pequeño cachorro de labrador negro que sostiene en sus brazos—. ¿Qué es eso? —pregunto señalando el perro con el dedo.

—Un perrito.

—Eso ya lo veo, Roxy, pero ¿qué haces tú con un perro en brazos?

—Verás... Eh... Papá me lo ha dado como regalo de cumpleaños.

Me giro hacia Liam fulminándole con la mirada y este se encoje visiblemente haciendo una mueca.

—Roxy, ya hemos hablado de esto. Este apartamento es muy pequeño para tener un perro.

—Ya, por eso se va a quedar con papá en mi casa.

—¿Tu casa? Pero... ¿Qué demonios...? —Roxy se muerde el labio inferior poniendo su típica cara de pena y señala a Liam con la cabeza—. Dime que no le has regalado una casa —señalo de mala leche girándome hacia el padre de mi hija.

—Necesitaba un lugar donde vivir que estuviese cercano y como mañana es su cumpleaños...

—Mamá, es genial, tiene piscina y jardín, además está aquí al lado en Henderson. Papá ha dicho que el próximo fin de semana podríamos hacer allí una barbacoa y pasar el día en la piscina.

—¿Eso ha dicho? —murmuro conteniendo las ganas que tengo de lanzarle a la cabeza a este zoquete el primer objeto contundente que tenga a mano—. Roxy, ya hablaremos de esto mañana. Ahora vete a la cama que ya es tarde, y procura que ese animal no se mee en casa.

—¿Estás enfadada? —pregunta con un hilo de voz.

—Contigo, no. Voy a acompañar a tu padre abajo, no tardaré.

—Vamos, que vas a echarle la bronca —susurra ganándose una mirada fulminante.

—Roxanne, a la cama, ahora —ordenó.

Asiente, y tras despedirse de su padre, agacha la mirada y camina hacia su habitación arrastrando los pies.

—Sammy, puedo...

—Aquí no, Liam —voy hacia mi habitación y me visto con un pantalón corto y una camiseta. Ni siquiera pierdo el tiempo en secarme el pelo o calzarme, simplemente salgo al pasillo, abro la puerta principal y empiezo a bajar las escaleras pisando con fuerza. Escucho sus pasos a mi espalda y también le oigo resoplar en varias ocasiones, pero no me detengo, voy directamente hacia el despacho, y cuando estamos los dos dentro, cierro la puerta de un golpe girándome hacia él con el ceño fruncido—. ¡¿En qué demonios estabas pensando?! ¿Una casa y un perro? ¡¿Una jodida casa?! ¡¿Cómo se te ocurre hacerle un regalo así a una cría de quince años?!

—Tranquilízate, Sam. Hablemos en vez de gritar, ¿quieres?

—¡No! No quiero tranquilizarme, estoy esperando una jodida explicación por tu parte.

—No creí que te molestara tanto. Como dije antes, necesitaba un lugar cercano donde quedarme y como su cumpleaños es mañana...

—¿Pensaste que regalarle una casa por su quince cumpleaños era una buena idea?

—¿Por qué no? Me lo puedo permitir y quiero que mi hija tenga todo lo que pueda ofrecerle.

—¿Crees que yo no me puedo permitir regalarle un coche, una moto, o un viaje por el jodido mundo? Puedo hacerlo, Liam. Si no lo hago es porque quiero que Roxy le dé valor al dinero y a lo mucho que cuesta ganarlo.

—No lo había pensado de ese modo —susurra desviando la mirada.

—Claro que no, pero eso no debería sorprenderme. Pensar nunca ha sido lo tuyo. Exactamente por ese motivo, quiero que mi hija aprenda a dar valor a lo que realmente lo tiene. No quiero que acabe siendo una irresponsable...

—¿Cómo yo? —pregunta dando un paso hacia mí—. ¿Eso era lo que ibas a decir?

—No importa lo que iba a decir —respiro profundamente para intentar tranquilizarme y clavo mis ojos en los suyos—. Te agradecería que la próxima vez que vayas a hacer algo así me lo consultes antes —agarro el pomo de la puerta para marcharme del despacho, pero la mano de Liam sujetando la pieza de madera me detiene.

—De eso nada, bonita. Has dicho lo que tenías que decir, ahora me toca a mí.

—Muy bien —me cruzo de brazos alzando una ceja—. Habla de una vez.

Veo como resopla y se pellizca el puente de la nariz caminando de un lado a otro en el reducido espacio en el que estamos.

—Lo siento. Tienes razón, debí hablarlo contigo antes, pero de verdad no pensé que fuese algo tan grave. Supongo que no estoy acostumbrado a pensar que es lo mejor para una cría, pero puedo aprender, Sam, quiero hacerlo.

—Te creo. Eso es lo que piensas ahora, pero sinceramente, ¿cuánto tiempo va a durar esto?

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Liam. Tarde o temprano acabarás aburriéndote de todo esto y volverás a tu perfecta vida de suites en hoteles de lujo y mujeres que hacen cola para que les firmes las tetas. Solo es temporal, y temo que acabes rompiéndole el corazón a Roxy cuando te marches.

—¿Eso es lo que piensas que va a pasar? ¿Crees que voy a abandonarla?

—Una visita de vez en cuando y un par de llamadas al mes, eso será lo que obtendrá de ti. Además, no sé por qué te sorprende tanto, no es la primera vez que la abandonas.

Veo como cierra los ojos con fuerza asimilando mis palabras. Le estoy haciendo daño

echándole en cara todo esto, pero me importa una mierda. Cuando estoy dispuesta a marcharme de nuevo, una vez más su mano impacta contra la puerta cerrándome el paso, pero esta vez el golpe ha sido mucho más duro. Le miro a la cara y sus ojos se clavan en los míos con furia.

—¡Se acabó! Tú y yo vamos a hablar de esto de una maldita vez, así que deja de intentar huir de lo inevitable.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —contesto empujándole para poder salir, pero su cuerpo, duro como una roca, no se mueve ni un milímetro.

—No dejas de repetir eso, pero son mentiras. Por supuesto que tienes cosas que decirme. Deja de actuar como si yo no te hubiese hecho daño en el pasado, como si lo nuestro nunca hubiese existido.

—Lo he superado —digo con tono firme.

—Sigue repitiendo eso, quizás algún día puedas convencerte a ti misma de que es verdad.

Se pega a mí sujetando mi cara con las manos y yo reculo intentando escapar de su agarre.

—¡Apártate, Liam! —le ordeno.

—Hazlo tú, ¡apártame, maldita sea! Golpéame, grítame, pero deja de tratarme como a un jodido desconocido. Deja de fingir que estás locamente enamorada de ese maldito imbécil y que no sientes nada por mí.

—Apártate —repito poniendo las manos sobre su pecho sin darme cuenta de que eso es lo peor que podría haber hecho, ya que en cuanto mis manos se posan sobre su camiseta, una ola de excitación recorre todo mi cuerpo haciéndome temblar como la jodida copa de un árbol en mitad de un huracán.

—Vuelves a temblar —susurra Liam pegando su cara a la mía—. Tu cuerpo te delata, pequeña. Tu boca puede mentirme, pero él no, sabe perfectamente a quien pertenece —pone una mano sobre mi pecho, justo encima de mi corazón que late a toda velocidad —, y este también lo sabe. Solo tú niegas lo evidente.

—Liam, no lo hagas —susurro con sus labios a apenas unos centímetros de los míos.

—Voy a hacerlo —advierde avanzando hacia mi boca.

—Liam, no... —mis palabras quedan atascadas en mi garganta cuando sus labios se pegan a los míos. Intento resistirme, de verdad que lo hago, pero el roce de su boca frotándose contra la mía, sus manos acariciando mi cintura y esa lengua húmeda y tentadora intentando hacerse paso entre mis labios, me llevan al límite de mi autocontrol.

Abro la boca dejando que su lengua se enrede con la mía y alzo mis brazos hasta rodear su cuello con ellos. Sus manos enseguida van a parar a mi trasero y me alza en el aire obligándome a rodear su cintura con mis piernas. Nuestros gemidos se entremezclan mientras nos deshacemos de nuestras ropas y apenas soy consciente de que Liam me ha sentado sobre la mesa del despacho completamente desnuda cuando su miembro se abre paso en mi interior.

—Mierda —jadea Liam quedándose quieto profundamente enterrado en mi sexo. La sensación es la misma que la primera vez que hicimos esto, maravillosa, como si el mundo a nuestro alrededor desapareciera y solo existiéramos nosotros dos—. Sería imposible describir todo lo que estoy sintiendo en estos momentos —susurra apoyando su frente en la mía—. Podría morir ahora mismo, Sammy, y te juro que lo haría siendo el hombre más feliz del jodido universo.

Miro sus ojos, su mirada cargada de deseo y pasión, y también... amor, el mismo que me profesaban hace quince años, y no puedo evitar que una sonrisa tire de la comisura de mis labios.

—Sigues siendo un cursi —declaro arrancándole una sonrisa.

—Solo contigo, mi amor —contesta saliendo lentamente de mi interior y clavándose de nuevo, esta vez con más fuerza.

Enseguida empieza un vaivén de caderas mientras su boca se posa sobre uno de mis pechos y se dedica a lamer y mordisquear mi pezón. Yo gimo en alto disfrutando de sus embestidas y clavando las uñas en su espalda mientras un nudo de placer se va concentrando en la parte baja de mi vientre. El final está cerca, yo lo sé y Liam también, ya que aumenta la velocidad de sus estocadas, firmes y certeras, haciéndome gritar de puro placer cuando el orgasmo nos alcanza a ambos al mismo tiempo.

# La horma de su zapato

*Liam*

Siento sus manos intentando apartarme mientras aún sigo con mi cara enterrada en su cuello y mi miembro en su interior. Sé lo que viene ahora. No soy tan imbécil como para pensar que una sesión de sexo es suficiente para resolver nuestros problemas, pero no voy a permitir que se aleje de mí.

—Liam —susurra empujándome por los hombros.

—No —digo abrazándola con más fuerza. Alzo mi cabeza buscando su mirada y frunzo el ceño—. No voy a dejar que huyas ahora.

—Esto ha sido un err...

—No lo digas —Pongo mi mano sobre su boca para que no siga hablando—. Sabes que eso no es verdad, y yo también lo sé. Entiendo que ahora estés confundida, pero no voy a dejar que te marches sin más —Niega con la cabeza y yo sujeto su cara con mis manos volviendo a besar sus labios—. Una noche, Sammy, eso es todo lo que te pido. Mañana puedes seguir fingiendo que no me amas tanto como yo a ti, pero dame esta noche, dásosla a los dos —No dejo que responda, porque eso sería darle tiempo a que se lo piense, y no estoy dispuesto a correr ese riesgo.

Simplemente vuelvo a alzarla en brazos sujetándola por el trasero aún sin salir de su interior, y cruzo la puerta que me lleva a la habitación que he ocupado la última semana. Dejo a Sam sobre el colchón sin apartarme de ella y vuelvo a besarla mientras acaricio sus pechos con mis manos. Mi miembro empieza a despertar de nuevo, así que muevo la cadera en círculos lentamente escuchando como ella suelta un ruidito que se queda a medias entre un suspiro y un gemido de placer.

—Si vamos a hacer esto, hagámoslo bien —murmura deslizando sus manos por mi espalda hasta llegar a mi trasero, que amasa con fuerza instándome a penetrarla con más dureza.

—Esa es mi chica —digo moviéndome dentro y fuera de su hendidura con golpes contundentes.

—No soy tu chica —replica frunciendo el ceño. Me clavo con fuerza en su interior y ella jadea tirando del pelo de mi nuca mientras yo sonrío abiertamente.

—¿Mi ex chica? —no recibo respuesta a mi pregunta ya que Sam pega su boca a la mía besándome de tal forma que sería incapaz de recordar hasta mi propio nombre.

Nuestros gemidos, jadeos, y el roce de nuestros cuerpos, es el único sonido que se escucha en el interior de la habitación durante las siguientes horas. Al fin, cuando acabamos rendidos, solo nos tumbamos abrazados, con nuestras piernas entrelazadas y nuestros corazones latiendo en la misma frecuencia.

—¿Por qué te lo has tatuado? —Pregunta Sam repasando la tinta de mi brazo con su dedo índice en una leve caricia. Lleva ya un rato haciendo eso, pero hasta ahora no había dicho ni una palabra.

—Quería recordar siempre sus enseñanzas —contesto mirando hacia mi tatuaje, que reza: “Sesenta por ciento corazón y cuarenta por ciento inteligencia” —. Le echo de menos, Sammy. Estoy seguro de que todo sería distinto si David estuviese con nosotros.

—Sí, supongo que sí, pero eso nunca lo sabremos con certeza— su otra mano vaga por mi

pecho y sostiene el colgante que ella misma me regaló.

—Estuve a punto de devolvértelo cuando me marché, pero no fui capaz de quitármelo.

—Es tuyo, Liam. A pesar de todo lo que ha pasado, estoy segura de que mi padre quería que tú siguieras usándolo.

—Sé que no me crees, pero he madurado, Sammy. Recuerdo cada día todas y cada una de las lecciones que me enseñó tu padre.

—Hubo una época en que lo culpé por todas mis desgracias —susurra después de un momento de silencio—. Le eché la culpa por haberte obligado a hacerle aquella maldita promesa.

—No fue culpa suya, pequeña. Yo me obsesioné tanto en no fallar a esa promesa, en no permitir que renunciaras a tus sueños, que ni siquiera me di cuenta que estaba quebrando otra mucho más importante. Le prometí que nunca te haría sufrir, y que pasara lo que pasase, siempre estaría a vuestro lado, y nunca me perdonaré haber faltado a mi palabra.

Siento como se mueve intentando incorporarse y la apreso aferrándola a mi cuerpo con fuerza.

—Liam, tengo que volver a casa.

—No soy tan estúpido como para creer que vas a seguir aquí por la mañana, pero quédate un rato más, por favor. Solo deja que me duerma, ¿vale? —Veo como su cabeza se mueve de arriba abajo en un asentimiento casi imperceptible, y vuelve a relajarse posando su mejilla en mi pecho mientras sus dedos acarician mi vientre con delicadeza.

Casi sin darme cuenta me quedo dormido y, al despertar, como ya sabía que ocurriría, Sam ya no está, aunque su olor permanece en la ropa de cama inundando cada rincón de la habitación. Respiro profundamente dejándome embriagar por ese aroma tan familiar y me levanto dispuesto a afrontar el día con ánimos renovados.

Puede que Sam me odie y que nunca me perdone, pero eso no significa que no vaya a intentarlo. Si algo he sido siempre es obstinado. A cabezota no me gana nadie. Estoy seguro de que si ella me lo permite, puedo enmendar mis errores del pasado y hacerla la mujer más feliz del mundo. Solo necesito que me dé una oportunidad de demostrarlo.

Hoy es el gran día, y supongo que Roxy estará eufórica. El plan es que comamos todos juntos en una mesa que van a colocar en el centro del gimnasio, solo la familia. Después, por la tarde, llegarán el resto de los invitados, amigos y compañeros de instituto de Roxy para iniciar la gran fiesta.

—Buenos días. ¿Puedo pasar? —pregunta mi hija asomando la cabeza al interior de la habitación.

—Buenos días, cariño. Feliz cumpleaños —la felicito a la vez que la abrazo con fuerza.

—Papá, sabes que tienes los hombros y la espalda cubiertos de arañazos, ¿verdad? —su pregunta me deja algo descolocado y me miro a un pequeño espejo que hay colgado, comprobando que tiene razón.

—Eh... Sí... Esto... —balbuceo vistiéndome rápidamente una camiseta.

—Cualquiera diría que eso son marcas de uñas de mujer —sugiere alzando una ceja—, pero ayer no estaban ahí.

—No seas cotilla —le digo imitando su gesto.

—¿Subes a desayunar con nosotras? Mamá hoy está rarísima. Se le han quemado las tostadas dos veces, y pretendía hacer café sin echarle café. Al ver que se le complicaba la cosa, he decidido hacer yo el café, pero aun así la ha liado echándole sal en vez de azúcar —Me desternillo y ella sonríe negando con la cabeza—. No te rías, papá. Tendrías que haber visto la cara de asco que puso, escupió el líquido como un jodido aspersor y tuvimos que cambiarnos de ropa las dos.

—Está un poco dispersa —consigo decir sin parar de reír.

—¿Dispersa? Eso es quedarse muy corto. Ahora mismo temo que cuando suba encuentre la cocina en llamas. ¿Me ayudas a poner algo de orden?

—¿Jasper aún no ha llegado? —pregunto disimuladamente.

—No, le ha enviado un mensaje a mamá diciendo que llegará solo por la tarde. Tiene mucho trabajo. No te cae muy bien, ¿no?

—Bueno, es el novio de mi exnovia, se supone que tiene que caerme mal. ¿Qué piensas tú de él?

—No lo sé. Le conozco desde siempre —contesta encogiéndose de hombros.

—Hija, no pasa nada porque te caiga bien. No vas a hundir mi autoestima ni nada de eso.

—No es eso, es que... —se muerde el labio inferior de manera nerviosa—. Yo quiero a Jasper, pero él y mamá...

—¿Qué pasa con ellos?

—Sinceramente, si estar enamorado es lo que ellos dos tienen, yo no quiero enamorarme jamás. Son... aburridos. Siempre están de acuerdo en todo, o al menos Jasper siempre le da la razón a mamá. Nunca se pelean ni debaten sobre nada. Llámame romántica, pero yo creo que el amor es algo más que convivir con alguien solo por su compañía.

—Sabías palabras, pequeña saltamontes —bromeo—. Vamos, dame de comer que estoy hambriento.

—Eso si mamá no se ha cargado la cocina.

Subimos al apartamento entre risas, y nada más entrar en la cocina, me doy cuenta de que Roxy no exageraba. Sam parece más nerviosa de lo que nunca la había visto.

—Buenos días —murmuro en su oído al encontrarla de espaldas. Ella pega un respingo soltando la taza que tenía en las manos que no tarda en estrellarse contra el suelo haciéndose pedazos.

—Al final hoy te cargas toda la vajilla —murmura mi hija ganándose una mirada fulminante de su madre—. Vale, ya me callo. Voy a cambiarme y empiezo a montar la mesa en el gimnasio. ¿Me ayudas, papá?

—Sí, ahora mismo voy —Roxy sale de la cocina dejándonos solos a Sam y a mí. Ella enseguida se agacha para recoger el desastre que ha montado, y de paso para huir de mi mirada—. ¿Qué te pasa? Pareces muy nerviosa.

—Nada —susurra ignorándome.

Me agacho a su altura ayudándole a recoger los pedazos de cerámica y pongo mi mano sobre la suya llamando su atención.

—No has hecho nada malo, Sam.

Veo como toma una respiración profunda y levanta la cabeza clavando sus ojos en los míos.

—Entonces, ¿por qué me siento como una basura? Jasper no se merece esto, Liam. Lo de anoche...

—No vuelvas a decir que fue un error. Sam, tú y yo... —en ese momento suena el timbre y tras resoplar, me levanto y voy hacia la puerta abriéndola de mala leche.

—Buenos días —saluda Brianna entrando en el apartamento como si estuviera en su propia casa.

—¿Bri? ¿Qué demonios haces aquí? —pregunto alucinado.

—No vengo a verte a ti, tranquilo —contesta yendo hacia la cocina.

Mi sorpresa crece exponencialmente al seguirla y ver como se acerca a Sam y la abraza como si fuesen las mejores amigas.



—Pero... ¿Qué demonios....?

—¡Tía Bri! —exclama Roxy pasando a mi lado a toda prisa y lanzándose a sus brazos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Feliz cumpleaños, preciosa —Le tiende una pequeña caja envuelta en papel de regalo que Roxy no tarda en abrir.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —inquiero frunciendo el ceño sin salir de mi estupor.

—He venido a ver a mi sobrina por su cumpleaños, no creo que eso sea ningún crimen — contesta Bri alzando una ceja.

Miro a Sam alucinado que sonríe encogiéndose de hombros.

—¿Tú sabes que...? —balbuceo.

—¿Que Brianna es tu hermana pequeña? Claro que lo sé —resuelve Sam. Se gira hacia mi hermana sin darle ninguna importancia a mi boca abierta—. Por cierto, ¿dónde están tus padres? —le pregunta.

El timbre vuelve a sonar y esta vez es Roxy quien sale corriendo a abrir.

—Esos deben ser ellos —señala Brianna.

—Espera, espera. ¿Tus padres?

—Sí, hermanito. Uno de ellos también comparte ADN contigo, ¿recuerdas?

—No entiendo una mierda. ¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? —insisto llevándome las manos a la cabeza.

Mi pregunta queda en el aire cuando veo a mi madre entrar en la cocina seguida de Mark Carrigan, nuestro antiguo chofer y el padre de Brianna. Ella me mira y veo como sus ojos se inundan de lágrimas.

—Liam... —susurra dando un paso hacia mí, pero mi ceño fruncido la hace detenerse y respirar profundamente.

—Céline, me alegro de verte —la saluda Sam acercándose para darle un abrazo, dejándome aún más confundido.

¿Desde cuándo se conocen? ¿Por qué tengo la sensación de que mi madre ha visto crecer a mi hija? Quizás es por la forma en la que la abraza y mi hija la llama abuela. Lo más curioso es que también trata del mismo modo a Mark, llamándolo abuelo y bromeando con él como si le conociera de toda la vida.

—Vale, estoy alucinando —murmuro negando con la cabeza.

—Liam, respira hondo —sugiere Sam al ver que hiperventilo.

—Hermanito, que tú te hayas alejado de tu hija, no quiere decir que nosotros lo hiciéramos. Somos familia, aunque tú te empeñes en mantenernos alejados.

—¿Desde cuándo está pasando esto?

—Tu madre se puso en contacto conmigo cuando Roxy tenía un par de años —explica Sam—. Desde entonces todos han sido parte de su vida, y de la mía también —Entrelaza su brazo con el de mi madre y las dos se lanzan una sonrisa cariñosa.

—¡¿Por qué?! —exclamo dando un paso hacia la mujer que me abandonó—. ¡No tenías ningún derecho!

—¡Eh!, alto ahí, chaval —intercede Sam poniéndose entre nosotros dos—. Esta es mi casa, y ellos son mis invitados. Si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta.

—Pero... Sam, tú sabes lo que hizo esta mujer. ¡Me abandonó! ¿Cómo puedes defenderla así?

—Quizás si te hubieses preocupado por escuchar su versión de los hechos, tú también la defenderías, pero para ti es más sencillo culpar a los demás de todas tus mierdas. Además, estás

condenando a tu madre por algo muy parecido a lo que tú has hecho —Resopla enderezándose y recuperando la compostura—. Liam, es el cumpleaños de nuestra hija. Si no quieres hablar con Céline, es asunto tuyo, pero no la lées. Respeta a mis invitados o vete, es tu decisión.

Gruño negando con la cabeza y miro a Roxy que me devuelve una mirada temerosa. No puedo hacerle esto a mi pequeña en su día.

—Vamos, Roxy. Empecemos a prepararlo todo en el gimnasio —murmuro viendo como su sonrisa se expande.

Casi podría jurar que escucho suspiros de alivio mientras bajamos las escaleras. Miro hacia atrás y compruebo que Brianna nos está siguiendo.

—No me mires así. Yo no tengo la culpa de esto —dice cuando llegamos abajo.

—Podrías haberme informado de que nuestra madre estaba ejerciendo de abuela con mi hija —le reprocho.

—De eso nada, Ryder. Intenté hablarte de ella en demasiadas ocasiones y nunca quisiste saber nada. Es más, recuerdo que incluso amenazaste con despedirme si la volvía a mencionar.

Recuerdo esa conversación. Después de darle la patada a Eric, estuve un tiempo buscando un nuevo manager, y un día Brianna simplemente apareció en mi casa asegurando que ella era la persona ideal para el puesto. Yo nunca quise tener una relación con mi madre, y mucho menos con su marido, pero esa chiquilla descarada y sabelotodo era mi hermana, y no tenía la culpa de lo que su progenitora me hizo. Así que le di el trabajo, pero con la condición de que nunca me mencionara la mujer que nos dio la vida a ambos.

Rezongo un “muchas gracias” totalmente sarcástico, y voy directamente hacia Roxy para ayudarla a montar la enorme mesa de madera que vamos a ocupar este mediodía.

—¿Cómo habéis entrado? —le pregunto mientras entre los tres nos dedicamos a atornillar las patas de la mesa.

—Tengo llave de la verja, y sabía que mis padres no tardarían en llegar, así que la dejé abierta.

—¿Tampoco podías haberme contado que conoces a Sam y a Roxy? Te hablé de ellas en cientos de ocasiones.

—Hermanito, fuiste tú quien decidió mantenerme oculta y que nadie se enterara de nuestro parentesco. Además, yo vengo a ver a mi sobrina y a Sam por mi cuenta. Las conocía a ellas antes de trabajar para ti.

La verja de la entrada se abre y Will, Steve, Jeremy y Chase, entran en el gimnasio con regalos para Roxy. Todos la abrazan y la felicitan por su cumpleaños, también saludan a Brianna y a mi madre que se une a nosotros junto a su marido y a Sam. Parecen conocerse desde hace mucho tiempo, ya que se tratan de manera muy afable. Todos, menos Chase y Brianna que no dejan de lanzarse pullas el uno al otro.

—¿Qué les pasa a esos dos? —pregunto a nadie en particular, pero es Willow quien me contesta.

—Pasa que Chase ha dado con la horma de su zapato y viceversa. No se aguantan y siempre están discutiendo, pero si me preguntas a mí, creo que lo que necesitan es echar un buen polvo y dejarse de tonterías.

—¿A la Barbie morena esa? —inquire Chase señalando a mi hermana con el dedo—. No la tocaría ni con un palo.

—Oye, John Keating [11](#) de pacotilla, el palo te lo voy a meter yo por el culo —replica la ofendida—. Aunque puede que incluso te guste.

—Haya paz, chicos —media Sam poniendo los ojos en blanco—. Intentad no mataros el uno al

otro, al menos hoy que es el cumpleaños de vuestra sobrina.

—Solo por hoy, y por mi sobrina —dice Bri abrazando a Roxy por los hombros.

—Sili hoy ¡pir mi sibrina —se burla Chase poniendo voz infantil.

—Muchacho, tú te diste un golpe en la cabeza de pequeño, ¿verdad?

—Y ya vuelven a empezar —musita Steve.

—¡Basta ya! —grita Sam—. Dejad de comportaros como críos.

Enseguida empieza a dar órdenes a todo el mundo y nos ponemos manos a la obra por la cuenta que nos trae. Todos conocemos a Sam lo suficiente como para saber que cuando se cabrea, es mejor no llevarle la contraria. Yo sigo observándola desde la distancia. Tengo que hablar con ella. No pienso seguir permitiendo que tache de error la maravillosa noche que pasamos juntos. En cuanto tenga ocasión, pienso obligarla a hablar conmigo y que resolvamos nuestros problemas de una vez.

# Hasta el fondo

*Sam*

La comida ha sido amenizada por las constantes provocaciones entre Bri y Chase. Por una vez, estoy de acuerdo con Willow y creo que lo que hay entre estos dos es demasiada tensión sexual no resuelta. Tras los deliciosos postres que ha traído Céline, todos empezamos a recoger el gimnasio y ha prepararlo para la fiesta.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Willow señalando la visera que Chase lleva puesta.

—Es una *Camgorra*. Una gorra con una Cámara inalámbrica instalada. La compré por Amazon para ocasiones como esta. Puedo grabar toda la fiesta para tener videos de recuerdo, sin tener que ir con la cámara de video o el móvil en la mano.

—¿*Camgorra*? Menuda chorrada —murmura Brianna.

—A ti nadie te ha pedido tu opinión —replica Chase.

—Pues a mí me parece una gran idea —dice Mark entrecerrando los ojos—. Podemos colocar una pantalla en una de las paredes y aparte de grabar la fiesta emitirla en directo para todos los invitados.

—Papá, no le des alas al lumbreras —pide su hija.

Mark, como siempre, sonrío cariñosamente. Me encanta este hombre. Desde que le conocí, siempre lo he comparado a mi propio padre. Con su sonrisa afable y esa forma de tratar a la gente, siempre con respeto y educación. Céline me confesó en una ocasión que Mark le salvó la vida sacándola de un matrimonio sin amor y, desde ese momento, se convirtió en lo mejor de su vida, aparte de sus dos hijos.

Al final terminamos haciéndole caso, y mi pantalla plana acaba colgada en una de las paredes del gimnasio donde todos puedan ver lo que la *camgorra* de Chase está grabando. La idea es ingeniosa, ya que él ha prometido entrevistar a la mayoría de los invitados y recoger felicitaciones que serán guardadas a modo de recuerdo.

Yo me he mantenido ocupada todo el rato, más que nada para no tener que enfrentarme a Liam. Después de lo de anoche, no hago otra cosa que huir de él. Se me fue la cabeza por completo, y aún no entiendo cómo fui capaz de cometer semejante bajeza. Le he sido infiel a Jasper y eso es algo que pesa sobre mi conciencia. Sé que tengo que decírselo, y voy a hacerlo. En cuanto termine la fiesta se lo confesaré todo.

Justo cuando estoy pensando en él, le veo aparecer por la puerta y entregarle un regalo a Roxy que sonrío encantada mientras su padre mira a Jasper de reojo. No sé qué es lo que va a ocurrir entre Jasper y yo. Quizás después de confesarle lo que he hecho, ya no quiera saber nada más de mí, y eso es algo que me duele, sobre todo por Roxy, ya que le tiene muchísimo cariño.

—Hola, preciosa —me saluda dándome un beso rápido en los labios. Puedo ver como a lo lejos Liam nos mira sin disimulo y aprieta las manos en puños.

—Hola. ¿Cómo ha ido el trabajo?

—Bien. Uno de los camareros está enfermo, por eso no he podido venir hasta ahora. ¿Me he perdido algo importante?

—No, hasta ahora todo tranquilo. Chase y Brianna siguen peleándose como siempre.

—Son unos idiotas los dos. Ella viviendo de su hermanito el capullo, y él fingiendo que no es

un cabrón engreído.

Lo miro sorprendida por su forma de expresarse. Siempre he sabido que Chase no le cae bien, y con Brianna tiene poco trato, pero nunca le había escuchado hablar así de ninguno de mis amigos.

—¿A qué viene ese tono? —pregunto.

—Eh... Nada... —resopla rascándose la nuca y sonriendo falsamente—. Lo siento. He tenido un par de días un poco raros y creo que la estoy pagando con el mundo. No me hagas caso.

Asiento no muy convencida, pero no tengo tiempo a preguntarle nada más, ya que los invitados empiezan a llegar, y poco después el gimnasio está repleto de adolescentes bromeando y berreando por todas partes. Roxy se dedica a pasearse colgada del brazo de Liam presentándolo a sus amigos, que flipan al reconocer al gran campeón Liam Ryder. Mi hija sonríe orgullosa y puedo ver como los ojos de Liam rebosan felicidad y cariño hacia nuestra terremoto.

—No has dejado de mirarle en todo el día —susurra Willow parándose a mi lado.

—¿Qué?

—Que los invitados van a terminar resbalando por el rastro de babas que dejas cuando miras a Ryder, que es cada jodido segundo.

—No sé de qué me hablas —contesto cruzándome de brazos.

—A mí no me vengas con esas, amiga. Te conozco desde hace demasiado tiempo para que puedas engañarme. Tú ya te lo has tirado.

—Shhh —la hago callar tirando de su brazo para alejarnos de Jasper que habla con varios invitados como un buen anfitrión.

—¡Lo sabía! Eres una chica traviesa. Supongo que no se lo has dicho a tu novio.

—Voy a contárselo esta noche. He metido la pata hasta el fondo, Will —me lamento.

—Hasta el fondo te la ha metido Ryder —replica soltando una carcajada.

—En vez de reírte, podrías compadecerte de mí, como haría una amiga normal.

—Conociéndote, ya te estarás auto flagelando tú solita bastante —Resopla y se echa el pelo hacia atrás mirándome de frente—. Esto es algo que supe que pasaría en cuanto vi a Ryder aquí en el gimnasio el día que volvió. Era inevitable, Sam. Tú sabes eso, él también, yo, y cualquiera que os mire. Seguí colgados el uno por el otro.

—Joder, Will. Después de todo lo que pasó entre nosotros... Me engañó, me mintió, y después se largó dejándome sola con una cría, y yo no he tardado ni una semana en dejar que volviera a meterse entre mis piernas. Soy una persona horrible. He engañado a Jasper, el hombre que siempre ha estado a mi lado cuando más lo he necesitado.

—Vamos, Sam. Seamos sinceras, Jasper está bien y entiendo que te guste. El chico es mono y siempre se ha comportado como un caballero contigo, consolándote y esperando su oportunidad para conquistarte a base de paciencia y buenas acciones, pero es como... —Se golpea uno de los dientes delanteros con la uña mirando hacia el techo como si estuviese pensando qué decir a continuación—. Un vaso de agua con limón —abro los ojos confundida por su definición y ella alza una mano explicándose—. Jasper es como un vaso de agua con limón, cuando tienes sed lo bebes y te sacia, incluso es refrescante, pero Liam... Ese es una copa fría de limonada con hielo y hierbabuena, dulce y refrescante a la vez. No solo sacia tu sed, también es adictivo, cuanto más lo bebes, más quieres.

—¿De qué habláis? —pregunta Chase apareciendo a nuestra espalda.

—Tío, ¿estás pedo? —le pregunta Will al ver su estado.

—Solo un poquito.

—Eres consciente de que este lugar está repleto de tus alumnos, ¿verdad? —pregunto

sonriendo.

—¿Por qué crees que estoy bebiendo? Llevo dos horas escapándome de ese grupito de adolescentes —Señala hacia unas chicas de la edad de Roxy que gritan y bailan en mitad de la improvisada pista de baile.

—¿Y tu *Gorrocam*?

—Es *Camgorra*, y no tengo ni puta idea de dónde la he dejado.

—Acércate a la pantalla y mira qué es lo que está enfocando, así sabrás donde está —sugiero.

—Buena idea —Chase se marcha tambaleándose y nosotras reímos al ver que sus acosadoras lo interceptan a mitad de camino.

—Creo que es la hora de soplar las velas —murmura Willow.

—Sí, ¿coges tú la tarta de arriba? Yo voy a por las velas, las tengo en el despacho.

—Hecho.

Ella va hacia las escaleras mientras yo entro en el despacho. Abro uno de los cajones del escritorio y me agacho para coger las velas, cuando escucho como la puerta se cierra, y al alzar la mirada descubro a Liam mirándome el trasero descaradamente.

—¿Se te ha perdido algo? —pregunto alzando una ceja.

—Sí, hace tiempo, pero estoy intentando recuperarla —contesta sonriendo de medio lado.

—Liam, no estoy para tus juegucitos —murmuro pasando a su lado para salir del despacho, pero me corta el paso poniéndose frente a la puerta—. Hazte a un lado —ordenó.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—No tengo nada que decirte —contesto cruzándome de brazos. Veo como se pinza el puente de la nariz y suspira profundamente.

—Sammy, ya hemos pasado por esto antes. Es más, recuerdo que dijiste eso mismo anoche, justo antes de que...

—No lo digas —Pongo una mano sobre su boca impidiéndole hablar. Enseguida noto como su lengua tantea mis dedos y le suelto de inmediato—. Eres un cerdo.

—Te encanta que sea un cerdo.

—Liam, para con esto, por favor. Ya me siento suficientemente mal como para que me estés recordando a cada momento lo mala persona que soy.

—No digas eso. Tú no eres mala persona. Solo estás con la persona equivocada.

—No. Escúchame bien, esta noche voy a hablar con Jasper y se lo contaré todo, y si él puede aceptarme de nuevo, se mudará conmigo y con Roxy, y tú saldrás de mi vida.

—No vas a hacer eso —dice apretando la mandíbula.

—Sí que voy a hacerlo.

—¿De verdad vas a contarle lo que pasó anoche? —pregunta dando un paso hacia mí. Por puro instinto, retrocedo ante su avance, sabiendo exactamente lo que se avecina. Intenta arrinconarme, pero esta vez no se lo voy a permitir—. ¿Vas a relatarle exactamente lo que pasó entre nosotros en este mismo lugar, como te follé encima de la mesa mientras tú gritabas de placer?

—Para, Liam —susurro empujándole para evitar que siga acortando el espacio que nos separa.

—Quiero escuchar cómo le cuentas a ese imbécil que es en mí en quien piensas cada vez que él está entre tus piernas, porque eso es lo que haces, Sam. Mierda, deja de negarte a ti misma lo que sientes por mí.

—¿Lo que siento por ti? ¡Fue solo un puto polvo, Ryder! Deja de montarte historias en tu cabeza.

—Creo recordar que fue más de uno —sonríe negando con la cabeza—, y lo que pasó después fue aún mejor. Tú y yo juntos de nuevo, abrazados y sintiéndonos plenos por primera vez en más de catorce años. Eso fue lo que sucedió anoche. Puedes disfrazarlo de error, o gritar que fue solo sexo y nada más, pero sabes tan bien como yo, que me sigues queriendo.

—No más de lo que te odio —escupo empezando a temblar de rabia—. ¿Era eso lo que querías escuchar? ¡Te odio, Liam! Por haber sido un maldito cobarde. Te fuiste en el momento que más te necesitaba e hizo falta que yo fuese a buscarte a esa maldita azotea para que volvieras. Sinceramente, me arrepiento de haberlo hecho.

—¡Mientes! —brama pegándose a mí y apresándome por la cintura.

—¡Suéltame! ¿No querías saber la verdad? ¡Ahí tienes tu puta verdad! Fue un error haberte dejado entrar de nuevo en nuestras vidas, y peor error aún haberme acostado contigo anoche.

Antes de que pueda seguir hablando, su boca se pega a la mía y me besa con rudeza a pesar de mis intentos de zafarme de su agarre. Sus dedos se clavan en mis caderas y me empuja contra la pared intentando hacerse paso al interior de mi boca, la cual mantengo firmemente apretada.

—Déjame entrar, Sammy —susurra besando mis labios con delicadeza—. Estás mintiendo. Sabes que es así. Entiendo que me odies, pero también me quieres.

Aunque intento que sus palabras no tengan ningún efecto en mí, fracaso estrepitosamente, y tras un par de intentos más, separo mis labios dándole pleno acceso a mi boca, la cual no tarda en arrasarse como un jodido huracán. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta alzándola levemente mientras nuestras lenguas se enredan y yo tiro del pelo de su nuca. Le deseo, y... ¿a quién quiero engañar? Le amo, pero eso no significa que no pueda resistirme a él.

—Para —ordeno apartándole de un empujón. Lo pillo desprevenido y retrocede un par de pasos, los suficientes para que yo pueda tener tiempo para recomponerme—. Esto no va a volver a pasar, Liam. Lo nuestro se acabó, y Jasper no se merece que yo le haga esta cerdada. Si de verdad me quieres como dices, mantente alejado de mí —camino rápidamente hacia la puerta, y salgo del despacho sin darle tiempo a detenerme.

Una vez fuera, compruebo que las miradas de la mayoría de los presentes están puestas en mí, y la gente restante mira hacia la pantalla donde puedo ver a Liam golpeando la mesa del despacho con su puño. Entonces me doy cuenta de lo que está pasando. La *camgorra* de Chase estaba en el despacho y ha grabado todo lo que ha pasado ahí dentro mientras... Miro hacia Jasper y la mirada que él me devuelve está cargada de ira y rabia contenida. Le he hecho daño, mucho.

—Jasper —susurro dando un paso hacia él.

Escucho pasos a mi espalda, y no necesito girarme para saber que es Liam quien parece darse cuenta de lo que está pasando.

—Mierda —murmura en voz baja.

Mis ojos siguen clavados en Jasper que niega con la cabeza y se gira empezando a caminar hacia la salida.

—¡Jasper! Espera, por favor —Corro tras él interceptándole antes de que pueda irse y siento como mis ojos se inundan de lágrimas—. Déjame explicártelo —suplico.

—¡¿Qué mierda vas a explicarme, Sam?! ¡Lo he visto, os he escuchado! ¡Yo y todo el mundo, joder! Sabía que ese tipo iba a intentar algo contigo. Lo supe desde el primer momento, pero nunca creí que fueras tan zorra como para abrirte de piernas nada más verle.

—Jasper, no...

—¡Después de todo lo que he hecho por ti! —grita. Está furioso—. Durante años he tenido que aguantar a tus estúpidos amigos y a la odiosa de tu hija. ¡He hecho todo por agradarte!

Un momento... ¿Acaba de llamar odiosa a mi hija?

—¿De qué mierda estás hablando, Jasper?! —pregunto limpiándome las lágrimas de un manotazo—. ¿Qué es lo que acabas de decir de mi hija?

—¡Oh, vamos! Esa maldita cría, siempre lloriqueando por su padre, y tú alimentando sus fantasías, endiosando a un hombre que te abandonó. ¿Lo recuerdas? Porque fui yo quien estuvo a tu lado cuando eso pasó. Siempre detrás de ti como un maldito perro faldero, esperando la ocasión propicia para que me aceptaras. Tuve que ganarme a esa niñata malcriada, e intentar caerle bien a tus amigos perdedores, y todo para que tú ahora te folles a ese cabrón justo cuando creí que ya eras mía.

—¿Tuya?! ¡Yo no soy un maldito trofeo! —grito señalándole con el dedo—. Y si tan desagradables te resultan mis amigos, no sé por qué demonios querías estar conmigo. Y mi hija... ¿en serio? La conoces desde que era un bebé. ¿Me estás diciendo que todo era fingido, que nunca la has querido?

—¡Yo te quiero a ti, joder! Siempre te he querido.

—Pues lo siento mucho, pero mi hija y yo somos un pack, si quieres a una, también a la otra —replico alzando la barbilla.

Jasper sonrío de manera cínica negando con la cabeza. No conozco a este hombre que tengo frente a mí. Me duele pensar que todo el cariño y la amistad que me brindó no fueros sinceros.

—¡Que te jodan, Sam! —escupe—. Bueno, ya lo han hecho, ¿verdad?

—Sí, y mucho mejor que tú, por cierto. Ahora lárgate de mi casa.

—Con mucho gusto. Tú y tu maldita manada de perdedores podéis iros a la... —Antes de que pueda terminar la frase, Liam ya le ha arreado un puñetazo y, sinceramente, me alegra que lo haya hecho, sino iba a hacerlo yo.

—Atrévete a decir algo más sobre mi hija —le reta sujetándole por el cuello y levantándolo en el aire. Jasper intenta soltarse pataleando, pero Liam no le permite moverse.

—Liam, suéltale —ordeno agarrando su brazo—. No merece la pena.

—Te dije que este tipo no era de fiar —replica mirándome mientras Jasper sigue pataleando en busca de aire—. ¿Por qué nunca me haces caso? —Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

—Está bien, por una vez, y sin que sirva de precedente, te doy la razón. Ahora suéltalo antes de que se quede sin aire. Ya sabes que no me gusta ver a la gente desmayarse.

Al momento, Liam lo suelta con un empujón que deja a Jasper tirado en el suelo y jadeando. Enseguida se levanta a toda prisa mirando a su captor con terror.

—Solo te voy a decir esto una vez, payaso. No quiero volver a verte cerca de Sam, y mucho menos de mi hija, ¿entendido? —Jasper asiente rápidamente—. Te juro que como me entere de que estás a menos de veinte metros de distancia de cualquiera de las dos, te rompo todos los jodidos huesos del cuerpo. Ahora lárgate antes de que cambie de idea.

Jasper me lanza una última mirada cargada de rabia y sale corriendo del gimnasio.



# Se lo debo a David

*Liam*

Me acerco a Sam y sujeto su brazo tras resoplar varias veces e intentar tranquilizarme. Me arrepiento de haber dejado escapar a ese hijo de perra. Cuando escuché todas esas cosas que le decía a Sammy... La llamó zorra, y a mi hija odiosa y niñata malcriada. Estoy por ir tras él y cumplir mi promesa de romperle todos los putos huesos.

—¿Estás bien? —pregunto ya más calmado. Sam se libera de mi agarre tirando de su brazo y me lanza una mirada furiosa.

—¿Sabías que esa cámara estaba ahí?

—¿Qué? No, claro que no —Entrecierra los ojos mirándome fijamente y yo vuelvo a resoplar—. No lo sabía, Sam. Yo no quería que esto pasara. Intenté advertirte sobre él hace unos días.

—Exactamente, y querías demostrarme que estabas en lo cierto.

—¡Maldita sea, yo no sabía que esa cámara estaba ahí! La mañana en que tú nos viste al imbécil y a mí en la habitación, él acababa de amenazarme con poner a Roxy en mi contra si no me alejaba de ti. Me mostró su verdadera cara, esa que acabas de descubrir por ti misma, por eso te advertí, pero yo no planeo nada de esto.

—Al menos ya sé dónde está mi *camgorra* —dice Chase atrayendo todas las miradas.

—Lo dicho, te falta un hervor —murmura Bri.

Miro hacia mi hija y compruebo que sus mejillas están bañadas en lágrimas y solloza en silencio, pero antes de que pueda ir hacia ella, Sam ya la está abrazando.

—¿Es culpa mía, mamá? —pregunta entre hipidos—. Soy una odiosa como dice Jasper.

—No, cariño. Claro que no —contesta acariciando su pelo—. Todo esto es culpa mía. No sé cómo pude equivocarme tanto con él. Se ve que tengo un sentido pésimo para escoger a los hombres con los que me relaciono.

Su comentario provoca que Roxy sonría levemente sin dejar de llorar.

—La verdad es que tienes una puntería impresionante para enredarte con capullos —añade Willow. Mira a su alrededor y da una palmada con fuerza—. Bien, la fiesta se acabó. Cada pájaro a su nido, el espectáculo ha llegado a su fin.

La gente empieza a dispersarse, y solo quedamos los más allegados a Sam y Roxy, esta última sigue llorando desconsolada sobre el hombro de su madre. Ver a mi pequeña así me da ganas de ir a buscar a ese malnacido y hacerle pagar todo esto.

—Lo siento, cielo —susurra Sam limpiando el rastro de lágrimas de las mejillas de nuestra hija—. Te he reventado la fiesta.

—Creí que lo harían el tío Chase y la tía Bri —susurra mi pequeña sonriendo nuevamente.

Chase, que ya ha recuperado su dichosa *camgorra*, sonríe con suficiencia cruzándose de brazos.

—Yo lo habría hecho mejor —bromea—. Las imágenes que aparecerían en pantalla no serían aptas para menores —Cuando se da cuenta de lo que acaba de decir, mira a Bri perdiendo la sonrisa—. No digo que... No hablaba de ti... —balbucea.

—Ya, profesor X<sup>[2]</sup>. Eso ha quedado claro —contesta mi hermana poniendo los ojos en blanco.

—Hey, no has soplado las velas —comenta Willow acercándose a su sobrina.

—Iré a por la tarta —se ofrece mi madre.

—Céline, me parece que es un buen momento para que os vayáis —suelto sin poder evitarlo.

Mi madre agacha la mirada y asiente agarrando la mano de su esposo.

—¿A ti que mierda te pasa?! —me increpa Brianna.

—No te he dicho que tú te vayas, pero esa... Señora, no hace nada aquí.

—Esa señora es mi madre, y tuya también, así que trátala con un poco más de respeto.

—Además, no creo haberte dado el poder para echar a mis invitados —secunda Sam fulminándome con la mirada.

—Sammy, de verdad tendrías que hacerte ver ese radar tuyo para confiar en la gente equivocada.

—¿Equivocada? Sí, probablemente tengas razón, al fin y al cabo hubo una época de mi vida en la que confiaba en ti —replica.

—¿Ahora yo soy el malo? Tu... novio, acaba de llamarte zorra e insultar a toda tu familia, y tienes en tu casa a una mujer que decidió abandonar a su suerte a su propio hijo, pero oye, el malo de la historia soy yo.

—¡Ya basta! —grita el marido de mi madre dando un paso amenazante hacia mí—. No voy a permitir que sigas hablando así de tu madre. Tú no tienes ni puta idea de lo que estás diciendo —Céline intenta sujetarle por el brazo pidiéndole que se tranquilice, pero él se pone frente a mí apretando las manos en puños de manera desafiante.

—¿Permitirme? ¿Quién mierda eres tú para permitirme nada? Destrozaste una familia, ¿lo sabías? Por tu puta culpa mi madre se marchó dejándome a solas con un jodido monstruo.

—¡Él la maltrataba! —brama dejándome completamente descolocado—. Le pegaba, Liam. Vi sus cardenales durante meses sin poder hacer nada para ayudarla. Cuando ella se fue de vuestra casa, ni siquiera había nada entre nosotros.

Miro a Céline buscando su confirmación, y ella asiente mientras las lágrimas caen en cascada por su cara.

—Intenté que vinieras conmigo —susurra dando un paso hacia mí—. Tú te negaste. Me odiabas por dejar a tu padre.

—No lo sabía —murmuro pasándome la mano por el pelo en un gesto de frustración—. Él me dijo que tú le engañabas con... Se supone que te marchabas porque ya no nos querías.

—Eso fue lo que tu padre te hizo creer. Le tenías endiosado, Liam. Pasabais todo el día juntos y le admirabas a pesar de todo el daño que él te hacía. Tuve que ver como él se dedicaba a entrenarte día y noche. Su única obsesión era hacerte el mejor a cualquier costo. Intenté apartarte, pero cada vez que hacía o decía algo que no le gustaba, recibía una paliza —Respira profundamente limpiándose las mejillas—. Cuando descubrí que estaba embarazada de nuevo, supe que había llegado el momento de dejarle. Mark me ayudó. Quería que vinieras conmigo, pero tú te negaste.

Miro a Brianna sorprendido. Ella es hija de Eric.

—¿Tú lo sabías? —pregunto con un hilo de voz.

—Mi padre es este hombre —contesta entrelazando su brazo con el de Mark—. Me da igual de quien sea la sangre que corre por mis venas.

Los miro a los tres sin saber qué decir y me llevo las manos a la cabeza resoplando como un jodido toro. Les creo, sus ojos no me mienten, me miran limpios confirmando la verdad. He vivido engañado toda mi jodida vida. Eric... Él...

Tras un último vistazo a mi madre y a mi hermana, salgo del gimnasio a la carrera. Necesito

descargar toda esta rabia y frustración en alguien, y sé quién es merecedora de ellas. Escucho como Sam le dice a alguien “ve con él”, y enseguida siento los pasos de esa persona a mi espalda. Al detenerme frente a mi moto, descubro que es Chase quien me sigue.

—Chase, vuelve al gimnasio —ordeno con furia.

—Tío, entiendo que estés cabreado, pero no voy a dejar que conduzcas en este estado. Piensa en tu hija, hermano. Si algo te pasa...

—Voy a moler a palos a ese desgraciado, y ni tú ni nadie me lo va a impedir.

—No pretendo hacerlo —señala alzando las manos en son de paz—, pero yo conduzco — Extiende la palma de su mano hacia mí, y le lanzo mis llaves al instante

Poco después, Chase detiene la moto frente a la enorme casa en la que crecí. Todo sigue igual que la última vez que estuve aquí, el día que firmé el pacto con el diablo como dijo Sam una vez.

*Entro en el salón frotándome las manos de manera compulsiva. Soy incapaz de sacar de mi mente la imagen de mi pequeña tirada en el suelo, pálida, y con un charco de sangre bajo su cabeza. Y la mirada de Sammy en el hospital... El odio con el que me miró es algo que voy a recordar el resto de mi vida.*

—Sabía que volverías —dice Eric sonriendo—. Bienvenido a casa, hijo.

—No quiero tu jodida falsa amabilidad —escupo—. Un trato, eso es lo que vamos a hacer. Tú te encargas de que nunca les falte nada y yo haré lo que quieras.

—Solo quiero que hagas aquello para lo que llevo entrenándote toda tu vida, ser el mejor encima de una lona. Eso sí, nada de distracciones. Vas a trabajar duro para ganar todos los putos combates y te olvidarás de ellas.

*Cierro los ojos con fuerza y, tras invocar en mi mente la imagen de las dos personas que más quiero sobre la faz de la tierra, asiento, dejando mi vida y mi futuro en manos de este cabrón a cambio de su bienestar.*

—¿Estás bien? —pregunta Chase poniendo su mano sobre mi hombro.

Asiento volviendo a emprender la marcha y golpeo la puerta con los nudillos. Enseguida se abre y una muchacha joven me mira sorprendida, no la conozco, pero tampoco dejo que se presente, simplemente empujo la puerta con fuerza y entro en la casa escuchando sus gritos a mi espalda y como Chase intenta explicarle que soy el hijo del dueño.

Al no encontrarle en el salón ni en su despacho, voy directamente hacia el gimnasio. Veo su expresión de sorpresa al verme, pero antes de que pueda decir nada, lanzo un puñetazo que impacta directamente en su barbilla haciéndole retroceder varios pasos.

—¡Hijo de puta! ¡¿Le pegabas?! ¡Me hiciste creer que me había abandonado porque prefería a ese hombre antes que a mí, pero se fue por tu culpa! —Abre la boca para decir algo, pero no se lo permito, vuelvo a abalanzarme sobre él y le golpeo con fuerza viendo como la sangre empieza a cubrir su rostro. Enseguida noto como unos brazos tiran de mí separándome de Eric.

—La zorra de tu madre ya te ha ido con el cuento —murmura escupiendo la sangre que se acumula en su boca. Intento soltarme del agarre de Chase, pero me tiene bien sujeto. Además, estoy seguro de que si me dejo llevar por toda la ira y la rabia que siento en estos momentos, podría matarlo con mis propias manos—. Hice lo mejor para ti. Ella era débil y te debilitaba a ti. Cada vez que estabas con ella más de un par de horas, te volvías una nenaza llorona. Todo lo que he hecho en mi vida ha sido pensando en ti y en tu futuro, y mira cómo me lo pagaste —Me mira con rabia apretando los puños a ambos lados de su cuerpo—. Eres un maldito desagradecido. He dedicado mi vida entera a hacerte el mejor, a entrenarte. Yo te he dado todo lo que tienes. Si no fuese por mi entrenamiento, hoy no serías nadie.

—¡Te equivocas! —bramo revolviéndome de nuevo—. Solo me enseñaste a ser un hijo de

perra retorcido como tú. Todo lo que soy y a donde he llegado, se lo debo a David. Él fue para mí el padre que tú nunca quisiste ser.

—¿David? —suelta una carcajada macabra negando con la cabeza—. Ese pobre diablo ni bajo tierra me deja tranquilo. ¿De verdad pensabas que iba a permitir que lo dejaras todo por una cría de la zona norte? Nunca tuviste opción, Liam. Después de cargarme al dichoso David, solo tuve que esperar a que tú solito te estrellaras. Obviamente, la ayuda de Josh me vino bien. Ese chico hubiese hecho cualquier cosa por un fajo de billetes para seguir metiéndose su mierda.

No puede ser. Está diciendo que él...

—¿Qué mierda dices?! Félix mató a David intentando defender a Rox.

—¿Eso crees? No fue difícil encontrar a ese pandillero, le tenía muchas ganas a tu amiguito el desviado, así que le propuse ganarse un buen dinero haciendo un dos por uno.

—Hijo de puta —susurra Chase soltándome y caminando hacia Eric, que no ve venir el puño que se estrella contra su nariz que empieza a sangrar profusamente—. ¡Tú los mataste, hijo de perra! —grita golpeándole de nuevo.

Eric le devuelve el golpe, y entonces soy yo el que se abalanza sobre él tirándolo al suelo, donde disfruto dejando salir toda la rabia contenida durante años mientras las lágrimas caen en cascada por mi cara. Él los mató, a Rox y a David. Mi padre fue quien nos los arrebató.

—Ryder, para, vas a matarlo —escucho que dice Chase tirando nuevamente de mí.

Me levanto, mirando mis nudillos desollados y ensangrentados y le escupo encima como si de un trozo de basura se tratara.

—Vas a pasar el resto de tu miserable vida en la cárcel, viejo —amenazo.

Su risa entrecortada por los gemidos de dolor, me ponen los pelos de punta.

—No tienes forma de probarlo. Ningún juez o jurado os creería a ninguno de los dos, y me encargué de que el pandillero ese no volviera a hablar nunca. Soy Eric Ryder, ¿quién os creería a vosotros?

—Te recuerdo que yo tengo mucho más poder que tú, desgraciado. Te lo voy a demostrar.

Tras escupirle nuevamente, Chase y yo salimos de la casa como un jodido huracán. Los dos estamos abrumados y furiosos por lo que acabamos de descubrir. Aparte de eso, yo me siento... culpable. ¿Cómo demonios voy a decirle a Sam que mi padre fue el responsable de la muerte del suyo y de su mejor amigo? Todo es culpa mía. Si yo no me hubiese metido en sus vidas, Rox y David aún estarían vivos.

Chase conduce a una velocidad moderada hasta que llegamos al gimnasio cuando ya ha anochecido. Ninguno de los dos dice nada mientras entramos, y vemos como todos nos miran esperando que les contemos qué ha pasado.

—Papá, tus manos —murmura Roxy acercándose a mí y cogiéndome de las manos para ver los cortes y raspaduras cubiertos de sangre seca.

La miro y niego con la cabeza sonriendo tristemente para hacerle ver que estoy bien, y tomo asiento frente a la gran mesa apoyando mis codos sobre la madera y hundiendo las manos en mi pelo. Ni siquiera soy capaz de mirar a ninguno de ellos. Por mi culpa ellos perdieron a dos de las personas más importantes de sus vidas. Y mi madre... Llevo culpándola desde que era un crío, y ella solo ha sido una víctima más del cabrón de mi progenitor.

—¿Qué ha pasado? —se atreve a preguntar Willow.

Alzo la mirada hacia Chase, y él me mira haciendo una mueca. Yo soy incapaz de hablar, así que simplemente asiento dándole permiso para contarle todo.

—Verás... Eh... —Respira profundamente haciendo una pausa—. Eric Ryder... Él... Pagó a Félix para que matara a Rox y a David.

—¿Qué?! —exclama Sam, y enseguida noto como se sienta en una silla a mi lado. No soy capaz de mirarla, pero sé que su cara debe ser de derrota total. Este es un gran golpe para ella.

—¿Estás seguro de eso? —inquire Steve en tono seco.

—Él mismo lo confesó mientras Ryder le daba una paliza.

—¿Por qué? —pregunta Sam con un hilo de voz.

Carraspeo para aflojar el nudo que se ha formado en mi garganta y salgo de mi escondite notando como las lágrimas salpican mis mejillas.

—Por mi culpa —susurro mirándola a los ojos—. Quería apartarme de ti, de David, y de la vida que yo había escogido vivir. Le mató para que yo no tuviese otra opción que volver junto a él con el rabo entre las piernas. Lo siento, mucho, Sammy. Todo fue mi culpa, si yo no hubiese... — Mis sollozos se intensifican impidiéndome hablar, y cuando creo que Sam va a gritarme o a golpearme, hace algo que me deja completamente descolocado, me abraza, con fuerza, rodeando mi cuello con sus brazos y permitiéndome llorar contra su hombro.

Aferro mis brazos alrededor de su cintura y sigo sollozando como un crío mientras siento sus dedos acariciando mi pelo cariñosamente y su aliento en mi cuello.

# Yo nunca

*Sam*

Me parte el corazón escuchar el llanto de Liam. Sus lágrimas mojan mi camiseta sin que pueda hacer nada por consolarle más que abrazarle con fuerza y acariciar su cabeza. Todos nos miran con cara de pena, y veo que Roxy retiene sus propias lágrimas al ver en el estado en el que se encuentra su padre.

—Lo siento —repite Liam apartándose de mí y limpiando el rastro de humedad de su rostro mientras sorbe por la nariz.

—Hey, mírame —Levanto su cara sujetándole por las mejillas y sonrío levemente—. Tú no tienes la culpa de esto, ¿entendido? Has cometido muchos errores a lo largo de tu vida, pero esto no es algo en lo que puedas influir. Cada uno toma sus propias decisiones, y tu padre tomó las suyas.

—No le llames así —dice tras respirar profundamente para intentar tranquilizarse—. Ese hombre no es mi padre, no quiero que lo sea. Él acabó con la vida del único hombre que actuó como mi verdadero padre.

—Sé que le querías, Liam. Eso es algo que nadie pone en duda —Veo como mira a su alrededor y todos le sonríen asintiendo con la cabeza—. Nadie te culpa por esto, y tú tampoco debes hacerlo.

—Si yo no hubiese entrado en vuestras vidas... Piénsalo, Sammy. Solo te he traído desgracias. Incluso que Josh se cruzara de nuevo en mi vida fue cosa suya, él le envió.

—Te equivocas. Créeme, he maldecido muchas veces el día en que te conocí. Me lo has hecho pasar muy mal, Liam, pero no me arrepiento de nada. Los buenos momentos superan por mucho a los malos. Y ya sabía lo de Josh —la miro sin entender a qué se refiere—. Él fue mi primer caso cuando empecé a trabajar para el estado. Sus padres le echaron de casa cansados de luchar contra sus adicciones, y me tocó a mí tener que ayudarlo. Obviamente no lo conseguí, pero al menos se sinceró conmigo antes de fallecer —Abro los ojos como platos al escuchar su declaración—. Sufrió una sobredosis y los médicos no pudieron hacer nada por él.

—Además —añade Roxy sentándose sobre sus rodillas—, si no hubieses conocido a mamá, yo no existiría.

Liam sonrío abiertamente acariciando el rostro de nuestra pequeña terremoto.

—Dios, eres la cosa más hermosa que podría haber hecho nunca —susurra.

—Oye, tampoco te llesves todos los méritos, que yo también he tenido algo que ver en eso —bromeo haciéndoles reír a ambos.

—Hay que denunciarlo —indica Steve atrayendo todas las miradas—. Ese tío no puede salir impune de esta. Es el responsable de dos muertes.

—Tres —replica Liam—. También se encargó de silenciar a Félix para que no lo delatara cuando lo detuvieron.

—Es un puto asesino en serie —murmura Will.

—Sí, pero no creo que consigamos nada denunciándole a las autoridades. Como él dijo, no tenemos pruebas, solo mi testimonio y el de Chase. Ningún juez o jurado lo condenarán solo con eso.

—Amigo mío —dice Chase poniendo una mano sobre su hombro—. Te recuerdo que yo he llevado puesto esto en todo momento —Señala su cabeza cubierta por la *camgorra*—. Tenemos una jodida confesión grabada en video.

—Chase, si no recordara que eres un capullo arrogante, ahora mismo te besaría —suelta Bri haciéndonos reír a todos.

Chase ni corto ni perezoso, se acerca a Bri y sin darle tiempo a apartarse, pega su boca a la de ella besándola apasionadamente. Todos los miramos con los ojos como platos, Willow empieza a silbar mientras Steve ríe a carcajadas hasta que finalmente se separan.

—No quería dejarte con las ganas —dice Chase limpiándose la comisura de la boca con una sonrisa de suficiencia.

Brianna en un principio parece bastante descolocada, pero enseguida se recupera y sonrío cínicamente.

—Espero que lo hayas disfrutado, profesor Sherman<sup>[3]</sup>, ya que ese va a ser el mejor beso que vas a recibir en tu jodida existencia.

—Vale, y si paráis de discutir y nos comemos esa tarta de cumpleaños —sugiero al ver que Chase ya se estaba preparando para dar replica a la morena.

—¿Aún no has soplado las velas? —le pregunta Liam a Roxy que sigue sentada en su regazo.

—Te estaba esperando —contesta ella encogiéndose de hombros.

—Bien, esa tarta a la mesa. Mañana ya hablaremos de todo lo que ha pasado hoy y veremos qué hacer con ese video. Intentemos al menos que esta fiesta termine bien, aunque haya sido un poco... accidentada.

—¿Accidentada? —murmura Will riendo—. Solo falta que Céline nos diga que está embarazada de trillizos para que esto se convierta en un capítulo de la serie Friends.

La aludida niega con la cabeza enrojeciendo hasta la raíz del pelo y todos reímos por las ocurrencias de mi amiga. Veo como Liam le sonrío levemente y ella asiente mirándole con adoración. Tienen una conversación pendiente, y espero que el padre de mi hija sea lo suficientemente listo como para arreglar las cosas con su madre. Es una mujer maravillosa, y es una pena que él no la conozca de verdad.

—Pide un deseo —susurra Will antes de que mi hija sople las velas que hay sobre su tarta de cumpleaños.

Veo como su mirada se dirige a mí y después a su padre, cierra los ojos sonriendo y sopla con fuerza apagando todas las velas. Liam me mira alzando una ceja y sonrío de medio lado adivinando, al igual que yo, cual ha sido el deseo de nuestra hija.

—Juguemos al “yo nunca” —propone Chase un par de horas después. Hace tiempo que la madrugada ha llegado, pero nosotros seguimos todos alrededor de la mesa, unos más sobrios que otros.

Tras comer la tarta a modo de cena, Jeremy se fue a dormir a la habitación de Liam y los demás intentamos disfrutar del resto de la fiesta sin pensar en todos los acontecimientos de las últimas horas. Chase está bastante borracho, y Steve le sigue de cerca bebiendo chupitos de tequila como si fuese agua del grifo. Brianna hace tiempo que perdió los zapatos mientras bailaba con Roxy en mitad del gimnasio, y Liam sigue aferrándose a su botella de cerveza mientras ríe de las tonterías que suelta Willow junto a Céline y Mark. Hace un rato madre e hijo se encerraron en el despacho, y cuando volvieron, Céline lucía una enorme sonrisa en su rostro que no ha perdido hasta el momento. Supongo que fuera lo que fuese que hablaron, la cosa ha ido bien.

—No pienso jugar al “yo nunca” con mi hija presente —contesto dándole un trago a mi cerveza.

—Vamos, Sam, es un juego inocente —insiste la pelirroja.

—Willow, ningún juego es inocente cuando tú participas. Siempre te las arreglas para convertirlo en algo morboso y sexual.

—Yo quiero jugar —comenta Roxy.

—Tú no juegas —contestamos Liam y yo al mismo tiempo.

—¿Por qué? No es la primera vez que juego —replica cruzándose de brazos.

—¡Toma ya! La cría ha salido espabilada —suelta Bri rodeándola por los hombros—. Vamos, no seáis aburridos.

—Bri, te das cuenta de que vas a jugar a un juego donde va a salir a relucir tu vida sexual frente a tus padres ¿verdad?

—No tengo nada que ocultar —contesta encogiéndose de hombros.

—Porfa, mamá —suplica Roxy poniendo cara de niña buena.

—Eres consciente de que tu cara de “yo no rompo un plato” no sirve conmigo, ¿no? —pregunto sonriendo.

—Prometo ser muy light —añade Willow para convencerme.

—Es un juego en el que hay que beber alcohol —me quejo.

—Una cerveza no va a hacerle daño. Es su cumpleaños —intercede Chase.

Miro hacia Liam y este se encoje de hombros dejándome a mí la decisión.

—Solo una cerveza, Roxy —sentencio viendo como da saltitos de alegría—. Y nada de preguntas fuera de tono —añado señalando a mi amiga instigadora con el dedo.

—Vale, pero vosotros también jugáis.

—Está bien —contesta Liam.

Le miro alzando una ceja.

—¿Está bien? ¿Tú desde cuando decides por mí?

—¿De verdad estás dispuesta a que estas dos fieras perviertan a nuestra hija sin tu supervisión? —pregunta señalando a su hermana y a Willow. Hago una mueca y él sonrío—. Lo que yo decía, jugamos.

—Céline, Mark, ¿os apuntáis? —pregunta Steve.

—Si nos explicáis las reglas del juego, sí —contesta el padre de Bri.

—Las reglas son sencillas —esclarece Willow—. Yo empiezo haciendo una afirmación, siempre con el “yo nunca” por delante. Por ejemplo: Yo nunca me he lavado los dientes. Obviamente si lo he hecho, así que tengo que beber, y todos en la mesa que se hayan lavado los dientes aunque sea solo una vez, también tienen que beber. Así vamos todos sacando los trapos sucios de los demás. Por cierto, espero que todos hubieseis bebido si lo de los dientes fuese real.

—Resumiendo —digo yo—, que este es un juego donde acabas borracho y contando tus más oscuros secretos.

—Vale, empiezo yo —sugiere Steven—. Yo nunca... he bailado reggaetón.

Will enseguida bebe de su vaso, le siguen Chase, Bri, Roxy, Mark, y Céline que nos arrancan unas carcajadas al notar el sonrojo de esta última. Cuando llega mi turno, simplemente le doy un trago a mi cerveza viendo como Liam me mira alzando una ceja con expresión divertida.

Pasan varias rondas de preguntas totalmente inofensivas, hasta que llega de nuevo el turno de Willow, y como ya esperaba, el juego empieza a subir de tono.

—Yo nunca... me lo he montado en la azotea —La fulmino con la mirada y ella se encoge de hombros.

Ella obviamente bebe de su copa, también Steve y Liam, que tras dejar su cerveza de nuevo en la mesa, señala la mía con el dedo.



—Bebe —me ordena sonriendo de medio lado.

Hago lo que me dice y veo como Chase frunce el ceño.

—¿Yo he sido el único que no lo ha hecho en la azotea?

—Me extraña, creo que hasta Rox la usaba como picadero —comenta Steve.

—¿En serio? ¿Cuántos culos desnudos han pasado por ese sofá? —cuestiona Chase provocando que los demás hagamos muecas de asco—. Ahora ya no es tan divertido que yo haya sido excluido, ¿verdad?

Reímos a carcajadas dándole la razón y enseguida pasan un par de rondas de preguntas más. Cuando le llega el turno a Liam otra vez, este sonrío de manera pillita mirando a su hermana y a Chase.

—Yo nunca... me he acostado con alguien pensando en otra persona

Veo como lleva la botella de cerveza a sus labios alzando ambas cejas en dirección a su hermana, que ni corta ni perezosa deja caer un chupito de tequila por su garganta. Chase también lo hace, confirmando de ese modo lo que todos pensamos, esos dos están locos el uno por el otro y no quieren o pueden verlo. Obviamente, yo también bebo atrayendo todas las miradas hacia mí.

—Eres una chica traviesa —canturrea Willow.

—Me toca —digo asesinando a mi amiga con la mirada. Me froto las manos sintiendo como las cervezas que me he tomado empiezan a hacer efecto en mi organismo—. Yo nunca... me lo he hecho con dos personas, a la vez.

Veo como mi hija me mira espantada. Sí, la que no quería jugar, resulta que es la que hace la afirmación más comprometedoras de la noche, pero de alguna manera culpo al alcohol y a las ganas que tengo de devolverle el golpe a mi queridísima amiga.

Antes de que pueda darme cuenta, Brianna, Chase y Liam ya han bebido. Yo miro mi botella de cerveza y niego con la cabeza. Entonces Will alza su copa y bebe un trago largo sin apartar sus ojos de los míos.

—Me las vas a pagar —susurra señalándome con el dedo. Unos minutos después, llega el turno de Willow, y como sé lo vengativa que puede ser, señalo a Roxy con el dedo antes de que suelte alguna tontería por ese piquito de oro que tiene—. Bien, allá vamos —dice mirándome fijamente—. Yo nunca...

—Will, piensa bien lo que vas a decir —le advierto empezando a arrepentirme por haber accedido a participar en este dichoso juego.

—Yo nunca... —repite—. He tenido sexo en un parque público —Liam escupe la cerveza que estaba bebiendo salpicando a Chase y Brianna, y veo como Steve empieza a reír a carcajadas.

Hija de... Sabía que iba a sacar eso a colación. Nunca debí contárselo. Solo fue una vez, y no había prácticamente nadie. Liam y yo nos estábamos besando y la cosa fue a más, entonces nos escondimos tras unos matorrales y echamos uno rapidito.

—Eres una hija de perra —siseo antes de beber de mi cerveza. Miro hacia Liam que aún sigue limpiando el desastre que acaba de montar, y al ver que no le queda bebida, le tiendo la mía—. De eso nada, bonito. No vas a dejarme sola en esta —Me doy cuenta de que sus mejillas empiezan a enrojecer adoptando enseguida un tono escarlata.

—Acabo de sacarle los colores al gran Ryder —anuncia Willow, partiéndose de risa y provocando las carcajadas de los demás.

—Vale, yo creo que me voy a dormir. Ya he conocido demasiado de la vida sexual de mis padres por un día —murmura Roxy levantándose.

—Antes de que te vayas, y que la borrachera no me deje hablar —musita Brianna poniéndose seria de golpe—. Quiero que escuches algo que voy a proponerle a tu padre.

—¿De qué se trata? —pregunta Liam enderezándose.

—Resulta que un productor de televisión se ha puesto en contacto conmigo, y quieren incluirte en una serie de televisión de moda.

—¿Riverdale? —pregunta Roxy—. Porque si es así, Cole Sprouse es... Oh, dios. Decir que está bueno es quedarse muy corto.

—No es rubio —señala Willow.

—Da igual, tiene un hermano gemelo, los dos juntos hacen un rubio —suelta mi hija dejándonos a todos alucinando —Vale, eso ha sonado... No es exactamente lo que quería decir.

—Eso espero —farfulla Liam haciendo una mueca.

—Nos estamos desviando del tema —continúa Bri—. No es Riverdale, sino Lucifer.

Willow suelta un grito y empieza a aplaudir emocionada.

—¡Vas a conocer a Tom Ellis! —exclama.

—No sé... No me veo en una serie de televisión. Eso no es lo mío.

—Solo sería una aparición puntual en un capítulo, y te dan una pasta —explica Bri.

—¡Claro que lo hará! —vuelve a gritar Willow—. Tienes que hacerlo. Además, ¿de verdad no quieres convertirte junto con Tom Ellis en el sueño húmedo de Sam?

—¡Eh! A mí no me metas en esto —me quejo.

Liam sonrío negando con la cabeza.

—Ya veremos —murmura.

—De veremos, nada. Mírame bien, Ryder. Vas a hacer ese cameo, por Sam y por mí.

—Qué extraño, juraría que hasta hace cinco minutos tú me odiabas fervientemente.

—¡Yo?! —Se señala a sí misma de manera teatral—. Pero que dices, hombre. Eres uno de mis mejores amigos, te adoro, te quiero con locura.

—Tampoco te pases —musita Steven dándole un codazo.

—Tú no te metas, cariño —le dice ella haciéndonos reír a los demás—. Es Tom Ellis. Me conseguirás un autógrafo, ¿verdad?

—Vale, ¿qué tal si seguimos hablando de esto por la mañana? —sugiero mirando mi reloj. Ya pasan de las cuatro de la madrugada.

—Sí, también tenemos que hablar de un par de cosas más, pero mejor cuando todo deje de darme vueltas—le dice Brianna a su hermano. Este asiente levantándose.

—El apartamento no es muy grande, pero podemos arreglarnos si queréis quedaros a dormir —sugiero.

—Gracias, hija, pero el hotel está aquí al lado —contesta Céline despidiéndose de todos. Al llegar el turno de su hijo, veo como se dan un emotivo abrazo mientras los demás les observamos. Al soltarse, Mark se acerca sonriendo y se despide con un apretón de manos.

Brianna es la única que se marcha con ellos. Los demás nos organizamos para dormir todos en mi casa, aparte de Liam que se queda en su habitación en el gimnasio. Chase va a ocupar el sofá, Jeremy duerme con Roxy, y Willow y Steve, se quedan en la que era la habitación de mi padre.

# Somos Amigos

*Liam*

A primera hora de la mañana, es mi hermana quien me despierta lanzándome una almohada a la cabeza.

—Arriba, bello durmiente.

Abro un ojo y la encuentro frente a mí sonriendo de oreja a oreja. ¿Por qué demonios yo estoy hecho una mierda por la falta de sueño, y ella que anoche bebió como un camionero, parece fresca como una rosa?

—Te odio —rezongo girándome para poder seguir durmiendo.

—Tenemos que hablar, Ryder.

—Necesito un café —murmuro incorporándome en la cama. Cuando vuelvo a abrir los ojos, Bri tiene su mano estirada hacia mí con una taza de café humeante en ella—. Esto es un servicio completo y el resto son tonterías —bromeo.

—¿Estás lo bastante espabilado para hablar de cosas serias? —Asiento abriendo y cerrando los puños. Los arañazos y cortes ya se están curando, pero me tira la piel—. Aparte de lo que te comenté ayer del cameo en la serie, también hay otra cosa. Paulo Olivares, te ha desafiado por el título.

—¿El brasileño? Si es solo un crío.

—Pues ese crío ha ganado suficientes combates para poder enfrentarse contigo y luchar por el título. No puedes negarte, Ryder.

—Lo sé —contesto rascándome la cabeza—. ¿Cuándo?

—En dos semanas. Y estaría bien que para entonces ya hayas decidido qué hacer con tu vida. Si quieres dejar de pelear, hazlo, y si no, pues ponte las pilas o van a darte una paliza.

—Lo tendré en cuenta. ¿Puedes hacerme un favor? Llama a Jason y dile que venga. Necesito ponerle al tanto de todo lo que hemos descubierto sobre Eric.

—Jason era el abogado de tu padre, ¿por qué crees que va a ir en su contra?

—Porque ahora es mi abogado, además, estoy seguro de que tú puedes convencerlo.

—No sé de qué me hablas —murmura sonriendo.

—Me da igual el rollito que os traigáis, Jason me demostró su lealtad cuando se quedó conmigo después de que yo prescindiera de los servicios de Eric.

—Jason solo es leal al dinero, y lo sabes.

—Por eso pienso hacer un buen acuerdo con él. Que venga hoy mismo.

—Es domingo —Alzo un ceja y ella chasquea la lengua arrebatándome la taza de café de las manos—. Son demasiados favores. Por cierto, mamá está arriba. Esa parece una casa de locos con tanta gente.

—Me lo imagino —susurro sin evitar sonreír.

—Te encanta esto, ¿verdad? La gente, el ruido, una casa llena... Lo disfrutas.

—Yo crecí en una casa vacía. El único sonido que se escuchaba entre esas paredes, eran mis golpes contra algún saco y los gritos de Eric. Cuando vine a parar a este lugar y David me dejó entrar en su casa, descubrí lo que era tener una familia de verdad.

—Te sienta bien —comenta saliendo de la habitación.

Me visto rápidamente con un vaquero y una camiseta y subo las escaleras de tres en tres hacia la casa de mis chicas. Después de todo lo que pasó ayer, no sé en qué punto nos encontramos Sam y yo. Cuando tuvimos nuestro encontronazo en el despacho, me repitió que no quería saber nada de mí, pero después, tras lo de Eric, me abrazó y me consoló cuando peor lo estaba pasando. A continuación vino ese dichoso juego que de alguna forma me confirmó lo que yo ya sabía, Sam pensaba en mí mientras estaba con ese capullo.

Al llegar a la cima de las escaleras, encuentro la puerta abierta, así que entro sin llamar. El ruido proveniente de la cocina es escandaloso, los gritos, el alboroto... Me encanta.

—¿Qué haces tú aquí, pequeñín? —pregunto agachándome frente al cachorro que le regalé a Roxy.

El animal sale corriendo hacia el interior de la casa y decido seguirlo, quizás me lleve hasta Roxy o Sam. Escucho sus voces antes de verlas, están en la habitación de Roxy y la puerta está entornada, así que puedo escuchar lo que dicen perfectamente.

—¿Por qué, mamá? —pregunta mi hija en tono lastimoso.

—Cielo, así es como son las cosas —contesta Sam—. No siempre podemos tener lo que queremos.

—Pero, tú le quieres, y él a ti también. No entiendo por qué no estáis juntos y listo.

Agudizo aún más mi oído. ¿Están hablando de mí? Me atrevo a asomarme levemente y puedo ver como Sam se sienta junto a nuestra hija en el borde de su cama.

—Roxy, entre tu padre y yo han pasado demasiadas cosas. No se trata de querer o no querer. Entiende que nos hemos hecho mucho daño.

—Él te lo ha hecho a ti —apunta mi hija rompiendo mi corazón.

—Sí, y a veces aunque lo intentes, no siempre puedes superar según qué cosas. No te voy a mentir, yo le quiero, siempre le he querido, pero no estoy dispuesta a entregarle mi corazón una vez más, para que vuelva a hacerlo pedazos.

—¿Es definitivo? No hay ni una pequeña oportunidad de...

—No, hija, y tampoco quiero que te hagas ilusiones con eso. Tu padre te adora y va a seguir estando ahí para ti.

—Porque si no lo hace le patearás el trasero.

—Sí, y es una pena porque tiene un culo precioso —bromea arrancándole una sonrisa a nuestra hija.

El cachorro entra en la habitación abriendo la puerta y dejándome al descubierto frente a las chicas que me miran sorprendidas.

—Eh... Buenos días —saludo con una sonrisa nerviosa.

—Buenos días, papá —contesta Roxy cogiendo en brazos al perro—. Yo voy a sacar a Bucky a pasear antes de que se mee en casa —dice apresuradamente.

Sam la mira entrecerrando los ojos y niega con la cabeza. Ella también se ha dado cuenta de que nuestra terremoto intenta dejarnos a solas.

—Niña, ¿no ha servido de nada todo lo que acabamos de hablar? —insiste Sam frunciendo el ceño.

—Sí, por supuesto, mamá, pero Bucky tiene que salir, ¿no?

Sam sonríe dándola por imposible y Roxy se va cerrando la puerta al salir.

—¿Esto es una encerrona? —pregunto sonriendo de medio lado.

—Eso parece. Acabo de intentar explicar que...

—Lo sé, os he escuchado —le interrumpo.

—¿Nunca te han dicho que es de mala educación escuchar detrás de las puertas?

—Sí, no fue algo intencional. Pensaba entrar, pero escuché que hablabais de mí y... —resoplo pasándome la mano por la cabeza—. ¿Lo decías en serio? ¿No hay ninguna posibilidad de que volvamos a estar juntos?

—Liam, las segundas partes nunca son buenas.

—Podría rebatir ese argumento con mucha facilidad, ¿sabes? Hay decenas de películas en las que las segundas partes son mucho mejores que las primeras.

—Esto no es una película. Aquí, en la vida real, no hay un guion que dicte que los protagonistas tienen que vivir felices para siempre.

—Entonces... ¿Se acabó? —pregunto con un hilo de voz—. ¿De verdad estás dispuesta a renunciar a lo que sientes, a lo que ambos sentimos? ¿Ni siquiera vas a darme la oportunidad de demostrar que puedo hacerte feliz?

—Eso no lo dudo, Liam. Pero también puedes destrozarme, otra vez, y no estoy dispuesta a correr el riesgo.

—No puedo alejarme ahora, Sammy.

—No te lo estoy pidiendo. Intentemos llevarnos bien, por nuestra hija. Quién sabe... Quizás hasta podemos llegar a ser buenos amigos.

—¿Amigos con derechos? —pregunto alzando ambas cejas repetidamente. Sam sonrío y niega con la cabeza.

—Solo amigos —aclara.

—Supongo que es un castigo justo.

—Liam, no te estoy castigando.

—Oh, créeme, es un castigo. Estar a tu lado sin poder estar contigo realmente, es una jodida tortura para mí, pero estoy dispuesto a aceptar cualquier cosa que puedas ofrecerme. Te quiero, Sammy. Y si tengo que pasar el resto de mi vida mirándote sin poder tocarte, lo haré. Si eso es lo que quieres de verdad. ¿Lo es?

Busco su mirada y veo como una lágrima solitaria rueda por su mejilla mientras asiente levemente con la cabeza.

—Vamos —susurra tendiéndome su mano—. Si no pongo orden, van a terminar destrozando la casa. Agarro su mano y tiro de ella hacia mí tomándola por sorpresa —. ¿Qué haces? Acabamos de hablar...

—Ya lo sé —susurro pegando su cuerpo al mío—, pero si esto es una despedida, voy a hacerlo a lo grande —Pego mis labios a los suyos besándola con todo el amor que siento y siempre sentiré por ella.

Cuando nos apartamos, los dos estamos jadeando. Sam sonrío negando con la cabeza y golpea mi pecho con su mano.

—Eres un cerdo manipulador —afirma sin dejar de sonreír.

—Eso no es nuevo para ti, Sam —Agarro su cara con ambas manos clavando mis ojos en los suyos—. No voy a presionarte ni a pedirte nada, pero seguiré estando aquí. Da igual si es dentro de dos días o diez años, si cambias de idea, si quieres algo más de mí que una amistad, solo dílo. Y si sigues pensando que esto de la amistad es lo que va a hacerte feliz, te prometo que voy a convertirme en el jodido mejor amigo que has tenido nunca.

—Es que... Dios, ¿por qué Roxy y tú tenéis que ser tan parecidos? ¿No has escuchado nada de lo que he dicho antes?

—Nuestra hija ha heredado de mí la audición selectiva —señalo ganándome un nuevo manotazo por su parte.

—Me ponéis de los nervios, los dos —refunfuña saliendo de la habitación de mala leche. Yo

suelto una carcajada y la sigo.

—Pero no te enfades, mujer. Somos amigos —digo partiéndome de risa.

Tras el desayuno, mi madre y Mark vuelven a Las Vegas. Ellos viven allí, ya que Mark ahora trabaja como recepcionista en un hotel. Llevan una vida humilde, pero son felices, y me alegro por ellos, especialmente por mi madre. Después de la conversación que tuvimos anoche en el despacho, puedo entender perfectamente por qué decidió marcharse y abandonar a mi padre. Ese hijo de puta destroza cualquier cosa que toca.

Enseguida llega mi abogado, Jason, y tras explicarle lo sucedido, nos asegura que tenemos bases muy sólidas para una acusación. Además, él ya sospechaba de que Eric podría estar metido en negocios turbios y probablemente la investigación por los asesinatos de Rox, David y Félix, acaben destapando la mayoría de sus trapos sucios.

Cuando Jason se marcha, los demás empiezan a recoger sus cosas para irse también, dejándonos a Sam y a mí solos en el salón.

—¿Crees que tu abogado va a poder meterlo en la cárcel? —pregunta mordiéndose el labio inferior de manera nerviosa.

—Eso espero. Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que no vuelva a ver la luz del sol nunca más.

—¿Estás seguro de esto, Liam? Eric es un monstruo, pero sigue siendo tu padre, tu familia.

Suspiro sentándome a su lado en el sofá y coloco mi mano sobre su muslo ganándome una mirada de reojo con alzamiento de ceja incluido.

—Vosotros sois mi familia, Sammy, y soy capaz de hacer cualquier cosa para recuperaros, a todos, incluso a la loca de Willow a la que quiero como si fuese mi propia hermana. En estos años, os he echado mucho de menos, pero no descubrí el alcance de ese sentimiento hasta anoche. Fue maravilloso poder sentirme de nuevo como parte de vuestra familia, y no quiero perder eso.

—A ti te ha quedado claro que solo somos amigos, ¿verdad? —pregunta con media sonrisa.

—Sí, por supuesto. Por ahora solo somos amigos.

—Liam... —dice en tono de regaño. Sonríe y ella niega con la cabeza apartando mi mano de su pierna—. Creo que tienes que hacer la maleta, ¿no? Tu preciosa casa con jardín y piscina te espera.

—¿Ya me estás echando?

—Sí, y te llevas al chuchito contigo. Lleva desde ayer meando por toda la casa.

—Está bien, ya me voy. Aunque no andaré muy lejos —Me levanto del sofá y me agacho levemente para besarla, pero antes de que pueda hacer contacto con sus labios, Sam gira la cara y acabo besando su mejilla—. Le he dicho a Roxy que el próximo fin de semana podemos hacer una barbacoa en la casa nueva, una especie de inauguración. ¿Vendrás?

—Ya veremos. Aún falta una semana para eso.

—Bien, pues voy a recoger mis cosas. Llámame con lo que sea, ¿vale? Si quieres hablar, o necesitas que te eche una mano con algo, si quieres sexo...

—¡Liam, largo! —ordena estirando su brazo señalando la salida.

—Adiós. Te quiero —murmuro entrando en la cocina.

—¿A quién quieres? —me pregunta Roxy entrecerrando los ojos.

—A tu madre, pero eso ella ya lo sabe. Dame al bicho ese, me lo tengo que llevar. Son órdenes de la jefa.

—Se llama Bucky, pero... ¿Ya te vas? Ni siquiera te quedas hoy con nosotras.

—Cariño, ya estoy tensando mucho la cuerda con tu madre y no quiero que se rompa. Además, tampoco me voy muy lejos. Cuando quieras verme, solo tienes que decirlo y vendré a buscarte.

—¿Sigue en pie lo de la barbacoa del fin de semana?  
—Por supuesto —contesto cogiendo al cachorro en brazos.  
—Espera... ¿Qué barbacoa? —pregunta Willow.  
—Una que voy a organizar en la casa nueva.  
—Mi casa nueva, quieres decir —señala Roxy.  
—¿Le has comprado una casa a la cría?! —inquire Will en tono de sorpresa. Asiento levemente y ella suelta una carcajada—. ¿Y Sam no te ha cortado las pelotas?  
—Yo le advertí de que no era buena idea —puntualiza Bri.  
—Mis pelotas están intactas, gracias por vuestra preocupación —comento en tono sarcástico.  
—Eso es porque Sam les tiene cariño —señala Chase partiéndose de risa.  
—Vale, creo que ya es suficiente de hablar de mis pelotas. Mejor voy tirando antes de que la jefa vuelva a echarme.  
—Supongo que estamos invitados a esa barbacoa —dice Steven mirándome de reojo.  
—Eh... sí, claro —contesto girándome hacia él. A pesar de que ya no me ignora tanto, nuestra relación no es tan estrecha como antes, y eso es algo que echo de menos.  
Tras despedirme de todos, incluido el pequeño Jeremy que me obliga a prometerle que los llevaré a él y a Roxy a ver un combate de verdad de la UFC, salgo del apartamento dispuesto a recoger mis pertenencias para mudarme a mi nuevo hogar, aunque en el fondo, espero que solo sea algo temporal, ya que no voy a dejar de luchar por recuperar a mi familia.

### *Roxy*

Veo como papá sale de casa, y mi cabeza empieza a trabajar a toda velocidad. No quiero que se marche. Acabo de recuperarlo, además, mamá y él están locos el uno por el otro. ¿Por qué coño no se dejan ya de tonterías?  
—Conozco esa cara, pequeña terremoto —murmura la tía Willow frunciendo el ceño—. ¿Qué es lo que estás tramando?  
—¿Si te lo digo no me delatarás?  
—Depende, ¿es algo que podría cabrear a tu madre?  
—Ehmmm... Probablemente.  
—¿Tiene algo que ver con tu padre y que esos dos idiotas están haciendo el ganso en vez de estar juntos cómo deberían?  
—Definitivamente —contesto sonriendo.  
—Pues sea lo que sea que estés planeando, cuenta conmigo.  
—Aún no tengo claro lo que voy a hacer, pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Sé que mamá se muere por volver a estar con él, pero es una cabezota.  
—Y está herida —señala el tío Steve—. Cielo, Sam lo pasó muy mal cuando Ryder se fue. Ella confiaba en tu padre plenamente y sin reservas y se llevó una gran decepción. Es lógico que ahora no quiera arriesgarse a pasar por lo mismo otra vez.  
—Pero papá ha cambiado —digo con un hilo de voz.  
—Parece ser que sí, pero entiendo que tu madre no las tenga todas consigo.  
—¿Eso significa que tú no vas a ayudarme?  
Steve resopla negando con la cabeza.  
—Yo no he dicho eso. Tu madre es como una hermana para mí, ya lo sabes, y Ryder... hubo una época en la que se convirtió en uno de mis mejores amigos. Los quiero, a los dos, aunque aún le guardo algo de rencor a tu padre, pero creo que tienes razón, podrían ser muy felices juntos, y si yo puedo ayudar a que eso se haga posible, cuenta conmigo.  
—Bien, ya tienes tres ayudantes —añade el tío Chase.

—¡¿Qué coño?! Quiero que mi hermano sea feliz. Cuenta conmigo, pequeña conspiradora.

—Bien —Sonrío de oreja a oreja y me muerdo el interior de la mejilla con aire pensativo—. Ahora solo tenemos que encontrar la forma de juntarlos de nuevo. Tiene que ser algo grande, lo suficiente para ablandar el corazón de mamá y que vuelva con papá.

—Podemos partirle las piernas a Ryder —sugiere Steve—. Sam sentirá pena por él y le cuidará mientras se recupere.

—Mejor algo que no implique dejar a mi padre en una silla de ruedas de por vida —señalo poniendo los ojos en blanco.

—Tengo una idea —dice Brianna dando una palmada—. Vamos a tener que esperar un par de semanas, pero creo que puede funcionar. Además, durante este tiempo podemos ir allanando el terreno, que Sam compruebe que mi hermano ha cambiado y está dispuesto a recuperar a su familia. Este es el plan...



# Mi punto débil eres tú

*Sam*

La semana ha pasado sin que apenas me haya dado cuenta. He estado completamente inmersa en las obras del gimnasio, además de ultimar los detalles del inicio del programa de reeducación. Todo el papeleo está hecho, y eso ha sido gracias a la ayuda de Jason, el abogado de Liam, que aparte de encargarse de presentar la denuncia y la respectiva acusación en contra de Eric Ryder, también me ha orientado para poder agilizar toda la burocracia.

Liam ha estado constantemente en casa conmigo y con Roxy. Sinceramente, no sé por qué se ha mudado si solo va a Henderson a dormir. Mi plan de mantenerlo alejado de mí, no está saliendo exactamente como pensé. Aunque se comporta medianamente bien, tengo que frenar sus avances en muchas ocasiones. Cosas tan cotidianas como prepararnos el desayuno cada mañana, o sentarse a mi lado y acariciar mi pierna distraídamente, son habituales en él, y yo tengo que estar recordándome a cada momento los motivos por los cuales no mando al demonio todo mi autocontrol.

De Jasper no he vuelto a tener noticias, y lo prefiero así. Aún me duele pensar que todo el cariño que decía sentir hacia nosotras, no era más que una farsa. Al menos en eso Liam nunca me mintió, yo sé que nos quería antes y que nos sigue queriendo ahora, además que sus mentiras, aunque dolorosas, tenían un buen fondo. Él intentaba hacer lo correcto, aunque se perdiera por el camino y acabara empeorándolo todo.

Mierda, ya estoy otra vez justificándole. “Sam, piensa en lo mal que lo pasaste cuando se fue, cuando te engañó con esa rubia de bote, y encima la trajo a tu propia casa”, me repito a mí misma una y otra vez.

—Tierra llamando a Sam—dice Liam sobresaltándome.

Me giro hacia él salpicando agua por todos lados ya que tengo los pies sumergidos en la piscina. Hace un rato que hemos llegado a casa de Liam, bueno, a la casa de Roxy en realidad. Ella se tiró de cabeza a la piscina nada más llegar, mientras los demás se encargaban de preparar todo para la barbacoa. Yo simplemente me senté en el borde de la piscina y estuve perdida en mis pensamientos hasta ahora.

—¿Qué decías?

—Te estaba preguntando si vas a venir al combate el próximo sábado.

Sí, Liam hace unos días nos informó que va a pelear para revalidar su título de campeón el próximo fin de semana, y obviamente todos estamos invitados.

—Supongo que sí. No creo que Roxy me permita escaquearme.

—Tampoco quiero que vayas por obligación. Me gustaría que estuvieses allí, pero solo si tú lo deseas —Una vez más, su mano vuelve a apoyarse sobre mi muslo, y en esta ocasión no puedo evitar que un escalofrío recorra todo mi cuerpo.

Es más fácil ignorarlo cuando hay ropa de por medio. Ese es uno de los motivos por los cuales evito mirarle. Ese bañador ceñido a su trasero le queda escandalosamente bien.

—Allí estaré —susurro apartando mi pierna para huir de su contacto. Lo único que se me ocurre hacer es dejarme caer en la piscina y nadar hacia donde están Roxy y Jeremy jugando a hacerse aguadillas.

Cuando la comida está lista, aparecen Mark y Céline. Liam les recibe con una sonrisa y veo como abraza a su madre con cariño. Me alegra que hayan podido resolver sus problemas. Sé que Liam ha sufrido toda su vida por creerse abandonado por su madre.

—¿Por qué sonríes tanto? —me pregunta acercándose a mí cuando todos empiezan a tomar sus lugares frente a la mesa en el jardín.

—Nada, me alegra que finalmente puedas estar a gusto con tu madre. Es una gran mujer, Liam, y lo ha pasado mal por tener que vivir alejada de ti.

—Lo sé —susurra sujetando mi cintura con sus manos. Sigo estando vestida únicamente con un biquini, así que el roce de sus manos en mi piel, me provocan un nuevo escalofrío.

—Liam, aparta —ordeno empujándole. Él sonríe sin moverse ni un centímetro y veo como acerca su cara a la mía con intención de besarme—. Ni se te ocurra —le advierto poniendo mi mano sobre su boca. Sus dientes se clavan en la carne de mis dedos y puedo ver como sus ojos brillan de alegría. Se divierte provocándome —. ¿Vas a estarte quieto? —Niega con la cabeza sin dejar de sonreír—. Si no te comportas me marcho ahora mismo.

—No lo harás —susurra apartando la cara para que no le tape la boca—. ¿Sabes por qué no te vas a ir?

—Ilumíname —digo alzando una ceja.

Tira de mí hundiendo su cara en mi cuello y deposita un beso húmedo justo detrás de mi oreja.

—Porque aunque no lo admitas, te encanta estar aquí conmigo, y te gusta que te toque y te acaricie —susurra en mi oído haciendo que todo mi cuerpo empiece a temblar de excitación—. Quieres que siga insistiendo, Sammy. Y yo voy a darte el gusto —Tras un último beso en mi cuello, me suelta y camina hacia la mesa sonriendo de manera pilla y dejándome sola y más caliente que las putas puertas del infierno.

Miro hacia la mesa y compruebo que todos han sido testigos de nuestra escenita. Roxy sonríe de oreja a oreja y los demás me miran descaradamente. ¿A quién quiero engañar? Por supuesto que me gusta este juegucito que nos traemos, pero sé que tarde o temprano va a tener que acabar. No podemos seguir con este tira y afloja eternamente. En algún momento, yo acabaré cediendo o Liam se cansará de insistir.

Resoplo y me siento en mi lugar, que como no, está justo al lado del suyo. Me doy la satisfacción de patearle la espinilla por debajo de la mesa viendo como hace una mueca de dolor. ¿Es infantil? Sí. Pero el gusto no me lo quita nadie.

Durante la comida tenemos que aguantar como Chase y Brianna discuten prácticamente por todo. Esos dos están tardando en echar un dichoso polvo. Espero que lo hagan antes de volvernos locos a todos los demás. Steve y Liam han recuperado su buena sintonía y parece como si el tiempo no hubiese pasado. En realidad, la sensación no es muy distinta a hace quince años, solo que entonces era Rox quien estaba a nuestro lado y ahora es Roxy.

—Quiero proponer un brindis —digo alzando mi cerveza. Todos me miran entre sorprendidos y divertidos.

—¿Estás borracha? —pregunta Willow alzando una ceja.

—¿Qué? No, idiota. Solo quiero brindar.

—Está bien, solo preguntaba.

—Quiero brindar por la familia, la de sangre, y la que nosotros mismos escogemos.

—Y por los que ya no pueden estar aquí con nosotros —añade Liam alzando su bebida mientras con su otra mano sujeta el colgante que lleva al cuello.

—Por Rox y David —dice Steven.

—Por Rox y David —repetimos los demás.

Terminamos de comer y los chicos empiezan un partido de fútbol mientras nosotras nos bañamos en la piscina y tomamos el sol.

Yo aprovecho para ponerme al día con una novela divertidísima de una autora novel llamada Nía Rincón. “La conejita y el zorro” que así se llama el libro, me arranca más de una carcajada.

—De verdad, chica, no entiendo que no puedas apartar tu mirada de ese libro con semejante espectáculo visual frente a tus narices —Willow señala hacia los chicos que juegan a pasarse el balón vestidos únicamente en bañador.

—Eso es porque no has leído este libro —murmuro volviendo a leer.

—Dios, deja la lectura para después —Me arrebató el libro de las manos dejándolo fuera de mi alcance—. Mira eso. Joder, son obras de arte con piernas.

—Son Steve y Liam, a tu marido voy a suponer que ya lo tienes más que visto, y Liam... —Me encojo de hombros ajustándome las gafas de sol.

—¿No me vas a decir que no está para comérselo? Con veinte años era muy guapo, pero la madurez le ha sentado de maravilla, eso sin olvidarnos del “monstruo”, que sigue estando en su sitio —Alza ambas cejas repetidamente y yo pongo los ojos en blanco.

—Si tanto te gusta, es todo tuyo.

—No hablas en serio. Ese juegucito que os traéis vosotros en algún momento os va a explotar en la cara. Parecéis dos adolescentes provocándoos a cada momento.

—No sé si te has dado cuenta, pero es él quien me provoca a mí y no al revés.

—Ya, pero a ti te gusta que lo haga. Sam, entiendo que sigas cabreada con él, pero creo que esta vez Ryder se lo está currando. Solo hay que mirarle a la cara para ver que sigue completamente enamorado de ti, y que se arrepiente de todos los errores que cometió en el pasado. ¿Qué es lo que te frena a darle una segunda oportunidad?

—Will, no quiero hablar de esto —murmuro poniéndome en pie.

—¿Por qué?

—Porque me da la impresión de que todos os habéis unido haciendo piña para venderme al Liam enamorado y arrepentido. ¿Quieres algo de beber? Voy a buscar un refresco a la cocina.

Willow niega con la cabeza, así que salgo apresurada hacia el interior de la casa. Es enorme comparada a mi pequeño apartamento, con muebles nuevos y cristalerías por todos lados dejando entrar la luz solar. Entro en la cocina y voy directamente hacia el frigorífico, cojo una coca cola bien fresquita y vuelvo a cerrar la nevera dándome la vuelta. Grito al ver a Liam frente a mí cruzado de brazos.

—Mierda, ¿pretendes matarme de un susto?

—¿Tienes calor? —pregunta señalando la lata de refresco que tengo abrazada contra mi pecho. Al asustarme, me he aferrado a ella como si pudiese protegerme.

—¿Qué quieres, Liam?

—Refrescarte, o calentarte aún más, eso depende de ti —murmura en tono sensual pegándose a mí.

—¿Nunca te das por vencido?

—No, además tú tampoco quieres que lo haga —Sus brazos rodean mi cuerpo y besa mi cuello provocando que tenga que apretar los labios con fuerza para no soltar un gemido.

—Liam, tienes que parar con esto. No podemos...

—Tienes razón, aquí cualquiera podría vernos —Tira de mí hacia un lateral de la cocina y tras abrir una puerta nos mete a ambos en lo que parece ser la lavandería. No me da tiempo a inspeccionar la habitación ya que su boca enseguida se pega a la mía y simplemente el mundo deja de existir. Solo somos él y yo, nuestros cuerpos rozándose, nuestras manos buscando la piel del

otro y...

—¿En serio no había otro lugar en toda la jodida casa? —la voz de Chase nos toma por sorpresa y nos apartamos rápidamente.

Miro hacia él y le veo entre las piernas de Brianna, ella está sentada sobre la lavadora e intenta abrocharse el bikini a toda prisa, el bañador de él está estirado a más no poder por la parte delantera denotando la tremenda erección que hay entre sus piernas.

—¿Qué coño hacéis aquí? —pregunta Liam llevando sus manos a su entrepierna para esconder su propio estado de excitación.

—Nosotros llegamos primero, así que largo —le contesta Chase.

—Esta es mi casa —rebate Liam.

—¿Sabes qué? A mí me da igual tener mirones. Vosotros a lo vuestro y nosotros a lo nuestro.

—¿En serio, tío? ¿Estás sugiriendo que quieres tirarte a mi hermana delante de mí?

—Ya... Eh... No lo había pensado así —Chase se rasca la nuca confundido—. Eso sería algo raro.

—Acabas de perder tu oportunidad, lumbreras —le dice Brianna bajándose de un salto y saliendo del cuarto.

—¡Mierda! —exclama Chase—. Acabáis de joderme el polvo.

—Vale, yo me largo —informo escabulléndome del agarre de Liam.

—Espera, Sammy —me llama Liam, pero yo sigo caminando como si no le hubiese escuchado—. Te voy a matar, Chase —escucho al lejos como los dos discuten mientras yo voy de nuevo hacia el jardín. Ni siquiera sé dónde he dejado mi refresco, pero sinceramente, dudo que una simple bebida pueda paliar el calentón que tengo en estos momentos.

Nada más llegar al borde de la piscina, me lanzo de cabeza sintiendo como el agua fría refresca todo mi cuerpo.

—¿Estás bien? —me pregunta Céline—. Pareces muy sofocada.

—Estoy bien —contesto en tono seco. Tengo que detener esto de una vez, no puedo seguir así.

Antes de que nos marchemos estoy dispuesta a hablar con Liam y poner las cosas claras de una maldita vez. Tenemos que remediar esta situación como sea o al final alguno de los dos va a salir mal parado. Pero el padre de mi hija nos sorprende con la noticia de que va a estar una semana entrenando en Las Vegas. No volveremos a verle hasta el día del combate. Eso es algo que entristece a Roxy, pero a mí me alegra. Creo que unos días alejados nos van a venir muy bien.

Al despedirnos, Liam deposita un beso en mi mejilla que dura más de lo estrictamente necesario y me sonrío de esa forma que sabe que me vuelve loca. Sí, definitivamente, una semana alejada de él le va a venir de fábula a mi estabilidad mental.

△△△

El lugar está abarrotado. El público grita y jalea el nombre de su luchador favorito desde las gradas mientras nosotros caminamos hacia uno de los palcos privados que están pegados a la jaula. Es un lugar privilegiado para ver el combate al que solo los familiares o amigos más allegados de los luchadores pueden acceder por orden estricta de ellos. Además de nosotros, y con nosotros me refiero a la familia al completo incluyendo a Céline y Mark, solo unas pocas personas están sentadas en esta zona.

Me siento algo nerviosa por volver a verle. Hace una semana que no hablamos. Liam ha llamado a Roxy todas las noches durante estos siete días, pero a pesar de su insistencia en hablar conmigo, yo siempre me he negado a ponerme al teléfono, aunque sinceramente, estaba deseando

escuchar su voz.

Por suerte he estado entretenida con los últimos preparativos de la reapertura del gimnasio, que será mañana mismo, pero en las noches, cuando mi mente no tiene nada en lo que dispersarse, no he podido evitar pensar en él y en lo mucho que lo extraño. Su presencia en casa ya era algo habitual, las risas de Roxy mientras preparaban juntos el desayuno, sus sonrisas especialmente pensadas para provocarme... Ahora la casa vuelve a estar igual que antes de que Liam volviera a nuestras vidas, y eso está bien, pero al mismo tiempo se siente... vacío, como si faltara algo importante.

—Hola —saluda Brianna entrando en el palco. Nos mira a todos, menos a Chase. Ellos también han pasado una semana sin verse, y aunque ninguno de los dos lo admita, estoy segura de que se han echado de menos.

—¿Cómo está papá? —pregunta Roxy—. ¿Puedo verlo?

—Ahora no, cariño. Está en la sala de entrenamiento. Después del combate podrás estar con él — Roxy va a preguntarle algo, pero justo en ese momento, el teléfono de Brianna empieza a sonar y ella se disculpa con nosotros atendiendo la llamada a continuación. No sé qué es lo que le dicen al otro lado de la línea, pero su cara sonriente cambia enseguida a una de preocupación extrema—. Pero... ¿Qué ha pasado? —pregunta llevándose las manos a la cabeza—. ¿Cómo está? —Empiezo a temblar sin poder evitarlo. Algo me dice que está hablando de Liam —Dios mío. Sí, voy para allá inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —pregunto viendo como sus ojos están inundados de lágrimas—. Bri, ¿qué demonios está pasando?! ¿Es Liam? ¿Le ha ocurrido algo?

—Él está... —Una lágrima rueda por su mejilla dejándome helada. No puede ser. Liam, por dios—. Ha ocurrido un accidente con la máquina de pesas y...

—¡Por el amor de dios, Brianna! ¡Habla de una vez, maldita sea! —grito perdiendo los nervios.

—Está herido. No conozco el alcance de la gravedad, pero la cosa parece seria.

Miro a mi hija que parece estar en estado de shock.

—Roxy, quédate aquí y no te muevas del lado de tus tíos —ordeno besando su frente.

—Tengo que ir verle —informa Bri.

—Voy contigo —Le echo un último vistazo a mi hija que llora desconsoladamente en los brazos de su abuela y camino tras Brianna haciéndome paso entre la multitud.

A cada paso que doy siento como si el gran nudo de dolor que se ha instalado en el centro del pecho se expandiera cada vez más, dejándome sin respiración. Liam no puede... Tiene que estar bien. No puedo perderle ahora que le he recuperado. Y Roxy... Mi hija va a sufrir lo inimaginable si algo malo le pasa a su padre. No puede morir. Va a ponerse bien, tiene que hacerlo, porque si no... ¡Dios! ¿Por qué he sido tan imbécil y me he negado a estar con él? ¿Por orgullo, por miedo a volver a sufrir? ¡¿Qué demonios importa eso ahora?! El hombre al que amo, el único al que he amado en mi vida, está luchando por su vida y ni siquiera es consciente de lo mucho que lo amo, de cuánto extraño sus caricias y sus besos, que entre por mi ventana en mitad de la noche diciéndome esas cursilerías que tanto me gustan.

Las lágrimas empiezan a caer de mis ojos en cascada sin que pueda hacer nada para detenerlas. Brianna se detiene frente a una puerta, hay un cartel en la misma que pone "Gimnasio". ¿Es que aún no le han llevado a un hospital o a la enfermería? No puede ser que ya esté... No, por favor, que no sea eso.

Bri abre la puerta y me indica con la cabeza que pase al interior. Respiro profundamente intentando controlar mis emociones, y lo hago, pero enseguida noto que algo anda mal al escuchar

como la puerta se cierra a mi espalda. Miro a mi alrededor viéndome sola en un enorme local lleno de máquinas de ejercicio y sacos de arena.

¡¿Qué demonios está pasando aquí?! Me pregunto a mí misma, pero mis pensamientos son interrumpidos al ver a Liam caminando hacia mí como si nada. Sus ojos se abren como platos al verme y sonrío de medio lado.

¡Está bien! ¡Vivo y sonriendo! Corro hacia él y le abrazo colgándome de su cuello.

—¡Woow! Yo también me alegro de verte, pequeña —comenta en tono divertido abrazándome por la cintura.

Me aparto de él levemente y empiezo a buscar heridas por su cuerpo. Inspecciono minuciosamente sus brazos, su pecho, su espalda, y me agacho para comprobar si hay alguna herida en sus piernas.

—Estás bien —murmuro soltando todo el aire que estaba conteniendo.

Sigo arrodillada frente a él, y al alzar la mirada, veo que Liam tiene una sonrisa pilla en su rostro.

—¿Quieres que me quite también el pantalón corto para que inspecciones a tu gusto? —pregunta alzando una ceja.

—Voy a cargarme a tu hermana —siseo levantándome a toda prisa y llevándome las manos a la cabeza—. Te juro que me la cargo.

—Ponte a la cola. Yo llevo queriendo hacerlo desde que la conocí, pero ¿qué ha hecho ahora?

—Me dijo que habías tenido un accidente y... creí que...

—¿Estabas preocupada por mí? —pregunta sonriendo.

—No te rías. Creí que iba a encontrarte muerto o malherido. No tienes ni idea de la angustia que he pasado.

—¿Eso quiere decir que vas a admitir de una vez que sigues loca por mí? —murmura colocando sus manos en mi cintura y acercando su cuerpo al mío. Resoplo agachando la mirada y Liam me levanta la cabeza tirando de mi barbilla para que le mire a la cara—. Dame una oportunidad, Sammy, una sola. Te lo suplico, deja de intentar apartarme como no sintieras por mí lo mismo que yo siento por ti. Sé que te hice daño, y lo siento. Cada maldito segundo del día me arrepiento por haber sido tan cobarde.

—Fuiste un maldito cobarde. Podríamos haberlo arreglado —Antes que pueda darme cuenta estoy llorando de nuevo—. Te habría perdonado todo si no te hubieses largado. Me abandonaste, Liam. Juraste que siempre estarías a mi lado y en cuanto las cosas se pusieron difíciles, saliste corriendo. ¿Cómo sé que no vas a volver a hacerlo?

—No lo sabes, pequeña. Solo puedo suplicarte que me perdones y me dejes demostrarte que ya no soy el crío inmaduro que te abandonó. Dame una oportunidad, pequeña, dáosla a los dos. Te prometo que... —no dejo que termine la frase. Pego mi boca a la suya besándole con todas las ansias y el anhelo reprimidos durante casi quince años.

Le amo, y eso no voy a poder cambiarlo nunca. Quizás esté cometiendo el error más grande de mi vida volviendo a entregarle mi corazón, pero sin él... tampoco es que lo tenga del todo. Una parte de mí siempre ha estado a su lado a pesar del tiempo y la distancia.

—Aprovecha esta maldita oportunidad, Ryder, porque te aseguro que no vas a tener otra —le advierto apartándome de él levemente.

—Lo haré —Una gran sonrisa se expande en su rostro—. Mierda, Sammy, voy a volver a casa, te guste o no, voy a dormir cada jodida noche a tu lado —afirma entre beso y beso—. Si me cierras la puerta, entraré por la ventana. Romperé la jodida ventana si hace falta.

—No la voy a cerrar —susurro justo antes de que su lengua vuelva a invadir mi boca.

Escuchamos un carraspeo y nos apartamos a regañadientes mirando hacia la puerta.

—Ryder, te quedan cinco minutos —informa un muchacho joven. Liam asiente y la puerta se cierra.

—Este es mi último combate —dice pegando su frente a la mía—. Me da igual si gano o pierdo. Tengo claras mis prioridades, y tú y Roxy estáis en la jodida cima de ellas.

—Dale una paliza a ese niño —susurro poniendo una mano sobre su pecho.

—¿Quieres ayudarme? Estoy seguro de que le has estudiado.

—Hace un par de meses le machacaron bastante las costillas del lado izquierdo en un combate. Ya sabes que esas lesiones tardan en curarse.

—Busca el punto débil de tu enemigo y úsalo en su contra —murmura sonriendo—. Tengo suerte de que él no conozca el mío.

—El tuyo solo lo conozco yo —replico pellizcando su costado con mis dedos y haciéndole cosquillas.

—En realidad, tú tampoco lo conoces. Mi punto débil eres tú, Sammy. Llevo enamorado de ti desde que era un jodido mocoso. No te das cuenta de que tú has sido mi fuerza durante todos estos años separados. Cada vez que me sentía mal o decaído, cada vez que mi vida se convertía en un infierno, solo tenía que verte aunque fuese a lo lejos y todo volvía a su lugar. Mis ganas de seguir adelante resurgían con tu sola presencia, porque aunque en ese momento no pudiese admitirlo, tú eres, has sido, y siempre serás mi razón para existir.

—Dios, me encanta cuando te pones en plan cursi —susurro antes de besarle.

—Y te pone cachonda también.

—Muy cachonda —confirmando.

La puerta vuelve a abrirse y el chico de antes carraspea de nuevo.

—Es la hora, Ryder.

—Tengo que irme. Dime que estarás esperándome cuando salga de esa jaula.

—Nos vamos juntos a casa —contesto sonriendo. Tras un último beso, Liam se aleja de mí sonriendo y camina hacia la puerta, pero antes de que se vaya, le llamo.

—Liam —se gira hacia mí sin perder su sonrisa—. Te quiero.

—Y yo a ti, Sammy. Espérame. Te juro que no tardaré en librarme del niño.



—Ryder, vuelves a revalidar tu título como campeón del mundo. ¿Crees que vas a mantenerlo durante mucho más tiempo? —pregunta una periodista en la rueda de prensa posterior al combate.

Tal y como me prometió, Liam venció a su contrincante por KO en el primer asalto. Tras la pelea, que no duró tanto como se esperaba, Brianna nos trajo a todos a la sala de prensa del hotel para poder presenciar la entrevista. Casi me la cargué cuando la vi en el palco como si nada hubiese pasado, después del susto que me dio. Pero resulta que ella no fue la única culpable, mi hija fue la instigadora de todo el plan y toda mi familia la apoyó y la ayudó a llevarlo a cabo. ¿Estoy cabreada con ellos por haberme hecho pasar por ese infierno? Sí, pero también les agradezco que se preocupen por mí como para saber que mi felicidad está al lado de Liam. Supongo que eso es algo que solo yo me negaba a ver, pero que ellos siempre han tenido claro.

—En realidad, estoy a punto de renunciar a él —contesta Liam. Los periodistas enseguida empiezan a soltar preguntas a diestro y siniestro, pero Liam mantiene la calma y me mira guiñándome un ojo—. Voy a hacer estas declaraciones, y en cuanto salga de aquí, nunca más voy a responder a ninguna pregunta, así que atentos. Me retiro. Este deporte me ha dado mucho en mi

vida, pero es el momento de dejarlo. Sinceramente, hay muchos luchadores que se merecen estar en la cima, chavales que tienen claro que el deporte es lo más importante de su vida. Para mí no lo es. Durante algunos años me he aferrado a él porque era lo único que tenía, pero por suerte eso ha cambiado. Mis prioridades ahora son otras —Me mira de nuevo y veo como desliza su mirada hacia Roxy y le sonrío —Por cierto, lleváis años especulando sobre mi relación con mi manager, ella no mi amante ni mi novia, es mi hermana —los periodistas vuelven a gritar preguntas impactados por la noticia—. No voy a daros más explicaciones. A partir de hoy, quiero vivir como una persona normal, con mi familia.

—Solo una pregunta, Ryder —le pide un periodista. Liam asiente dándole permiso—. ¿Qué puedes decirnos sobre los rumores de que tu padre ha sido detenido y acusado del asesinato de tres hombres?

—Solo puedo decirte que cada uno siembra aquello que cosecha. Si Eric Ryder ha cometido esos crímenes, la justicia se encargará de hacérselo pagar.

—Ryder, Ryder —le llama una periodista alzando la mano—. ¿Qué quieres decir con que vas a vivir una vida normal con tu familia? ¿Eso significa que hay alguna mujer especial en tu vida?

Liam me mira de nuevo y se gira hacia la periodista.

—Tengo a una mujer preciosa esperándome cuando salga de aquí, una mujer a la que llevo amando toda mi vida. Aparte de ella también tengo una hija de quince años que es la luz de mis ojos, mi madre, mi hermana, y un puñado de amigos, que son más hermanos que otra cosa. ¿Eso aclara tus dudas? —Los periodistas vuelven a revolucionarse, pero esta vez Brianna intercede apartando el micrófono de Liam.

—No hay más declaraciones —dice mientras su hermano se levanta y se despide con la mano.

Viene directamente hacia nosotros y Roxy le abraza en cuanto lo tiene al alcance. Cuando se aparta de ella, Liam viene hacia mí y besa mis labios delante de la jauría de periodistas que siguen ladrando preguntas sin descanso.

**Fin**



# Epílogo

*Liam*

—Defiéndete, Rick —grito desde el exterior de la jaula.

El muchacho que pelea sobre el octágono es muy bueno, pero solo ataca, no se defiende, y eso provoca que su contrincante se cebe con él.

Hace dos años que dejé de luchar de manera profesional y, sinceramente, no lo echo de menos. Mi trabajo aquí en el gimnasio ayudando a estos chavales, me satisface más de lo nunca podría haber imaginado.

—Hola, buenos días —dirijo mi mirada hacia la pareja que acaba de entrar en el gimnasio, y le digo a Chase que vigile a los chavales mientras yo me voy a ver qué se les ofrece. El pobre tiene unas ojeras enormes. No me extraña, estar casado con mi hermana pequeña no debe ser nada fácil. Esa chica es capaz de volver loco al más cuerdo.

—Hola, ¿puedo ayudaros en algo? —pregunto cruzándome de brazos.

El hombre me mira fijamente y sonrío mientras la chica pone los ojos en blanco. Son una pareja peculiar, él es rubio, de porte rígido, como si fuera o hubiese sido militar en algún momento de su vida, sin embargo ella es morena y de sonrisa sincera, bastante baja de estatura.

—Perdón, no queremos molestar —dice el hombre con un acento extraño—. Estamos de vacaciones en Las Vegas, y nos enteramos de que podríamos encontrarte aquí. Eres Ryder, el campeón del mundo.

—Lo fui —contesto sintiendo como unos brazos rodean mi cintura. Enseguida veo a Sam a mi lado mirando a los desconocidos con una sonrisa.

—¿Pasa algo, cariño? —me pregunta.

—No, ellos son... Eh...

—Sí, perdón, ni siquiera me he presentado. Yo soy Azcón, y esta es mi mujer Paty, somos españoles, estamos de vacaciones en Nevada.

—Eh... Az... Azc... Lo siento, tío. No soy capaz de pronunciar tu nombre.

—Se llama Cristian —intercede la chica—. Él también tiene un gimnasio especializado en MMA en España.

—Encantada, yo soy Sam —les saluda mi mujer—. Supongo que ya sabéis quien es aquí el gruñón.

—Sí, en realidad esperábamos conseguir un autógrafo y una foto si es posible —dice el tal Cristian—. Tenemos un hijo adolescente y también es fan tuyo.

—Sí, claro —contesto encogiéndome de hombros.

Tras un par de fotos y firmarles un autógrafo, la pareja se va y Sam se gira hacia mí sonriendo.

—Me acuesto con un famoso —bromea—. Qué afortunada soy.

—Muy graciosa —murmuro abrazándola por la cintura—. Este famoso va a demostrarte lo afortunada que eres en cuanto termine el entrenamiento.

—Eso suena interesante —susurra contra mis labios rodeando mi cuello con sus brazos—. Creí que ya me lo habías dejado claro esta mañana en la ducha —Muerde mi labio inferior tirando de él y yo gimo notando como mi entepierna empieza a despertar.

—No seas mala. Imagínate lo incomodo que es tratar con estos chavales empalmado como un

adolescente.

—¿Cómo lo llevas con el nuevo? —pregunta apartándose levemente.

—Es complicado —contesto haciendo una mueca—. Cree que se las sabe todas, pero no deja de ser un niño rico, malcriado y arrogante al que no han sabido educar bien.

—Eso me suena —comenta sonriendo—. Si necesitas ayuda, tengo experiencia en tratar con niños ricos, arrogantes y malcriados.

—Gracias, pero creo que puedo solo. ¿Qué me dices, nos partimos la cara después del entrenamiento? Tú y yo solos en la jaula.

—Lo pintas muy atractivo —contesta tras soltar una carcajada—, pero creo que paso. No es bueno que en mi estado me arriesgue a llevarme una paliza aunque, sinceramente, dudo que pudieras siquiera rozarme.

—Te das demasiada importancia —empiezo a decir, pero enseguida recapacito y repito en mi mente sus palabras—. Espera... ¿En tu estado? ¿Qué estado?

—Te ha costado pillarlo, ¿eh? —Ríe y veo cómo se lleva la mano al vientre.

—¿Es en serio? —pregunto emocionado—. ¿Estás...?

—Shhhh —me hace callar tapando mi boca con su mano—. No grites. Quiero que se lo contemos juntos esta noche a Roxy.

—No me lo puedo creer. Vamos a tener un bebé —La beso apasionadamente sintiéndome más feliz que nunca.

Cuando nos apartamos los dos estamos jadeantes y sin aire.

—Sigue trabajando, esta noche lo celebraremos como dios manda —me informa con una sonrisa seductora. Asiento y tras un último beso, la dejo ir sin poder dejar de sonreír.

Un bebé. Vamos a tener un bebé. Es maravilloso. Hace más de un año que llevo insistiendo en tener otro hijo, pero Sam se había negado hasta hace unos meses. El mismo día en el que condenaron a Eric a cadena perpetua, mi ángel me sorprendió diciéndome que estaba dispuesta a que tuviésemos otro hijo, pero sería cuando ella quisiera. La entiendo. Yo le hice mucho daño y es lógico que no confiara en mí lo suficiente para dar ese paso, pero ahora... Dios, creo que no podría ser más feliz.

He cambiado una vida de excesos y fama, por una en la que duermo cada noche con la mujer que amo, en la que veo como mi hija se convierte cada día en una mujer maravillosa y preciosa, y no podría estar más orgulloso de haber tomado esa decisión.

Me acerco a la jaula donde el nuevo está golpeando con furia a uno de los chicos que también participa en el programa, y detengo la pelea.

—¿Qué pasa, tío?! —me pregunta Rick con su actitud arrogante de siempre.

—No te estás defendiendo —contesto frunciendo el ceño.

—Vamos, no me jodas, le estoy dando una paliza. ¿Para qué coño quiero defenderme si soy el único que golpea?

—El mejor ataque siempre viene tras una buena defensa.

—¿Eso son gilipolleces! —escupe golpeando la valla con su puño.

—Hagamos un trato. Escogeré a un luchador de esta sala y si consigues darle aunque sea un solo golpe, podrás irte de aquí y no terminar el programa, pero si no lo consigues, harás todo lo que yo te diga sin rechistar, independientemente de si crees que son gilipolleces o no. ¿Estás de acuerdo?

—¿Hablas en serio? —El chaval peina su pelo rubio hacia atrás con una sonrisa petulante—. Soy capaz de ganar a cualquiera de estos imbéciles con un brazo atado a la espalda.

—Bien, entonces te alegrará saber que vas a disponer de los dos brazos. ¿Aceptas el trato? —

el chico asiente y yo miro hacia Sam que me sonríe negando con la cabeza —. Roxy,  puedes subir a la jaula, por favor? —pregunto a mi hija que est a sentada frente a una mesa al lado del despacho.

Roxy camina lentamente hacia el octágono y veo como los ojos del chaval se abren como platos.

Al comprobar su reacción, solo me viene una frase a la cabeza. Muchacho, est s muy jodido.

# Agradecimientos

Aquí estamos nuevamente, y toca agradecer a todas esas personas que han hecho posible que esta historia saliera a la luz.

Cuando empecé a escribir *Ryder*, tenía muy claro lo que quería a hacer, pero no pensé que lo cogería con tantas ganas. Esta historia ha sido escrita de principio a fin en tan solo veintidós días. Cada vez que lo pienso, no me lo creo, pero llegó justo en un momento donde realmente me planteaba si ya había perdido mi ilusión por escribir nuevas historias, llenándome así de fuerzas renovadas para seguir adelante. Este libro me ha demostrado que me encanta escribir y no voy a dejarlo, al menos no a corto plazo.

Ahora que ya os he soltado la chapa, vamos a lo importante, esa gente que siempre está ahí apoyándome.

Antes de nadie, Mara, ella es mi pepito grillo particular. De verdad que no sé qué haría sin sus consejos y sin sus descabelladas ideas. Las risas que nos echamos juntas es algo que recordaré por siempre. Al otro lado, mi trilliza malvada, Toñi, ella también es otra mano en esta historia, su aplastante sinceridad es la que me hace darme cuenta de las cagadas que hago, muy a menudo por cierto. Ellas dos hacen parte de las mosquepandas, cinco locas de distintas partes de España que han coincidido en un grupo y se han vuelto inseparables. Maripuri y Choquetilla, os quiero, chicas. Muchas gracias por todo.

No puedo dejar de darle las gracias a mis bipolares por todo su apoyo y por sacar el látigo a paseo cada vez que tienen oportunidad. También a Ilyn, Xio, Eryka, Emi, Luce, Eris y Tina, las diosas más malvadas del Averno. Gracias por hacer que el trabajo de nosotros los autores indie, sea mucho más visible.

Las otras diosas, de las que nunca me olvido, con sus semidiosas y sus ninfas, a ellas también tengo mucho que agradecerles. Todas y cada una de ellas son maravillosas y me siento muy afortunada por poder llamarlas amigas. El Olimpo entre libros, siempre marcará un antes y un después en mi vida. Fer, Moni, Adri, Fann, Gracie, Yesska, Eca, Faby, y a todas las demás... Muchas gracias.

Quiero hacer una mención especial a mi compañera RachelRP, la encargada de darle cara a mis historias.

Por último, a esas personas que conviven y tienen que aguantarme en mi día a día. Nunca menciono a mi familia, ya que ninguno de ellos lee lo que escribo. Qué se le va a hacer... En casa de herrero, cuchara de palo. Pero están ahí, mis hermanas, Moni y Nela, mis cuñados que son como hermanos para mí, Iñigo y Marco, mi sobrina mayor, la única que comparte conmigo el amor por las letras. Al menos tengo a quien regalarle mis libros, ¿no? Jaja. La pobre ya sabe qué va a recibir de mi parte en cada cumpleaños. También están mis pequeños hombres, Marquito, Aitor y Alex, que aunque ya son mayores, para mí siempre serán mis niños. Junto a Izan, el pequeño terremoto de la casa, son la luz de mis ojos. Les quiero más de lo nunca podría explicar. No me olvido de mi padre, ni de Emi, una mujer maravillosa a la que siempre estaré agradecida por haber sabido encauzar la vida de uno de los hombres más importantes de mi vida.

A mi hermana escogida, mi patita, no necesito decirle lo mucho que la quiero, ella ya lo sabe. (Se lo repito a todas horas jaja). Y a mi luchador, el amor de mi vida y el hombre por el que vale la pena levantarse cada mañana y seguir luchando. Te quiero, Manu.

- 
- [1] Hace referencia al profesor John Keating, personaje de la película, El Club de los Poetas Muertos.
  - [2] Hace referencia al profesor Charles Xavier, conocido en las películas de X-MEN como el Profesor X.
  - [3] Hace referencia al profesor Sherman Klump, protagonista de la película El Profesor Chiflado.